MO XIANG TONG XIU

Mo Dao Zu Shi 5

El Gran Maestro de la Cultivación Demoníaca

晋江文学城 WWW.JJWXC.NET

NORMA Editorial

Mo Dao Zu Shi
© Mo Xiang Tong Xiu / JJWXC

El Gran Maestro de la Cultivación Demoníaca

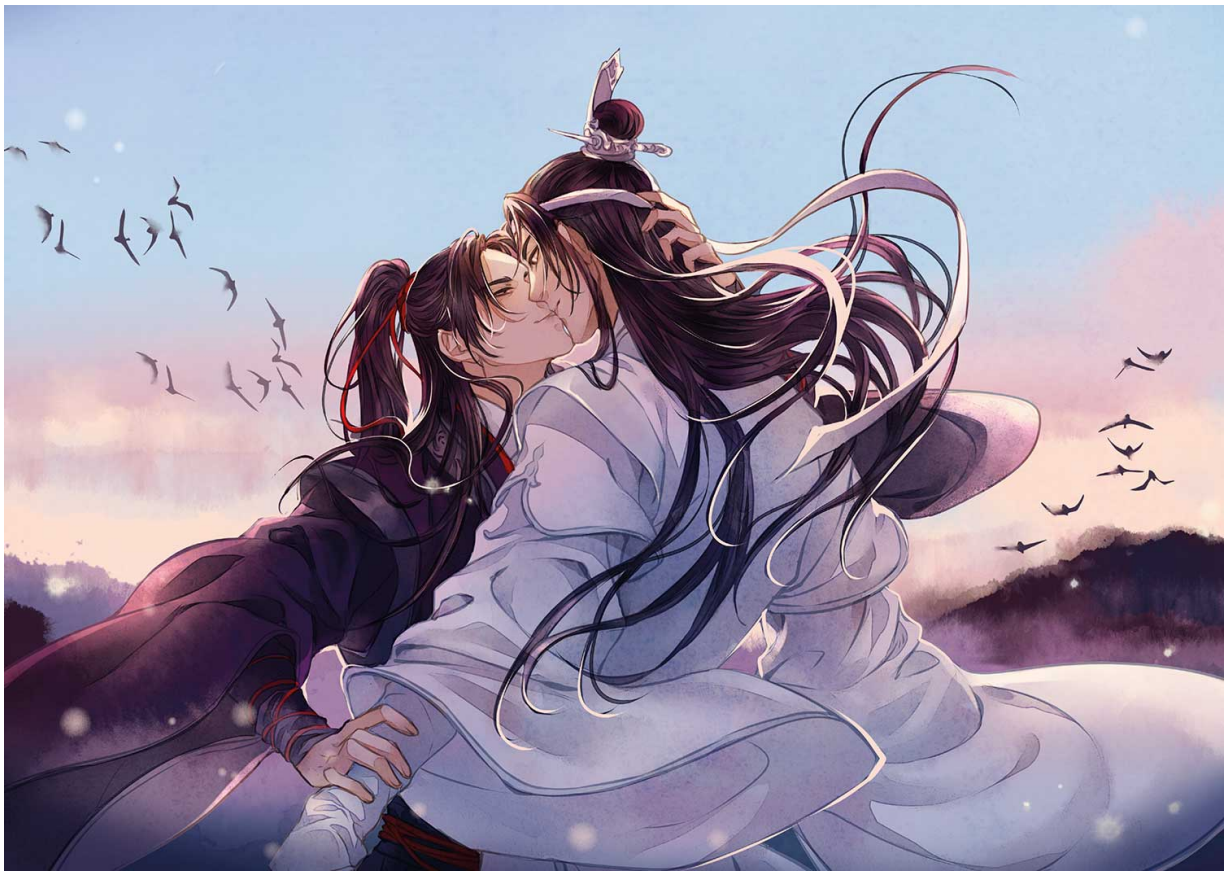
MO XIANG TONG XIU

Traducción: Michelle Yang Gui

NORMA
Editorial

El Gran Maestro de la Cultivación Demoníaca

MO XIANG TONG XIU



CAPÍTULO XXI

Hensheng, la que Aborrece la Vida

Primera parte

Con Wen Ning siguiéndolo, Wei Wuxian se dirigió al templo de Guanyin [1] , ubicado en el centro de la ciudad. Durante el día lo había explorado junto a Lan Wangji. En un principio, planeaban volver por la noche a hacer una inspección más minuciosa, romper la formación, descubrir qué era lo que estaba sellado en el interior y verificar si aquello los ayudaría a enfrentarse a Jin Guangyao. Sin embargo, no contaba con que se quedaría dormido hasta la hora del perro ni mucho menos con que, después de despertar, ocurrirían esa clase de «cosas» entre los dos. Por tanto, el plan inicial se fue por la borda. Como Wei Wuxian estaba bastante molesto, consideró que la mejor manera de desquitarse sería averiguar el secreto que escondía Jin Guangyao.

Como era muy tarde, todas las casas tenían las luces apagadas y el portón principal del templo de Guanyin estaba cerrado. Al mirar desde el alto muro, el patio se veía muy oscuro. Aun así, Wei Wuxian dio algunos pasos para subirse a la pared y, antes de encaramarse en el alero, se detuvo de repente.

«Algo no va bien», pensó.

—Han puesto una barrera —susurró Wen Ning al tiempo que se detenía.

Wei Wuxian hizo un gesto, y los dos aterrizaron sobre el suelo en silencio. Tras alejarse del portón principal y girar por una esquina que se hallaba en la parte trasera del templo, treparon con sumo cuidado por un muro. Una vez que se escondieron entre las estatuas de las bestias que estaban sobre el tejado, se dedicaron a escudriñar el patio.

Los dos se quedaron atónitos ante lo que vieron.

Aparte de estar bastante iluminado, el interior del templo de Guanyin también se encontraba repleto de personas. La mitad eran monjes y la otra mitad, cultivadores que vestían túnicas con la insignia de la flor estrella de nieve. Ambos grupos estaban mezclados y no solo llevaban arcos y flechas, sino que también habían desenvainado sus espadas. Parecía que protegían algo. Todos estaban en formación, muy erguidos, como si estuvieran listos para atacar en cualquier momento, y de vez en cuando intercambiaban susurros. Como había barreras especiales por todo el templo para engañar los ojos y los oídos de la gente, todo parecía oscuro y silencioso desde el otro lado del muro. Las luces y las voces del interior no podían percibirse desde fuera.

Sin embargo, lo que dejó perplejo a Wei Wuxian no fue la barrera, ni los cultivadores, ni los monjes falsos, sino el hombre de túnica blanca que estaba en el corazón del patio.

Era Lan Xichen.

No estaba atado. Es más, tenía colgadas de la cintura tanto su espada como su flauta: Liebing, Hielo Fracturado. Estaba relajado en medio de la multitud. Los cultivadores y los monjes no solo parecían mostrarle respeto, sino que también le respondían con firmeza.

Después de observar un tiempo, Wei Wuxian le susurró a Wen Ning:

—¡Date prisa! ¡Vuelve a la posada y trae a Hanguang-jun!

El general fantasma asintió con la cabeza y desapareció de inmediato.

Como Wei Wuxian no veía a Jin Guangyao, no podía determinar si estaba

presente y tampoco estaba seguro de si el amuleto del Tigre Estigio se hallaba en sus manos. Tras analizarlo un poco, se mordió el dedo y dejó que la sangre goteara sobre la abertura del saquito atrapaespíritus que tenía en la cintura. Su plan era atraer a unos cuantos fantasmitas para que lo ayudaran a invocar criaturas malignas de forma discreta y silenciosa; no obstante, antes de que lo pusiera en práctica, los ladridos de un perro llegaron desde la calle que estaba junto al templo de Guanyin.

Wei Wuxian se asustó tanto que casi se le salió el alma. Tuvo que hacer un gran esfuerzo por resistir el impulso de salir disparado de allí. Con el cuerpo tembloroso, se aferró con fuerza a una de las estatuas del tejado. Al oír que los ladridos se iban acercando cada vez más, el miedo invadió su corazón e imploró de manera inconsciente en su mente: «¡Lan Zhan, ven a ayudarme! ¡Socorro!».

Al pensar en aquel nombre, pareció reunir un poco de valor. Aunque seguía temblando, hizo un gran esfuerzo para calmarse. Deseó que solo fuera un perro callejero: en ese caso, tenía la esperanza de que se marchara pronto. Sin embargo, los cielos no parecían estar de su lado ese día, ya que, en medio de los ladridos, escuchó la clara voz de un joven que reprendía al animal:

—¡Cállate, Hada! ¡¿Pretendes despertar a todos los que viven en esta calle o qué?!

¡Era Jin Ling!

Lan Xichen se puso rígido. La mayoría de los cultivadores del clan Jin de Lanling escucharon la voz de su joven señor, por lo que intercambiaron miradas y tensaron sus arcos. Jin Ling se acercó a toda prisa, y pronto lo oyeron al otro lado del portón:

—¡Shhh! ¡Shhh! ¡Como vuelvas a ladrar, haré un guiso contigo! ¡Oye…! ¿A dónde demonios me llevas?

Wei Wuxian estaba tan asustado que podría salir volando en ese momento.

«Jin Ling… ¡Muchacho inoportuno! ¡¿A qué esperas para irte de aquí?!».

A pesar de sus súplicas internas, el chico se detuvo frente al templo de Guanyin. Hada no paraba de ladrar y hasta parecía que estaba rodando por el suelo, arañando la tierra y las paredes.

—¿Es aquí? —preguntó Jin Ling, extrañado.

Tras un momento de silencio, el joven llamó a la puerta.

—¿Hay alguien ahí?

Mientras tanto, dentro del patio, todos los cultivadores contenían la respiración con las flechas ensartadas en las cuerdas, apuntando hacia el portón principal. Parecían esperar instrucciones para disparar.

—¡No le hagáis daño! —ordenó Lan Xichen en voz baja.

Su voz no llegó a traspasar las barreras del templo de Guanyin, y nadie bajó la guardia ni su arco.

Jin Ling también parecía haber percibido algo inusual. Aunque no hubiera celadores nocturnos en el templo, había llamado a la puerta con tal fuerza que habría despertado a los que estuvieran durmiendo. Era imposible que todo permaneciera tan tranquilo. Por eso decidió guardar silencio y se quedó frente a la puerta.

Antes de que Wei Wuxian pudiera soltar un suspiro de alivio, oyó otra ráfaga de ladridos desde el exterior.

—¡Eh! ¡¿Ahora por qué regresas corriendo?! —exclamó Jin Ling, furioso.

«¡Bien, Hada!», celebró Wei Wuxian.

—¡Hada! ¡Vuelve aquí! —exigió Jin Ling—. ¡Agh, maldita sea!

«¡Desgraciado, date prisa y vete de aquí! ¡Te lo ruego!», suplicó Wei Wuxian.

Para su sorpresa, unos instantes más tarde escuchó el ligero crujido de unas piedras al caer. Antes de que pudiera comprobar de qué se trataba, empezó a sudar frío.

«¡Mierda!», maldijo. «¡Ese mocoso está trepando por la pared!».

Cuando Jin Ling llegó a la cima y se asomó, se le encogieron las pupilas al ver que el patio estaba repleto de arcos y flechas que le apuntaban.

Un monje, que tal vez nunca había visto al muchacho o que simplemente estaba decidido a aniquilar a cualquier intruso, soltó la mano y disparó al adolescente.

¡Fuooosh!

Al oír cómo la flecha atravesaba el viento, Wei Wuxian supo de inmediato que el arquero era un experto. Si daba en el blanco, le perforaría el pecho y los huesos a Jin Ling.

Aterrado, saltó hacia la pared y arrojó el único objeto que tenía en la mano y que, al mismo tiempo, podría bloquear el ataque.

—¡Corre, Jin Ling! —gritó.

Había lanzado la flauta de bambú que había llevado consigo desde que había vuelto a la vida. La temible flecha no solo se desvió de su trayectoria inicial, sino que también rompió el instrumento en pedazos. Para entonces, la figura de Jin Ling había desaparecido, seguro que había huido. Sin embargo, ahora que Wei Wuxian había revelado su ubicación, le llovieron cientos de flechas emplumadas que se clavaron en la estatua que estaba utilizando para esconderse, transformándola en un erizo.

«Uf, me he salvado por los pelos», pensó.

Todos los arqueros poseían habilidades excepcionales y seguro que también tenían un altísimo nivel cultivacional, de modo que no era probable que Jin Ling lograra escapar sin problemas.

Wei Wuxian saltó del muro y formó un círculo con los dedos para emitir un silbido, pero de repente escuchó unas risitas y una voz tras él:

—Joven señor Wei, le aconsejo que no lo haga. Por ahora, solo se ha roto su flauta, pero sería una lástima que perdiera los dedos o la lengua, ¿no cree?

De inmediato Wei Wuxian retiró la mano.

—Tiene usted toda la razón.

—¿Sería tan amable de seguirme, por favor? —indicó el hombre.

—Qué atento por su parte, líder Jin —contestó Wei Wuxian mientras asentía con la cabeza.

—No diga eso, es un placer —dijo Jin Guangyao con una sonrisa.

Como si nada hubiera pasado, dieron un enorme rodeo para dirigirse a la entrada del templo de Guanyin. Durante el trayecto, Wei Wuxian permaneció en silencio.

Para cuando llegaron, el portón ya estaba abierto. Tal y como suponía, Jin Ling no había podido escapar: varios monjes le apuntaban con sus espadas. El muchacho miró a Wei Wuxian y a Jin Guangyao. Aunque vaciló un instante, al final, optó por decir:

—Tío.

—Hola, pequeño Ling —lo saludó Jin Guangyao.

Jin Ling volvió a mirar disimuladamente a Wei Wuxian.

Como no había ningún perro cerca del adolescente, Wei Wuxian por fin pudo relajarse. Con una inmensa frustración, dijo:

—Oye, mocoso… Es muy tarde, ¿por qué has venido solo con tu perro?

Lo que no sabía era que, después de que Lan Wangji, Wen Ning y él se marcharan de Muelle de Loto en la barcucha, Jin Ling había ido a buscarlo en secreto. No obstante, como no lo había encontrado en ninguna parte, había ido a donde su tío materno a quejarse y reprocharle que hubiera huido por su culpa. Jiang Cheng, por su parte, estaba como loco, obligando a que otros intentaran desenvainar lo que parecía ser una espada de mierda, de modo que, cuando escuchó semejantes acusaciones, le dio tal bofetada a su sobrino que lo tiró al suelo. Entonces, sin querer rendirse, Jin Ling tomó a Hada y se dispuso a buscar a Wei Wuxian. Justo como esperaba, el perro espiritual siguió su olor y lo rastreó con tal precisión que lo guio hasta las inmediaciones del templo de Guanyin. Cuando el muchacho llamó a la puerta, Hada percibió la abrumadora aura asesina que acechaba en el interior, por lo que, de inmediato, ladró a modo de advertencia y mordió la

túnica de su dueño, incitándolo a volver por donde habían venido. Aun así, Jin Ling sentía que había algo extraño en el templo de Guanyin. Algo le decía que, incluso si Wei Wuxian no estaba allí, tenía que averiguar qué estaba pasando. Fue así como cayó en manos del enemigo.

Por supuesto, no había manera de que le confesara la verdad, de modo que Wei Wuxian solo recibió un resoplido como respuesta.

Jin Guangyao condujo a varias personas al interior del templo y, cuando el portón principal estaba a punto de cerrarse, se giró para preguntar a sus subordinados:

—¿Dónde está el perro espiritual?

—Ese chucho de pelaje negro es tan fiero que muerde a cualquiera que intente atraparlo —explicó uno de los monjes—. Ha escapado porque no hemos podido controlarlo.

—Ve tras él y mátalo —ordenó Jin Guangyao—. Es muy listo. Si termina atrayendo a alguien, tendremos problemas.

—¡Sí, señor!

Enseguida el monje alzó su espada, salió del templo y cerró el portón tras él.

Jin Ling se quedó tan horrorizado que soltó:

—¿De verdad vas a matarlo? ¡Pero Hada fue un regalo tuyo!

Jin Guangyao no contestó. En lugar de eso, hizo otra pregunta:

—Ling, ¿por qué has venido?

El joven le echó un vistazo a Wei Wuxian y dudó si responder.

Justo entonces Lan Xichen intervino:

—Líder Jin, todavía es un niño.

Jin Guangyao se volvió hacia él y replicó:

—Lo sé.

—Además, es tu sobrino —recalcó Lan Xichen.

Jin Guangyao dejó escapar una carcajada.

—¿Qué insinúas, segundo hermano? Ya sé que, aparte de ser un niño, es

mi sobrino. ¿Qué piensas que voy a hacer, eh? ¿Matarlo para silenciarlo?

Lan Xichen permaneció callado. Jin Guangyao sacudió la cabeza y se giró hacia el muchacho.

—Ling, ya lo has oído. Si gritas o tratas de huir, corres el riesgo de que te haga algo terrible. Tú decides qué te conviene más.

Jin Ling siempre había tenido una estrecha relación con su tío pequeño, y este adoraba a su sobrino. Si bien Jin Guangyao seguía manteniendo el mismo porte amable de siempre, tal y como estaban las cosas, al joven le resultaba difícil mirarlo con los mismos ojos que antes. En silencio y sumamente serio, caminó hacia Wei Wuxian y Lan Xichen.

Jin Guangyao se giró sobre los talones y dio otra orden:

—¿Aún no han terminado de cavar? ¡Entra y diles que se den prisa!

—¡Sí, señor! —replicó uno de los monjes antes de alzar su espada y regresar corriendo al templo de Guanyin.

Solo entonces Wei Wuxian cayó en la cuenta de que se oía un ruido constante e inusual de tierra y piedras moviéndose en la última sala del edificio. Parecía que mucha gente estaba cavando en busca de algo, por lo que no pudo evitar preguntarse: «¿Con qué fin están cavando? ¿Pretenden hacer un túnel? ¿Acaso buscan el amuleto del Tigre Estigio? ¿O es que van a sacar la cosa que está sellada?».

—A propósito, joven señor Wei… —dijo de repente Jin Guangyao—. Casi se me olvida preguntarle cómo se ha enterado de la existencia de este lugar. No me diga que Hanguang-jun y usted llegaron aquí por mera casualidad mientras viajaban.

—Lianfang-zun, usted escondía un importante documento de propiedad en la cámara secreta del palacio de la Fragancia. Lo dejó junto a mis manuscritos, ¿lo recuerda?

—Ah, es cierto. Qué despiste, debería haberlos guardado por separado.

—En vista de que no podemos escapar de sus garras, ¿por qué no me da el gusto de saciar mi curiosidad? —sugirió Wei Wuxian—. ¿Qué es lo que

está sellado en el templo de Guanyin?

—Esa información tiene un precio muy caro —contestó Jin Guangyao entre risas—. ¿De verdad está dispuesto a pagarlo, joven señor Wei?

—Ah —dijo Wei Wuxian—. En ese caso, dejémoslo así por ahora.

En aquel preciso instante Lan Xichen se acercó a él. Fue entonces cuando notó que Shuoyue, la espada que llevaba en la cintura, estaba desenvainada un par de centímetros, solo que no fluía energía espiritual de ella.

—Zewu-jun —empezó a decir Wei Wuxian—, esto significa que…

—Me da muchísima pena, pero me han engañado —explicó Lan Xichen —. Caí en la trampa y he perdido toda mi energía espiritual. Aunque tenga a Shuoyue y a Liebing conmigo, no podré ayudar en nada.

—No tienes por qué avergonzarte —dijo Wei Wuxian a modo de consuelo—. A fin de cuentas, las tretas siempre han sido la especialidad de Lianfang-zun.

Al recordar la escena que había visto durante la última sesión de empatía, en la que Meng Yao había fingido suicidarse para engañar a Nie Mingjue, y pensar en la noticia de que Lianfang-zun estaba herido de gravedad, no era difícil intuir cómo había perdido Lan Xichen su energía espiritual.

Jin Guangyao se dirigió hacia un grupo de monjes y les dio algunas instrucciones:

—Preparad una formación. Así, cuando Hanguang-jun llegue, contaremos con otra capa de protección.

—¿Cómo está tan seguro de que vendrá? —inquirió Wei Wuxian.

Mientras se debatía entre mentirle o no para que bajara la guardia, Jin Guangyao esbozó una ligera sonrisa y, como si le hubiera leído la mente, dijo:

—Por supuesto que lo hará. Como usted estaba tan interesado en este templo, es de esperar que Hanguang-jun también sospeche que aquí hay gato encerrado. Joven señor Wei, ¿de verdad piensa que me creería el cuento de que no ha venido con usted?

—Es usted muy listo —reconoció Wei Wuxian.

—Joven señor Wei —lo llamó Lan Xichen—. Si Wangji se encuentra cerca, ¿por qué no está contigo?

—Nos hemos separado —explicó Wei Wuxian.

Lan Xichen se quedó perplejo ante su respuesta.

—Me han dicho que te lastimaste al bajar de la colina de las fosas. ¿Cómo es que se ha separado de ti cuando sabe que estás herido?

—¿Quién te lo ha dicho?

—Yo —confesó Jin Guangyao.

Tras echarle un vistazo a Lianfang-zun, Wei Wuxian se volvió hacia Lan Xichen.

—Lo que ha pasado es que… no podía conciliar el sueño, así que decidí salir de la posada a dar un paseo y, por pura casualidad, me topé con este lugar. Como Hanguang-jun estaba en otra habitación, no se percató de que había salido.

—¿Os alojáis en habitaciones separadas? —preguntó Jin Guangyao con extrañeza.

—¿Y a usted quién le ha dicho que teníamos que quedarnos en la misma habitación? —replicó Wei Wuxian. Cuando vio que Jin Guangyao sonreía y no decía nada más, comentó—: Ah, ya lo he pillado.

Seguramente había sido Lan Xichen.

—Os lo contáis todo el uno al otro, ¿eh?

Sin la más mínima intención de bromear, Lan Xichen preguntó:

—Joven señor Wei, ¿ha ocurrido algo entre vosotros?

Debido a que su cálida sonrisa se había borrado y estaba extremadamente serio, se asemejaba muchísimo más a su hermano menor.

Wei Wuxian seguía sin entender por qué había reaccionado con tal severidad y, a pesar de que se sentía un tanto culpable, manifestó:

—Líder Lan, ¿qué podría haber ocurrido entre nosotros? Venga, tal y como están las cosas, será mejor que nos ocupemos de él primero.

Acto seguido, señaló a Jin Guangyao con la mirada.

Ante el recordatorio, Lan Xichen dijo:

—Lo lamento, he perdido la paciencia.

—Parece que de verdad han tenido problemas —dijo Jin Guangyao con una sonrisa—. Y, por lo visto, no se trata de algo sencillo.

Wei Wuxian soltó una risa sarcástica.

—Lianfang-zun, ahora todos los clanes cultivacionales están tramando un plan en su contra. ¿Cómo puede estar tan tranquilo? ¿En serio cree que es momento de preocuparse por los demás o de perder el tiempo hablando?

—Por supuesto que no, solo estoy estupefacto —contestó Jin Guangyao —. Hanguang-jun ha tenido que esperar unos largos y tortuosos años, pero, ni siquiera a día de hoy, su sufrimiento ha dado frutos. No solo el líder Lan tiene motivos para perder la paciencia, sino que hasta aquellos que somos espectadores nos sentimos agobiados.

Mirándolo con fiereza, Wei Wuxian preguntó:

—¿Qué quiere decir con que ha esperado unos largos y tortuosos años? ¿Y de qué frutos habla?

Ante tales preguntas, Jin Guangyao y Lan Xichen se sorprendieron. Ambos examinaron minuciosamente su semblante, como si trataran de averiguar si se estaba haciendo el tonto.

De repente, el corazón de Wei Wuxian comenzó a latir desbocado. Era como si, poco a poco, algo que había estado muerto la mayor parte de la noche fuera cobrando vida en su pecho. Haciendo un gran esfuerzo para calmarse, volvió a preguntar:

—¿Qué ha querido decir?

—Joven señor Wei, ¿de verdad no entiende lo que le estoy diciendo o se está haciendo el tonto? No importa si está fingiendo o no, seguro que Hanguang-jun se sentiría muy dolido ante semejantes palabras.

—¡De verdad que no lo entiendo, así que habla claro! —exigió Wei Wuxian, tirando por la borda cualquier formalidad.

—Joven señor Wei, no me digas que… —dijo Lan Xichen, perplejo—. A pesar de todo el tiempo que has estado con Wangji, no sabes nada de sus sentimientos…

Wei Wuxian lo agarró y casi se arrodilló para suplicarle que se lo explicara de una vez por todas.

—Líder Lan… Líder Lan… Aca… acabas de mencionar los sentimientos de Lan Zhan… ¡¿De qué hablas?! ¿Es… es posible que…?

Lan Xichen apartó su mano con una sacudida e inquirió con incredulidad:

—Por lo visto, es verdad que no sabes nada. ¿Te has olvidado de las cicatrices del látigo disciplinario? ¿No has visto la marca que tiene en el pecho?

—¡¿Las cicatrices del látigo disciplinario?! —repitió Wei Wuxian. Tras volver a aferrarse a Lan Xichen, continuó—: Líder Lan, te juro que no sé nada. Te lo ruego: ¡dímelo todo, por favor! ¿Cómo se hizo las marcas? ¡¿Tienen algo que ver conmigo?!

Enfurruñado, Lan Xichen exclamó:

—¡¿Crees que se las habría infligido él mismo o qué?!

Zewu-jun era conocido por su personalidad apacible e imperturbable, pero, como se trataba de su hermano menor, no pudo evitar que la rabia lo dominara. No obstante, después de observar la expresión de Wei Wuxian, su ira se apaciguó un poco y preguntó:

—¿Por… por casualidad… has perdido la memoria?

—¿Que si he perdido la memoria…? —De inmediato Wei Wuxian se esforzó por pensar en lo que podría haber olvidado y no tardó en comentar —: No logro determinar en qué momento mis recuerdos se han… ¡Ah, creo que ya lo sé!

De hecho, tenía un recuerdo bastante difuso.

¡La masacre de Ciudad sin Noche!

Ese día pensó que de verdad habían reducido a cenizas a Wen Ning y a Wen Qing. Después de escuchar la ferviente declaración de los clanes

ilustres del mundo cultivacional de que iban a emprender una cruzada en su contra y, sobre todo, de ver como Jiang Yanli moría ante sus propios ojos, había enloquecido tanto que había fusionado las dos mitades del amuleto del Tigre Estigio, desencadenando así una terrible matanza.

Aquellos que morían por culpa del amuleto se transformaban en cadáveres asesinos, lo que le había proporcionado infinidad de cadáveres marioneta y le había permitido convertir el lugar en un infierno sangriento.

Aunque Wei Wuxian apenas podía mantenerse en pie, tenía vagos recuerdos de que se había marchado de aquella ciudad en ruinas que en ese momento parecía un matadero. Al parecer, después había permanecido en estado de trance durante mucho tiempo. Para cuando recobró la lucidez, llevaba mucho tiempo sentado en la colina de las fosas de Yiling.

—¿Ya lo has recordado? —quiso saber Lan Xichen.

—¿Te refieres a lo que sucedió en Ciudad sin Noche? —contestó Wei Wuxian entre murmullos—. Siem… siempre pensé que había regresado solo. No me digas que…

Lan Xichen estaba tan enfadado que casi soltó una carcajada irónica.

—¡Joven señor Wei! ¡¿Con cuántas personas crees que te enfrentaste entonces?! ¡Eran alrededor de tres mil! Por extraordinario que fueras, ¿cómo podrías haber salido ileso de semejante situación? ¡Era imposible!

—¿Qu… qué fue lo que hizo Lan Zhan? —insistió Wei Wuxian.

—Si no lo recuerdas, me temo que jamás te lo dirá por propia voluntad, y tú tampoco se lo preguntarás —manifestó Lan Xichen—. Bien, en ese caso, seré yo quien te lo diga…

»Esa noche cogiste las dos mitades del amuleto del Tigre Estigio y las fusionaste en una sola pieza. Después de matar hasta satisfacer tu sed de sangre, estuviste a punto de colapsar. Wangji estaba herido cuando enloqueciste, y no se encontraba mejor que tú: a duras penas podía aguantar y, solo apoyándose sobre Bichen, la espada del Retiro de lo Mundano, era capaz de mantenerse firme. Aun así, en cuanto te vio alejarte a trompicones,

no dudó en seguirte.

»En ese momento casi ninguno de los presentes estaba lúcido y yo apenas podía moverme, así que, con gran impotencia, me quedé viendo cómo Wangji cojeaba tras de ti. A pesar de que su energía espiritual estaba a punto de agotarse, te agarró y te subió a Bichen. Fue así como ambos os marchasteis.

»Al cabo de cuatro horas por fin logré reponer mi energía espiritual y regresé corriendo al clan Lan de Gusu en busca de apoyo. Me preocupaba que los otros clanes os alcanzaran primero, ya que podrían considerar a Wangji tu cómplice. En el mejor de los casos, su reputación quedaría manchada de por vida. En el peor, lo liquidarían sin piedad. Por tanto, mi tío y yo elegimos a treinta y tres veteranos que estimaban muchísimo a Wangji y nos subimos a nuestras espadas para buscaros en secreto. Tardamos dos días en encontrar vuestro rastro en el territorio de Yiling. Wangji te había escondido en una cueva. Cuando entramos, tenías la mirada perdida y estabas sentado en una roca. Lan Wangji te agarraba de la mano y te canalizaba energía espiritual mientras te hablaba en voz baja.

»Pero tú no dejabas de repetirle la misma frase: «¡Largo de aquí!».

A Wei Wuxian no solo le ardía la garganta de lo seca que estaba, sino que también tenía los ojos rojos y no podía pronunciar palabra alguna.

—Enseguida mi tío se puso delante de él y lo increpó con severidad para exigirle una explicación —continuó Lan Xichen—. Como si hubiera anticipado que lo encontraríamos, solo dijo: «No hay nada que explicar, así son las cosas». Desde niño, nunca nos había llevado la contraria ni a nuestro tío ni a mí. No obstante, por ti, no solo replicó, sino que también levantó su espada contra los cultivadores del linaje principal del clan Lan de Gusu. Fue así como terminó hiriendo de gravedad a los treinta y tres veteranos que venían con nosotros…

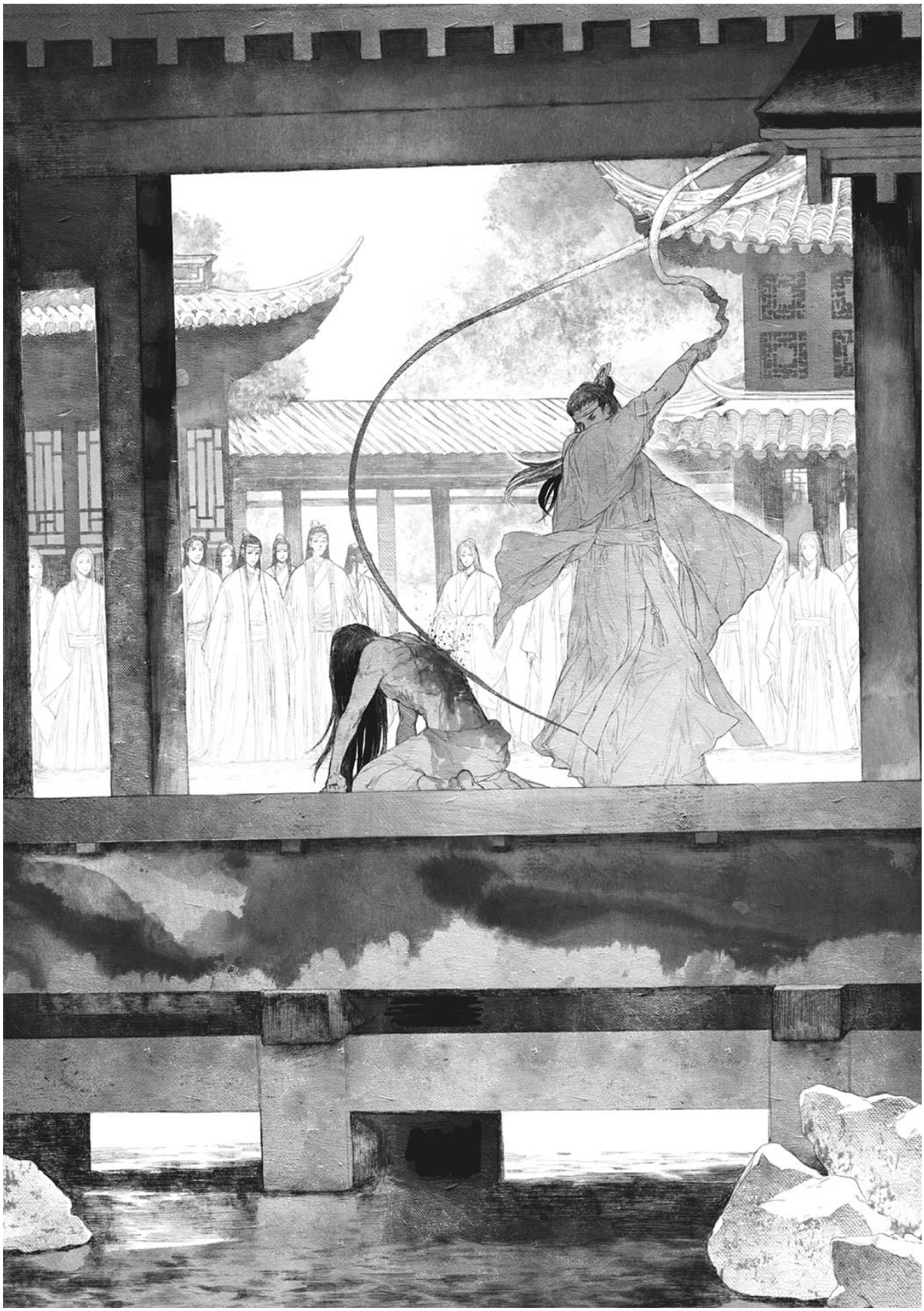
Con los dedos enterrados en el cabello, Wei Wuxian empezó a decir:

—Te… te juro que… de verdad… no lo sabía…

Solo podía repetir una y otra vez la misma frase.

Pese a que Lan Xichen hizo una pausa en un intento de contenerse, al final, terminó explotando:

—¡Le dimos treinta y tres azotes con el látigo disciplinario! Tuvo que recibir el castigo de una vez. Un golpe por cada veterano. ¡Tú mismo sabes cuán dolorosos son los latigazos y cuánto tiempo uno tiene que permanecer tumbado para recuperarse! Se empeñó en llevarte de vuelta a la colina de las fosas y, en cuanto lo hizo, regresó a recibir su castigo. ¡No tienes ni idea de cuánto tiempo estuvo arrodillado frente al muro de la disciplina! Cuando fui a verlo, le dije: «Has visto que el joven señor Wei ha cometido graves atrocidades, ¿por qué te sumas a él?». Pero, para mi sorpresa, él me respondió que… aunque no era capaz de determinar si lo que habías hecho estaba bien o mal, estaba dispuesto a asumir todas las consecuencias junto a ti, independientemente de si era correcto o no. Si bien se dijo que estuvo durante años en reclusión para reflexionar sobre sus errores, ¡la realidad era que estaba tan malherido que no podía hacer nada! Aun así, tras enterarse de que habías muerto, insistió en que debía verte costara lo que costase y, a pesar de sus graves heridas, se arrastró hasta la colina de las fosas…



»Aunque uno estuviera ciego y sordo, se daría cuenta de cuáles eran sus sentimientos; habría bastado con ver la manera en la que te hablaba y te miraba cuando te rescató y te resguardó en la cueva. Por eso mismo mi tío estaba furioso. Cuando era niño, Wangji siempre había sido un ejemplo para los demás discípulos y, cuando creció, se convirtió en un cultivador de renombre. Siempre mantuvo la elegancia y la rectitud, y jamás se dejó llevar por las malas influencias. ¡Tú eres el único error que ha cometido! Pero aquí estás, alegando que no sabías nada. Joven señor Wei, desde que volviste a la vida a través de la ofrendación, no has dejado de hostigarlo ni de declararle tu amor. Lo has hecho todas las noches… Todas las noches has insistido en estar con él… ¿Cómo es que ahora dices que no sabías nada? En ese caso, ¿por qué lo has tratado así todo este tiempo?

A Wei Wuxian le dieron ganas de volver a esos momentos y matar a su yo del pasado. ¡Precisamente porque no se había enterado de nada se había atrevido a actuar así!

De pronto, se sintió fatal. Si Lan Wangji no estaba al tanto de que él ni siquiera recordaba lo que había sucedido en los días posteriores a la masacre de Ciudad sin Noche y creía que conocía cuáles eran sus verdaderos sentimientos, la había liado a lo grande desde que había regresado a la vida.

Al principio se comportaba como un sinvergüenza y un insensato para que Lan Wangji sintiera rechazo y lo echara de Nubes Recónditas. Una vez que tomaran caminos separados, ya no tendrían que volver a verse… O, al menos, eso era lo que pensaba. Era imposible que Lan Wangji no se percatara de sus verdaderas intenciones, pero había mantenido a Wei Wuxian a su lado y había insistido en protegerlo. No había permitido que Jiang Cheng se le acercara ni lo perjudicara de ninguna manera. Y no solo eso, sino que también respondía a todas sus preguntas, accedía a todas sus peticiones, lo complacía de todas las maneras posibles y se mostraba tolerante en todos los sentidos. Ante las numerosas provocaciones y el

insistente coqueteo malintencionado de Wei Wuxian, había mantenido la compostura y no había sobrepasado los límites.

Entonces, ¿podría ser que… lo hubiera empujado en la posada porque creía que se trataba de una de sus imprudentes y vanas provocaciones?

Como Wei Wuxian estaba tan abrumado que ya no podía hacer conjeturas, se precipitó hacia la salida del templo de Guanyin. No obstante, varios cultivadores le bloquearon el camino.

—Joven señor Wei —lo llamó Jin Guangyao—, entiendo su emoción, pero…

En ese instante lo único que deseaba Wei Wuxian era volver rápido a la posada, arrojarse a los brazos de Lan Wangji y demostrarle todo lo que sentía por él, así que asestó un golpe con la palma de la mano y derribó a dos monjes que intentaban atraparlo.

—¡No entiendes una mierda! —bramó.

Ante aquel ataque, siete u ocho personas se abalanzaron sobre él. De repente, la visión de Wei Wuxian se nubló, y Jin Guangyao se empeñó en terminar su frase:

—Solo quería avisarlo de que… no tiene por qué correr tan rápido, pues su queridísimo Hanguang-jun ya está aquí.

La fría luz azul de una espada descendió del cielo. Con un chirrido agudo, obligó a retroceder a todas las siluetas que rodeaban a Wei Wuxian antes de regresar a la mano de su portador. Lan Wangji aterrizó en silencio frente al templo de Guanyin y lo contempló. Si bien tenía la misma expresión de siempre, Wei Wuxian se puso tan nervioso que las palabras que quería decirle se quedaron atascadas en su garganta, de modo que solo murmuró su nombre:

—Lan Zhan…

Aunque Jin Ling se había quedado atónito por el relato de Lan Xichen, se alegró mucho de que Lan Wangji hubiera aparecido. Sin embargo, cuando vio las miradas que intercambiaba con Wei Wuxian, su semblante se

demudó de nuevo.

Jin Guangyao suspiró y recalcó:

—¿Lo ve, joven señor Wei? Le había dicho que, mientras usted estuviera aquí, Hanguang-jun vendría.

Agarrando la empuñadura de Bichen, Lan Wangji giró la muñeca en un intento de hacer un movimiento, pero Jin Guangyao soltó una risita.

—Hanguang-jun, te sugiero que retrocedas cinco pasos.

Entonces Wei Wuxian sintió una sutil pero aguda punzada en el cuello.

—Cuidado —le advirtió Lan Xichen en voz baja—. ¡No te muevas!

Cuando la mirada de Lan Wangji se posó sobre el cuello de Wei Wuxian, palideció.

La fina, dorada y casi imperceptible cuerda de una cítara le rodeaba la garganta.

Era sumamente delgada y estaba bañada en un pigmento especial que hacía que fuera casi imposible notarla a simple vista. Y, por si fuera poco, Wei Wuxian estaba tan alborotado que había bajado la guardia, lo que había facilitado que le pusieran la cuerda alrededor de un punto vital de su cuerpo.

—¡No lo hagas, Lan Zhan! —exclamó Wei Wuxian—. ¡No retrocedas!

Sin embargo, Lan Wangji retrocedió los cinco pasos sin vacilar ni un poco.

—Excelente —comentó Jin Guangyao—. Ahora, si no es mucha molestia, enfunda a Bichen.

¡Clang!

De inmediato Lan Wangji siguió sus instrucciones.

—¡Claro! ¡Como has cedido un ápice, ahora te exige una barbaridad! —exclamó Wei Wuxian con indignación.

—¿Le parece que esto es una barbaridad? —inquirió Jin Guangyao—. Me pregunto cómo lo calificará cuando le pida a Hanguang-jun que selle sus propios meridianos.

Dejándose llevar por la rabia, Wei Wuxian comenzó a decir:

—Imbé…

Antes de que terminara de hablar, sintió un dolor punzante. La cuerda le había cortado la piel y un líquido carmesí se deslizó por su cuello. Lan Wangji palideció aún más.

—¿Acaso cree que va a desobedecerme? —dijo Jin Guangyao—. ¿No lo ve, joven señor Wei? Su vida se encuentra en mis manos.

—Más vale que no lo toques —advirtió Lan Wangji, enfatizando cada sílaba.

—En ese caso, ya sabes lo que tienes que hacer, Hanguang-jun —contestó Jin Guangyao.

Tras una breve pausa, este accedió.

—De acuerdo.

Lan Xichen suspiró derrotado.

Lan Wangji levantó la mano y, con un par de pesados movimientos, selló sus meridianos.

Jin Guangyao esbozó una leve sonrisa y masculló:

—Esto sí que es…

—Suéltalo —exigió Lan Wangji de inmediato, lanzándoles una intensa y amenazante mirada a él y a sus subordinados.

A pesar de que se hallaba en una situación crítica, Wei Wuxian declaró:

—¡Lan Zhan! Te… tengo algo que decirte.

—Ya lo hará más tarde —dijo Jin Guangyao.

—¡No! ¡Es urgente! —insistió Wei Wuxian.

—Bien. En ese caso, puede decírselo desde aquí.

Aunque Jin Guangyao había hablado con indiferencia, Wei Wuxian se lo tomó muy en serio.

—Tienes razón. —Tras aquel breve comentario, gritó a todo pulmón—: ¡Lan Zhan! ¡Lan Wangji! ¡Hanguang-jun! Yo… yo… ¡de verdad quería acostarme contigo!

Todos se quedaron pasmados.

Jin Guangyao aflojó el agarre, por lo que la cuerda se soltó. Cuando las ligeras punzadas desaparecieron de su cuello, sin poder aguardar más, Wei Wuxian se abalanzó hacia Lan Wangji.

Su declaración había sido tan trascendental que Lan Wangji sintió como si un rayo le hubiera caído encima. El impacto fue tal que ni siquiera sabía cómo reaccionar. Un inusual gesto de desorientación y confusión afloró a su rostro, que, por lo general, se mostraba imperturbable. Si bien no era la primera vez que Wei Wuxian le abrazaba la cintura con insistencia, en esa ocasión Lan Wangji parecía haberse convertido en un pesadísimo trozo de madera. Estaba tan rígido que no sabía ni dónde colocar las manos.

—Lan Zhan, ¿has escuchado lo que te acabo de decir?

Aunque sus labios se movieron, tardó un tiempo en articular palabra:

—Lo que…

Siempre había sido conciso y claro al hablar. Sus frases jamás se habían entrecortado, pero en ese instante estaba titubeando como nunca. Tras tomarse otro momento para calmarse, intentó hablar de nuevo:

—Lo que acabas de decir…

Al parecer, intentaba repetir lo que Wei Wuxian había dicho para asegurarse de que lo había oído correctamente. Sin embargo, para él era demasiado difícil expresar esas palabras en voz alta.

Sin dudarlo, Wei Wuxian se dispuso a decirlo una vez más:

—Te he dicho que de verdad quería aco…

—¡Ejem!

Muy cerca se encontraba Lan Xichen. Había cerrado la mano derecha en un puño y se lo había llevado a los labios para emitir una falsa tos. Tras un momento de reflexión, suspiró y reconoció:

—Vaya, joven señor Wei… Has elegido el momento y la ocasión perfectos para hacer tales declaraciones.

Sin el más mínimo atisbo de sinceridad, Wei Wuxian se disculpó:

—Lo lamento, líder Lan. No podía esperar más.

Como si Jin Guangyao tampoco pudiera aguardar, se volvió hacia sus subordinados.

—¿Aún no habéis terminado de cavar?

—Líder, es que lo enterró a demasiada profundidad… —argumentó uno de los monjes.

Pese a que el rostro de Jin Guangyao palideció y se ensombreció, no los reprendió, sino que se limitó a ordenar:

—¡Haz que se den prisa!

Antes de que terminara de hablar, un escalofriante y cegador relámpago cruzó el horizonte. Un instante después estalló un trueno.

Al levantar la vista hacia el cielo, el semblante de Jin Guangyao se ensombreció aún más.

No mucho después unas diminutas gotas de lluvia comenzaron a caer. Wei Wuxian seguía asido a Lan Wangji, pues todavía tenía intención de soltar la maraña de palabras y sentimientos que guardaba en el pecho. No obstante, cuando la lluvia cayó sobre su cara, se calmó un poco.

—Zewu-jun, está lloviendo. ¿Qué te parece si entramos? —le propuso Jin

Guangyao a Lan Xichen.

Aunque ya lo tenía a su merced, le mostraba la misma amabilidad de siempre. No solo no era brusco con él, sino que también lo trataba igual que antes, con la salvedad de que ahora era un tanto más cortés de lo habitual. Incluso a la persona con el peor carácter del mundo le costaría arremeter contra él. Como bien dice el refrán, «nadie es capaz de golpear a una persona que le sonríe», y más aún si se trata de un hombre tan pacífico como Lan Xichen.

Jin Guangyao fue el primero en cruzar el umbral y entrar en la sala principal. Los demás lo siguieron.

Como Wei Wuxian y Lan Wangji habían estado allí durante el día, sabían que el interior era bastante espacioso y majestuoso.

Tanto la pintura roja de las paredes como los adornos dorados estaban en tan buenas condiciones que parecían nuevos. Era evidente que le hacían un mantenimiento constante y minucioso al templo. Los cultivadores y los monjes seguían cavando en la parte trasera de la sala principal. Y, si bien no se podía determinar a qué profundidad habían llegado, aún no habían extraído lo que el propio Jin Guangyao había enterrado en su momento.

Cuando Wei Wuxian alzó la cabeza de manera distraída, se quedó perplejo.

En el altar que utilizaban para rendirle culto a la diosa de la misericordia, había una estatua de Guanyin. No obstante, en comparación con la forma en la que solían representarla, su mirada parecía menos benevolente y su rostro era más delicado y hermoso. Lo que más le sorprendió fue que le resultaba bastante familiar… Se parecía demasiado a Jin Guangyao, que estaba muy cerca de ellos. A primera vista, no se notaba nada inusual. Sin embargo, cuanto más lo observaba, más similitudes hallaba. Habría dicho que se parecían entre un cincuenta y un sesenta por ciento.

«¿Tan vanidoso es?», se preguntó Wei Wuxian. «No le basta con ser el cultivador jefe del mundo cultivacional, sino que ha esculpido una estatua a

su imagen y semejanza para que lo veneren y recibir incienso de miles de creyentes. ¿O acaso se trata de algún arte maligno que desconozco?».

De pronto, escuchó la voz de Lan Wangji muy cerca de su oído:

—Siéntate.

Aquello lo sacó de golpe de sus pensamientos.

Lan Wangji tomó cuatro esteras de tipo cojín [2] . Ofreció dos de ellas a Lan Xichen y Jin Ling, mientras que reservó las otras dos para Wei Wuxian y para él. A pesar de su amable gesto, por alguna razón, Lan Xichen y Jin Ling se acomodaron muy lejos de ellos y, como si lo hubieran acordado de antemano, desviaron la mirada al mismo tiempo hacia un punto muy distante del templo.

Por otro lado, Jin Guangyao y sus subordinados fueron a la parte trasera de la sala a inspeccionar la excavación.

Wei Wuxian tiró de Lan Wangji para que ambos se sentaran sobre sus respectivas esteras. Parecía que todavía se encontraba ensimismado, ya que, con el tirón, se tambaleó un momento antes de sentarse erguido.

Tras serenar la mente, Wei Wuxian contempló el rostro de Lan Wangji, pero, como este tenía la cabeza gacha, le resultaba difícil ver las emociones que se reflejaban en sus ojos. A juzgar por las pocas palabras que le había dirigido para declararse, sabía que Lan Wangji no le creía del todo. Y no era para menos, pues, como si lo hubieran castigado con la muerte de los mil y un cortes, había sido víctima de las constantes torturas y burlas de una persona descarada, distraída y, sobre todo, ajena a sus sentimientos. Al pensar en ello, se le encogió el corazón. El pecho le dolía tanto que empezó a temblar. Aun así, no se atrevió a seguir ahondando en sus pensamientos, ya que la prioridad en ese momento era darle a Lan Wangji una dosis más fuerte del remedio.

—Oye, Lan Zhan —dijo—. Mí… mírame.

Su voz estaba cargada de tensión.

—Hm —replicó Lan Wangji.

Tras respirar hondo, Wei Wuxian declaró entre susurros:

—Tengo muy mala memoria… Hay muchas cosas del pasado de las que no logro acordarme, incluyendo lo que sucedió en Ciudad sin Noche. No recuerdo ni una sola cosa de lo que ocurrió esos días.

Al oírlo, Lan Wangji abrió unos ojos como platos de la sorpresa.

De repente, Wei Wuxian extendió las manos y lo agarró con fuerza por los hombros antes de continuar:

—¡Pero…! Pero, a partir de ahora, recordaré todo lo que me digas y hagas. ¡No olvidaré ni el más mínimo detalle!

—…

—Eres maravilloso y único —expresó Wei Wuxian—. Me gustas.

—…

—Dicho de otro modo, me encantas, no puedo alejarme de ti, te amo, te deseo, ¡todo!

—…

—Quiero pasar el resto de mi vida de cacería nocturna contigo.

—…

Mostrando tres dedos a modo de juramento, Wei Wuxian señaló al cielo, al suelo y, por último, a su corazón.

—Además, quiero acostarme contigo todos los días. Te juro que no se trata de un capricho, tampoco estoy jugando contigo como solía hacerlo, y mucho menos lo estoy diciendo por gratitud. Sea como sea, se acabaron las insolencias: de verdad me gustas y quiero acostarme contigo. Aparte de ti, no quiero nada ni a nadie más. Tienes que ser tú, únicamente tú. Puedes hacerme lo que desees. Haz conmigo lo que te apetezca, te juro que todo me va a gustar. Siempre que estés dispuesto a estar conmigo…

Antes de que terminara la frase, una súbita ráfaga de viento entró y apagó las llamas de las múltiples velas que se hallaban en el templo de Guanyin.

Sin que se percataran, la llovizna se convirtió en un aguacero torrencial. Las lámparas del exterior se balanceaban y chocaban entre sí, aunque hacía

tiempo que se habían apagado.

De un momento a otro, los alrededores se sumieron en la oscuridad.

En medio de la penumbra, Wei Wuxian no pudo seguir hablando, ya que Lan Wangji lo abrazó con fuerza y le tapó la boca.

Su respiración era agitada y frenética. Con la voz ronca, le susurró al oído:

—Me encantas…

—¡Sí! —contestó Wei Wuxian mientras se aferraba a él con fuerza.

—Te amo… —continuó Lan Wangji—. Te deseo…

—¡Así es! —exclamó en voz alta Wei Wuxian.

—No puedo alejarme de ti… No quiero nada ni a nadie más… ¡Tienes que ser tú, únicamente tú!

Mientras repetía una y otra vez lo que Wei Wuxian le había dicho, su voz y su cuerpo temblaban. Daba la impresión de que estaba a punto de romper a llorar. Conforme pronunciaba las palabras, iba aumentando la presión que sus brazos ejercían alrededor de la cintura de Wei Wuxian. El abrazo era tan fuerte que no solo lo había inmovilizado, sino que le estaba haciendo daño. Aun así, sus manos también se aferraron a la espalda de Lan Wangji. Estaba casi sin aliento, pero lo disfrutaba tanto que odiaba el hecho de no poder asirse más a él.

Pese a que no podían ver nada con claridad, sus pechos estaban tan cerca que sentían el corazón del otro. Wei Wuxian notó a la perfección como el de Lan Wangji latía desbocado y como una ola abrasadora de calidez estaba a punto de salir de su pecho. Entonces sintió que una pequeña lágrima caía en su cuello y desaparecía de inmediato, aunque no estaba seguro de si había sido producto de su imaginación.

Justo en ese instante se oyeron unas pisadas aceleradas. Después de inspeccionar la excavación, Jin Guangyao regresó con varios cultivadores.

Dos monjes, uno a la izquierda y otro a la derecha, lucharon contra el vendaval e hicieron toda la fuerza que pudieron para cerrar las puertas y correr el pesado cerrojo. Fue entonces cuando Jin Guangyao sacó un talismán de fuego, lo encendió con un ligero soplido y lo utilizó para volver a encender las velas rojas. Las tenues llamas amarillentas se convirtieron en la única iluminación del solitario templo en medio de la lluviosa noche.

De pronto, se escucharon un par de nítidos golpes en el exterior.

Toc, *toc* .

Alguien estaba llamando a la puerta.

Todos se alertaron y miraron hacia la entrada. En silencio, como si se prepararan para enfrentarse a un enemigo formidable, los dos monjes que habían cerrado las puertas apuntaron sus espadas hacia el lugar de donde provenía el ruido.

—¿Quién es? —preguntó Jin Guangyao sin inmutarse ni un poquito.

—¡Líder, soy yo! —exclamó la persona de fuera.

Era la voz de Su She.

Jin Guangyao hizo un gesto con la mano. Los dos monjes corrieron el cerrojo. Acompañado de una ráfaga de viento y lluvia, Su She entró.

Las llamas rojas de las velas parpadearon sin parar y casi se apagaron. Por suerte, los monjes volvieron a cerrar las puertas con movimientos rápidos y ágiles.

Su She estaba empapado por la intensa lluvia, tenía un gesto serio y los labios morados a causa del frío. Sostenía una espada en la mano derecha y llevaba a rastras a una persona con la izquierda. Tras entrar, hizo ademán de arrojarla al suelo, pero se detuvo al ver a Wei Wuxian y a Lan Wangji, que se hallaban sobre sus respectivas esteras sin separarse.

Hacía poco que Su She había sufrido un amargo momento por culpa de ambos, de modo que su expresión cambió drásticamente y alzó su espada. Sin embargo, tras mirar a Jin Guangyao y ver lo despreocupado que parecía, se calmó al comprender que los tenían bajo control.

—¿Qué ha pasado? —preguntó Jin Guangyao.

—Me he topado con él por el camino —explicó Su She—. He pensado que sería de utilidad, así que lo he traído.

Jin Guangyao se acercó y, tras bajar la mirada para echar un vistazo, hizo otra pregunta:

—¿Lo has herido?

—No. Se ha desmayado del susto —aclaró Su She al tiempo que arrojaba a la persona al suelo.

—Minshan, deberías ser más delicado con él —advirtió Jin Guangyao—. Es muy asustadizo y no soporta las caídas.

—Sí, señor —contestó de inmediato Su She.

Acto seguido, levantó al hombre que acababa de tirar al suelo y lo acomodó con cuidado al lado de Lan Xichen.

Zewu-jun lo había observado en todo momento. Tan pronto como le

apartó el desordenado y mojado cabello de la cara, descubrió que era nada más y nada menos que Nie Huaisang. Seguro que Su She lo había interceptado y capturado mientras regresaba a Qinghe desde Muelle de Loto.

Lan Xichen alzó la cabeza y preguntó:

—¿Por qué lo has capturado?

—Tener a otro líder en mis manos intimidará a los demás —manifestó Jin Guangyao—. No tienes de qué preocuparte, segundo hermano. Sabes muy bien cómo he tratado a Huaisang todo este tiempo. Te prometo que, cuando llegue el momento, lo dejaré ir ileso.

—¿Debería creerte? —inquirió Lan Xichen en tono apático.

—Bueno, eso depende de ti —dijo Jin Guangyao—. Me creas o no, no hay nada que puedas hacer.

Cuando Su She dirigió su fría mirada hacia Wei Wuxian y Lan Wangji, resopló con amargura y soltó una risa irónica.

—Hanguang-jun y patriarca de Yiling, no esperaba que nos volviéramos a encontrar tan pronto, y mucho menos que la situación se revirtiera completamente. ¿Qué os parece? ¿Cómo os sentís?

Lan Wangji no dijo nada. De todos modos, nunca había dado importancia a unas provocaciones tan insignificantes.

Por su parte, Wei Wuxian se preguntó: «¿Eh? ¿Cómo que se ha revertido la situación? ¿No fuiste tú quien escapó de la colina de las fosas? Incluso ahora sigues huyendo».

Sin embargo, como Su She llevaba años conteniéndose, se desquitaba sin que nadie lo incitara. Al no obtener respuesta, analizó a Lan Wangji con la mirada y dijo en tono de mofa:

—Incluso a estas alturas sigues manteniendo la compostura y la serenidad. ¿Cuánto tiempo crees que durará esto?

Lan Wangji permaneció en silencio.

—Líder Su, si mal no recuerdo —intervino Lan Xichen—, nunca te

tratamos mal cuando fuiste discípulo del clan Lan de Gusu. ¿Por qué atacas a Wangji de esta manera?

—Ah, no, no. No me atrevería a arremeter contra el talentosísimo y maravilloso segundo joven señor Lan, es solo que no soporto verlo siempre con esa actitud de superioridad.

Si bien no era la primera vez que Wei Wuxian veía como el odio de una persona surgía sin una buena justificación, sintió una pizca de desconcierto.

—¿Alguna vez Hanguang-jun te ha dicho que se cree superior? —preguntó—. Si mi memoria no me falla, hay una regla en el clan Lan de Gusu que dice «se prohíben la arrogancia y el egocentrismo».

—¿Cómo es que conoces las reglas del clan Lan de Gusu? —quiso saber Jin Ling.

—Si las transcribes muchísimas veces, las terminas memorizando —replicó Wei Wuxian, frotándose la barbilla.

—¿Y qué hacías transcribiéndolas? No es como si… —Tras soltar aquello, Jin Ling se detuvo. Lo que pretendía decir era «no es como si formaras parte de su familia», pero se arrepintió al darse cuenta de lo inapropiado que sería.

—Líder Su, no me digas que piensas así solo porque Hanguang-jun siempre ha mantenido una expresión apática —retomó el tema Wei Wuxian —. En ese caso, lo estás juzgando mal. Está muy claro que pone esa cara con todo el mundo. Menos mal que no llegaste a estudiar en el clan Jiang de Yunmeng.

—¿Por qué lo dices? —inquirió Su She en tono indiferente.

—Porque habrías muerto de cólera por mi culpa —explicó Wei Wuxian —. Cuando era niño, no había un solo día en el que no pensara en lo asombroso que era. ¡Era taaan egocéntrico! Ah, y no solo eso, ¡sino que también lo gritaba a los cuatro vientos!

Las venas de la frente de Su She se hincharon de pronto.

—¡Cierra la boca!

Justo cuando quiso golpear a Wei Wuxian, Lan Wangji tiró de él y lo protegió con un firme abrazo. Su She vaciló y se preguntó si le convendría atacar o no.

Wei Wuxian asomó la cabeza a través de los brazos de Lan Wangji y dijo a modo de advertencia:

—Te sugiero que no lo hagas, líder Su. Lianfang-zun todavía le guarda mucho respeto a Zewu-jun. ¿Crees que le haría gracia que le hicieras daño a Hanguang-jun?

Su She ya lo sabía y por eso mismo pensaba contenerse. No obstante, al escucharlo de la boca de Wei Wuxian, se sintió muy ofendido. Dejándose llevar por la rabia de su corazón, profirió otro sarcástico comentario:

—¡Me resulta difícil creer que el legendario patriarca de Yiling, que sembró el terror entre los vivos y entre los muertos, le tenga miedo a la muerte!

—Uy, muchas gracias por el halago —dijo Wei Wuxian sin una pizca de vergüenza—. Sin embargo, no es que tema a la muerte, es que no quiero morir todavía.

Su She se rio con incredulidad.

—Veo que estás tergiversando mis palabras a tu favor, ¿eh? ¡No seas ridículo! ¿Acaso existe alguna diferencia entre tener miedo a la muerte y no querer morir?

—Desde luego que sí —contestó Wei Wuxian, acurrucándose más en los brazos de Lan Wangji—. Por ejemplo, si dijera que no quiero separarme de Lan Zhan ahora, sería muy diferente a decir que tengo miedo de hacerlo, ¿a que sí?

Tras analizarlo un momento, añadió:

—Lo siento, retiro lo dicho. Ahora que lo pienso, me parece que no hay ninguna diferencia.

Su She se puso rojo de la indignación.

El plan inicial de Wei Wuxian era enfadarlo, pero, para su sorpresa,

escuchó una ligera risa encima de él. El sonido era tan tenue que creyó que había oído mal. Sin embargo, cuando alzó la cabeza, vio la ligera sonrisa que se había formado en los labios de Lan Wangji; no había tenido tiempo de disiparse y resultaba tan deslumbrante que era como si el sol estuviera brillando sobre la nieve.

En ese instante no solo Su She, sino también Lan Xichen y Jin Ling se quedaron estupefactos.

Era bien sabido que Hanguang-jun siempre tenía una expresión tan gélida como el hielo y que no sonreía ni hablaba demasiado. Parecía que no le interesaba nada y casi nadie lo había visto sonreír, ni siquiera curvar ligeramente las comisuras de los labios. Por tanto, los había tomado a todos por sorpresa, y mucho más en aquellas circunstancias.

Wei Wuxian abrió los ojos de par en par. Después de un rato tragó saliva unas cuantas veces. La nuez de su garganta subió y bajó.

—Eh, Lan Zhan…

Toc, *toc*.

En ese preciso momento se escucharon otros golpeteos en la puerta de la sala.

Su She desenvainó su espada, la sostuvo con firmeza y preguntó alarmado:

—¡¿Quién es?!

Aunque no hubo respuesta… ¡la puerta no tardó en venirse abajo!

En medio del vendaval y la lluvia torrencial que se filtraba por la entrada, una corriente de energía espiritual que fluía como un relámpago púrpura golpeó de lleno el pecho de Su She, lanzándolo por los aires. El hombre chocó contra una columna de caoba y soltó una bocanada de sangre en el acto. Los dos monjes que custodiaban ambos costados de la puerta también se vieron afectados por el ataque: cayeron al suelo y no pudieron levantarse.

Entonces una figura vestida de púrpura cruzó el umbral y entró en la sala con pasos firmes.

Si bien el viento y la lluvia arreciaban fuera del templo de Guanyin, el recién llegado no estaba empapado, tan solo el dobladillo de su túnica mostraba una tonalidad más oscura.

En la mano izquierda sostenía un paraguas de papel de aceite. La lluvia caía sobre la superficie de la sombrilla, salpicando y chapoteando. En la mano derecha, por otra parte, la fría corriente de Zidian, el Relámpago Púrpura, crepitaba y parpadeaba sin cesar. Lo que más resaltaba era que su rostro parecía más tenebroso que la tormenta.

De inmediato Jin Ling se irguió y lo llamó:

—¡Tío!

Recorriéndolo con la mirada, Jiang Cheng lo reprendió con severidad:

—¡¿Tío?! Si todavía me consideras como tal, ¡¿por qué escapaste?!

De manera intencionada o inconsciente, dirigió la vista hacia Wei Wuxian y Lan Wangji. Antes de que sus miradas se encontraran, Su She se había apoyado sobre Nanping, Dura de Serenar, y se había levantado para apuntar a Jiang Cheng con su espada.

Antes de que este pudiera moverse, se escucharon unos ladridos, Hada entró en el templo como un pez volador y se abalanzó hacia Su She. A Wei Wuxian se le pusieron los pelos de punta tan pronto como escuchó al perro y se encogió entre los brazos de Lan Wangji.

—¡Lan Zhan! —exclamó despavorido.

Sin que le dijera nada, Lan Wangji ya lo había abrazado con más fuerza.

—¡Hm! ¡Aquí estoy!

—¡Abrázame! —exigió Wei Wuxian.

—¡Ya lo estoy haciendo!

—¡Más fuerte!

—¡También lo estoy haciendo!

Sin necesidad de volverse hacia ellos, al escuchar sus voces, a Jiang Cheng se le contrajeron los músculos de la cara y las comisuras de los labios. Si bien al principio tenía ganas de mirarlos, optó por tensar el cuello

y no girarse en esa dirección.

Varios monjes y cultivadores entraron corriendo desde la parte trasera del templo y blandieron sus espadas para atacar al intruso. Jiang Cheng soltó una risa irónica y agitó la mano derecha, haciendo danzar a Zidian. En el interior de la sala, se formó un arco púrpura que lanzó por los aires a todos aquellos a los que alcanzó. Pese a estar derribando a sus enemigos, en ningún momento dejó de sostener con firmeza el paraguas en la mano izquierda. Una vez que todos los monjes y cultivadores cayeron al suelo, Jiang Cheng por fin lo cerró. Una corriente púrpura seguía rodeando el cuerpo de todos los que se habían desplomado.

Su She rugía con furia mientras el perro espiritual de pelaje negro lo hostigaba.

—¡Hada! ¡Ten cuidado! —gritaba Jin Ling desde un lado—. ¡Muérdelo! ¡Muérdele la mano!

—¡Líder Jiang! —gritó Lan Xichen—. ¡Cuidado con el sonido de la cítara!

Antes de que terminara su advertencia, las notas melodiosas de una cítara llegaron desde la parte trasera del templo de Guanyin. Aun así, Jiang Cheng ya había sufrido por culpa de esa canción maligna en la colina de las fosas y estaba alerta al respecto. Tan pronto como oyó el primer sonido, dio una patada al suelo y levantó con la punta del pie una espada larga que se le había caído a un cultivador. Soltó el paraguas y cogió el arma. Acto seguido, se llevó la mano derecha a la cintura para desenvainar a Sandu, la espada de los Tres Venenos. Con una hoja en cada mano, las entrecruzó. El violento choque entre ambas produjo un estridente y desgarrador chirrido que eclipsó las notas de la cítara de Jin Guangyao.

¡Sin duda alguna, era un método muy eficaz de interrumpir la melodía!

No obstante, había un pequeño inconveniente… ¡El chirrido era absolutamente insoportable! Todos sentían como si les fueran a reventar los tímpanos. Lan Xichen y Lan Wangji tenían el ceño fruncido, pues, al ser del clan Lan de Gusu, les resultaba aún más difícil de aguantar. Como Lan Wangji no podía taparse los oídos porque seguía abrazando a Wei Wuxian con determinación, este extendió las manos para ayudarlo a pesar de que todavía temblaba de miedo por los ladridos del perro.

Con el rostro rígido y sosteniendo las dos espadas, Jiang Cheng continuó provocando aquellos infernales, perturbadores y ensordecedores chirridos mientras se obligaba a avanzar hacia el fondo de la sala.

Sin embargo, Jin Guangyao no esperó a que lo alcanzara y lo atacara, sino que se adelantó por propia voluntad. Mientras caminaba con los oídos tapados, declaró:

—Líder Jiang, me rindo ante tu letalidad.

Jiang Cheng agitó a Zidian en su dirección, pero Jin Guangyao lo esquivó.

—¿Por qué estás aquí?

Jiang Cheng no dijo nada.

Como Jin Guangyao sabía que su energía espiritual no era tan poderosa

como la del líder Jiang, no se atrevió a enfrentarse a él de forma directa; en lugar de eso, se limitó a esquivarlo con gran agilidad e hizo que sus subordinados lo rodearan. Con un porte sereno en medio del caos, añadió:

—¿Es porque el pequeño Ling salió a hacer travesuras? ¿Has llegado aquí mientras le seguías el rastro? Apuesto a que ha sido Hada el que te ha mostrado el camino. ¡Uf, qué injusto! Aunque ese perro espiritual fue un regalo mío, no me muestra ni un poquito de respeto.

Gracias al reconfortante abrazo de Lan Wangji, Wei Wuxian ya no sentía tanto miedo al oír los ladridos del animal. De hecho, pudo despejar la mente y observar con atención a Jin Guangyao, que empleaba argumentos elocuentes mientras sus ojos se movían con astucia y sonreía sin parar. Como su conducta le recordaba a alguien, susurró:

—Se comporta igual que Xue Yang.

Lan Wangji no contestó.

Al no obtener respuesta, Wei Wuxian alzó la cabeza para mirarlo. Fue entonces cuando cayó en la cuenta de que aún estaba tapándole los oídos. No era de extrañar que no respondiera, pues ni siquiera lo había escuchado. Wei Wuxian retiró las manos de inmediato.

En ese preciso instante Jin Guangyao cambió de tema y preguntó con una sonrisa:

—Líder Jiang, ¿qué sucede? Desde que has llegado, no has dejado de desviar la vista. Es como si no quisieras mirar en cierta dirección. ¿Qué hay ahí?

—Eres el cultivador jefe… —contestó Jiang Cheng al fin—. ¡Si quieres pelear, adelante! ¡Ya basta de sandeces!

—¿Todavía pretendes eludir el tema? —lo presionó Jin Guangyao—. Ahí no hay nada importante, solo tu hermano cultivacional. ¿En serio has venido a buscar al pequeño Ling?

—¡¿A quién si no?! —exclamó Jiang Cheng.

—¡No le contestes! —advirtió Lan Xichen.

Jin Guangyao acostumbraba a hablar de manera grácil pero poco honesta. Sus palabras eran engaños disfrazados, así que, tan pronto como Jiang Cheng comenzara a hablar, su atención se desviaría y, sin que se diera cuenta, sus emociones se verían afectadas.

—Bien. Joven señor Wei, ya lo ve —dijo Jin Guangyao—. Su hermano menor no ha venido a por usted, ni siquiera tiene ganas de mirarlo.

—Qué comentario tan absurdo —dijo Wei Wuxian mientras soltaba una risa irónica—. No es la primera vez que el líder Jiang me trata así, no es necesario que me lo recuerdes.

Al oír tales palabras, las comisuras de los labios de Jiang Cheng se curvaron ligeramente y se le hincharon las venas de la mano que sostenía a Zidian.

Girándose hacia él de nuevo, Jin Guangyao suspiró con decepción.

—¿Lo ves, líder Jiang? No es nada fácil ser tu hermano cultivacional, ¿eh?

Al notar que insistía una y otra vez en el mismo tema, Wei Wuxian se mantuvo alerta.

—¡Líder Jin! ¡¿Acaso no es más difícil ser tu hermano jurado?! —replicó Jiang Cheng con sarcasmo.

Sin importarle que lo escuchara o no, Jin Guangyao continuó:

—Me he enterado de que ayer causaste un enorme alboroto en Muelle de Loto. De repente, empezaste a correr por todas partes con la espada que solía usar el patriarca de Yiling; a todo el que veías le pedías que intentara desenvainarla.

Al instante la expresión de Jiang Cheng se volvió aterradora.

Por su parte, Wei Wuxian se enderezó, todavía entre los brazos de Lan Wangji. Mientras su corazón palpitaba con frenesí, una voz en su mente le decía: «¿Mi espada? ¿Se estará refiriendo a Suibian, “Lo que Sea”? ¿Acaso no se la dejé a Wen Ning? Un momento… Es cierto que ni ayer ni hoy lo he visto con ella… ¡¿Cómo es que ha acabado en manos de Jiang Cheng?! ¡¿Y

por qué les ha pedido a otros que intentasen desenfundarla?! ¡¿La habrá desenvainado él mismo?!».

Cuando más tenso se sentía, Lan Wangji extendió la mano y le acarició la espalda unas cuantas veces. Fue así como Wei Wuxian logró calmarse un poco.

Ante el repentino silencio de Jiang Cheng, los ojos de Jin Guangyao se iluminaron.

—También me han dicho que nadie podía desenvainarla, pero tú lo has logrado. Qué extraño, ¿no? La espada estaba sellada cuando la encontré y la guardé hace trece años. A excepción del mismísimo patriarca de Yiling, nadie había podido desenfundarla…

—¡Cállate la boca! —exigió Jiang Cheng, furioso, convocando a Sandu y a Zidian.

Sin embargo, Jin Guangyao prosiguió sonriente:

—Así he recordado lo insensato y frívolo que era el joven señor Wei en aquel entonces. A dondequiera que iba, nunca llevaba su espada y siempre tenía una excusa. Me parecía muy extraño, ¿a ti no?

—¡¿Qué insinúas?! —bramó Jiang Cheng.

—Eres asombroso —comentó Jin Guangyao, alzando la voz a propósito —. No solo eres el líder más joven, sino que reconstruiste el clan Jiang de Yunmeng con tu propio esfuerzo. Te admiro muchísimo por ello, pero también recuerdo que, sin importar en qué ámbito compitieras con el joven señor Wei, nunca podías ganarle. ¿Podrías decirme, por favor, cómo lo superaste tras la campaña de derribo del sol? ¡¿Acaso te tomaste algún elixir para restaurar tu núcleo dorado?!

Como había hecho especial énfasis en las palabras «núcleo dorado», pronunciándolas de manera clara e incisiva, el rostro de Jiang Cheng se contrajo tanto que era como si sus rasgos se hubiesen deformado. Incluso Zidian despidió un peligroso destello. Debido a sus turbulentas emociones, se abrió una brecha en su defensa.

Y era precisamente eso lo que Jin Guangyao había estado esperando, de modo que sacudió la cuerda de la cítara que había ocultado desde el principio. De inmediato Jiang Cheng recuperó la compostura e hizo frente al ataque, provocando que Zidian y la cuerda se enredaran. Tan pronto como Jin Guangyao sintió que se le entumecía la palma, la retiró. No obstante, sus siguientes movimientos tomaron por sorpresa a todos: se rio entre dientes y agitó la mano izquierda…

¡Otra cuerda fue directa hacia Wei Wuxian!

Las pupilas de Jiang Cheng se contrajeron. Tan rápido como pudo, giró la mano y desvió a Zidian para que la interceptara.

—¡Cuidado, tío! —le advirtió Jin Ling.

¡Jin Guangyao aprovechó la coyuntura para desenvainar la espada blanda que tenía enrollada en la cintura y lo apuñaló en el corazón!

Muy pálido, Jiang Cheng se cubrió el pecho. La sangre se escurría entre sus dedos, tiñendo a gran velocidad la ropa de un negro púrpura.

Cuando Zidian interceptó la cuerda, volvió a su forma de anillo de plata y se enroscó alrededor del dedo de su dueño. Si el portador perdía demasiada sangre o resultaba herido de gravedad, el arma espiritual adoptaba la forma que consumiera menos energía.

Aprovechando la oportunidad, Jin Guangyao se le acercó y le dio dos toques para sellar sus meridianos. Al final, sacó un pañuelo y limpió su espada blanda antes de volvérsela a enrollar alrededor de la cintura.

Jin Ling se había precipitado a sujetar a Jiang Cheng.

Al ver la escena, Lan Xichen suspiró y le indicó al joven:

—No dejes que haga movimientos bruscos. Sujétalo bien y siéntalo poco a poco.

A pesar de que Jiang Cheng había recibido una puñalada en el pecho, su herida no era letal; tan solo le impedía moverse y usar su poder espiritual. Como no le agradaba que otros lo ayudaran, le exigió con severidad a su sobrino:

—¡Apártate!

Jin Ling era consciente de que su tío seguía enfadado con él por haber escapado de Muelle de Loto. Como sabía que había hecho mal, no se atrevió a contradecirlo.

El ladrido del perro espiritual llegó desde muy lejos y pronto lo siguió un aullido desgarrador. Jin Ling se sobresaltó al recordar las palabras que había dicho Jin Guangyao al principio y gritó:

—¡Hada, huye, que te van a matar!

Al poco tiempo Su She regresó corriendo bajo la fuerte lluvia. A juzgar por su expresión, estaba furioso.

—¿Cómo es que aún no has acabado con él? —quiso saber Jin Guangyao.

—He fallado. ¡No puedo creer lo cobarde que es ese jodido chucho! —replicó Su She con una mirada desdeñosa—. Si alguien lo respalda, se muestra valiente; pero, cuando no tiene escapatoria, ¡huye a la primera oportunidad más veloz que nadie!

—Me temo que atraerá a más gente —expresó Jin Guangyao, sacudiendo la cabeza—. Tenemos que acabar con esto lo más rápido posible.

—¡No son más que un hatajo de inútiles! —profirió Su She—. ¡Entraré para meterles prisa!

Jin Ling dejó escapar un suspiro de alivio. Sin embargo, cuando vio a Jiang Cheng sentado en el suelo y con el rostro pálido, se quedó pensativo un momento y luego se dirigió hacia Lan Wangji:

—Hanguang-jun, ¿por casualidad hay más esteras?

Era él quien había conseguido las esteras de tipo cojín, pero solo había encontrado cuatro en toda la sala. Tras un momento de silencio, Lan Wangji se puso de pie y empujó la suya hacia el adolescente.

—¡Muchas gracias! Pero no hace falta, mejor le doy la mía… —se apresuró a decir Jin Ling.

—No te preocupes.

Dicho aquello, Lan Wangji se acomodó junto a Wei Wuxian. Los dos se

sentaron sobre una misma estera sin ningún problema. Para su sorpresa, no era tan estrecha como pensaban.

Al ver que le habían dejado una para él, Jin Ling se rascó la cabeza y procedió a arrastrar a su tío materno para que se sentara. Jiang Cheng se apretó los puntos acupresionales para detener el flujo de la sangre. Después levantó la mirada y les echó un vistazo a Wei Wuxian y a Lan Wangji. Al poco tiempo volvió a bajar la cabeza. Su rostro se había ensombrecido y era difícil descifrar lo que estaba pensando.

En ese preciso instante un grito extático llegó desde la parte trasera del templo:

—¡Líder Jin! ¡Lo hemos encontrado! ¡Ya hemos desenterrado una de las esquinas!

El semblante de Jin Guangyao se relajó de inmediato. Mientras se dirigía hacia allí con pasos veloces, ordenó:

—¡Daos prisa y tened cuidado! El tiempo se agota.

Siete u ocho relámpagos cegadores centellearon y resplandecieron en el cielo. De inmediato hubo un estallido de truenos.

En el interior Wei Wuxian y Lan Wangji seguían juntos. Como Jiang Cheng se había acomodado en una esquina, Jin Ling arrastró su estera hacia él.

Zaaa… Zaaa…

Un incómodo silencio reinaba en la sala, solo roto por el repiqueteo de la lluvia. Nadie se atrevía a hablar.

Aun así, por alguna razón, Jin Ling parecía querer que los adultos interactuaran, de modo que, tras mirar a su alrededor, soltó de repente:

—Tío, menos mal que has interceptado la cuerda de la cítara; si no, habríamos tenido un gran problema.

El rostro de Jiang Cheng se ensombreció aún más.

—¡Cállate la boca!

Si no se hubiera dejado llevar por sus inestables emociones, no habría

permitido que Jin Guangyao aprovechara la brecha en su defensa para perpetrar un ataque furtivo, y mucho menos habría caído en manos del enemigo. Es más, Wei Wuxian y Lan Wangji habrían podido evitar la cuerda de la cítara por sí solos. Si bien Lan Wangji tenía los meridianos sellados y Wei Wuxian poseía poca energía espiritual, ambos eran bastante habilidosos; aunque no hubieran podido contraatacar, la habrían esquivado.

El intento de Jin Ling de ayudar a su tío resultó extremadamente torpe. Todo parecía tan forzado que la situación se volvió aún más incómoda.

Después de la reprimenda, el muchacho guardó silencio más por vergüenza que por otra cosa. Jiang Cheng frunció los labios y dejó de hablar, y Wei Wuxian tampoco dijo nada.

En el pasado, no habría dejado escapar la oportunidad de chinchar a Jiang Cheng: se habría burlado de él por haber caído en unas provocaciones tan simples y haberse mostrado vulnerable ante el enemigo. No obstante, ahora que pensaba en lo que había dicho Jin Guangyao, entendía a la perfección por qué habían funcionado.

Y es que… Jiang Cheng se había enterado de toda la verdad.

Justo en ese momento Lan Wangji le acarició la espalda un par de veces. Cuando Wei Wuxian alzó la vista, vio que no había ni una pizca de conmoción en sus ojos; en su lugar, se podía decir que su mirada era dulce y compasiva. Su corazón dio un vuelco y no pudo evitar susurrar:

—¿Ya lo sabías…?

Lan Wangji asintió de forma pausada.

—Wen Ning… —dijo Wei Wuxian mientras exhalaba un suave suspiro.

Suibian estaba bajo su cuidado, pero ahora había caído en manos de Jiang Cheng. Le sorprendía que el general fantasma no le hubiera mencionado el incidente después de salir de Muelle de Loto.

—¿En qué momento reveló la verdad? —inquirió Wei Wuxian.

—Cuando estabas inconsciente —replicó Lan Wangji.

—¡¿Fue así como escapamos de Muelle de Loto?!

Si no fuera porque Wen Ning todavía no estaba con ellos, ya lo habría fulminado con la mirada.

—Se siente muy arrepentido —lo defendió Lan Wangji.

—¡Le advertí una y otra vez que no dijera nada…! —exclamó Wei Wuxian con un deje de molestia.

—¿Que no dijera qué? —intervino Jiang Cheng de pronto.

Wei Wuxian se quedó pasmado un instante. Cuando giró la cabeza al mismo tiempo que Lan Wangji, ambos vieron cómo se cubría la herida del pecho con una mano mientras manifestaba con frialdad:

—Wei Wuxian, qué altruista y grandioso eres, ¿eh? No solo fuiste generoso en secreto, sino que también soportaste un montón de humillaciones en silencio. ¡Qué conmovedor! ¿Debería arrodillarme y llorar frente a ti para agradecértelo?

Al oír sus palabras, cargadas de insolencia y sarcasmo, Lan Wangji se puso rígido. Al ver la hostilidad que sentía en su semblante, Jin Ling se puso delante de Jiang Cheng para protegerlo por miedo a que lo matara de un solo manotazo.

—¡Tío! —chilló el muchacho con preocupación.

El gesto de Wei Wuxian también se volvió un tanto hosco. Si bien no esperaba que Jiang Cheng hiciera las paces con él tras enterarse de la verdad, tampoco había imaginado que lo trataría de una manera tan desagradable. Tras un breve silencio, masculló:

—Nunca te he pedido que me lo agradezcas.

—¡Ja! —se rio Jiang Cheng, irritado—. Por supuesto, ser benevolente sin recibir nada a cambio te convierte en un ser supremo. Sin duda alguna, eres muy diferente a mí. No es de extrañar que, en vida, mi padre soliera decir que tú sí entendías el lema de nuestro clan y que llevabas contigo la esencia de los Jiang…

Como Wei Wuxian no soportaba seguir escuchándolo, lo interrumpió:

—Ya basta.

—¿Cómo has dicho? ¡¿Crees que me voy a detener solo porque tú lo digas?! —replicó Jiang Cheng de forma tajante—. ¡Claro, sabes muy bien que eres mejor que yo en todos los ámbitos! Ya sea en talento, cultivación, inteligencia o temperamento, todos vosotros me superáis… Yo, en cambio, tengo capacidades limitadas… ¡¿Qué soy entonces?!

De pronto, extendió la mano con brusquedad, como si quisiera agarrar a Wei Wuxian por el cuello de su túnica. No obstante, Lan Wangji lo puso detrás de él para protegerlo. Al mismo tiempo utilizó su mano libre para propinarle un golpe en el brazo a Jiang Cheng. Cuando este por fin se alejó, Lan Wangji clavó en él una mirada cargada de furia. Si bien su golpe no contenía energía espiritual, había sido tan potente que le había abierto la herida del pecho y la sangre brotaba de nuevo.

—¡Tío, tu herida! —clamó Jin Ling, alarmado—. ¡Hanguang-jun, por favor, tenga piedad!

Sin embargo, Lan Wangji exigió en tono gélido:

—¡Jiang Wanyin, sé más consciente de lo que dices!

Después de quitarse la túnica exterior para cubrir a Nie Huaisang, que no dejaba de temblar de frío, Lan Xichen intercedió:

—No deberías alterarte. Como grites un par de veces más, tu herida empeorará.

Jiang Cheng apartó de un empujón a Jin Ling, que lo estaba sujetando desconcertado. Aunque había perdido sangre, no pudo evitar que una parte se le subiera a la cabeza, lo que aumentó su ira y tiñó su rostro pálido de rojo.

—¡¿Por qué?! Dime, Wei Wuxian, ¡¿por qué cojones lo hiciste?!

Aún detrás de Lan Wangji, este contestó con rigidez:

—¿El qué?

—¿Acaso eres consciente de lo mucho que te ha dado mi familia? ¡Estaba claro que yo era el hijo de Jiang Fengmian y el heredero del clan Jiang de Yunmeng! Aun así, siempre has estado por encima de mí. ¡No solo te

criaron y te cuidaron, sino que también arriesgaron la vida por ti! ¡Mi padre, mi madre y mi hermana perdieron la vida, hasta Jin Zixuan! ¡Por tu culpa, Jin Ling se ha quedado huérfano!

El muchacho tembló, sus hombros cayeron y su expresión se volvió sombría.

Wei Wuxian movió los labios, pero no fue capaz de articular palabra. Lan Wangji se dio la vuelta y lo cogió de la mano.

Por su parte, Jiang Cheng continuó profiriendo maldiciones, todavía sin intención de rendirse:

—Dime, ¿quién fue el primero que rompió su propio juramento y traicionó al clan Jiang? Una vez dijiste que serías mi subordinado cuando fuera el líder, que me apoyarías el resto de nuestras vidas y que, así como el clan Lan de Gusu cuenta con los jades gemelos, el clan Jiang de Yunmeng tendría un par de héroes. Prometiste que nunca nos traicionarías ni a mí ni al clan. ¡¿Quién dijo todo eso, eh?! ¡Contéstame, maldita sea! ¡¿Adónde se han ido todas esas promesas?! ¡¿Te las has tragado todas o qué?!

Cuanto más hablaba, más se alteraba.

—¡¿Y al final qué?! Protegiste a personas ajenas al clan. ¡Ja, ja! Encima, defendiste nada más y nada menos que a los Wen. ¡¿Cuánto te dieron de comer para que no dudaras ni un poquito en traicionarnos, eh?! ¡Te has burlado de mi familia y de mí! Sí, hiciste toda clase de buenas acciones, pero, cuando llegó el momento de obrar el mal, ¡pusiste la excusa de que no tuviste elección, de que no pudiste evitarlo y tenías dificultades que no podías revelar! ¡¿Qué ocurría?! ¡No me decías nada! ¡Me tomabas por tonto!

»¿Sabes cuánto le debes al clan Jiang? ¿Está mal que te guarde rencor? ¡¿En serio no tengo derecho a hacerlo?! ¡¿Por qué ahora parece que soy yo el que te ha fallado?! ¡Joder! ¡¿Por qué ahora me tengo que sentir como si hubiera sido un bufón todos estos años?! ¿Qué crees que soy? ¡¿Merezco que tu resplandor me ciegue?! ¡¿Acaso no puedo odiarte?!

Cuando Lan Wangji se levantó de repente, Jin Ling entró en pánico y de nuevo se puso delante de Jiang Cheng para protegerlo.

—¡Hanguang-jun! Mi tío está herido…

Jiang Cheng le dio tal bofetada a su sobrino que lo tiró al suelo y le impidió levantarse.

—¡Deja que venga! ¡¿Crees que le tengo miedo al segundo señor Lan?!

Después de recibir semejante golpe, Jin Ling se quedó pasmado.

Y no solo él, sino también Wei Wuxian, Lan Wangji y Lan Xichen. Todos se quedaron inmóviles.

Jiang Cheng había empezado a llorar. Mientras las lágrimas se deslizaban por sus mejillas, apretaba los dientes y decía:

—¿Por qué…? ¡¿Por qué no me lo dijiste?!

Cerró las manos como si le fuera a pegar a alguien, aunque también parecía que pretendía golpearse a sí mismo. No obstante, al final, terminó estampando el puño contra el suelo.

Si bien era cierto que tenía libertad para odiar a Wei Wuxian, el núcleo dorado que le proporcionaba energía espiritual a su cuerpo le impedía aborrecerlo de manera justa.

Wei Wuxian no sabía cómo responderle. Al principio había decidido no revelarle nada por miedo a que se desmoronara. Les había prometido a Jiang Fengmian y a la señora Yu que cuidaría y apoyaría a su hijo, y eso nunca lo había olvidado; es más, lo había grabado en lo más profundo de su corazón. Si una persona tan competitiva como Jiang Cheng se hubiera enterado de la verdad, se habría sumido en la amargura y la miseria el resto de su vida y nunca habría podido enfrentarse a sí mismo. En su corazón habría surgido un obstáculo perpetuo que jamás sería capaz de superar, y siempre pensaría que había conseguido sus logros gracias a los sacrificios de otra persona. Ni la cultivación ni sus éxitos le habrían pertenecido. Ganar habría equivalido a perder. Hacía tiempo que no estaba en condiciones de competir.

Más tarde, cuando Jin Zixuan y Jiang Yanli murieron por su causa, Wei Wuxian tampoco se atrevió a revelar la verdad. Contársela a Jiang Cheng después de tales acontecimientos habría sido como eludir la responsabilidad y una manera desesperada de insinuar que era una persona de mérito, de decirle a Jiang Cheng: «Mira, yo también me sacrifiqué por el bien del clan Jiang de Yunmeng».

Si bien Jiang Cheng lloraba en silencio, tenía la cara empapada de lágrimas. En el pasado, habría sido impensable que llorara de una forma tan penosa delante de todos. Sin embargo, a partir de ese día, mientras ese núcleo dorado siguiera dentro de él y le proporcionara energía espiritual, siempre tendría presente esa sensación.

Ahogándose entre sollozos, dijo:

—Una vez dijiste… que serías mi subordinado cuando yo fuera el líder del clan… que me apoyarías el resto de nuestras vidas y que nunca traicionarías al clan Jiang de Yunmeng… Eso fue lo que me prometiste.

Tras un momento de silencio, Wei Wuxian por fin habló:

—Lo lamento, rompí mi promesa.

Jiang Cheng sacudió la cabeza y enterró el rostro entre las manos. Al cabo de un rato, soltó una risita amarga y masculló en tono burlón:

—Para que te disculpes conmigo en una situación como esta… debo de ser muy importante, ¿eh?

Sus palabras siempre estaban cargadas de sarcasmo, pero esta vez no se estaba mofando de otra persona, sino de sí mismo.

—Lo siento —dijo de repente.

Wei Wuxian se quedó perplejo, aunque no tardó en contestar:

—No tienes que disculparte conmigo…

A esas alturas era imposible determinar quién le había fallado a quién.

—Considéralo mi compensación al clan Jiang de Yunmeng —añadió.

Jiang Cheng levantó la cabeza y, con los ojos enrojecidos, dijo con la voz ronca:

—¿Una compensación a mi padre, mi madre y mi hermana…?

—Ya no importa —dijo Wei Wuxian, frotándose las sienes—. Es cosa del pasado, no hay que seguir mencionándolo.

No era algo que le agradara revivir una y otra vez. No quería verse obligado a recordar todo lo que había sentido cuando le extrajeron el núcleo dorado mientras estaba lúcido, tampoco repetir y enfatizar el sacrificio que había representado y el alto precio que había pagado.

Si el asunto se hubiera descubierto en su vida anterior, se habría reído a carcajadas y habría consolado a Jiang Cheng con palabras como estas: «A decir verdad, no es para tanto. Mírame: a pesar de que llevo muchísimos años sin el núcleo dorado, estoy mejor que nunca. Zurro a quien me da la gana y mato a quien quiero». Sin embargo, ahora ya no tenía energía para fingir tanta despreocupación y arrogancia.

Además, decir que eso no le afectaba sería una vil mentira.

¿Cómo podría no darle importancia?

Era imposible.

Cuando Wei Wuxian tenía diecisiete o dieciocho años, no era menos orgulloso que Jiang Cheng. Además, tenía una poderosísima energía espiritual y talentos extraordinarios. Pese a que se pasaba todo el día pescando y cazando aves y se quedaba despierto toda la noche trepando por las paredes para gastarle bromas pesadas a la gente, estaba muy por encima de sus condiscípulos, más aplicados y estudiosos.

Sin embargo, después de que le extrajeran el núcleo dorado, cada vez que llegaba la silenciosa noche, le costaba conciliar el sueño y no dejaba de dar vueltas en la cama, pensando que nunca podría alcanzar la cima a través de la senda ortodoxa y que jamás volvería a usar aquella espada que solía dejar boquiabiertos a todos. Por otro lado, si Jiang Fengmian no lo hubiera llevado a Muelle de Loto, nunca habría tenido conexión con el mundo cultivacional ni se habría enterado de que existía un camino tan misterioso y magnífico; simplemente se habría convertido en el cabecilla de una

pandilla de indigentes que huía al ver un perro o, quién sabe, quizá estaría pastoreando ganado, robando verduras en el campo o tocando la flauta. Habría perdido el tiempo de todas las maneras posibles, menos practicando la cultivación; asimismo, apenas habría tenido posibilidades de forjar su núcleo dorado.

Al pensar en todo eso, su corazón se serenó considerablemente.

Era mejor considerarlo como una compensación o un castigo. Era más fácil hacer como si nunca hubiera obtenido el núcleo dorado.

Tras repetirse la misma idea una y otra vez, parecía que podía actuar de una forma tan despreocupada como siempre. De hecho, aunque fuese medio en broma medio en serio, podría elogiarse a sí mismo por cómo había aceptado la situación.

Aun así, eso era una cuestión que pertenecía a su vida anterior.

—Em… Oye… no deberías pensar en ello todo el tiempo… Por tu personalidad, sé que lo recordarás siempre, pero ¿cómo debería decirlo…? —Wei Wuxian hizo una pausa, cogió la mano de Lan Wangji y se dirigió una vez más hacia Jiang Cheng—: Esta vez te lo digo con total sinceridad: todo forma parte del pasado. Ha transcurrido demasiado tiempo como para seguir dándole vueltas.

Con movimientos bruscos, Jiang Cheng se secó las lágrimas de la cara. Tras respirar hondo, cerró los ojos.

En ese preciso instante Nie Huaisang, que estaba cubierto con la túnica exterior de Lan Xichen, abrió poco a poco los ojos y, entre quejidos, se levantó con gran dificultad.

—¿Dónde estoy? —preguntó entre adormilado y confundido.

Para su sorpresa, tan pronto como despertó, vio que enfrente se encontraban Wei Wuxian y Lan Wangji, sentados muy juntos sobre una misma estera. Cuando se percató de que el patriarca de Yiling estaba prácticamente sobre el regazo de Hanguang-jun, gritó en el acto como si fuera a desmayarse de nuevo. Al mismo tiempo escuchó unos extraños

resoplidos en la parte trasera de la sala principal del templo de Guanyin, como si alguien estuviera escupiendo.

Unos instantes más tarde los cultivadores que cavaban gritaron al unísono.

El semblante de muchos de los presentes se demudó de forma súbita. En cuestión de segundos, un ligero olor acre flotó en el aire. Lan Xichen se cubrió el rostro con las mangas mientras fruncía el entrecejo con preocupación.

Inmediatamente después dos figuras entraron a trompicones en la sala.

Segunda parte

Su She sujetaba a Jin Guangyao . Ambos tenían el rostro pálido. Los lamentos al fondo de la sala no cesaron.

—¡¿Cómo te encuentras, líder?! —inquirió Su She.

Una capa de sudor frío perlaba la frente de Jin Guangyao.

—Estoy bien. Muchas gracias por lo que acabas de hacer.

Su mano izquierda colgaba sin fuerza y no podía levantarla. El brazo le temblaba como si estuviera soportando un profundo dolor. Introdujo la derecha en su túnica y sacó un frasco de medicina. Si bien quiso abrirlo, no podía hacerlo. Al verlo, Su She se apresuró a tomar el frasco, lo abrió por él y extrajo varias píldoras que dejó sobre la palma de Jin Guangyao. Este no tardó en echar la cabeza hacia atrás para tragárselas. Aunque tenía el ceño fruncido, su semblante se relajó al ingerir el medicamento.

Tras quedarse pasmado un momento, Lan Xichen se animó a preguntar:

—¿Qué te ha pasado?

Aquello tomó por sorpresa a Jin Guangyao. Entonces la sangre volvió a fluir por su rostro y forzó una sonrisa.

—Solo ha sido un descuido.

Entonces sacó un polvo medicinal y se lo esparció en la mano izquierda, donde tenía una mancha roja desde el dorso hasta la muñeca. De cerca, la piel de aquella zona parecía un pedazo de carne frita, estaba destrozada. Con la mano temblorosa, Jin Guangyao arrancó un trozo de su blanca solapa y le ordenó a Su She:

—Minshan, átalo con fuerza alrededor de mi muñeca.

—¿Te has intoxicado? —preguntó el hombre.

—La toxina no deja de fluir por mi cuerpo —dijo Jin Guangyao—. Pero no hay de qué preocuparse, la expulsaré después de respirar un par de veces.

Después de que atendieran sus heridas, quiso volver a la parte trasera del templo a echar un vistazo.

—¡Deja que vaya contigo, líder! —insistió Su She.

El olor acre se fue disipando poco a poco, y tanto Wei Wuxian como Lan Wangji se levantaron para seguirlos.

Una vez allí, vieron una alta pila de tierra al lado de un profundo hoyo. También había un exquisito y delicado ataúd a un costado con un oscuro baúl encima. Los dos objetos estaban abiertos y despedían un ligero humo blanco. El olor acre venía de allí y no cabía duda de que se trataba de un veneno mortal. Junto al ataúd había una montaña de cadáveres que pertenecían a los cultivadores que habían estado excavando. Parecía como si hubieran cocido los cuerpos. Tanto los uniformes con la insignia de la flor de estrella de nieve como las túnicas de los monjes se habían corroído hasta tal punto que solo quedaban residuos carbonizados y ennegrecidos. Aquello demostraba cuán tóxico era el humo blanco.

Su She tomó la delantera y disipó el humo restante con la energía de su espada. Sin querer, la punta de su arma golpeó el baúl negro de hierro. Cuando el objeto se volcó sobre el suelo, vieron que se encontraba vacío.

Sin poder contenerse más, Jin Guangyao avanzó a trompicones y se abalanzó hacia el ataúd. En un instante la poca sangre que había regresado a su rostro se volvió a drenar. A juzgar por su semblante, intuyeron que también estaba vacío.

Lan Xichen se aproximó. Al ver el lamentable estado de la parte trasera del templo, expresó conmocionado:

—¿Qué fue lo que enterraste aquí? ¿Cómo es que se ha producido este desastre?

Con tan solo echar un vistazo, Nie Huaisang se horrorizó tanto que cayó al suelo de rodillas y empezó a sufrir arcadas. Aunque los labios de Jin Guangyao temblaron, de su boca no salió ni una sola palabra. Un rayo cayó del cielo, resaltando lo pálido que estaba. Su expresión era tan espantosa que Nie Huaisang se estremeció; estaba tan espantado que procuró no hacer demasiado ruido mientras vomitaba. Al final, solo se tapó la boca y se encogió detrás de Lan Xichen. Ya no se sabía si temblaba de frío o de miedo. Lan Xichen se dio la vuelta y lo consoló con unas cuantas palabras. Por el contrario, Jin Guangyao ya no tenía ganas de aparentar la misma amabilidad y condescendencia de siempre.

—Zewu-jun, me temo que has acusado erróneamente al líder Jin —observó Wei Wuxian—. Él no fue quien enterró esto. Aunque es cierto que fue el primero en esconder algo aquí, alguien debió de sustituirlo hace muchísimo tiempo.

Su She lo señaló con el dedo y lo acusó de forma tajante:

—Esto ha sido obra tuya, ¡¿verdad?!

—No es por presumir, pero, en ese caso, tu queridísimo líder se habría lastimado algo más que el brazo —replicó Wei Wuxian—. Líder Jin, ¿todavía te acuerdas de la carta que Qin Su te mostró en la torre de la Carpa Dorada?

Despacio, Jin Guangyao dirigió la mirada hacia él.

—Quien le contó a Qin Su todas tus maravillosas obras fue Bicao, la antigua sirvienta de la señora Qin —expuso Wei Wuxian—. ¿Por qué crees que de repente decidió revelar la verdad? ¿En serio piensas que actuaba sola? Ah, y también está la señorita Sisi, la mujer a la que encerraste. ¿Quién la rescató? ¿Quién les indicó a ella y a Bicao que fueran al clan Jiang de Yunmeng a desvelar tus atrocidades delante de todos? Piénsalo bien… Si esa persona ha sido capaz de descubrir todos tus secretos, es muy posible que viniera antes que tú y sustituyera la cosa que querías desenterrar por una trampa sorpresa: el humo tóxico.

Justo entonces uno de los monjes exclamó:

—Líder, hemos encontrado señales de que han removido la tierra. ¡Alguien ha cavado desde el otro lado!

En efecto, alguien se le había adelantado.

Jin Guangyao se dio la vuelta y dio un manotazo sobre el ataúd vacío. Los presentes no podían ver su expresión, tan solo cómo le temblaban los hombros.

—Líder Jin, ¿has pensado en que, aunque esta noche eres la mantis, hay una oropéndola acechándote? [3] —preguntó Wei Wuxian con una sonrisa —. Puede que en este preciso momento esa persona esté observando cada uno de tus movimientos en la oscuridad… O, quién sabe, quizá no sea un ser humano…

Se seguían oyendo los truenos amortiguados, y la lluvia torrencial aún no había cesado.

Tan pronto como escuchó la última frase, una emoción muy parecida al miedo afloró al rostro de Jin Guangyao.

Con una risa de frustración, Su She dijo:

—Wei Wuxian, no pretendas asustarnos con tus bravuconerías…

Jin Guangyao levantó la mano derecha para indicarle que se detuviera. A una velocidad increíble, el atisbo de miedo de su cara se desvaneció y volvió a mantener sus emociones bajo control.

—No pierdas el tiempo en disputas innecesarias. Mejor ocúpate de atender tus heridas. Cuando haya expulsado todo el veneno de mi cuerpo, haz que el resto de los hombres se preparen para marcharse.

—Líder, ¿qué va a pasar con la cosa que han desenterrado? —quiso saber Su She.

Los labios de Jin Guangyao palidecieron ligeramente.

—Como se la han llevado en secreto, será imposible que la recuperemos. No podemos permanecer en este lugar demasiado tiempo.

—¡Entendido! —contestó Su She.

Cuando estaba luchando con Hada, el perro le había dejado rasguños dispersos por todo el cuerpo. Su ropa estaba rasgada en la zona de los brazos y el torso. El pecho era donde más heridas tenía, pues, al estar la piel al descubierto, las garras del animal habían traspasado la carne y habían llegado a los huesos. Por consiguiente, su blanca túnica estaba empapada de sangre. Si no se trataba las heridas a tiempo, corría el riesgo de no poder enfrentarse a las próximas adversidades.

Jin Guangyao sacó una bolsita de hierbas medicinales de su túnica y se la entregó.

—De acuerdo —dijo Su She mientras la cogía con ambas manos.

Como era de esperar, le hizo caso a su líder y no le dirigió la palabra a Wei Wuxian. Se giró sobre los talones y se desabrochó la ropa para curarse.

Jin Guangyao aún no podía controlar la mano izquierda, que se había quemado con el humo tóxico, por lo que se sentó en el suelo y se concentró en su respiración para expulsar el veneno. Los cultivadores restantes caminaron por el templo de Guanyin con las espadas en la mano, supervisando y patrullando. Los ojos de Nie Huaisang casi se salieron de sus órbitas al ver brillar las hojas. Al no tener a ninguno de sus guardaespaldas consigo, se acobardó tanto que ni siquiera se atrevía a respirar demasiado hondo. Solo se acurrucó en un rincón detrás de Lan Xichen y estornudó varias veces.

«Su She se muestra altivo ante la mayoría de las personas y odia a Lan Zhan, pero a Jin Guangyao lo trata con bastante respeto», se dijo Wei Wuxian.

Al pensar aquello, no pudo evitar mirar a Lan Wangji, pero, por casualidad, vio que un frío destello se reflejaba en sus ojos.

En un tono severo y gélido, Lan Wangji le ordenó a Su She:

—Date la vuelta.

El hombre estaba de espaldas, tenía la cabeza gacha y se estaba aplicando las hierbas medicinales sobre las heridas que le habían infligido las garras

del perro espiritual. Tan pronto como oyó su exigente voz, se giró de manera inconsciente.

Cuando se dio la vuelta, Jiang Cheng y Jin Ling abrieron unos ojos como platos del asombro.

La sonrisa de Wei Wuxian se desvaneció en el acto y resaltó de inmediato:

—¡Conque fuiste tú…!

Solo entonces Su She se percató de que algo andaba mal y se apresuró a cubrirse el pecho con la túnica. No obstante, todos habían visto su torso con total claridad: en una franja de su piel, muy cerca del corazón, había más de una docena de horripilantes agujeros negros de distintos tamaños.

¡Eran las marcas de la maldición de las mil úlceras y los cien agujeros!

Además, era obvio que no tenía esas marcas porque hubiera sido una víctima de aquel hechizo maligno. En ese caso, a juzgar por cómo se habían propagado sus agujeros, tanto sus órganos internos como su núcleo dorado debían de estar repletos de hoyos negros, cosa que le habría impedido usar su energía espiritual. No obstante, todavía era capaz de activar talismanes transportadores, que consumían una gran cantidad de energía. Solo había una explicación para el origen de las marcas: eran producto de un efecto rebote, ¡lo que significaba que una vez había lanzado aquella maldición!

Por aquel entonces, no era que Wei Wuxian no se hubiera esforzado en averiguar quién había lanzado el hechizo maligno. De hecho, quería encontrar al culpable para limpiar su nombre, pero, al final, no pudo hallarlo en el inmenso mar de gente. Encima, lo que aconteció más tarde no se podía solucionar encontrando a quien había lanzado la maldición, así que abandonó toda esperanza.

¿Quién habría imaginado que esa noche encontrarían al culpable?

Cuanto más te urge encontrar algo, menos posibilidades tienes de conseguirlo; sin embargo, cuando no lo buscas, aparece en el momento menos esperado.

Jin Ling no entendía nada, y lo más probable era que Nie Huaisang tampoco.

Lan Xichen se giró hacia Jin Guangyao y dijo en tono acusador:

—Líder Jin, ¿esto también formaba parte del asedio de la senda Qiongqi?

—¿Qué te hace pensar eso? —contestó Jin Guangyao.

—¡¿Te atreves a preguntarlo?! —exclamó Jiang Cheng con aspereza—. ¡Si Jin Zixun no hubiera recibido la maldición, no se habría desencadenado todo lo que ocurrió después! Ese incidente te ayudó a deshacerte de tu hermano y de tu primo, Jin Zixuan y Jin Zixun. Te libraste de todos los obstáculos para heredar el clan Jin de Lanling y ascender a cultivador jefe. ¡Su She fue quien lanzó la maldición, y da la casualidad de que es tu confidente! ¡Ya no hay dudas sobre quién se lo ordenó!

Jin Guangyao ni siquiera se inmutó, sino que siguió centrado en su respiración.

Wei Wuxian se rio indignado y miró con rabia a Su She.

—¿Alguna vez te he ofendido? No tengo nada en tu contra y no hay ningún rencor entre nosotros. ¡Apenas te conozco!

—Joven señor Wei, ¿no debería saberlo ya? ¿Acaso no tener rencores equivale a vivir en paz? —intervino Jin Guangyao—. No seas ingenuo. Todos nacemos sin ningún tipo de ofensas ni rencores, pero siempre habrá alguien que nos dé el primer golpe.

—¡Maldita escoria! —exclamó Jiang Cheng con desdén.

Para su sorpresa, Su She soltó una risa sarcástica.

—No seas iluso. ¿Quién ha dicho que le lancé la maldición a Jin Zixun para inculparte? Por aquel entonces, ni siquiera trabajaba para el líder Jin. ¡Lo hice porque me dio la gana!

—Entonces, ¿es a él a quien le guardabas rencor? —preguntó Wei Wuxian.

—¡No hay que tener piedad con esos tipos engreídos! —declaró Su She —. ¡Mataré a todos los que me encuentre!

Wei Wuxian sabía que «la persona engreída» a la que más odiaba Su She era Lan Wangji, así que preguntó:

—¿Qué problema tienes con Hanguang-jun? ¿Cuándo se ha mostrado soberbio ante los demás?

—¿Acaso estoy equivocado? Si no hubiera nacido en una buena familia, ni siquiera tendría derecho a creerse superior —argumentó Su She—. ¡¿Por qué siempre dicen que lo imito?! Todos lo alaban por su noble carácter… ¡Ja, claro! ¡El honorable Hanguang-jun es tan noble que se relaciona con el patriarca de Yiling, a quien todos vilipendian por su escandalosa y aberrante forma de actuar! ¡No me hagáis reír!

Wei Wuxian estaba a punto de hablar, pero de repente se percató de que esa mirada sombría y resentida le resultaba muy familiar. Parecía haberla visto en alguna parte.

—¡Eres tú! —exclamó cuando al fin lo recordó.

El dueño de la espada que había caído en el abismo acuático del lago Biling de la aldea Caiyi, el discípulo que había empujado a Mianmian en la cueva del Xuanwu asesino… ¡era nada más y nada menos que Su She!

Ante la ironía, Wei Wuxian soltó una estruendosa carcajada.

—Ya lo entiendo.

—¿El qué? —preguntó Lan Wangji.

Wei Wuxian sacudió la cabeza.

Conocía muy bien el carácter de Jin Zixun: a menudo menospreciaba a los miembros de los clanes afiliados al suyo y consideraba que estaban al mismo nivel que los sirvientes de su residencia. Incluso le resultaba denigrante el simple hecho de estar en el mismo banquete que ellos. Como Su She pertenecía a uno de esos clanes, era inevitable que participara en los festines de la torre de la Carpa Dorada, por lo que muchas veces se tenía que topar con él. Mientras que uno era rencoroso y mezquino, el otro era engreído y fanfarrón. Si habían tenido algún desencuentro, no era de extrañar que Su She le guardara rencor.

En ese caso, la maldición de las mil úlceras y los cien agujeros de Jin Zixun no tenía nada que ver con Wei Wuxian. Aun así, le habían atribuido el crimen. La razón por la que el muchacho lo había emboscado en la senda Qiongqi era precisamente aquel hechizo maligno. Si tal incidente nunca hubiera ocurrido, el clan Jin de Lanling no habría tenido motivos para interceptarlo y tratar de acabar con él, Wen Ning no habría perdido el control ni habría perpetrado una matanza, Wei Wuxian no habría tenido que cargar con el peso de la muerte de Jin Zixuan y nada de lo que siguió a aquello habría sucedido.

Lo peor era enterarse de que el propósito de lanzar la maldición no era inculparlo. ¡Él ni siquiera formaba parte de las variables!

Eso lo hacía aún más inaceptable…

Mientras reía, los ojos de Wei Wuxian enrojecieron de la rabia. En un tono sarcástico y crítico, dijo:

—No puedo creer que todo haya sucedido por culpa de alguien como tú… ¡Y mucho menos por unas razones tan absurdas!

Como si le hubiese leído los pensamientos, Jin Guangyao lo interrumpió:

—Joven señor Wei, no debería pensar así.

—¿Eh? —dijo Wei Wuxian—. ¿Acaso sabes en qué estoy pensando?

—Por supuesto, no es muy difícil de adivinar. Seguro que cree que es demasiado injusto, pero, en realidad, no lo es. Incluso si Su She no le hubiera lanzado la maldición a Jin Zixun, tarde o temprano lo habrían acosado por otro motivo. —Esbozando una tenue sonrisa, Jin Guangyao añadió—: Así es su personalidad. Dicho de un modo amable, usted es heroico y audaz; pero, dicho de un modo tajante, no hace más que ofender a la gente dondequiera que vaya. A menos que aquellos a los que ha ultrajado permanezcan sanos y salvos el resto de sus vidas, usted siempre será la primera persona de la que sospecharán y de la que se querrán vengar en caso de que surja algún problema. Y eso es algo que no puede controlar.

De manera inesperada, Wei Wuxian se rio.

—Pero ¿qué me pasa? Por algún motivo, pienso que tienes toda la razón.

—Aunque no hubiera perdido el control en la senda Qiongqi, nada habría garantizado que no fuera a desmandarse en algún otro momento —continuó Jin Guangyao—. Por eso la gente como usted está destinada a tener una vida corta. ¿Ya lo ve? Es mejor pensar de esta manera, ¿a que sí?

—¡Eres tú el que tendrá una vida corta, imbécil! —exclamó Jiang Cheng con furia.

Sin importar que estuviera herido de gravedad, tomó a Sandu y se precipitó hacia Jin Guangyao. Cuando la sangre le brotó a raudales, Jin Ling se preocupó tanto que tiró de él para que retrocediera. Como no podía moverse, el corazón de Jiang Cheng se llenó de odio y maldijo:

—¡No eres más que el hijo de una prostituta! ¡No te importa actuar sin escrúpulos con tal de escalar a la cima! ¡¿Ahora nos sales con que no instigaste a Su She a hacer todo esto?! ¡¿A quién cojones tratas de engañar?!

Jin Guangyao se quedó pasmado ante las palabras «hijo de una prostituta» y lo miró. Después de un momento de reflexión, manifestó con serenidad:

—Cálmate, líder Jiang. Entiendo perfectamente cómo te sientes en este momento. Estás conmocionado porque sabes la verdad sobre tu núcleo dorado. Tu orgulloso corazón se siente culpable al mirar atrás y ver lo que has hecho a lo largo de los años, así que estás desesperado por encontrar a un responsable de lo que le ocurrió al joven señor Wei en su vida pasada. Después de hallar al demonio que te pueda absolver de toda culpabilidad, emprenderás una lucha en su contra con la excusa de vengarte en nombre del joven señor Wei. Así, no solo apaciguarás tu ira, sino que también aliviarás un poco la carga que sientes.

»Si te tranquiliza pensar que yo lo he tramado todo, desde la maldición de las mil úlceras y los cien agujeros hasta el asedio de la senda Qiongqi, adelante. Siéntete libre de pensar lo que quieras, pero tienes que entender

que también eres responsable de lo que le sucedió al joven señor Wei. ¿Por qué tanta gente se opuso al patriarca de Yiling? ¿Por qué siempre le achacaban todo, incluso cosas que no tenían nada que ver con él? ¿Por qué siempre lo atacaban? ¿En serio crees que lo hacían por su sentido de la justicia? Por supuesto que no. Parte de la culpa la tienes tú.

Jiang Cheng se rio con incredulidad.

Como Lan Xichen sabía que Jin Guangyao solo buscaba provocarlo, masculló:

—¡Líder Jin!

Él no se inmutó y continuó su discurso con una sonrisa:

—En aquel entonces, el clan Jin de Lanling, el clan Nie de Qinghe y el clan Lan de Gusu estaban compitiendo para repartirse el poder del mundo cultivacional. El resto solo obtenían migajas… En cuanto a ti, acababas de reconstruir Muelle de Loto y tenías a tu lado a Wei Wuxian, el peligrosísimo e insuperable patriarca de Yiling. ¿Crees que a los demás les hacía gracia que fueras un líder tan joven y, encima, contaras con un aliado tan poderoso y singular? Por suerte, como no parecía que te llevaras muy bien con tu hermano cultivacional, aprovecharon la situación e intentaron echar más leña al fuego para que vuestra relación se terminara de quebrar y os volvierais el uno contra el otro. Pasara lo que pasara, no iban a permitir que el clan Jiang de Yunmeng se hiciera más poderoso, pues solo buscaban fortalecerse a sí mismos. Líder Jiang, si hubieras tratado mejor a tu hermano cultivacional y hubieras demostrado que vuestra alianza era inquebrantable, quizá los espectadores se habrían sentido intimidados y no se habrían metido con vosotros; o tal vez, si hubieras sido un poco más indulgente después del incidente, las cosas no habrían tenido tal desenlace… Ah, ahora que lo recuerdo, fuiste una de las principales fuerzas del asedio de la colina de las fosas…

—Por lo que veo, la frase «hijo de una prostituta» te ha dolido, ¿no es así, líder Jin? —intervino Wei Wuxian—. Con razón mataste a Chifeng-zun.

Ante la mención de Nie Mingjue, la expresión de Lan Xichen cambió.

Aunque la sonrisa de Jin Guangyao también se congeló un momento, no tardó en ponerse de pie. Al terminar de regular su respiración, intentó mover la mano izquierda. Tan pronto como comprobó que ya podía mover los cinco dedos sin ningún inconveniente, empezó a dar órdenes:

—Es hora de partir.

—¡Sí, señor! —contestó Su She.

Dos monjes se acercaron a Lan Xichen y lo agarraron, uno por la izquierda y otro por la derecha.

Justo cuando estaban a punto de abrir la puerta, Jin Guangyao se detuvo de repente.

—Ah, casi lo olvidaba. —Tras girarse hacia Lan Xichen, añadió—: Según mis cálculos, los meridianos de Zewu-jun están a punto de desbloquearse.

El nivel cultivacional de Lan Xichen era bastante superior al suyo. Si pretendía sellarle los meridianos, tendría que reforzar el bloqueo cada dos horas para que no los liberase por sí mismo.

Jin Guangyao avanzó unos pasos y se puso delante de él.

—Lo lamento.

Justo cuando hizo ademán de extender la mano, algo blanco cayó con pesantez frente a él. ¡Cuando se apartó de un salto, vio que era un cuerpo tan pálido que brillaba!

Una mujer desnuda yacía boca abajo en el suelo. Su torso y sus extremidades se retorcían como si quisiera arrastrarse hacia Jin Guangyao. Su She blandió su espada hacia ella, y la mujer gritó antes de que su cuerpo estallara en llamas. Sin rendirse, se puso de pie y avanzó con pasos tambaleantes mientras le tendía la mano a Jin Guangyao. Pese a que su cuerpo y su rostro estaban achicharrados por el fuego, se veía con claridad el profundo odio que refulgía en sus ojos. Su She le propinó un segundo tajo con la espada, y la mujer se desvaneció como el humo.

Jin Guangyao retrocedió unos cuantos pasos cuando, de repente, tropezó con algo. Al mirar hacia atrás, vio que eran dos cuerpos humanos entrelazados. Uno de ellos lo alcanzó con la mano y lo agarró del tobillo.

En ese preciso instante se escuchó un silbido.

—¡Wei Wuxian! —exclamó Su She, irritado.

Sin que nadie se diera cuenta, alguien había pintado con sangre un montón de hechizos en la estatua de Guanyin.

El núcleo de la formación del templo estaba justo en la sala principal, y Wei Wuxian aprovechó que todos habían bajado la guardia para romperla. ¡Todas las cosas que se encontraban selladas en el interior estaban saliendo en un caudal infinito!

—¡¿Qué está pasando?! —gritó alarmado Jin Ling.

Por su parte, Jiang Cheng no dejaba de sacudirse la ropa, ya que el dobladillo de su túnica había empezado a arder. Mientras que Jin Ling se encontraba a salvo, varios de los monjes estaban en llamas, gritando y rodando por el suelo. Su She y Jin Guangyao sabían de sobra que tenían que limpiar los trazos de sangre que Wei Wuxian había dibujado sobre la estatua de Guanyin, pero los cultivadores y los espíritus malignos que emergían desnudos les impedían avanzar. Wei Wuxian les había ordenado que no atacaran ni a Jiang Cheng ni a Jin Ling ni a los demás; aun así, el adolescente alzó a Suihua, la espada Perduradora, para defenderse.

—¿Qué demonios son estas cosas? —preguntó—. Nunca había visto…

¡Nunca había visto unos espíritus malignos desnudos tan obscenos!

Con la mirada llena de furia, Jin Guangyao hizo estallar una ráfaga de fuego con la palma de la mano. Una vez despejado el camino, corrió hacia la estatua de Guanyin. Cuando estaba a punto de borrar los hechizos que Wei Wuxian había dibujado, sintió algo frío tras él, justo a la altura de su cintura.

Enseguida oyó la sutil voz de Lan Xichen.

—No te muevas.

Jin Guangyao hizo ademán de contraatacar, pero Lan Xichen actuó a tiempo y le dio un golpe en la espalda.

—Zewu-jun… Has… has recuperado tu energía espiritual.

Antes de que pudiera responder, Su She apuntó a Wei Wuxian con Nanping. Sin embargo, no contaba con que otra arma la interceptaría. Se trataba de una espada larga con una empuñadura muy parecida a la suya, solo que su luz espiritual era más deslumbrante y pura.

¡Era Bichen!

¡Cuando ambas espadas chocaron, Nanping se partió en dos!

La membrana entre el dedo índice y el pulgar de Su She se desgarró en el acto y la sangre empezó a brotar. Recibió tal impacto que todas las articulaciones de su brazo chasquearon. Con el rostro pálido, dejó caer la espada al suelo y se sujetó el brazo derecho con la mano izquierda. Sosteniendo a Bichen con una mano, Lan Wangji rodeó la cintura de Wei Wuxian con la otra y lo mantuvo detrás de él para protegerlo. Si bien este no necesitaba su ayuda, no opuso resistencia, pues estaba muy contento de estar cerca de él.

Como los cambios se sucedieron en un abrir y cerrar de ojos, los cultivadores del clan Jin de Lanling tardaron en asimilarlos. Para cuando reaccionaron, Su She no solo se estaba sosteniendo el ensangrentado brazo derecho, sino que se le había vuelto a abrir la herida del pecho. Y, por si fuera poco, la punta de Bichen amenazaba la garganta de Jin Guangyao. Ahora que su jefe estaba en manos del enemigo, ninguno se atrevió a actuar.

Justo cuando Lan Xichen estaba a punto de decir algo, la expresión de todos los presentes cambió de manera drástica y repentina, lo que lo llevó a dirigirse a Wei Wuxian:

—Joven señor Wei, de… deberías hacer que estas criaturas se vayan.

Los espíritus malignos estaban desnudos, actuaban con indecencia y, además, gemían sin ningún tipo de pudor. Con tan solo escucharlos, se sabía lo que estaban haciendo.

Como ninguno de ellos había visto unos espíritus asesinos tan indecorosos, se sintieron muy incómodos. Lan Xichen giró la cabeza para no mirarlos, Jiang Cheng tenía el rostro rígido y pálido, y Jin Ling se sonrojó. Wei Wuxian miró a Lan Wangji, a su lado, y pensó que era un verdadero despropósito que una persona como él presenciara semejante escena; después de todo, cuando era más joven, solía indignarse cada vez que veía dibujos eróticos.

—Mi intención era solo liberar a los seres malignos que estaban sellados en el templo y ganar un poco de tiempo… —se justificó—. ¿Cómo iba a saber yo que saldrían esta clase de criaturas…?

En ese momento Lan Wangji les echó un vistazo a los espíritus resentidos y, al igual que Lan Xichen, apartó la vista. Mientras miraba en otra dirección, pronunció una única palabra:

—Incendio.

De inmediato Wei Wuxian asintió con la cabeza y contestó muy serio:

—Así es. Todos murieron calcinados. Por lo visto, hubo un gran incendio en este lugar que mató a muchísima gente. Luego, con el fin de ocultar la verdad y reprimir a los espíritus malignos que estaban resentidos por haber muerto quemados, el líder Jin construyó el templo de Guanyin.

—¿Tuviste algo que ver con el incendio? —preguntó Lan Xichen.

—Ya hemos visto que los espíritus resentidos lo odian profundamente. Seguro que tiene algo que ver, ¿o no? —argumentó Jiang Cheng.

—Líder Jin… —lo presionó Lan Xichen—. ¿Te importaría contarnos toda la historia?

Jin Guangyao guardó silencio. Tenía los nudillos blancos.

—Parece que no está dispuesto —comentó Wei Wuxian antes de agitar la mano. Cuando el cadáver desnudo de una mujer se arrastró bajo su palma, dejó caer la mano sobre su oscura cabeza y declaró—: Sin embargo, aunque te niegues a hablar de ello, lo descubriré todo.

Fue así como Wei Wuxian se sumió en una sesión de empatía.

Antes de que abriera los ojos, un abrumador aroma a maquillaje le invadió las fosas nasales y una delicada voz salió de su propia boca:

—¿Hablas de ella…? Por supuesto que se quería casar. Tenía más de veinte años cuando conoció a aquel hombre. Ya no era joven y, con el paso del tiempo, iba a dejar de ser tan codiciada. Por eso insistió tanto en tener un hijo a pesar de las consecuencias que eso pudiera traer consigo. Es obvio que pretendía librarse de esto, pero todo dependía de que el hombre estuviera dispuesto a ceder.

Al abrir los ojos, vislumbró un magnífico y espacioso salón frente a él. Allí había alrededor de una docena de amplias y redondas mesas. Varios clientes estaban sentados en ellas, bebiendo licor en compañía de unas mujeres bastante atractivas; algunas mostraban sus seductores hombros y muchas tenían el cabello suelto y desordenado. Mientras que unas estaban sentadas en el regazo de los clientes, otras les daban de beber directamente en la boca. Todas estaban embriagadas y actuaban con coquetería.

Con tan solo el primer vistazo, supo en qué clase de lugar se encontraba.

«La mujer que murió quemada en el templo de Guanyin era una prostituta», reflexionó Wei Wuxian. «Con razón todos los espíritus resentidos estaban desnudos. Apuesto a que se trataba de estas prostitutas y sus clientes».

El hombre que estaba a su lado contestó con una sonrisa:

—Si el hijo es suyo, ¿por qué el hombre no iba a quererlo?

—Ella misma dijo que era un prestigiosísimo cultivador —explicó la mujer—. Eso quiere decir que debe de tener un montón de hijos. Cuantas más cosas tiene uno, menos las valora. ¿Cómo va a prestarle atención al hijo que ha sido fruto de una aventura? A pesar de que esperó y esperó,

nadie vino a recogerla, así que tuvo que criarlo sola. Lo ha estado cuidando durante catorce años.

Otros clientes también se unieron a la conversación.

—¿Un prestigiosísimo cultivador? ¿En serio sucedió algo así?

—Uf, ¿por qué iba a mentir sobre algo así? Es más, su hijo está haciendo trabajillos en nuestro burdel… Ah, mirad, es él… —La mujer giró la cintura y, agitando la mano para hacerle señas a un joven que llevaba una bandeja, exclamó—: ¡Pequeño Meng! ¡Ven aquí!

El adolescente obedeció.

—¿En qué puedo ayudarla, señorita Anxin?

En ese instante Wei Wuxian lo comprendió todo.

Un grupo de clientes miró a Meng Yao, juzgándolo.

—¿Ocurre algo? —volvió a preguntar el chico.

—Oye, pequeño Meng, ¿has continuado aprendiendo esas cosas por tu cuenta? —le preguntó Anxin con una sonrisa.

—¿Qué cosas? —inquirió él con asombro.

—Las que tu madre te pidió que aprendieras —puntualizó Anxin—. Ya sabes, sobre pintura, caligrafía, etiqueta, manejo de la espada y meditación… ¿Cómo vas con tus estudios?

Antes de que terminara de hacerle las preguntas, los clientes se echaron a reír como si les resultaran muy graciosas.

Anxin se dio la vuelta y los reprendió.

—No os riais. Todo lo que he dicho es verdad. Su madre lo ha educado como al hijo de una familia adinerada. No solo le ha enseñado a leer y a escribir, sino que le ha comprado un montón de manuales sobre el manejo de la espada. Hasta pretende enviarlo a la escuela.

—¿Enviarlo a la escuela? —repitió uno de los clientes con incredulidad —. ¿He oído bien?

—¡Por supuesto que sí! —insistió Anxin—. Pequeño Meng, ¡diles a estos caballeros que has estado en la biblioteca!

—¿Sigue yendo? —quiso saber otro hombre.

—Ya no. Regresó a los pocos días y dijo que ya no quería volver —reveló la mujer—. Pequeño Meng, ¿es porque no te gusta estudiar o porque no te agrada la biblioteca?

Meng Yao no contestó. Anxin soltó algunas risitas y le dio en la frente con el dedo índice, cuya uña estaba pintada de un intenso rojo.

—¿Te has enfadado, pequeñín?

El golpe fue tan fuerte que una leve y rojiza marca apareció en su piel. Parecía como si le hubieran pintado un puntito con cinabrio.

—No… —dijo Meng Yao mientras se frotaba la frente.

—Vale, no pasa nada —comentó Anxin mientras agitaba la mano para que se fuera—. Ya te puedes marchar.

Meng Yao se dio la vuelta, pero la mujer cogió algo de la mesa y se lo ofreció.

—Toma. Te la regalo.

Tan pronto como Meng Yao se giró, una fruta verde se estrelló contra su pecho, cayó al suelo y se alejó rodando.

—¿Cómo puedes ser tan lerdo? ¡Ni siquiera puedes atrapar al vuelo una mísera fruta! —exclamó Anxin con irritación—. Venga, recógela. No la desperdicies.

Las comisuras de los labios de Meng Yao se curvaron. En ese momento debía de tener catorce años, pero parecía un chico de doce o trece debido a su extrema delgadez. Ver esa clase de sonrisa en un rostro tan joven resultaba espeluznante.

El muchacho se agachó sin prisas, recogió la fruta, la limpió con la solapa de su túnica y, ensanchando la sonrisa, le dijo a la prostituta:

—Gracias, señorita Anxin.

—De nada —respondió la mujer—. Ve y ponte a trabajar.

—Si necesita algo, no dude en llamarme —dijo Meng Yao.

Cuando el adolescente se alejó lo suficiente, un hombre comentó:

—Si mi hijo estuviera en un lugar como este, me lo llevaría a casa a toda costa.

—Me pregunto si su padre en verdad es un hombre importante del mundo cultivacional —expresó otro de los clientes—. En ese caso, no le costaría nada darle una gran suma de dinero a la mujer para que dejara la prostitución y criara a su hijo. No le supondría un gran esfuerzo.

—Vamos, no se puede creer todo lo que diga esa mujer, ¿o sí? —dijo Anxin—. Creerse la mitad de su historia ya es demasiado. Ha sido ella quien ha afirmado que el hombre era un prestigioso cultivador. En mi opinión, se trataba de un simple comerciante, pero ella lo ha exagerado todo y…

En ese preciso instante se oyó un grito en el segundo piso, seguido del sonido de unas tazas y platos rompiéndose. Una cítara con adornos de jade entró volando y aterrizó en el centro del salón con un fuerte estruendo. El instrumento se hizo pedazos en el acto. La gente que estaba bebiendo y divirtiéndose en las mesas aledañas se asustó y el lugar se llenó de gritos de pavor.

—¡¿Qué está pasando?! —exclamó Anxin, que casi cayó al suelo.

—¡Mamá! —chilló Meng Yao.

Anxin alzó la cabeza y vio a un hombre corpulento agarrar a una mujer por el pelo y sacarla a rastras de una de las habitaciones. De inmediato se abrazó al cliente que estaba a su lado y exclamó en un tono que no se sabía si era de emoción o de angustia:

—¡Aquí va de nuevo!

Meng Yao corrió escaleras arriba. La mujer en cuestión se agarraba el cabello mientras trataba desesperadamente de cubrirse los hombros con sus prendas. En cuanto vio al adolescente precipitarse hacia ella, se apresuró a decirle:

—¡Te dije que no subieras! ¡Baja! ¡Vete ahora mismo!

Meng Yao fue a sujetarle la mano al cliente, pero recibió una patada en el

abdomen que lo hizo rodar escaleras abajo. Todos los presentes gritaron ante la escena.

Aquella era la tercera vez que Wei Wuxian veía cómo lo pateaban y lo tiraban por las escaleras.

La mujer soltó un fuerte quejido y el huésped continuó tirándole del pelo. Después de arrastrarla escaleras abajo, la despojó de su ropa y la arrojó a la calle. Tras escupir sobre su cuerpo desnudo, maldijo:

—Tienen razón quienes dicen que la gente fea es muy atrevida, ¿eh? ¡No eres nada más que una puta vieja que se cree carne fresca!

La mujer se agazapó temerosa en medio de la calle y no se atrevió a levantarse. Si se movía un poquito, su cuerpo desnudo quedaría a la vista de todos. Los transeúntes estaban entre emocionados y sorprendidos, no sabían si quedarse o marcharse. Mientras observaban con gran curiosidad, hacían comentarios impertinentes. Las mujeres del burdel se habían agolpado en la entrada. Al igual que Anxin, las demás prostitutas emitían risitas burlonas mientras les explicaban con regocijo a los clientes lo que le ocurría a la desdichada, pobre y vieja mujer.

Solo una joven se deslizó entre la multitud y salió por la puerta. Se quitó la túnica exterior de gasa, revelando su piel tan blanca como la nieve y la mitad de sus voluptuosos pechos. Lo único que le cubría el torso era un corpiño rojo intenso que resaltaba su esbelta y delicada cintura. Llamaba tanto la atención que atrajo la mirada de los presentes. La muchacha resopló con frustración y maldijo en voz alta:

—¡¿Qué estáis mirando, eh?! ¡Fuera, maldita sea! ¿Con qué derecho me miráis, eh? ¡Si queréis hacerlo, tenéis que pagar! ¡Venga, pagadme! ¡¿Dónde está mi dinero?!

Mientras gritaba, fue extendiendo la mano en diferentes direcciones para exigirles dinero a los curiosos. Cuando la multitud se dispersó un poco, cubrió a la mujer desnuda con la túnica de gasa que se acababa de quitar y la ayudó a levantarse. Mientras entraban en el burdel a trompicones, la iba

regañando:

—¡¿Cuántas veces te he dicho que cambies, eh?! ¿Por qué eres tan terca? Ahora sabes lo duro que es, ¿a que sí? ¡Deberías aprender la lección!

«Esta muchacha me resulta muy familiar… ¿Dónde la habré visto?», se preguntó Wei Wuxian.

—Yao… —dijo la mujer—. Pequeño Yao…

Meng Yao había recibido una patada tan fuerte que lo dejó tendido en el suelo un buen rato; ni siquiera podía ponerse de pie. La muchacha lo levantó con la mano libre y, sujetando a madre e hijo, se alejó de allí.

—¿Quién es esa belleza? —preguntó un cliente que estaba cerca de Anxin.

Tras escupir dos cáscaras de semillas de melón, la mujer contestó:

—Es una arpía muy codiciada que da muchíiisimo miedo.

—¿Es Meng Shi, la prostituta más famosa de aquel entonces? —preguntó alguien, decepcionado—. ¿Cómo es que ha acabado así?

—Es simple: todo fue porque insistió en tener un hijo —empezó a contar Anxin, esbozando una sonrisa—. ¿Qué mujer conserva su belleza después de dar a luz? Si no fuera porque tiene fama de ser «talentosa», casi nadie solicitaría sus servicios. Yo diría que leer todos esos libros la condujo por el mal camino.

—Estoy de acuerdo —dijo un cliente, bastante convencido—. Por alguna razón, cuando alguien lee, se cree sofisticado y se niega a renunciar a sus insignificantes sueños.

Anxin resopló con desdén.

—Si pudiera vivir de los libros que lee, yo no tendría nada que criticar; sin embargo, no es más que una estrategia para atraer clientes. Puede que suene tajante, pero todas aquí somos prostitutas. ¿Cree que es más sofisticada que nosotras solo porque ha leído unos cuantos libros? ¿Qué hay de noble en ello? No solo la gente de fuera la desprecia, ni siquiera a nosotras, que somos sus compañeras, nos cae bien. Los clientes que vienen

a lugares como este consideran una exquisitez a las adolescentes que fingen ser delicadas y sofisticadas. Es una desfachatez pedirles que paguen por ver a una puta vieja. Dejaron de desearla hace muchísimo tiempo. Todo el mundo lo sabe, pero ella se niega a abrir los ojos…

En ese instante Anxin sintió unas palmaditas en la espalda. Cuando se dio la vuelta, vio a la misma joven de hacía un momento, que alzó la mano rápidamente y le propinó una bofetada.

¡Plaaaf!

Anxin se quedó atónita unos segundos, aunque no tardó en insultar a la chica con furia:

—¡Maldita zorra!

—¡Tú sí que eres una zorra! —refutó la joven—. Te pasas el día diciendo estupideces, ¡¿acaso no tienes nada mejor que hacer con esa lengua tan larga?!

—¡¿Y a ti qué mierda te importa lo que yo diga?! —gritó Anxin, enfurruñada.

Ambas prostitutas comenzaron a pelearse en medio del salón de la planta baja. Se atacaban la una a la otra con mordiscos y arañazos mientras proferían maldiciones como «tarde o temprano te voy a desfigurar la cara» o «nadie te va a querer ni aunque le pagues». Utilizaban palabras tan vulgares que resultaba muy incómodo escucharlas.

Entonces varias de sus compañeras se acercaron para detener la riña.

—¡Sisi! ¡Detente!

¿Sisi?

Wei Wuxian por fin supo por qué la cara de esa joven le resultaba tan familiar. ¡Si le añadía siete u ocho cicatrices en el rostro, sería igual a la Sisi que había ido a Muelle de Loto a revelarles el secreto de Jin Guangyao!

De pronto, sintió que una ola abrasadora le golpeaba la cara. Un mar de fuego escarlata invadió el salón.

¡Wei Wuxian se apresuró a salir de la sesión de empatía!

Tan pronto como abrió los ojos, Lan Wangji se acercó a preguntarle:

—¿Qué tal?

—¿Qué has visto, joven señor Wei? —quiso saber Lan Xichen.

Wei Wuxian reguló su respiración y esperó a que su mente se serenara antes de contestar:

—Creo que este templo es el lugar donde creció el líder Jin.

Jin Guangyao siguió sin inmutarse.

—¿Donde creció? ¿No se…? —Jiang Cheng estaba a punto de preguntar «¿no se crio en un burdel?», pero enseguida lo comprendió y reformuló su frase—: ¿Esto era un prostíbulo? ¡Quemó el lugar para convertirlo en un templo de Guanyin!

—¿De verdad fuiste tú quien incendió el lugar? —preguntó Lan Xichen.

—Sí —afirmó Jin Guangyao.

—¡Ja! ¡Y ni siquiera te avergüenza admitirlo! —exclamó Jiang Cheng con ironía.

—Tal y como están las cosas, ¿crees que marcará alguna diferencia que admita un crimen más?

Al cabo de un breve silencio, Lan Xichen hizo otra pregunta:

—¿Intentabas borrar el rastro de tus orígenes?

Mucha gente sabía que Lianfang-zun había crecido en un burdel. No obstante, a pesar de que ya habían pasado muchísimos años, la mayoría no sabía en cuál de todos había sido, lo que resultaba bastante sospechoso. Todos intuían que había manipulado las pruebas sin que nadie se diera cuenta, pero pocos se imaginaban que había llegado al extremo de quemar el lugar donde hacía nacido y crecido.

—No del todo —respondió Jin Guangyao.

Lan Xichen se limitó a suspirar y no continuó indagando.

—¿No me preguntas por qué lo hice? —insistió Jin Guangyao.

El hombre negó con la cabeza e hizo una larga pausa.

—No es que no supiera lo que hiciste en el pasado, pero creía que tenías tus razones. —Tras otro momento de silencio, añadió—: Sin embargo, has ido tan lejos que… ya no sé si creerte o no.

Su voz estaba cargada de un profundo cansancio y decepción.

La tormenta se intensificó y el viento se coló por las rendijas de las puertas. Entre los quejidos y los lamentos, Jin Guangyao se arrodilló.

Todos se quedaron perplejos. Hasta Wei Wuxian, que acababa de arrebatarle la espada que llevaba enrollada en la cintura, se sobresaltó, y más cuando escuchó la débil voz de Jin Guangyao:

—Segundo hermano, reconozco que hice mal.

Hubo un breve silencio.

Wei Wuxian sintió vergüenza ajena y dijo:

—Pues… em… no digas nada más, mejor peleemos. Luchemos directamente, ¿te parece?

A Jin Guangyao no le había costado cambiar el semblante ni arrodillarse. En otras palabras, no tenía dignidad ni autoridad alguna. Hasta la expresión de Lan Xichen era indescifrable.

—Segundo hermano, tú y yo llevamos muchísimos años siendo amigos —continuó Jin Guangyao—. Sin importar las circunstancias, sabes muy bien lo mucho que te aprecio. No tengo ningún interés en seguir siendo el cultivador jefe y he destruido el amuleto del Tigre Estigio. Después de esta noche, pienso irme a Dongying [4] para nunca más volver. Por favor, ten esto en cuenta y perdóname la vida.

Dicho sin rodeos, eso equivalía a escapar. Por bochornoso que sonara, Jin Guangyao era conocido por su carácter maleable y voluble; prefería doblegarse a quebrarse y elegiría una confrontación flexible antes que usar la fuerza. Aplastar a uno, dos, tres y hasta cuatro clanes no representaba ningún problema para el clan Jin de Lanling; sin embargo, si todos los

clanes cultivacionales, grandes y pequeños, se unían para luchar contra él, tal y como habían hecho con el clan Wen de Qishan en su momento, sería solo cuestión de tiempo que lo derrotaran. En lugar de retrasarlo, lo beneficiaría más retirarse cuanto antes. Si evitaba la tormenta y conservaba sus fuerzas, tal vez podría resurgir y restablecerse en un futuro.

—Líder Jin, acabas de decir que has destruido el amuleto del Tigre Estigio —resaltó Wei Wuxian—. ¿Podrías mostrárnoslo para que lo compruebe?

—Joven señor Wei, como bien sabe, la pieza restaurada dista mucho del artefacto original y puede usarse de forma limitada —explicó Jin Guangyao —. Ha quedado inutilizado. Además, usted mejor que nadie sabe lo terrible que es. ¿En serio cree que llevaría encima un trasto que no pudiera utilizar y que solo provocaría un derramamiento de sangre?

—Bueno, de eso no estoy muy seguro —refutó Wei Wuxian—. ¿Qué nos garantiza que no vayas a encontrar a un segundo Xue Yang?

—Segundo hermano, todo lo que he dicho es verdad —insistió Jin Guangyao.

No solo pronunciaba palabras que parecían sensatas y sinceras, sino que también había tratado a Zewu-jun con suma cortesía desde que lo había capturado. Por eso a Lan Xichen todavía le costaba darle la espalda. Exhaló un suspiro de abatimiento y recalcó:

—Líder Jin, ya te lo dije cuando insististe en causar un revuelo en la colina de las fosas: no me llames «segundo hermano».

—Debo reconocer que enloquecí y que el ataque a la colina de las fosas fue un grave error —admitió Jin Guangyao—. Sin embargo, por más que me arrepienta, no tenía otra salida.

—¿A qué te refieres? —inquirió Lan Xichen.

—Hermano, deja de hablar con él —lo instó Lan Wangji en tono gélido y con el ceño fruncido.

—Líder Lan, ¿te acuerdas del consejo que tú mismo le has dado al líder

Jiang? —le recordó Wei Wuxian—. No interactúes demasiado con él.

Lan Xichen era consciente de cuán peligrosa era la labia de Jin Guangyao, pero, en cuanto oyó que podría haber otra historia detrás, quiso saber más. Era obvio que Lianfang-zun se había dado cuenta y quería aprovecharse de ello.

—Recibí una carta —dijo Jin Guangyao.

—¿Qué carta? —inquirió Lan Xichen.

—Una de amenaza —contestó Jin Guangyao—. El mensaje decía que… en un plazo de siete días revelarían todos esos secretos al mundo entero… Y, en caso de que no reconociera mis crímenes y pidiera disculpas, me esperaba la muerte.

Los presentes lo comprendieron. Desde luego, era imposible que se quedara de brazos cruzados y aguardara su propia muerte. En lugar de esperar a que lo derrotaran de una manera tan vergonzosa y a que todos los clanes cultivacionales lo humillaran, le convenía hacer el primer movimiento para ganar un poco de ventaja. Así, cuando llegara el momento, incluso si se difundían sus oscuros secretos, los clanes estarían tan agotados y malheridos por el asedio que ya no tendrían energía para ocasionarle problemas.

Era una lástima que la suerte no hubiera estado de su lado, pues Wei Wuxian y Lan Wangji habían logrado arruinar su plan.

—Aun así, ¡no tenías por qué seguir el camino de la matanza! —exclamó Lan Xichen—. Lo que has hecho…

¡Por muchas excusas que hallara, no podía justificarlo!

—¿Qué otra cosa podía hacer? —argumentó Jin Guangyao—. ¿Esperar a que el asunto saliera a la luz y corriera como la pólvora? ¿Y qué iba a hacer cuando me convirtiera en el hazmerreír del mundo cultivacional? ¿Arrodillarme y pedir disculpas? ¿Dejar que pisotearan mi dignidad y suplicarles perdón a todos? ¡Segundo hermano, no había una tercera salida! O morían ellos o moría yo.

Indignado, Lan Xichen retrocedió un paso.

—Esto ha acabado así porque… ¡porque todo lo que pone en la carta es cierto! ¡Si no hubieras cometido tales atrocidades, no te habrían amenazado!

—Segundo hermano, escúchame: no estoy negando las cosas que he hecho…

—¿Acaso podrías hacerlo? —lo interrumpió Lan Xichen—. ¡Hay testigos y pruebas!

—¡Por eso digo que no lo niego! Si no hubiera sido necesario, ¿por qué crees que habría matado a mi padre, a mi esposa, a mi hijo y a mis hermanos? ¡¿Tan desquiciado y sanguinario te parezco?!

Más calmado, Lan Xichen propuso:

—Bien. En ese caso, deja que te haga unas preguntas. Puedes contestarlas una por una.

—¡Hermano! —exclamó Lan Wangji mientras desenvainaba a Bichen.

Como Lan Xichen vio que su hermano menor tenía intención de aniquilar a Jin Guangyao en ese preciso instante, se apresuró a intervenir:

—No hay necesidad de preocuparse. Está herido y desarmado. No solo se encuentra en desventaja, sino que, además, hay tanta gente aquí que no puede tramar nada.

Entretanto, Wei Wuxian le propinó una patada a Su She, frustrando así su intención de hacer cualquier movimiento furtivo.

—Ocúpate del resto, que yo me encargo de él —indicó Lan Xichen.

Cuando Su She soltó un gruñido, Lan Wangji se acercó.

Aunque fuera inexplicable, Wei Wuxian sabía que Lan Xichen le otorgaría la oportunidad de hablar a su hermano jurado, pues todavía le guardaba cierto afecto y tenía esperanza. Daba la casualidad de que él también quería oír lo que Jin Guangyao tenía que decir, de modo que se mantuvo atento a la conversación.

Lan Xichen no tardó en iniciar el interrogatorio.

—Primera pregunta: ¿de verdad mataste a tu padre, el viejo líder Jin, de esa manera tan…?

—Me gustaría contestarla en último lugar —expresó Jin Guangyao con cautela.

Lan Xichen negó con la cabeza antes de continuar.

—Segunda pregunta: sobre… tu esposa… —Le costaba decirlo, así que optó por reformularla—: ¿De verdad te casaste con Qin Su a sabiendas de que era tu hermana de sangre?

Jin Guangyao se quedó pasmado un instante y lo contempló con la mirada vacía, aunque luego estalló en lágrimas y respondió con mucho pesar:

—Sí…

Lan Xichen respiró hondo y palideció como si le costara asimilarlo.

—Pero te juro que no tenía otra opción —aseguró Jin Guangyao en voz baja.

—¡¿Cómo que no?! ¡Se trataba de tu propio matrimonio! ¡Estaba en tus manos casarte o no! —lo reprendió Lan Xichen—. ¡Aunque le hubieras roto el corazón a Qin Su, habría sido mil veces mejor que destruir a una mujer que te amaba y te respetaba de verdad! ¡Ella nunca te menospreció!

—¡¿Y acaso crees que yo no la amaba con todo mi corazón?! ¡No tuve otra opción! ¡Esa es la verdad, lo creas o no! —refutó Jin Guangyao—. ¡Sí, tienes razón! Se trataba de mi matrimonio, pero ¡¿piensas que tenía voz para decidir si me casaba o no?! Segundo hermano, no puedes ser tan ingenuo. Me costó muchísimo trabajo y esfuerzo lograr que Qin Cangye aceptara mi propuesta. Encima, la fecha de la boda se acercaba. ¿Sabes lo difícil que fue conseguir que tanto Qin Cangye como Jin Guangshan estuvieran conformes? ¿Cómo pretendes que cancelara el matrimonio de repente? ¿Qué excusa podía alegar? ¡¿Cómo se suponía que debía explicárselo?!

»Justo cuando empezaba a sentirme satisfecho con mis logros, la señora Qin vino a buscarme y me reveló toda la verdad… ¡¿Cómo crees que me

sentí en ese momento, segundo hermano?! ¡Habría sido menos aterrador que un rayo me hubiese caído en la cabeza! ¿Sabes por qué vino a suplicarme en secreto en vez de recurrir a Jin Guangshan? ¡Porque él la violó! Mi generoso y grandioso padre ni siquiera tuvo piedad con la esposa del subordinado que lo había servido durante tantos años; ¡para colmo, ni siquiera era consciente de cuándo se había sumado una hija a su larga lista de descendientes! Durante muchos años no se había atrevido a contárselo a su marido. Si de pronto hubiera cancelado el matrimonio y, a raíz de eso, se hubieran enterado de la verdad, Jin Guangshan y Qin Cangye se habrían enemistado. ¡¿Quién crees que habría salido más perjudicado, eh?!

No era la primera vez que oían hablar de la conducta impúdica de Jin Guangshan, pero no pudieron evitar sentir repelús. No sabían qué predominaba más, si los escalofríos o el asco.

—Y… aunque no hubieras tenido más remedio que casarte con Qin Su, podrías haberla ignorado… —replicó Lan Xichen—. ¿Por qué tuviste relacio…? ¡¿Por qué fuiste tan lejos y tuviste al pequeño Song con ella?! ¡¿Y por qué mataste a tu propio hijo?!

Jin Guangyao se sostuvo la cabeza, abatido, y siguió excusándose en tono solemne:

—No toqué ni una sola vez a mi amada Su después de que nos casáramos… Se quedó embarazada del pequeño Song antes de la boda… Por aquel entonces, temía que, si continuábamos aplazándolo, las cosas se complicasen…

Eso significaba que se había adelantado al consumar el matrimonio con Qin Su.

Si no hubiera sido así, ni por error habría cometido incesto con su propia hermana menor.

¡A esas alturas, ya no sabía si debía odiar a su progenitor, que no merecía ser padre, o a sí mismo por ser demasiado paranoico y receloso!

Tras exhalar un suspiro, Lan Xichen continuó el interrogatorio:

—Tercera pregunta… Esta vez no intentes defenderte, tan solo contéstame: ¡¿fuiste tú quien planeó la muerte de Jin Zixuan?!

Jin Ling aún sujetaba a Jiang Cheng. No obstante, cuando escuchó el nombre de su padre, abrió mucho los ojos.

—Hermano, ¿le vas a creer? —inquirió Lan Wangji en un tono más elevado de lo usual.

A pesar de que Lan Xichen parecía estar en un dilema, contestó:

—No creo que fuese casualidad que Jin Zixuan se involucrara en el asedio de la senda Qiongqi, pero… escuchemos su respuesta.

Jin Guangyao sabía que nadie le creería si lo negaba rotundamente, así que apretó los dientes y lo admitió sin más:

—Debo reconocer que… no me topé con él por mera casualidad.

Jin Ling apretó los puños.

—Aun así, os puedo asegurar que no planeé todo lo que se desencadenó después —continuó—. No soy tan astuto y calculador como os imagináis. Había un montón de cosas que no podía controlar. ¿Cómo podría haber adivinado que moriría a manos de Wei Wuxian junto con Jin Zixun? ¿Cómo podría haber predicho que Wei Wuxian perdería el control y que el general fantasma cometería una matanza? ¡Ni que fuera un dios!

—En ese caso, ¿por qué has dicho que no te topaste con él por casualidad? —preguntó Wei Wuxian—. ¡Te estás contradiciendo!

—Sí, le hablé a propósito sobre el asedio de la senda Qiongqi porque sabía que no se llevaba bien con usted. Quería que pasara un mal momento cuando se encontraran mientras su primo lo interceptaba. ¿Cómo podría haber previsto que usted, joven señor Wei, mataría a todos los presentes?

Wei Wuxian estaba tan indignado que dejó escapar una risa amarga.

—En serio eres…

Justo entonces Jin Ling lo interrumpió:

—¡¿Por qué?! —Con los ojos enrojecidos, el adolescente se separó de Jiang Cheng, se puso de pie y salió corriendo hacia Jin Guangyao para

reprocharle a gritos—: ¡¿Por qué lo hiciste?!

Como parecía que estaba a punto de darle una paliza, Nie Huaisang se apresuró a tirar del joven.

—¿Por qué lo hice? —repitió Jin Guangyao antes de dirigir la mirada a su sobrino—. Pequeño Ling, deja que te haga la misma pregunta: ¿por qué? ¿Por qué nadie me miraba con buena cara a pesar de que siempre le sonreía a la gente? Por el contrario, a tu padre lo adoraban a pesar de que era un canalla arrogante. ¿Puedes darme una respuesta? ¿Por qué, si ambos éramos descendientes del mismo hombre, él podía quedarse tranquilamente en casa con su amada esposa y pasar tiempo con su hijo, mientras que yo ni siquiera podía permitirme estar ni un rato a solas con mi esposa? ¡Hasta el simple hecho de mirar a mi propio hijo me daba repelús! Encima, como si fuera mi obligación, tenía que obedecer las cuestionables órdenes de mi padre… ¡Me pidió que interceptara y liquidara a un hombre peligrosísimo que podría enloquecer en cualquier momento y desatar una masacre con los cadáveres asesinos y fantasmas aviesos que estaban bajo su control!

»Incluso nacimos el mismo día, pero, mientras Jin Guangshan celebraba el cumpleaños de uno de nosotros con un gran banquete, le ordenó a su subordinado que echara al otro de la torre de la Carpa Dorada. ¡Sin pestañear, él mismo vio cómo rodé desde el escalón más alto hasta el más bajo!

Al fin reveló el odio que escondía en lo más profundo de su corazón, solo que no estaba dirigido hacia Jin Zixuan ni hacia Wei Wuxian, sino hacia su propio padre.

—¡Déjate de excusas! —lo exhortó Wei Wuxian—. ¡¿Por qué te metiste con Jin Zixuan en lugar de matar a quien odiabas de verdad?!

—Como sabrá, sí lo hice —contestó Jin Guangyao con suma serenidad—. Al igual que al resto, también lo maté a él.

—Encima, empleaste ese método… —recalcó Lan Xichen.

Todavía con lágrimas en los ojos y arrodillado en el suelo, Jin Guangyao

enderezó la espalda y esbozó una sonrisa antes de responder:

—Por supuesto. Fue una muerte perfecta para un viejo semental que entraba en celo dondequiera que iba, ¿no crees?

—¡Yao!

Tan pronto como gritó su nombre a modo de reprimenda, Lan Xichen recordó que no debería haberlo llamado así. Después de todo, ya había cortado lazos con él.

Jin Guangyao no pareció darse cuenta y simplemente continuó hablando con una expresión apacible:

—¿Sabes, segundo hermano? Aunque ahora me veas maldiciendo a mi padre de esta manera, hubo un tiempo en el que lo estimaba. Siempre que me daba un orden, ya fuese traicionar al líder Wen, proteger a Xue Yang o erradicar a los opositores, la cumplía sin importar cuán absurda fuera. ¿Sabes qué fue lo que de verdad me decepcionó? Bien, ahora responderé a tu primera pregunta: no fue que él considerara que yo era menos importante que un solo pelo de Jin Zixuan o los agujeros del cuerpo de Jin Zixun ni que hubiera traído de regreso a Mo Xuanyu ni que hubiese intentado excluirme de todas las maneras posibles, sino lo que le confesó a una chica que lo acompañó a beber una de las muchas veces que salió a divertirse con mujeres.

»¿Por qué el líder de un clan ilustre que despilfarraba su dinero en extravagancias se negó a gastar un poquito de su fortuna en comprar la libertad de mi madre? La respuesta es sencilla: era una molestia para él. Ella esperó muchísimos años y hasta se inventó miles de excusas que justificaban la ausencia de mi padre, pero, al final, la verdadera razón se resumía en una simple frase: le parecía problemática.

»Esto fue lo que dijo: «Las mujeres que han estudiado son las más molestas, ya que suelen creerse superiores a las demás; son demasiado exigentes y fantasiosas. Si compraba su libertad e iba hasta Lanling a buscarme, quién sabe de qué manera me habría acosado. Era mejor que se

quedara tranquilita donde estaba. A juzgar por su talento, la habrían deseado unos cuantos años más. Seguro que iba a ganar suficiente dinero como para mantenerse toda la vida, ni siquiera habría tenido que preocuparse por la comida ni la ropa… ¿Por qué insistió en tener un niño? ¿Qué esperaba que pudiera hacer el hijo de una prostituta…? ¿Qué? ¿Hijo? Bah, ni lo menciones».

Jin Guangyao tenía muy buena memoria y, al citar sus frases palabra por palabra, todos los presentes pudieron imaginar la expresión ebria de Jin Guangshan cuando dijo aquello.

—¿Lo ves, segundo hermano? —continuó Jin Guangyao con una sonrisa —. Incluso a mí, que era su hijo, me dedicó una simple frase: «Bah, ni lo menciones». Ja, ja, ja, ja…

—Puede que sea cierto que tu padre… Pero ¿por qué tú también…? —empezó a decir Lan Xichen, afligido. No obstante, como no encontraba las palabras adecuadas para emitir su juicio, hizo una pausa y suspiró rendido —. ¿De qué sirve que nos cuentes todo esto ahora?

Mientras se reía, Jin Guangyao extendió las manos.

—Es que no he podido evitarlo. Aunque he cometido todas esas fechorías, deseo que se compadezcan de mí. ¿Qué se le va a hacer? Yo soy así.

Cuando pronunció la última palabra, giró la muñeca de repente y rodeó el cuello de Jin Ling con la cuerda roja de una cítara. Aún con lágrimas en las comisuras de los ojos, exigió con aspereza:

—¡No os mováis!

Esta vez sí que los tomó por sorpresa a todos.

—¡Wei Wuxian! —bramó Jiang Cheng—. ¡¿No lo habías desarmado?!

El pánico ocasionó que le dirigiera un reproche, justo como cuando ambos eran adolescentes.

—¡De hecho, me aseguré de quitarle todas las cuerdas! —rugió Wei Wuxian.

¡Jin Guangyao no tenía un nivel cultivacional tan alto como para hacer aparecer objetos de la nada!

De un solo vistazo, Lan Wangji resolvió el misterio.

—Las tenía escondidas en el cuerpo.

Los demás dirigieron la vista hacia donde él señalaba y vieron que había una mancha rojiza en la blanca túnica de Jin Guangyao, justo a un costado de su abdomen. La cuerda de la cítara era roja porque estaba empapada de sangre. Con razón Wei Wuxian no la había encontrado: no la había escondido entre sus prendas, sino dentro de su propio cuerpo. Mientras todos esperaban a que terminara de hablar, Jin Guangyao no solo había desviado su atención y había irritado a Lan Xichen, sino que también había provocado que Jin Ling se precipitara hacia él. Al llegar el momento propicio, había aprovechado que todos habían bajado la guardia para clavarse los dedos en el abdomen y extraer la cuerda de su cuerpo.

¿Quién habría imaginado que, con el fin de tener un as bajo la manga, sería capaz de hacerse algo semejante? Si bien la cuerda de la cítara era bastante delgada, seguía siendo un objeto extraño de metal incrustado en su carne que se desplazaba con cada uno de sus movimientos. La sensación no debía de ser nada agradable.

—¡Ling! —chilló Jiang Cheng, consternado.

Wei Wuxian también se precipitó hacia él, pero alguien lo agarró y lo detuvo a tiempo. Cuando giró la cabeza, se percató de que se trataba de Lan Wangji y solo entonces logró serenar la mente y no actuar por impulso.

Todavía reteniendo a su sobrino, Jin Guangyao se fue poniendo de pie poco a poco.

—No tienes por qué alterarte, líder Jiang. A fin de cuentas, también he visto crecer al pequeño Ling. Sigo pensando que cada cual debe tomar su propio camino. Así, dentro de poco, tendréis de vuelta al muchacho ileso.

—¡No te muevas, Ling! —exclamó Jiang Cheng—. Jin Guangyao, si quieres un rehén, tómame a mí. ¡Daría lo mismo!

—Por supuesto que no —dijo Jin Guangyao con toda franqueza—. Estás herido y ni siquiera puedes moverte; solo serás una carga para mí.

A Wei Wuxian le sudaban las palmas de las manos, y dijo con cautela:

—Líder Jin, ¿no se te está olvidando llevar algo? Tu fiel subordinado sigue aquí.

Jin Guangyao miró a Su She, a quien Lan Wangji y Bichen tenían como rehén, pero este se apresuró a gritar con la voz ronca:

—¡No te preocupes por mí!

—Muchísimas gracias —respondió Jin Guangyao al instante.

—Líder Jin, has mentido una vez más —observó Lan Xichen de forma pausada.

—No volverá a suceder —aseguró Jin Guangyao.

—Eso mismo dijiste la última vez. Ya ni siquiera sé qué parte de lo que dices es cierto.

Justo cuando Jin Guangyao estaba a punto de contestarle, un intenso trueno lo sorprendió. Aunque cayó muy lejos, se oyó tan cerca que se estremeció y se tragó sus palabras.

Acto seguido, se escucharon tres golpes en la puerta.

¡Pum! ¡Pum! ¡Pum!

Más que llamar, parecía que la estaban aporreando. No sonaba como si alguien estuviera dando manotazos, sino estampando con furia la cabeza de otra persona contra la puerta. Cada ruido era más fuerte que el anterior, y la grieta del cerrojo se hacía cada vez mayor. El rostro de Jin Guangyao se demudó.

Al cuarto golpetazo, el cerrojo se rompió y una figura oscura atravesó la puerta, llevando consigo densas gotas de lluvia.

Si bien Jin Guangyao se sobresaltó e hizo ademán de esquivarla, logró detener su impulso al ver que la sombra no volaba hacia él, sino hacia Wei Wuxian y Lan Wangji. Sin mucha prisa ni preocupación, ambos se

separaron un momento, aunque no tardaron en volver a juntarse.

Wei Wuxian giró la cabeza para mirar y dijo asombrado:

—¿Wen Ning?

El general fantasma se estrelló contra la estatua de Guanyin que estaba dentro del templo y quedó colgado boca abajo. Cuando cayó al suelo con un ruido sordo, habló:

—Joven señor…

Jiang Cheng y Jin Ling lo miraron con desagrado.

—¡Hermano mayor! —gritó Nie Huaisang de repente.

Además de Wen Ning, que había entrado volando, había otra figura más alta en la entrada del templo. Era robusta, tenía el rostro ceniciento y los ojos apagados.

¡Era nada más y nada menos que Chifeng-zun, Nie Mingjue!

De pie bajo la lluvia torrencial y frente al templo de Guanyin, parecía una imponente torre de hierro que les bloqueaba el paso a todos. Su cabeza descansaba erguida sobre su cuello, en el que se podían ver unos oscuros y apretados puntos de sutura. ¡De alguna manera, alguien le había cosido la cabeza a su cuerpo decapitado!

—Hermano mayor… —lo llamó Lan Xichen.

—Hermano mayor… —masculló Jin Guangyao.

Aunque tres personas llamaron «hermano mayor» al cadáver de Nie Mingjue, cada cual lo hizo en un tono completamente diferente.

A Jin Guangyao no solo le invadió el rostro un miedo atroz, sino que también comenzó a temblar sin control. Antes o después de su muerte, el mayor de sus hermanos jurados era la persona a la que más temía, ya que tenía un temperamento hosco e intolerante. Como le temblaban las manos a causa de los escalofríos, la cuerda ensangrentada que sujetaba con fuerza también empezó a agitarse. En ese preciso instante Lan Wangji blandió a Bichen e hizo un corte. En un abrir y cerrar de ojos, se puso delante de Jin Ling y agarró algo.

Tras sentir un ligero movimiento en el brazo, Jin Guangyao se quedó pasmado un momento. Cuando miró hacia abajo, se dio cuenta de que le faltaba la mano derecha.

Con un corte limpio, se la habían cercenado a la altura de la muñeca. Lo que había cogido Lan Wangji era nada más y nada menos que el puño que sostenía la mortífera cuerda de la cítara.

Al instante la sangre brotó a raudales. Jin Guangyao sentía tanto dolor que se puso pálido y ni siquiera tuvo fuerzas para gritar. Tan solo retrocedió unos pasos, pero perdió el equilibrio y se desplomó. En su lugar, fue Su She quien gritó aterrado.

Lan Xichen pareció contemplar la idea de ir a auxiliarlo, pero, al final, no se atrevió a intervenir.

Cuando Lan Wangji extendió los dedos de la mano cercenada de Jin Guangyao, la cuerda de la cítara se aflojó. Así, Jin Ling pudo librarse del peligro.

Jiang Cheng estaba a punto de abalanzarse sobre su sobrino para ver si estaba herido, pero Wei Wuxian se le adelantó: agarró al muchacho por los hombros y lo examinó de forma minuciosa. Tras asegurarse de que su cuello estaba intacto y no tenía ningún rasguño, exhaló un suspiro de alivio.

Desde siempre Lan Wangji acostumbraba a dejar cierto margen entre cada técnica de espada que empleaba, pero la situación era crítica: la cuerda de la cítara era extremadamente afilada y, como estaba en manos de una persona que sabía cómo usar la técnica de la cuerda asesina, podía seccionar carne y huesos como si cortara melones y verduras. Encima, las manos de Jin Guangyao se agitaban sin cesar. Si hubiera seguido temblando o, peor aún, si se hubiera olvidado de que estaba reteniendo a una persona, habría echado a correr sosteniendo la cuerda… Si Lan Wangji no hubiera cercenado con rapidez y precisión la mano derecha que la sujetaba, tal vez le habría cortado la cabeza a Jin Ling… ¡Y su sangre habría brotado a varios metros de altura!

Cuando Lan Wangji le cortó la mano a Jin Guangyao, la sangre salpicó a Jin Ling, así que tenía casi todo el cuerpo y la mitad de la cara manchados del líquido carmesí. El joven seguía pasmado, estaba tan aturdido que no sabía cómo reaccionar.

—¡Oye, mocoso, procura alejarte de la gente peligrosa la próxima vez! —lo reprendió Wei Wuxian mientras lo abrazaba con todas sus fuerzas—. ¡¿Por qué te has acercado tanto a él?!

Si el único hijo de Jiang Yanli y Jin Zixuan también hubiera muerto delante de él, se habría sumido en la desesperación.

Como Jin Ling no estaba acostumbrado a que otros lo abrazaran de esa manera, se ruborizó y empujó a Wei Wuxian para rechazarlo rotundamente.

Sin embargo, aferrándose al muchacho con mayor fervor, este continuó abrazándolo con insistencia. Después de un breve instante, le dio unas pesadas palmadas en el hombro y lo empujó hacia Jiang Cheng.

—¡Anda! ¡Deja de corretear y ve con tu tío!

Jiang Cheng agarró a su sobrino, que todavía parecía atontado, y luego se quedó mirando a Wei Wuxian y a Lan Wangji, que se habían vuelto a juntar. Después de vacilar un poco, le susurró a Lan Wangji:

—Muchas gracias.

Aunque había hablado en voz baja, esta vez sus palabras eran muy claras.

Jin Ling también se dirigió a él:

—Hanguang-jun, le agradezco muchísimo que me haya salvado la vida.

Lan Wangji no dijo nada, se limitó a asentir con la cabeza. Como sostenía a Bichen en diagonal, apuntándola hacia el suelo, la sangre que manchaba la espada se escurrió con rapidez por la deslumbrante y clara hoja, dejándola sin una sola mancha. Una vez que quedó limpia, la giró para apuntar a Nie Mingjue, que seguía en la puerta.

Con movimientos lentos, Wen Ning se puso de pie y se colocó el brazo que se le había caído.

—Tenga cuidado… No se debe tomar a la ligera su energía resentida.

Jin Guangyao apretó los dientes y se dio varios toquecitos en distintos puntos acupresionales de su brazo cortado. Si ya estaba mareado por haber perdido demasiada sangre, cuando vio a Nie Mingjue dando un paso hacia él mientras lo miraba fijamente a los ojos, se asustó tanto que casi se le salió el alma del cuerpo.

Su She, que estaba muy cerca, tosió otra bocanada de sangre antes de bramar con la voz entrecortada:

—¡Par de inútiles! ¡¿A qué esperáis, eh?! ¡Detenedlo! ¡Bloqueadle el paso a la cosa que está en la puerta!

Los cultivadores del clan Jin de Lanling se habían quedado atolondrados, pero, al oír la orden, rodearon al cadáver asesino con sus espadas en ristre. Con un golpe de la palma, Nie Mingjue lanzó por los aires a los primeros que se le acercaron.

Aunque Jin Guangyao se echó polvo medicinal en el brazo, el flujo de sangre lo lavó de inmediato. Conteniendo las lágrimas, quiso rasgarse la ropa para vendarse y detener la hemorragia. No obstante, su mano izquierda había sufrido una quemadura por el humo tóxico del ataúd y el baúl negro, así que era incapaz de ejercer fuerza y temblaba. Por más que se esforzó, no logró rasgarse la solapa y lo único que logró fue sentir más dolor.

A toda prisa, Su She rodó un trecho y se puso de pie para ir a socorrerlo. Se arrancó parte de su túnica blanca y vendó el brazo de Jin Guangyao. Luego se palpó todo el cuerpo en busca de ungüento y polvo medicinal, pero no halló nada. Justo en ese instante Lan Xichen estaba protegiendo a Nie Huaisang mientras lo llevaba a una zona más segura para resguardarse, así que aprovechó la ocasión y le suplicó:

—¡Líder Lan! ¿Por casualidad tienes algo de medicina? Te lo ruego, ayúdalo… Mi líder siempre te ha tratado con mucho respeto. Hazle este favor.

Al ver a Jin Guangyao en un estado tan lamentable y a punto de desmayarse, una profunda tristeza y dolor se reflejaron en los ojos de Lan

Xichen. En ese preciso momento se escucharon unos alaridos en el otro extremo del salón. ¡Con un fuerte puñetazo, Nie Mingjue había aplastado a tres cultivadores y los había reducido a un amasijo sangriento!

Wei Wuxian y Lan Wangji se pusieron frente a Jiang Cheng y Jin Ling para protegerlos.

—¡Wen Ning! —exclamó Wei Wuxian—. ¡¿Cómo te has topado con él?!

Tras colocarse el brazo, el general fantasma fue a recoger la pierna que se le había salido.

—Lo lamento, joven señor… Sé que me pediste que fuera a buscar al joven señor Lan, pero no lo hallé en la posada y no me quedó otra opción que salir a buscarlo. No lo encontré, pero vi a Chifeng-zun caminando en una de las calles. Por la zona había un grupo de vagabundos que, sin saber lo peligroso que era, fueron a molestarlo. Como no tiene conciencia, por poco los despedazó con sus propias manos… No tuve más remedio que luchar con él hasta llegar aquí…

No hacía falta que Wei Wuxian le preguntara por qué no había encontrado a Lan Wangji en la posada. Del mismo modo en que él no podía dormir sabiendo que estaba en la habitación contigua, tampoco Lan Zhan podía pegar ojo en esa situación. Seguro que había salido a pasear para despejar la mente y se había encontrado a Hada, que corría con el rabo entre las piernas para buscar ayuda.

Lo más probable era que la repentina tormenta se hubiera desatado después de que Wen Ning y Nie Mingjue comenzaran a pelear. Al fin y al cabo, los cadáveres atraían energía *yin* y criaturas malignas, ¡sobre todo si eran excepcionales!

A pesar de que los cultivadores del clan Jin de Lanling no eran capaces de derrotar a Nie Mingjue, siguieron avanzando hacia el cadáver asesino con suma valentía. No obstante, cuando sus espadas chocaron contra su cuerpo, fue como si intentaran cortar acero refinado. Para su desgracia, no lograron provocarle ni una sola herida.

Nie Huaisang asomó la mitad del cuerpo por detrás de Lan Xichen y empezó a llamar a su hermano en un tono cargado de miedo e ilusión:

—He… hermano mayor… So… soy yo…

Con una furia y una fiereza descomunales, Nie Mingjue fue a agarrarlo mientras abría sus ojos sin pupilas. Lan Xichen inclinó la cabeza y tocó su flauta. Cuando Liebing soltó un silbido, la figura de Nie Mingjue se congeló.

—¡Hermano mayor, es Huaisang! —advirtió.

—Ni siquiera me reconoce… —dijo Nie Huaisang, decepcionado.

—No solo eso, ¡sino que tampoco se reconoce a sí mismo! —explicó Wei Wuxian.

Aparte de que se había convertido en cadáver, una monstruosa energía resentida lo impulsaba. Actuaba con tanta violencia y agresividad que atacaba a cualquiera sin distinción.

Tras tomar un breve descanso, Wen Ning dio un paso adelante para luchar de nuevo. Sin embargo, su energía resentida no era tan intensa como la de su contrincante y tampoco era tan alto como él. Por si fuera poco, la flauta de Wei Wuxian se había roto y no podía incrementar su fuerza, por lo que estaba en desventaja.

Después de mucho batallar, por fin se detuvo el sangrado de la muñeca de Jin Guangyao, que seguía tumbado en el suelo. Su She se puso de pie y se echó a su líder a la espalda. Pretendía aprovechar el caos del momento para huir, pero entonces la atención de Nie Mingjue se dirigió a ellos. Tras lanzar lejos a Wen Ning, dio grandes zancadas hacia Jin Guangyao.

—¡Tío! —chilló Jin Ling con la voz quebrada—. ¡Corre!

Al ver como el muchacho advertía al enemigo, Jiang Cheng le dio un manotazo en la nuca y lo reprendió furioso:

—¡Cállate!

Jin Ling entró en razón tras recibir el golpe. Aun así, aquel seguía siendo el tío pequeño que lo había visto crecer. Que él recordara, Jin Guangyao

nunca lo había tratado mal, así que, al verlo a punto de sufrir una muerte trágica a manos de un cadáver asesino, soltó un grito de desesperación.

Por otro lado, cuando Nie Mingjue escuchó su voz, giró la cabeza con cierta vacilación y confusión.

—¡Tenemos problemas! —murmuró Wei Wuxian, tenso.

Ahora que Nie Mingjue se había convertido en un cadáver asesino, era natural que Jin Guangyao fuera la persona a la que más odiaba. No obstante, ¡dichos cadáveres no podían diferenciar a la gente con la vista!

Jin Guangyao y Jin Ling tenían un vínculo sanguíneo muy estrecho, de modo que las criaturas malignas y los muertos percibían que había ciertas similitudes entre esos dos seres vivos, ya fuera en el aliento o en la esencia de la sangre. Y, si la criatura maligna estaba sumida en un estado de caos, le resultaba aún más difícil distinguirlos.

En ese instante Jin Guangyao estaba moribundo: tenía el brazo herido, sangraba de manera profusa y su aura era débil. En cambio, Jin Ling tenía más energía y estaba intacto, así que Nie Mingjue mostró más interés en él.

Lan Wangji lanzó a Bichen, y el arma se dirigió al corazón de Nie Mingjue. Como era de esperar, su punta se detuvo en seco al chocar contra su pecho. Cuando el cadáver asesino bajó la cabeza y vio la brillante espada larga, gruñó y extendió la mano para cogerla, pero Lan Wangji la invocó de vuelta.

¡Fuin!

Al instante Bichen regresó volando a su funda y Nie Mingjue agarró el vacío. Lan Wangji aprovechó la coyuntura para girar la mano izquierda y sacar su cítara del Olvido de Toda Empresa. Cuando tuvo el instrumento en la palma de la mano, hizo sonar varias notas sin demora.

Por su parte, Lan Xichen volvió a llevarse a Liebing a los labios.

Wei Wuxian también contribuyó: sacó más de cincuenta talismanes y se los arrojó a Nie Mingjue. Sin embargo, antes de que alcanzaran al cadáver asesino, ¡su energía resentida les prendió fuego y los redujo a cenizas en el

aire!

Nie Mingjue rugió enfurecido e hizo ademán de agarrar a Jin Ling. Para entonces Jiang Cheng y su sobrino habían retrocedido hasta quedar contra la pared de la esquina. Sabiendo que no tenían escapatoria, Jiang Cheng no tuvo más remedio que ponerse delante del muchacho y sacar a Sandu para hacer frente al inminente ataque, aunque aún no podía utilizar sus armas porque todavía no había recuperado su energía espiritual.

¡Aunque la cítara y la flauta sonaban al unísono, parecía que era demasiado tarde!

El puño de Nie Mingjue atravesó el cuerpo de alguien.

Sin embargo, no se trataba de Jiang Cheng ni de Jin Ling.

Wen Ning se detuvo frente a la esquina de la pared para escudarlos. Aunque el brazo de Nie Mingjue era tan duro como el acero, el general fantasma lo sujetó con ambas manos y lo fue sacando poco a poco de su pecho. Una vez que lo retiró por completo, quedó un enorme agujero que no sangraba; de él solo caían pedazos de vísceras oscuras.

—¡Wen Ning! —exclamó Wei Wuxian, consternado.

Por otro lado, parecía que Jiang Cheng iba a enloquecer.

—¿Tú…? ¡¿Tú?!

El puñetazo había sido tan descomunal que no solo había atravesado el pecho de Wen Ning, sino que también había destrozado parte de su glotis. Sin poder pronunciar ni una sola palabra, se desplomó y cayó justo encima de Jiang Cheng y Jin Ling. Aunque se había quedado inmóvil temporalmente, sus ojos seguían abiertos y los miraba a los dos sin pestañear.

Jin Ling siempre había odiado al asesino y arma homicida que le había atravesado el corazón a su padre. Desde que era niño, había jurado innumerables veces que, si tenía la oportunidad en el futuro, aniquilaría a Wei Ying y a Wen Ning con la muerte de los mil y un cortes. Más tarde, ya no quiso odiar a Wei Wuxian, así que su resentimiento hacia el general

fantasma se intensificó. No obstante, ahora que había presenciado cómo le habían atravesado el corazón al asesino al que repudiaba, ni siquiera se atrevió a empujarlo para apartarlo.

Era evidente que Wen Ning estaba muerto. Cortarlo por la cintura y partirlo por la mitad en lugar de perforarle el pecho no habría sido un problema. Pero, por alguna razón, Jin Ling no pudo controlar sus lágrimas: estas simplemente le brotaron de los ojos.

Tras propinar aquel puñetazo, Nie Mingjue también se quedó paralizado.

Lan Wangji y Lan Xichen tocaban sus instrumentos al unísono. Mientras que la cítara fluía como un gélido manantial, la flauta rugía como un vendaval.

Emitían sonidos que Nie Mingjue aborrecía. La estridencia de las notas crecía de manera exponencial, lo que ralentizó al cadáver asesino, justo como si alguien lo hubiera inmovilizado con una cuerda invisible; cuanto más se tensaba, más furioso se ponía. Al final, estalló de ira, rompió las ataduras del tono erradicador y arremetió contra la persona que tocaba la cítara. Lan Wangji se dio la vuelta con calma y esquivó su golpe sin que las notas se detuvieran ni un instante. Como resultado, Nie Mingjue atravesó la pared con el puño. Justo cuando estaba a punto de girarse, oyó un par de agudos silbidos. De inmediato sacó la mano de la pared y miró hacia el lugar de donde provenía el sonido.

Wei Wuxian silbó dos veces más y lo saludó con una sonrisa:

—Hola, Chifeng-zun, ¿me reconoce?

Los siniestros ojos blancos de Nie Mingjue se fijaron en él.

—Da igual si no lo hace —añadió Wei Wuxian—, lo importante es que reconozca el silbido.

CAPÍTULO XXII

El extremo oculto

Primera parte

—¡Joven señor Wei! —exclamó Lan Xichen tras dejar de tocar a Liebing.

Su intención era recordarle a Wei Wuxian que ahora estaba en el cuerpo de Mo Xuanyu, que no solo tenía un vínculo de consanguinidad con Jin Guangyao, sino que también era un pariente más cercano a él que Jin Ling. Si Nie Mingjue se desquitaba con él, solo haría las cosas más difíciles. No obstante, antes de que pudiera formular la siguiente frase, Lan Wangji lo miró y sacudió la cabeza con tranquilidad.

Lan Xichen comprendió de inmediato que no tenía que preocuparse.

Lan Wangji confiaba en que estaría bien.

Por su parte, Wei Wuxian seguía silbando mientras caminaba con pasos ligeros. Pese a que los silbidos eran suaves y acogedores, en el templo de Guanyin seguían escuchándose truenos entremezclados con el bramido de la lluvia torrencial, por no mencionar que había cadáveres esparcidos por todas partes. Por melodiosos que fueran sus silbidos, resultaban inquietantes.

Wen Ning seguía tumbado sobre Jiang Cheng y Jin Ling, pero, tan pronto como el sonido llegó a sus oídos, una inusual y colosal fuerza lo impulsó a

ponerse de pie. Sin embargo, volvió a caer tras luchar un momento, ya fuera porque se estaba resistiendo al impulso o porque todavía no había recuperado la movilidad. De manera inconsciente, Jiang Cheng y Jin Ling extendieron los brazos al mismo tiempo para sujetarlo, pero, en cuanto lo sostuvieron, sus expresiones cambiaron. Parecían contrariados y con ganas de dejarlo caer de inmediato.

Mientras sonreía, Wei Wuxian emitía melodías que podrían considerarse jocosas y estrafalarias. Con las manos en la espalda, fue retrocediendo sin prisas.

Nie Mingjue se quedó quieto y reaccionó con indiferencia en el momento en que dio el primer paso hacia atrás. Cuando dio el tercero, siguió sin inmutarse. No obstante, al llegar al séptimo, parecía que ya no podía resistir el impulso y se precipitó hacia Wei Wuxian.

En realidad, este lo estaba conduciendo hacia el hermosísimo ataúd vacío que se ubicaba en la parte trasera del templo de Guanyin. Tan solo tenía que hacer que Nie Mingjue entrara para poder sellarlo.

Hacía tiempo que el humo tóxico se había disipado y ya no representaba una amenaza. Con el rostro ceniciento, Nie Mingjue avanzó hacia el ataúd vacío, aunque se resistía de forma instintiva. Fue entonces cuando Wei Wuxian dio una vuelta alrededor. Todos lo observaban con gran expectación, en especial Lan Wangji. Mientras silbaba despacio, fue desviando poco a poco la vista hacia otro lado. Tan pronto como su mirada se encontró con la de Lan Wangji, le guiñó el ojo izquierdo de manera coqueta.

Como si hubieran recibido el pinchazo de una suave y dulce aguja, las notas de la cítara parecieron vacilar un instante, aunque no tardaron en estabilizarse.

Wei Wuxian se sintió bastante orgulloso de lo que había provocado. Enseguida palmeó la boca del ataúd, que se encontraba delante de Nie Mingjue.

Y por fin el cadáver asesino se empezó a inclinar.

No obstante, justo cuando estaba a punto de introducir en él la parte superior del cuerpo, un grito desgarrador se escuchó detrás de Lan Xichen.

Al instante Nie Mingjue se detuvo y, al igual que los demás, giró la cabeza con brusquedad. Con Jin Guangyao medio inconsciente sobre su espalda, Su She sujetaba la pierna de su líder con una mano y sostenía una espada ensangrentada en la otra. Nie Huaisang yacía en el suelo, agarrándose la pierna y retorciéndose de dolor.

Ante la escena, Lan Xichen utilizó la energía de Shuoyue para darle un fuerte golpe a Su She en la mano que sostenía la espada. El hombre se quedó perplejo y dejó caer el arma. Como ya había apuñalado a Nie Huaisang, el olor a sangre flotaba en el aire.

«¡Menudo despropósito! ¡Han estropeado mi plan en el momento más importante!», maldijo Wei Wuxian en su fuero interno.

Nie Huaisang y Nie Mingjue eran medio hermanos; si bien eran hijos del mismo padre, habían nacido de diferentes madres. Aunque el olor de su sangre no despertara las intenciones asesinas de Nie Mingjue, sí avivaría su curiosidad. Y, una vez que fijara su atención en él, también notaría la presencia de Jin Guangyao. ¡Si lo mataba, su ferocidad aumentaría y sería más difícil de controlar!

Como era de esperar, Nie Mingjue gruñó y se apartó del ataúd vacío. De inmediato reconoció a la persona cabizbaja que se hallaba en la espalda de Su She. Los silbidos de Wei Wuxian ya no eran capaces de retenerlo. ¡Se precipitó cual vendaval para golpear la cabeza de Jin Guangyao!

Su She se apartó a toda prisa para esquivarlo y, con la punta del pie, levantó la espada que acababa de caer al suelo. Concentró toda su energía espiritual en el arma y quiso apuñalar a Nie Mingjue en el corazón. De alguna manera, la espada actuó de una forma inusualmente veloz y despiadada; tal vez se debía a que su portador se encontraba en una situación de vida o muerte. Al estar cubierta de energía espiritual, la hoja

brillaba con intensidad. Era tan maravillosa e impresionante que eclipsaba a todas las elegantes espadas que había tenido antes. Hasta Wei Wuxian elogió su belleza.

—Qué hermosa.

La espada obligó a Nie Mingjue a dar una zancada hacia atrás, pero, tan pronto como la energía espiritual se atenuó un poco, volvió a precipitarse y extendió la mano para agarrar a Jin Guangyao.

Su She arrojó a su líder hacia Lan Xichen con la mano izquierda e hizo ademán de cortarle la garganta al cadáver asesino con la derecha.

¡Aunque el cuerpo de Nie Mingjue era tan impenetrable como el acero, el hilo que cosía su cuello no lo era!

Si la espada lograba su cometido, al menos podría ganar algo de tiempo, aunque no fuera posible someter al cadáver por completo. No obstante, había sobrepasado su límite, ya que la energía espiritual había rebasado su capacidad debido al violento arranque de Su She.

¡Clang!

De pronto, el arma se rompió en pedazos, y el golpe de Nie Mingjue aterrizó en el pecho de Su She.

Lamentablemente, el esplendor del hombre fue fugaz. Ni siquiera tuvo tiempo de escupir una bocanada de sangre ni de decir una última palabra digna o despiadada. Así, sin más, la ira de sus ojos se extinguió.

Aunque Jin Guangyao se desplomó al lado de Lan Xichen, pudo ver la escena. Ya fuera porque cada vez le sangraban más la muñeca y el abdomen o por alguna otra razón, se le habían acumulado lágrimas en los ojos. Aun así, no había tiempo para recuperar el aliento ni lamerse las heridas. Después de que Nie Mingjue retirara la mano, se dio la vuelta de nuevo y, cual tigre a su presa, lo miró de manera amenazante. La mirada escrutadora, gélida y severa de aquel rostro rígido era exactamente igual a la que tenía cuando estaba vivo, la misma que tanto temía.

Jin Guangyao estaba tan asustado que hasta sus lágrimas se secaron. Con

la voz temblorosa, suplicó ayuda:

—Segundo hermano…

Mientras Lan Xichen apuntaba su espada en otra dirección, Wei Wuxian y Lan Wangji se apresuraron a continuar con sus respectivas melodías. Sin embargo, una vez interrumpido el silbido, era muy difícil que recuperase el ritmo y el efecto originales.

En ese preciso instante escuchó que alguien gritaba desde un lado:

—¡Wei Wuxian!

—¿Qué? —contestó él sin pensarlo.

Después de responder se dio cuenta de que había sido Jiang Cheng, así que se quedó perplejo un instante. Jiang Cheng no dijo nada, sino que sacó algo de la manga y se lo lanzó. En un acto reflejo, Wei Wuxian extendió la mano para cogerlo. Al bajar la mirada, descubrió que era una oscura y brillante flauta con una borla de un intenso rojo.

Era Chenqing, la flauta Reveladora, ¡más conocida como la flauta fantasmal!

En cuanto palpó el instrumento que tenía en la mano, tan familiar para él, Wei Wuxian ni siquiera mostró sorpresa. Sin dudarlo, se la llevó a los labios y exclamó:

—¡Lan Zhan!

Lan Wangji asintió ligeramente y, sin necesidad de decir nada más, las notas de la cítara y la flauta empezaron a sonar al unísono. Mientras que la cítara era como un manantial helado, la flauta era como un pájaro que volaba; una reprimía y la otra inducía. Ante la combinación de ambas melodías, el cuerpo de Nie Mingjue se tambaleó hasta que, medio obligado, se alejó de Jin Guangyao. Paso a paso, avanzó con rigidez hacia el ataúd vacío por segunda vez bajo el influjo de la cítara y la flauta en conjunto.

Poco a poco, Wei Wuxian y Lan Wangji se fueron acercando a él. En cuanto el cadáver asesino entró en el ataúd, los dos patearon los extremos de la tapa que yacía en el suelo, haciendo que volara hacia arriba y cayera sobre el féretro.

Wei Wuxian se acercó con rapidez y agilidad, se colocó a Chenqing en la cintura con la mano izquierda y se mordió un dedo de la mano derecha. Utilizando la sangre que le brotó, con unos movimientos tan fluidos como el agua, trazó una serie de hechizos deslumbrantes sobre la tapa. ¡En cuestión de unos segundos, los terminó!

Solo entonces los rugidos de la bestia fueron cesando poco a poco. Lan Wangji presionó las siete cuerdas que seguían temblando, y las notas de la cítara se detuvieron bajo sus dedos.

Wei Wuxian exhaló un suspiro de alivio y aguzó sus sentidos. Tras asegurarse de que ya no se percibía más energía a través de la tapa del ataúd, se puso de pie y comentó:

—Vaya, usted sí que es gruñón, ¿eh?

Como se encontraba sobre el féretro, parecía muchísimo más alto. Lan Wangji guardó la cítara y lo observó con sus cristalinos ojos. Cuando Wei Wuxian bajó la cabeza para mirarlo, le acarició la blanca y delicada cara. De manera intencionada o no, se la manchó con algunos rastros de sangre.

A Lan Wangji no le molestó, tan solo le ordenó:

—Baja.

Con una amplia sonrisa, Wei Wuxian saltó y él lo cogió en brazos.

Una parte del templo se había tranquilizado, pero, al otro lado, Nie Huaisang comenzó a gritar de dolor:

—¡Hermano Xichen! ¡Por favor, ven y examíname la pierna! ¡¿Aún está unida a mi cuerpo?!

Lan Xichen se acercó, lo sujetó y, tras inspeccionarlo, dijo:

—No temas. No hay de qué preocuparse, no tienes la pierna rota. Tan solo ha sido un pequeño corte.

—¡¿Un corte?! —repitió Nie Huaisang, horrorizado—. ¡¿Cómo no voy a tener miedo si me han cortado?! ¡¿Me han perforado la pierna?! ¡Socorro, hermano Xichen!

—No es nada grave —aseguró Lan Xichen, sin saber si reír o llorar.

Aun así, Nie Huaisang siguió sujetándose la pierna mientras rodaba por el suelo. Como Lan Xichen sabía que lo que más temía era el dolor, sacó un frasco de su bolsillo y se lo entregó.

—Esto te ayudará.

Nie Huaisang se apresuró a coger la medicina. Mientras se la tomaba, dijo:

—¡Qué mala suerte tengo! De repente, Su Minshan me interceptó a mitad de camino y me trajo hasta aquí. ¡Encima, me ha apuñalado cuando intentaba huir! ¿Acaso no sabía que, para lidiar conmigo, bastaba con empujarme? No tenía que usar espadas ni ninguna otra arma…

Lan Xichen se puso de pie y se giró sobre los talones.

Jin Guangyao seguía desplomado en el suelo, con el pelo revuelto, la frente cubierta de un sudor frío y el rostro tan pálido como el papel. Decir que se encontraba en un estado lamentable era quedarse corto. Soltó algún que otro quejido, quizá porque el dolor de su brazo se había vuelto insoportable. Levantó la cabeza para contemplar a Lan Xichen. Aunque no dijo nada ver su miserable expresión y cómo se cubría la muñeca cortada hacía que cualquiera sintiera lástima.

Lan Xichen lo observó un momento. Al final, suspiró rendido y sacó otro medicamento que llevaba consigo.

—Líder Lan —le advirtió Wei Wuxian.

—Joven señor Wei, a juzgar por cómo se encuentra… no creo que sea capaz de hacer nada —se justificó él—. Si no tratamos sus heridas pronto, puede que muera ahora mismo. Hay un montón de cosas que no nos ha aclarado.

—Te entiendo —añadió Wei Wuxian—. No es que te esté diciendo que

no lo salves, tan solo quiero advertirte que tengas cuidado. Por ahora, será mejor aplicarle el hechizo silenciador y no dejar que hable.

Lan Xichen asintió con la cabeza y se giró hacia Jin Guangyao una vez más.

—Líder Jin, ya lo has escuchado. Por favor, no te muevas. En caso de que hagas algo sospechoso, no tendré ninguna compasión contigo… —Tras respirar hondo, concluyó—: Como medida de prevención, me vería obligado a quitarte la vida.

Jin Guangyao asintió y susurró con debilidad:

—Gracias, Zewu-jun…

Lan Xichen se agachó y comenzó a tratar la herida de su muñeca con cautela y delicadeza. Jin Guangyao no dejó de temblar en ningún momento. Al ver a quien alguna vez había sido su glorioso hermano jurado en esa situación, Lan Xichen no supo qué decir, tan solo se lamentó en el fondo de su corazón.

Wei Wuxian y Lan Wangji caminaron juntos hacia una de las esquinas de la sala, donde Wen Ning se había desplomado en una posición incómoda sobre Jiang Cheng y Jin Ling. Wei Wuxian lo terminó de tumbar y examinó con gran preocupación el oscuro agujero de su pecho.

—Mira cómo has acabado… ¿Con qué debería rellenártelo?

—Joven señor, ¿tan grave estoy…? —inquirió Wen Ning.

—Qué va, no es para tanto —contestó Wei Wuxian—. Tus órganos ya no funcionan, es solo que estás horrible.

—Bueno, tampoco necesito verme guapo…

Jiang Cheng guardó silencio. Jin Ling dudaba sobre si debía hablar o no.

Por otro lado, Lan Xichen continuó tratando las heridas de Jin Guangyao. Quería aprovechar la oportunidad para reprenderlo, pero, cuando vio que estaba a punto de desmayarse por el dolor, no pudo tolerarlo más y se volvió hacia Nie Huaisang.

—Por favor, pásame el frasco de medicina que te he dado.

El hombre lo había guardado en su túnica tras tomarse dos píldoras para calmar el dolor. Tan pronto como oyó la petición de Lan Xichen, accedió.

—Ah, de acuerdo. —Bajó la cabeza y rebuscó en su ropa. Cuando por fin encontró el frasco, lo sacó y quiso entregárselo a Lan Xichen, pero justo entonces sus pupilas se contrajeron y gritó alarmado—: ¡Cuidado, hermano! ¡Detrás de ti…!

Lan Xichen no había bajado la guardia ante Jin Guangyao en ningún momento; es más, se encontraba en un estado de alerta constante. Al ver la expresión de Nie Huaisang y escuchar su grito de sobresalto, su corazón dio un vuelco y, sin pensarlo dos veces, desenvainó su espada y apuntó hacia atrás.

Cuando Jin Guangyao recibió de lleno la puñalada en el pecho, su rostro se llenó de incredulidad.

Los demás también se sorprendieron por el repentino giro de los acontecimientos.

Wei Wuxian se enderezó en el acto y exclamó:

—¡¿Qué ha pasado?!

—Es… es que… he… he visto al tercer hermano… digo, al líder Jin estirando la mano tras él —explicó Nie Huaisang entre tartamudeos—. No sabía si pretendía…

Jin Guangyao bajó la cabeza y se quedó mirando la espada que tenía clavada en el pecho. Sus labios se abrían y cerraban como si quisiera decir algo; sin embargo, como estaba bajo los efectos del hechizo silenciador, no pudo articular ni una sola palabra. Wei Wuxian sintió que algo andaba mal, pero, antes de que pudiera hacer ninguna pregunta, Jin Guangyao tosió una gran bocanada de sangre y bramó con la voz ronca:

—¡Lan Xichen!

De alguna manera, se había liberado del hechizo a la fuerza.

Estaba lleno de heridas y sangre: se había quemado la mano izquierda con el humo tóxico, le habían cercenado la mano y le faltaba un trozo del

abdomen. Aunque a duras penas podía sentarse, se levantó de golpe por su cuenta; quizá era gracias al impulso de las últimas fuerzas que le quedaban.

—¡Lan Xichen! —gritó una vez más, lleno de rencor.

Con un gesto de decepción y tristeza, Lan Xichen recalcó:

—Te lo advertí, líder Jin: como hicieras un movimiento sospechoso, no tendría piedad.

Jin Guangyao resopló con desdén y le espetó:

—¡Así es! Pero ¡¿es que he hecho tal cosa?!

Si bien siempre había mostrado un rostro amable y delicado ante los demás, ahora salía a relucir su lado más fiero y arisco. Al ver esa actitud tan inusual, Lan Xichen también sintió que algo andaba mal y se volvió para mirar a Nie Huaisang.

Jin Guangyao se rio con ironía.

—¡Venga ya! ¿Para qué lo miras? ¡No hace falta! ¡¿Qué vas a notar tú si ni siquiera yo me he percatado en todos estos años?! Nie Huaisang… Nada mal, ¿eh?

Este se quedó atónito, se sentía tan intimidado por su repentina acusación que no fue capaz de hablar.

—No puedo creer que haya caído en tus garras de esta manera… —expresó Jin Guangyao con amargura.

Quiso precipitarse hacia él, pero todavía tenía la espada clavada en el corazón. Tan pronto como avanzó un paso, hizo una mueca de dolor.

Lan Xichen no podía asestarle el golpe final y tampoco quería ser imprudente al retirar la espada, así que se limitó a exclamar:

—¡No te muevas!

De cualquier manera, Jin Guangyao no podía hacerlo. Sostuvo la hoja de la espada con una mano, se estabilizó y escupió una bocanada de sangre.

—¡Qué bien te queda el apodo de «don Nada Sé»! ¡Con razón…! Lo has estado ocultando todos estos años… ¡Enhorabuena por tu increíble trabajo!

—Hermano Xichen, tienes que creerme… —dijo Nie Huaisang con la voz temblorosa—. De verdad lo he visto…

—¡¿Cómo te atreves?! —bramó Jin Guangyao con una mirada furiosa.

Intentó correr una vez más hacia él, pero la espada se clavó un par de

centímetros más en su pecho.

—¡No te muevas! —repitió Lan Xichen en voz alta.

Al haber sufrido innumerables pérdidas por culpa de Jin Guangyao y haber caído múltiples veces en sus tretas, esta vez procuró mantenerse muy alerta. Sospechaba que, como Nie Huaisang había descubierto lo que pretendía hacer, solo fingía rebatirlo y acusarlo en un intento desesperado de distraerlos de nuevo.

Por su mirada, Jin Guangyao adivinó lo que pensaba y se rio con indignación.

—¡Lan Xichen! No solo he mentido infinidad de veces, sino que también les he hecho daño a muchísimas personas. Como tú bien has dicho, maté a mi padre, a mis hermanos, a mi esposa, a mi hijo, a mis maestros y a mis amigos. ¡Es cierto que he cometido todas las atrocidades habidas y por haber! —Tras soltar un jadeo, concluyó con la voz ronca—: ¡Pero jamás he querido hacerte daño!

Lan Xichen se quedó estupefacto.

Jin Guangyao jadeó un par de veces más, agarró la espada de su pecho y añadió con los dientes apretados:

—¿Recuerdas quién te salvó del caos y la penuria mientras escapabas del incendio de Nubes Recónditas? ¿Y quién fue el que más te ayudó cuando el clan Lan de Gusu tuvo que reconstruir su residencia? ¡A lo largo de los años, nunca os he hecho nada malo! ¡¿Acaso ha habido una sola vez en la que me haya negado a ayudaros?! Aparte de bloquear temporalmente tu energía espiritual, ¿en qué os he perjudicado a ti y a tu clan? ¿Cuándo te he pedido que me devolvieras los favores?

Al escuchar sus argumentos, Lan Xichen no pudo volver a callarlo con el hechizo silenciador.

—Su Minshan quiso compensarme solo porque recordé su nombre en aquel entonces. En cambio, tú, Zewu-jun, líder Lan, al igual que Nie Mingjue, ¡te muestras intolerante conmigo y ni siquiera te dignas a

ofrecerme una salida!

Tan pronto como terminó de hablar, su cuerpo se impulsó con brusquedad hacia atrás, y Shuoyue salió disparada de su pecho.

—¡No dejes que se escape! —lo instó Jiang Cheng en tono alarmado.

Lan Xichen dio dos pasos hacia delante y lo aplacó de nuevo sin ningún esfuerzo. En su estado actual, Jin Guangyao no habría ido demasiado lejos por mucho que corriera; incluso Jin Ling podría alcanzarlo con los ojos vendados. No solo tenía muchísimas heridas, sino que también había recibido una puñalada mortal en el pecho, así que no había necesidad de ponerse a la defensiva.

Sin embargo, Wei Wuxian se dio cuenta de sus verdaderas intenciones y advirtió:

—¡No trata de escapar! ¡Zewu-jun, date prisa y aléjate de él!

Ya era demasiado tarde: la sangre de la muñeca cortada de Jin Guangyao cayó sobre el ataúd. Las gotas del líquido carmesí se escurrieron por la superficie donde Wei Wuxian había hecho los trazos y se filtraron en el interior a través de las grietas, destruyendo así la formación.

¡Cuando se rompió el sello, Nie Mingjue destrozó el ataúd con violencia!

La tapa se partió en pedazos y dos pálidas manos emergieron; mientras que una rodeó el cuello de Jin Guangyao, la otra se acercó a la garganta de Lan Xichen.

Lo que pretendía Jin Guangyao no era escapar, ¡sino usar su último aliento para atraer a su hermano de juramento hacia el ataúd y morir juntos a manos de Nie Mingjue!

Lan Wangji retiró a Bichen y, a la velocidad del rayo, la espada salió volando en esa dirección. No obstante, Nie Mingjue no les tenía miedo a las armas espirituales. Incluso si lograba herirlo, no evitaría que se acercara a la garganta de Lan Xichen.

Para sorpresa de todos, cuando aquella mano estuvo a un milímetro de estrangularlo, Jin Guangyao usó la mano izquierda, que todavía conservaba,

y empujó con todas sus fuerzas a su segundo hermano jurado, apartándolo al instante.

Nie Mingjue lo agarró del cuello, lo arrastró dentro del ataúd y luego lo sostuvo en el aire como si fuera un títere. ¡La escena era bastante tétrica!

Con la única mano que le quedaba, Jin Guangyao se aferró a la palma de acero de Nie Mingjue y luchó por zafarse a pesar del terrible dolor que lo invadía. Tenía el cabello desordenado y sus ojos brillaban con ferocidad.

—¡Nie Mingjue, eres un hijo de puta! —maldijo entre gritos, en un tono sumamente estridente y áspero—. ¡¿Crees que te tengo miedo?! Yo…

Con gran dificultad, escupió una bocanada de sangre.

Crac, *crac*, *crac.*…

Y, de pronto, todos los presentes escucharon un ruido brutal y nítido. Sonaba como si algo se estuviera rompiendo.

Un quejido ahogado se escapó de la garganta de Jin Guangyao.

A Jin Ling le temblaron los hombros. Al instante cerró los ojos y se tapó los oídos, pues ya no se atrevía a mirar ni escuchar nada más.

El empujón que había recibido Lan Xichen fue tan fuerte que retrocedió varios pasos a trompicones. Todo había transcurrido tan rápido que no lograba asimilarlo.

Por su parte, Lan Wangji le dio una palmada a la estatua de Guanyin, de facciones delicadas. Como resultado, la figura se agitó y voló hacia el ataúd. Mientras Nie Mingjue examinaba el cadáver con el cuello torcido que tenía en las manos, la pesada estatua lo golpeó y lo hizo caer dentro del ataúd.

Wei Wuxian saltó y pisó el pecho de la figura. Como la tapa del ataúd estaba rota, no tenían más opción que usarla para sellar al desenfrenado Nie Mingjue.

En un intento de liberarse, el cadáver asesino le dio un manotazo tras otro a la estatua. Wei Wuxian se balanceó de un lado a otro con el movimiento y por poco se cayó a un lado. Después de tambalearse un par de veces sobre

el ataúd, se percató de que era imposible trazar otro hechizo con tales sacudidas.

—Rápido, Lan Zhan, ¡ven aquí! Súbete conmigo para añadirle más peso. Como siga dando golpetazos, la estatua se partirá…

Antes de terminar de hablar, sintió que tanto su cuerpo como su visión se inclinaban un poco. Lan Wangji había agarrado un extremo del ataúd de madera maciza y lo había alzado. En otras palabras, con tan solo la mano izquierda, no solo había levantado el pesado féretro con Wei Wuxian encima, sino también a los dos muertos del interior y la estatua de Guanyin.

Wei Wuxian se quedó perplejo.

Si bien ya sabía que tenía una fuerza asombrosa, eso era… ¡demasiado impactante!

Por el contrario, Lan Wangji permaneció imperturbable mientras agitaba una cuerda plateada con la mano derecha.

¡Fuuush!

Como si fuera una lanzadera voladora, la cuerda de la cítara se enrolló decenas de veces alrededor del ataúd y la estatua de Guanyin, uniéndolos con firmeza. Repitió el proceso con una segunda cuerda, una tercera y así sucesivamente… En cuanto comprobó que Nie Mingjue y Jin Guangyao habían quedado confinados en su interior, aflojó la mano izquierda. Cuando el extremo del ataúd cayó al suelo, Wei Wuxian también lo hizo, aunque Lan Wangji lo cogió a tiempo y lo dejó con firmeza sobre el suelo. Pese a que esas dos manos tenían la suficiente fuerza para levantar más de mil kilos, resultaban increíblemente delicadas al cargar con Wei Wuxian.

Con la mirada perdida y absorto en sus pensamientos, Lan Xichen se quedó observando el féretro sellado con las siete cuerdas de la cítara.

Nie Huaisang extendió la mano y la sacudió delante de él mientras preguntaba horrorizado:

—Her… hermano… ¿Te encuentras bien?

—Huaisang, ¿estás seguro de que pretendía atacarme por la espalda? —

inquirió Lan Xichen.

—Sí… Al menos, eso creo…

Al ver que titubeaba, Lan Xichen insistió:

—Piénsalo bien.

—No te puedo responder con certeza… Parecía que de verdad…

—¡Deja de titubear! ¡Tan solo dime si iba a hacerlo o no!

—No lo sé… ¡De verdad que no lo sé! —exclamó Nie Huaisang, incómodo. Solía repetir esa frase cada vez que se sentía presionado.

Como si tuviera un terrible dolor de cabeza, Lan Xichen hundió la frente entre las manos. Ya no tenía intención de seguir hablando.

—Amigo Huaisang —lo llamó Wei Wuxian de repente.

—¿Eh? —dijo él.

—¿Cómo es que Su She te ha apuñalado? —inquirió Wei Wuxian.

—Como yo estaba en su camino mientras intentaba escapar con el tercer hermano… digo, con Jin Guangyao a la espalda, me ha…

—Ah, ¿sí? —preguntó Wei Wuxian—. Me parece recordar que no le bloqueabas el camino.

—No creerás que he corrido hacia él solo para que me apuñalara a propósito, ¿o sí?

—No he dicho eso —dijo Wei Wuxian con una sonrisa.

—Entonces, ¿qué es lo que insinúas?

—Es que… de repente he comprendido algo —contestó Wei Wuxian.

—¿El qué? —quiso saber Nie Huaisang.

—Jin Guangyao dijo que alguien le había enviado una carta amenazándolo con revelar sus secretos al mundo entero en un plazo de siete días. Suponiendo que sea cierto, el mensajero habría hecho algo innecesario. —Wei Wuxian empezó a desglosar su teoría—. Si su intención era revelar sus delitos, ¿por qué se tomó la molestia de informarlo de que tenía pruebas de sus crímenes? ¿No habría sido más fácil delatarlo directamente?

—El tercer hermano… digo, ¿Jin Guangyao no dijo que esa persona quería que él mismo confesara sus crímenes y pidiera perdón delante de todos?

—¡Venga ya! No hay que ser muy listo para saber que Jin Guangyao no elegiría disculparse por sus crímenes —rebatió Wei Wuxian—. ¿Cuál era la función de la carta? A simple vista, no parece tener ningún sentido. Sin embargo, ¿crees que una persona que hubiera descubierto todos sus secretos haría una jugada en vano? Este movimiento, que parece simple, debía de tener un propósito. Tal vez pretendía desencadenar algo.

—¿Desencadenar algo? —repitió Lan Xichen, aún ensimismado—. ¿El qué?

—Las intenciones asesinas de Jin Guangyao —contestó Lan Wangji con voz profunda.

Si Lan Xichen se encontrara en su estado habitual, le habría resultado muy sencillo llegar a esa conclusión. No obstante, dadas las circunstancias, lo más probable era que no tuviese cabeza para analizarlo en profundidad.

—Exactamente. Fue esa carta la que despertó las intenciones asesinas de Jin Guangyao a niveles inauditos —recalcó Wei Wuxian—. ¿No le dijo que esperara su muerte cuando pasaran los siete días? Seguro que eso lo impulsó a actuar. Antes de que transcurriera aquel plazo, pretendía reducir las fuerzas principales de los clanes cultivacionales asediando la colina de las fosas. Así, podría jugar a ver quién moría primero.

—¿Quieres decir que aquel era el propósito del autor de la carta? —inquirió Lan Xichen—. ¿Impulsarlo a que hiciera el primer movimiento?

—Sí, eso creo —afirmó Wei Wuxian.

Lan Xichen sacudió la cabeza y continuó preguntando:

—En ese caso… ¿cuál era la verdadera intención del mensajero? ¿Desenmascarar a Jin Guangyao o exterminar a los clanes cultivacionales?

—La respuesta es muy sencilla. Tan solo debemos ver lo que sucedió después de que fracasara el asedio: cuando todos nos reunimos en Muelle

de Loto y la indignación pública estaba en su punto álgido, aparecieron Sisi y Bicao… No creo que la llegada de las dos testigos fuese una mera coincidencia. Todas estas circunstancias confluyeron hasta llegar a un punto crítico. —Tras una breve pausa, Wei Wuxian concluyó—: No solo quería arruinar la reputación de Jin Guangyao, sino también convertirlo en el enemigo de todos. Deseaba darle un golpe fatal… uno que no le permitiera volver atrás.

—Parece que esa persona llevaba muchísimo tiempo planificándolo —comentó Nie Huaisang.

Después de mirarlo un momento, Wei Wuxian preguntó de pronto:

—A propósito, líder Nie, ¿el cuerpo de Chifeng-zun no estaba bajo tu custodia?

—En efecto, así era —admitió él—. Sin embargo, esta noche me informaron de que el cadáver de mi hermano mayor había desaparecido de Qinghe sin dejar ningún rastro. ¿Por qué creéis que quería volver con tanta prisa? Encima, me topé con Su She a mitad de camino y me trajo hasta aquí…

Wei Wuxian insistió:

—Líder Nie, he oído que a menudo visitas al clan Lan de Gusu y al clan Jin de Lanling, ¿es eso cierto?

—Por supuesto.

—Entonces, ¿es verdad que no conocías a Mo Xuanyu?

—¿Eh?

—Recuerdo que, la primera vez que me topé contigo después de la ofrendación, actuabas como si no me conocieras. Hasta le preguntaste a Hanguang-jun quién era. Mo Xuanyu había estado acosando a Jin Guangyao por algún motivo e incluso llegó a leer los manuscritos de su colección. En cuanto a ti, ibas cada poco a quejarte al líder Jin. Es comprensible que dijeras que no conocías demasiado a Mo Xuanyu, pero ¿de verdad no lo habías visto ni una sola vez?

Nie Huaisang se rascó la cabeza.

—Amigo Wei, la torre de la Carpa Dorada es tan grande que resulta imposible ver a todos los que residen allí y, aunque lo hubiera hecho, no podría acordarme de todos. —Avergonzado, añadió—: Además… a Mo Xuanyu lo conocían por… Ya sabes… El clan Jin de Lanling hacía todo lo posible por ocultarlo, así que no sería de extrañar que no lo hubiera visto nunca. Es más, puede que el hermano Xichen tampoco.

—Ah, en eso tienes razón —reconoció Wei Wuxian—. Zewu-jun tampoco conocía a Mo Xuanyu.

—¡¿Lo ves?! —exclamó Nie Huaisang—. Por cierto, hay algo que no entiendo: en el caso de que conociera a Mo Xuanyu, ¿por qué habría fingido no hacerlo? ¿Por qué iba a hacer tal cosa?

Wei Wuxian esbozó una sonrisa antes de responder:

—Ah, no le des mucha importancia. Tan solo me ha parecido extraño y te he preguntado por pura casualidad.

En cambio, pensó: «La razón es obvia, lo hiciste para probar si era el verdadero Mo Xuanyu».

Si todos decían que era retraído y cobarde, ¿de dónde había sacado tanto coraje para suicidarse y ofrecer su propio cuerpo? ¿De dónde había salido el brazo izquierdo de Chifeng-zun? ¿Podría ser que Jin Guangyao lo hubiera liberado por un descuido? Y sobre todo… ¿por qué había aparecido en la villa de los Mo, justo donde Mo Xuanyu había hecho la ofrendación y donde Wei Wuxian acababa de regresar a la vida? ¿Por qué no en otro lugar? Parecía que se trataba de un acto deliberado para que Wei Wuxian lo consiguiera.

El clan Nie de Qinghe se había encargado de enterrar el cuerpo de Chifeng-zun. Se sabía que Nie Huaisang respetaba y apreciaba muchísimo a su hermano mayor, ¿de verdad no se había dado cuenta de que lo habían exhumado y sustituido?

Esta era la teoría por la que se inclinaba Wei Wuxian: era muy probable

que Nie Huaisang no supiera nada antes de la muerte de Nie Mingjue. No obstante, cuando falleció, se había enterado de todo de alguna manera. No solo había descubierto que habían intercambiado su cuerpo, sino también el verdadero rostro del tercer hermano en el que tanto solía confiar. Aunque había invertido un montón de tiempo y esfuerzo en buscar el cadáver, solo había encontrado el brazo izquierdo. Se había quedado estancado en ese paso y no hallaba más pistas para continuar. Encima, el brazo era tan feroz y difícil de controlar que mantenerlo a su lado solo provocaría más derramamientos de sangre. Por eso pensó en una persona experta en tratar asuntos como ese y resolver esa clase de problemas… ¡El patriarca de Yiling!

Pero había un inconveniente: había muerto despedazado.

Entonces, ¿qué podía hacer?

Fue entonces cuando pensó en otra persona: Mo Xuanyu, a quien habían expulsado de la torre de la Carpa Dorada.

Para sacarle información, era muy probable que Nie Huaisang hubiera charlado un par de veces con él. Quizá, desalentado, el joven le hubiera contado que había leído uno de los manuscritos de técnicas prohibidas que Jin Guangyao guardaba, más específicamente un fragmento donde se describía una antigua arte oscura. Aprovechando que su propia familia lo maltrataba, Nie Huaisang lo habría animado a que tomara represalias mediante la técnica prohibida de la ofrendación.

¿Y a qué fantasma avieso debía invocar?

Nada más y nada menos que al patriarca de Yiling.

Mo Xuanyu, que ya no podía soportar vivir así, activó la formación de sangre y Nie Huaisang aprovechó la oportunidad para librarse del engorro con el que apenas podía lidiar: el brazo izquierdo de Chifeng-zun.

Fue así como su plan tuvo éxito. Ya no tendría que encargarse de la engorrosa tarea de buscar los miembros restantes de Nie Mingjue, pues dejaría la peligrosa labor en manos de Lan Wangji y del problemático Wei

Wuxian. Lo único que tenía que hacer era vigilar sus movimientos de cerca.

Cuando Jin Ling, Lan Sizhui, Lan Jingyi y los otros discípulos se vieron envueltos en el extraño incidente de los gatos muertos en sus respectivos viajes, quedó claro que alguien había provocado deliberadamente aquellos fenómenos. Además, como un inexistente «cazador» les había mostrado el camino cuando llegaron a una de las aldeas cercanas, no cabía duda de que la intención de esa persona era atraer a los inexpertos discípulos a Ciudad Ataúd. Si Wei Wuxian y Lan Wangji se hubieran descuidado y hubieran fallado en proteger a los jóvenes, habrían culpado a Jin Guangyao también.

En otras palabras, cuantas más acusaciones se pudieran utilizar para condenar a Jin Guangyao, mejor… Cuantos más fallos se atribuyeran al villano, más pruebas se obtendrían… Y, cuanto más miserable fuera su muerte, muchísimo mejor.

Con la punta de Bichen, Lan Wangji le dio la vuelta al baúl negro que estaba junto al ataúd. Después de examinar los hechizos que tenía inscritos, le indicó a Wei Wuxian:

—La cabeza.

Se suponía que allí debía de estar la cabeza de Nie Mingjue. Era muy probable que Jin Guangyao la hubiera guardado y la hubiera enterrado en el templo después de haberla sacado de la torre de la Carpa Dorada.

Wei Wuxian asintió y se dirigió una vez más a Nie Huaisang:

—Líder Nie, ¿sabes qué había al principio en el ataúd?

—¿Qué voy a saber yo? —contestó Nie Huaisang—. Sin embargo, a juzgar por cómo actuaba el tercer hermano… digo, Jin Guangyao, debía de ser algo muy importante para él.

—En los ataúdes se almacenan cadáveres —enfatizó Wei Wuxian—. Supongo que aquí guardaban el cuerpo de Meng Shi, la madre de Jin Guangyao. Habrá venido esta noche a llevárselo para viajar a Dongying.

Lan Xichen estaba tan estupefacto que no pronunciaba palabra alguna.

—Aaah… —Tras una breve pausa, Nie Huaisang añadió—: Sí, eso tiene

muchísimo sentido.

—¿Qué crees que esa persona habrá hecho con el cuerpo de la madre de Jin Guangyao después de desenterrarlo? —preguntó Wei Wuxian.

—Amigo Wei, ¿por qué me sigues interrogando? No tengo respuestas. ¡Por más que me preguntes, seguiré sin saberlas! —Nie Huaisang hizo una pausa. Con suma calma, se recogió el cabello empapado por la lluvia y añadió—: Aun así… a juzgar por lo mucho que odia a Jin Guangyao, creo que habría sido bastante cruel e implacable con lo que tanto amaba y valoraba en vida.

—Por ejemplo… ¿habría desmembrado su cuerpo y lo habría esparcido por diferentes lugares, tal y como hizo con Chifeng-zun? —especuló Wei Wuxian.

Nie Huaisang se sobresaltó tanto que retrocedió unos pasos.

—E… eso… ¡eso sería inhumano…!

Wei Wuxian se quedó observándolo fijamente, aunque terminó apartando la mirada al cabo de un rato.

A fin de cuentas, las especulaciones eran solo eso. Nadie tenía pruebas de sus sospechas.

La cara de desconcierto e impotencia de Nie Huaisang podría ser un disfraz. Tal vez no quería admitir que consideraba a los demás como peones o que la vida de otros no significaba nada para él; quizá su plan aún siguiera en pie y necesitara ocultar su verdadero rostro para emplear otras artimañas y lograr objetivos más importantes… O puede que la realidad no fuera tan complicada; a lo mejor había sido otra persona quien había escrito la carta, había matado a los gatos y había unido la cabeza de Nie Mingjue a su cuerpo. Era posible que Nie Huaisang solo fuera un auténtico inútil. A lo mejor las últimas palabras de Jin Guangyao no eran más que falsas acusaciones que se había inventado después de que delatara su ataque furtivo; quizá tenía la intención de perturbar la mente de Lan Xichen y aprovechar la coyuntura para arrastrarlo consigo a la muerte. Después de

todo, era conocido por sus fechorías y tenía un nefasto historial, por lo que no debería sorprender cuándo ni sobre qué mentía.

Y, en cuanto a por qué había cambiado de parecer en el último momento y había apartado a su hermano de juramento, nadie era capaz de descifrar lo que estaba pensando en ese momento.

Lan Xichen seguía sosteniéndose la frente, solo que ahora se le habían hinchado las venas del dorso de las manos. Con voz apagada, empezó a decir:

—¿Qué pretendía en realidad…? Pensaba que lo conocía a la perfección, pero me he dado cuenta de que no… Antes de esta noche, creí que volvía a entenderlo; sin embargo, ahora ya no comprendo nada.

Nadie podía darle una respuesta.

—¿Qué demonios quería hacer? —continuó confundido.

Si ni siquiera él, que era el más cercano a Jin Guangyao, lo entendía, era aún más improbable que otros tuvieran la respuesta.

Segunda parte

Después de un largo silencio Wei Wuxian habló:

—No deberíamos quedarnos parados sin hacer nada. Dividámonos las tareas: mientras unos van a buscar ayuda, el resto se queda aquí a vigilar el templo. El ataúd y las cuerdas no mantendrán sellado a Chifeng-zun durante mucho tiempo.

Como para confirmar sus palabras, se oyeron unos golpes en el interior del féretro. El ruido era tan atroz que Nie Huaisang se estremeció y Wei Wuxian le echó otro vistazo.

—¿Lo veis? Tenemos que conseguir un ataúd más resistente, cavar un hoyo profundo y volver a enterrarlo cuanto antes —sugirió—. No se podrá abrir hasta dentro de, al menos, cien años. Si, por algún motivo, lo liberasen, no solo su energía *yin* y su resentimiento nunca se dispersarán, sino que también causarán un sinfín de problemas…

Antes de que terminara de hablar, se oyó un nítido y profundo ladrido a lo lejos. Wei Wuxian palideció al instante.

Por su parte, Jin Ling se animó un poco.

—¡Hada!

Los truenos habían cesado y la lluvia torrencial se había reducido a una llovizna. Las horas más oscuras de la noche habían concluido y ahora el cielo estaba levemente iluminado.

Con el pelaje empapado, el perro espiritual corría a toda velocidad. Como una ráfaga de viento oscuro, se abalanzó sobre Jin Ling. Los redondos ojos de Hada también estaban húmedos. Levantó las patas delanteras del suelo y

las puso sobre las piernas de su dueño mientras ladraba por lo bajo. Al ver como su larga lengua roja salía de entre sus afilados dientes blancos para lamer una y otra vez la mano de Jin Ling, Wei Wuxian palideció todavía más, sus ojos se tensaron y entreabrió los labios, como si su alma fuera a convertirse en humo para luego salir de su boca y volar hacia el cielo. En silencio, Lan Wangji se puso delante de él para que no viera al perro.

Acto seguido, cientos de personas rodearon el templo de Guanyin con sus espadas desenvainadas y en estado de alerta, como si estuvieran preparadas para una gran matanza. No obstante, cuando los primeros hombres entraron en el templo y vieron la escena, se quedaron pasmados. Todos los que yacían en el suelo estaban muertos y los que estaban vivos se encontraban medio tumbados y a duras penas lograban mantenerse en pie. Fuera lo que fuese lo que hubiera pasado, había cadáveres por todas partes. El templo estaba hecho un completo desastre.

Dos personas se adelantaron. A la izquierda se encontraba el jefe de asuntos principales del clan Jiang de Yunmeng y a la derecha estaba Lan Qiren, que seguía estupefacto. Antes de que pudiera abrir la boca, vio a Lan Wangji tan pegado a Wei Wuxian que parecían haberse convertido en una sola persona. En cuestión de segundos, olvidó todas las preguntas que iba a hacer. Una profunda ira le tiñó el semblante y sus largas cejas se crisparon. Cuando resopló enfurruñado, su barba se agitó y revoloteó tenuemente en el aire.

Por su parte, el jefe de asuntos principales se apresuró a sujetar a Jiang Cheng.

—¿Se encuentra bien, líder Jiang…?

Al mismo tiempo, Lan Qiren alzó su espada y empezó a gritar:

—Wei…

Antes de que pudiera terminar, varias figuras vestidas de blanco entraron corriendo detrás de él y exclamaron una tras otra:

—¡Hanguang-jun!

—¡Señor Wei!

—¡Señor patriarca!

Como el último joven chocó contra Lan Qiren, este casi se cayó y se enfureció muchísimo más.

—¡Nada de correr! ¡Y nada de gritar!

A excepción de Lan Wangji, que lo llamó «tío» a modo de saludo, nadie más le prestó atención.

Lan Sizhui agarró la manga de Lan Wangji con la mano izquierda y sujetó el brazo de Wei Wuxian con la derecha mientras expresaba en tono alegre:

—¡Qué alivio! Me alegra que estéis bien, Hanguang-jun y señor Wei. Cuando vimos lo nervioso que estaba Hada, pensamos que os encontrabais en apuros.

—Sizhui, me temo que te has confundido —comentó Lan Jingyi—. ¿Acaso existe una situación que Hanguang-jun no pueda resolver? ¿Lo ves? Te dije que no te preocuparas.

—Oye, pero si eras tú el que venía preocupado todo el camino —rebatió Lan Sizhui.

—¿Qué dices? —se quejó su compañero—. Déjate de tonterías.

Por el rabillo del ojo, Lan Sizhui vio a Wen Ning, que por fin había conseguido levantarse del suelo. Enseguida fue a sujetarlo y lo arrastró hacia el círculo de adolescentes. Entonces comenzaron a hablar sobre lo que acababa de ocurrir.

Resultaba que, después de morder a Su She, Hada corrió frenéticamente hasta encontrar a una secta que residía en la ciudad y que estaba afiliada al clan Jiang de Yunmeng. Ladró sin control frente a la puerta de la residencia. Cuando el líder vio el peculiar collar que llevaba, el colgante de oro, la insignia del clan y otros detalles, supo de inmediato que se trataba de un

perro espiritual que venía de un clan ilustre y que su dueño debía de ser una persona noble. Que sus dientes, sus garras y su pelaje estuvieran manchados de sangre indicaba que había habido una pelea y era muy probable que su dueño estuviera en peligro. Aquel hombre no quiso demorarse, así que de inmediato se montó sobre su espada junto al animal y se dirigió a Muelle de Loto para informar a la máxima autoridad de la zona: el clan Jiang de Yunmeng. De un solo vistazo, el jefe de asuntos principales reconoció a Hada, el perro espiritual del pequeño joven señor Jin Ling, y se apresuró a enviar refuerzos para rescatarlo.

En ese preciso momento los miembros del clan Lan de Gusu estaban a punto de partir de Muelle de Loto, pero Hada interceptó a Lan Qiren. Y no solo eso, sino que dio un brinco, desgarró el dobladillo de la blanca túnica de Lan Sizhui con los dientes y se lo enrolló alrededor de la cabeza con las garras, como si llevara una cinta en la frente. Al final, se tumbó en el suelo para hacerse el muerto.

Si bien Lan Qiren se quedó confundido, Lan Sizhui lo comprendió al instante.

—Señor, ¿no le parece que está imitando la cinta de nuestro clan? —preguntó—. ¿Acaso nos está avisando de que Hanguang-jun o algún miembro del clan Lan se encuentra en peligro?

Fue así como el clan Jiang de Yunmeng, el clan Lan de Gusu y muchos otros decidieron no marcharse. En lugar de eso, reunieron a sus hombres para ir a rescatarlos.

Lan Jingyi chasqueó la lengua y elogió al valiente animal:

—«Hada, Hada», así es como siempre lo hemos llamado, ¡pero ahora me sorprende que de verdad sea un perro espiritual!

No obstante, por muy «espiritual» que fuera, para Wei Wuxian seguía

siendo un perro, la criatura más terrorífica del mundo. Incluso aunque Lan Wangji le impedía verlo, se le estremecía todo el cuerpo.

Desde que habían llegado los discípulos del clan Lan, Jin Ling los había estado mirando en secreto, observando cómo vociferaban alrededor de Wei Wuxian y Lan Wangji. Al notar que Wei Wuxian palidecía cada vez más, le dio una palmadita en el trasero a Hada.

—Sal de aquí por ahora.

El perro espiritual sacudió la cabeza, meneó la cola y siguió lamiendo a su dueño.

—¡Vete ahora mismo! —lo reprendió Jin Ling—. ¿No me vas a hacer caso?

Hada lo miró con pesar y, sin dejar de mover la cola, salió corriendo del templo. Wei Wuxian por fin suspiró aliviado.

Aunque Jin Ling quería acercarse a ellos, se sentía demasiado avergonzado. Mientras dudaba, Lan Sizhui se quedó mirando fijamente la cintura de Wei Wuxian y dijo:

—¿Señor Wei…?

—¿Sí? —contestó Wei Wuxian—. ¿Qué pasa?

—Me… ¿me permite echarle un vistazo a su flauta? —preguntó Lan Sizhui, todavía abstraído.

Aunque Wei Wuxian no dudó en ofrecerle el instrumento, inquirió con curiosidad:

—¿Sucede algo?

Lan Sizhui lo cogió con ambas manos y frunció el ceño, ensimismado. Wei Wuxian se volvió para mirar a Lan Wangji, que contemplaba al muchacho.

—¿Qué le pasa al chiquillo de tu clan? —preguntó—. ¿Le gusta mi flauta?

—¿Eh? —expresó con sorpresa Lan Jingyi—. ¡Por fin has tirado esa fea y desafinada flauta que tenías! ¡La nueva es magnífica!

Poco sabía que se trataba del infame artefacto espiritual que tanto había deseado ver: la legendaria flauta fantasmal, Chenqing.

«¡Maravilloso!», pensó Lan Jingyi con muchísimo entusiasmo. «Al menos, de ahora en adelante no avergonzará a Hanguang-jun cada vez que actúen juntos. ¡Ay, por todos los cielos! ¡Su antigua flauta era espantosa y emitía unos sonidos horribles!».

—Sizhui —lo llamó Lan Wangji.

Solo entonces el muchacho volvió en sí. Extendiendo ambas manos, le devolvió la flauta a su dueño.

—Tenga.

En el instante en que recibió a Chenqing de vuelta, Wei Wuxian se acordó de que había sido Jiang Cheng quien se la había traído, así que se giró en su dirección y le dijo:

—Gracias. —Agitando la flauta, añadió—: Em… Me… ¿me la puedo quedar?

—Siempre ha sido tuya —respondió Jiang Cheng tras echarle un vistazo.

Después de un momento de vacilación, movió los labios como si quisiera decir algo más, pero Wei Wuxian ya se había girado hacia Lan Wangji. Entonces optó por guardar silencio.

De todos los presentes, algunos estaban limpiando el templo, otros reforzaban el sello del ataúd y varios analizaban cómo podrían trasladarlo de forma segura; pero había una persona que estaba enfurruñada.

—Xichen, ¿qué te sucede? —inquirió Lan Qiren, furioso.

El joven no dejaba de frotarse las sienes y tenía el ceño fruncido. Parecía acongojado y exhausto.

—Tío… Te lo ruego, por favor, no sigas preguntando. Lo digo muy en serio: por ahora, no tengo ganas de hablar.

Lan Qiren nunca había visto a Lan Xichen, a quien había criado con tanto esfuerzo, tan irritable y comportándose con tanta descortesía. Se quedó contemplándolo un momento y luego dirigió la vista hacia Lan Wangji, que

estaba rodeado por los jóvenes junto a Wei Wuxian. Cuanto más los miraba, más se enfadaba. Sentía que ya no controlaba a esos dos discípulos suyos, antes perfectos e intachables. Ahora solo le causaban dolores de cabeza.

Como el ataúd donde estaban sellados Nie Mingjue y Jin Guangyao era bastante pesado y había que tener muchísimo cuidado a la hora de manipularlo, varios líderes de diferentes clanes cultivacionales se ofrecieron voluntarios para trasladarlo. Cuando uno de ellos vio la cara de la estatua de Guanyin, se quedó estupefacto y luego, como si hubiera hecho un importantísimo descubrimiento, instó a los demás a que también la miraran.

—¡Mirad su rostro! Se parece un montón de Jin Guangyao, ¡¿a que sí?!

Los que estaban cerca echaron un vistazo y se asombraron.

—¡Es verdad! ¿Por qué haría semejante cosa?

—Se consideraba a sí mismo un dios —argumentó el líder Yao—. ¡Ja, cuánta soberbia!

—Estoy de acuerdo, ¡qué vanidoso era! ¡Je, je, je!

Sin embargo, Wei Wuxian tenía una teoría completamente diferente.

A la madre de Jin Guangyao la consideraban la más baja de las prostitutas, de modo que él había decidido esculpir una estatua de Guanyin a su imagen y semejanza con la intención de que miles de creyentes la veneraran y le ofrecieran incienso.

Aun así, no tenía sentido mencionarlo en ese momento. Wei Wuxian sabía a la perfección que a la gente no le importaría y que nadie le creería. Todo lo relacionado con Jin Guangyao sería objeto de las más perversas especulaciones, que, encima, correrían como la pólvora entre la gente.

Dentro de poco sellarían aquel ataúd en otro más grande y resistente, lo fijarían con setenta y dos clavos de madera de melocotonero [5] y lo enterrarían en las profundidades de alguna montaña. También sería prudente poner allí una tablilla de piedra a modo de advertencia.

Con los robustos sellos, los seres del interior permanecerían encerrados por toda la eternidad, condenados a no reencarnarse nunca más.

Nie Huaisang se apoyó en la puerta principal y observó como varios líderes de diferentes clanes sacaban el ataúd por el umbral del templo de Guanyin. Cuando bajó la cabeza para sacudirse la suciedad del dobladillo de su túnica, se quedó pasmado.

A Wei Wuxian le extrañó su reacción, así que miró en su dirección. Resultaba que el sombrero de Jin Guangyao había caído al suelo.

Nie Huaisang se agachó para recogerlo y luego salió por la puerta con total tranquilidad.

¡Guau! ¡Guau!

Desde fuera Hada ladró un par de veces mientras esperaba con impaciencia a su dueño.

Al oírlo, Jin Ling recordó que Jin Guangyao le había regalado al perro cuando era apenas un inocente cachorrito que le llegaba a la altura de las rodillas.

Por aquel entonces, Jin Ling era muy pequeño y acababa de pelearse con otros niños de la torre de la Carpa Dorada. Aunque había salido victorioso, no estaba nada contento, así que, en un arrebato, empezó a lanzar cosas en su habitación mientras lloraba a pleno pulmón. Los sirvientes y los subordinados de la residencia no se atrevieron a acercarse por miedo a que los golpearan los objetos que volaban de aquí para allá.

Su tío pequeño fue el único que se le acercó con una sonrisa.

—¿Qué sucede, Ling?

El niño rompió unos cinco o seis jarrones a los pies de Jin Guangyao.

—Uy, qué enfadado estás. Me muero de miedo.

Mientras sacudía la cabeza, se alejó como si de verdad estuviera asustado.

Al día siguiente Jin Ling seguía tan enfadado que no quiso salir ni comer.

Como Jin Guangyao rondaba por la entrada de su habitación, el pequeño apoyó la espalda en la puerta y le gritó:

—¡No vengas a molestarme!

Y, de pronto, unos ladridos llegaron desde el exterior de su cuarto.

Solo entonces abrió la puerta. Lo primero que vio fue a su tío en cuclillas, sosteniendo en brazos a un cachorro de pelaje negro con los ojos redondos y brillantes.

Jin Guangyao alzó la cabeza y miró a su sobrino con una sonrisa.

—Me he encontrado a este animalito, pero no sé cómo llamarlo… Pequeño Ling, ¿te gustaría ponerle un nombre?

Aquella sonrisa era tan amable y genuina que Jin Ling no podía creer que Jin Guangyao la hubiera fingido.

Y, una vez más, lágrimas brotaron de sus ojos.

Siempre había considerado que llorar era señal de debilidad e incompetencia, así que odiaba hacerlo. Sin embargo, era la única forma que tenía de canalizar el profundo dolor y la rabia que albergaba en el fondo de su corazón.

No entendía nada, lo cierto era que no podía culpar ni odiar a nadie. En mayor o menor medida, Wei Wuxian, Jin Guangyao y Wen Ning eran culpables de la muerte de sus padres. Aunque tenía razones suficientes para detestarlos, parecía que todos ellos tenían motivos e historias personales que hacían que le fuera imposible. Y, si no podía odiarlos, ¿en quién debería

centrar su rencor? ¿Acaso merecía haber perdido a sus padres a una edad tan temprana? ¿Era así como estaba destinado a vivir? No solo era incapaz de vengarse con sus propias manos, sino que tampoco podía odiarlos completamente ni con libertad.

Nunca se libraría de su rencor y siempre se sentiría agraviado. Solo muriendo junto a ellos podría acabar con su pesar de una vez por todas.

Al verlo mirando el ataúd y llorando en silencio, el líder Yao se le acercó.

—¿Por qué lloras, joven señor Jin? ¿Es por Jin Guangyao? —Como el adolescente no respondía, añadió en el típico tono que un superior usaría para sermonear a un novicio de su clan—: ¿Qué sentido tiene llorar? Ahórrate tus lágrimas. No vale la pena lamentarse por alguien como tu tío. No te lo tomes a mal, pero no deberías ser tan endeble; esa es una característica propia de las mujeres. Ya es hora de que aprendas qué está bien y qué está mal, es momento de que corrijas tu…

Cuando el líder del clan Jin de Lanling todavía era el cultivador jefe que gobernaba todos los clanes del mundo cultivacional, ni siquiera los líderes con más agallas se habrían atrevido a darles una lección a sus discípulos, y mucho menos con semejantes aires de superioridad. No obstante, Jin Guangyao estaba muerto y no había nadie del clan Jin de Lanling que estuviera a la altura de sucederlo, por no mencionar que su reputación estaba por los suelos. Tal y como pintaban las cosas, les resultaría imposible levantarse en un futuro cercano. Por este motivo las personas como el líder Yao se atrevían a tratarlos así.

Si ya de por sí en el corazón de Jin Ling había una vorágine de pensamientos caóticos y sentimientos encontrados, cuando oyó el sermón del líder Yao, estalló de ira y bramó:

—¡¿Y qué si quiero llorar, eh?! ¿Quién eres tú? ¿Quién te has creído? ¡¿Por qué te importa si lloro o no?!

Su reacción tomó por sorpresa al hombre. Su reprimenda no solo había fracasado, sino que el joven le había gritado, así que bajó la cabeza,

avergonzado.

—Venga, déjalo ya. No vale la pena molestarse con un crío —le aconsejó alguien que estaba cerca.

Solo así el líder Yao dejó a un lado su indignación, resopló con amargura y concluyó:

—Tienes muchísima razón. Je, ¿qué sentido tiene enfadarse con un mocoso que no distingue el bien del mal?

Después de supervisar que trasladaran correctamente el ataúd al carruaje, Lan Qiren se giró sobre los talones y, tras mirar a su alrededor, exclamó desconcertado:

—¡¿Y Wangji?!

Acababa de contemplar la idea de llevarlo de regreso a Nubes Recónditas y tener una larga y reflexiva conversación con él durante ciento veinte días. Si eso no funcionaba, lo recluiría durante un tiempo. Sin embargo, para su sorpresa, Lan Wangji había desaparecido en un abrir y cerrar de ojos.

Mientras daba vueltas por el lugar, siguió gritando:

—¡¿Dónde está?!

—En cuanto he mencionado que habíamos traído a Manzanita y que lo habíamos atado fuera —comenzó a explicar Lan Jingyi—, Hanguang-jun se ha llevado a… se ha llevado a… y han ido a por Manzanita.

—¿Y qué ha pasado luego? —inquirió Lan Qiren.

No hacía falta que se lo dijeran. Fuera del templo de Guanyin, ya no había ni rastro de Wei Wuxian, Lan Wangji y Wen Ning.

Al ver que Lan Xichen seguía absorto en sus pensamientos mientras caminaba con lentitud tras él, Lan Qiren suspiró de frustración y sacudió las mangas antes de alejarse.

Tras mirar a su alrededor, Lan Jingyi preguntó alarmado:

—¿Sizhui? ¡¿Qué está pasando?! ¡¿En qué momento ha desaparecido Sizhui?!

Cuando Jin Ling se enteró de que Wei Wuxian y Lan Wangji se habían esfumado, se apresuró a salir y casi tropezó con el umbral del templo. Aun así, por rápido que fuera, no podía alcanzar a los dos hombres.

Por su parte, Hada correteaba con entusiasmo y sacaba la lengua, alegre.

Jiang Cheng estaba bajo un altísimo y recto árbol. Cuando vio salir a su sobrino, lo miró y le ordenó con frialdad:

—Límpiate la cara.

Jin Ling se restregó los ojos con fuerza y se acercó corriendo a su tío.

—¿Dónde están?

—Se han marchado —contestó Jiang Cheng.

—¿Los has dejado ir sin más? —exclamó el muchacho con la voz entrecortada.

—¿Y qué esperabas que hiciera, eh? —replicó Jiang Cheng con sarcasmo —. ¿Que los invitara a cenar? ¿Que me disculpara con ellos tras darles las gracias?

Jin Ling se inquietó al instante y lo señaló con el dedo a modo de reproche.

—Con razón se han ido. ¡Todo es culpa tuya! ¡¿Cómo puedes ser tan odioso, tío?!

Al oírlo, Jiang Cheng levantó la mano con furia y lo regañó:

—¿Es así como deberías hablarles a tus mayores? ¡¿Acaso quieres que te pegue?!

Jin Ling se encogió sobresaltado y Hada dejó de mover la cola; sin embargo, la mano no golpeó la nuca del joven, sino que se detuvo a medio camino. En lugar de pegarle, Jiang Cheng optó por decirle irritado:

—¿Por qué no te callas? Cierra la boca. Volvamos a casa. Que cada cual regrese a donde tenga que ir.

Aunque Jin Ling se quedó perplejo y vaciló un instante, obedeció a su tío

y guardó silencio. Con la cabeza gacha, caminó un trecho al lado de Jiang Cheng, aunque luego volvió a alzar la vista para preguntar con curiosidad:

—Tío, ¿tenías algo que decir hace un momento?

—¿Cómo? Para nada —negó Jiang Cheng.

—¡Pero si te he visto! —insistió Jin Ling—. Querías decirle algo a Wei Wuxian, solo que te has arrepentido.

Tras un prolongado silencio, Jiang Cheng sacudió la cabeza.

—Ya no queda nada más que decir.

¿Qué se suponía que debía decirle?

Quizá algo como esto: «Por aquel entonces, los Wen no me capturaron porque hubiera insistido en regresar a Muelle de Loto a recuperar los restos de mis padres… Mientras huíamos, pasamos por una aldea y tú fuiste a comprar comida seca, pero un grupo de cultivadores del clan Wen nos había alcanzado. Como me di cuenta a tiempo, me levanté de donde me había sentado y me escondí en un rincón para que no me pillaran. Sin embargo, comenzaron a patrullar por las calles y solo era cuestión de tiempo que se toparan contigo, pues todavía estabas comprando. Por eso decidí salir corriendo para distraerlos y alejarlos».

No obstante, al igual que Wei Wuxian no había sido capaz de hablarle sobre la transferencia del núcleo dorado, Jiang Cheng tampoco había sabido cómo confesarle su verdad.

CAPÍTULO XXIII

Wangxian, Olvido y Envidia

Primera parte

Aún no había amanecido del todo y el silencio todavía reinaba en la extensa calle. Mientras avanzaban por el sendero, lo único que oían Wei Wuxian y Lan Wangji era el sonido de las pezuñas del burro moteado al chocar contra el suelo.

Sentado sobre el lomo de Manzanita, Wei Wuxian le dio unas cuantas palmadas en el trasero. La alforja que portaba estaba repleta de manzanas, por lo que parecía dura y abultada. Tal vez era la comida que los discípulos del clan Lan le habían preparado al animal.

Wei Wuxian sacó una manzana del interior y se la acercó a la boca. No pudo evitar admirar el hermoso perfil de Lan Wangji antes de morderla.

Ñac.

La fruta estaba bastante crujiente.

Como le estaban robando la comida de una forma tan descarada, a Manzanita se le ensancharon las fosas nasales del enfado, resopló con indignación y pataleó un par de veces. Wei Wuxian no tenía tiempo para lidiar con él, así que le dio unas palmaditas adicionales y le metió el resto de la manzana en la boca.

—Oye, Lan Zhan, parece que esa tal Sisi… era amiga de la madre de Jin Guangyao. ¿Lo sabías?

—No —contestó Lan Wangji.

Wei Wuxian no sabía si reír o llorar.

—Era una pregunta retórica, no era necesario que me respondieras. Hace rato, cuando estábamos en el templo de Guanyin, lo vi en la sesión de empatía que tuve con el espíritu resentido de aquella mujer. Sisi defendía y cuidaba muchísimo a Jin Guangyao y a su madre.

Tras un breve silencio, Lan Wangji observó:

—Así que por eso la dejó con vida.

—Es muy probable —coincidió Wei Wuxian—. No he querido contar toda la historia por miedo a que Zewu-jun volviera a compadecerse de él. Tampoco creo que sea apropiado decírselo pronto.

—Si me lo pregunta en el futuro, se lo haré saber.

—De acuerdo. —Wei Wuxian se giró hacia atrás para echar un último vistazo y, tras soltar un largo suspiro, añadió—: Ya no me quedan ganas de preocuparme por ningún otro lío, así que voy a dejar las cosas como están.

Lan Wangji asintió con la cabeza, tiró un poco de las riendas de Manzanita y continuó guiándolo por el camino.

Quedaba en manos de cada cual resolver sus propios problemas. Aunque Lan Xichen fuera su hermano de sangre, Lan Wangji no podía ayudarlo en aquellas circunstancias. Cualquier consuelo sería inútil y cualquier esfuerzo resultaría vano.

Después de otra pausa, Lan Wangji lo llamó:

—Wei Ying.

—¿Sí?

—Hay algo que no te he dicho.

El corazón de Wei Wuxian se aceleró tanto que casi se le salió del pecho.

—¿El qué?

Lan Wangji dejó de avanzar para mirarlo fijamente. Justo cuando estaba a

punto de hablar, los dos oyeron unos pasos apresurados tras ellos.

—Vaya mierda —maldijo Wei Wuxian—, no me digas que nos han alcanzado ya.

De hecho, alguien los seguía, pero no era una persona indeseada.

Lan Sizhui no tardó en llegar corriendo. Entre pesados jadeos, dijo:

—Han… Hanguang-jun… ¡Señor Wei…!

Apoyando los brazos en la cabeza del burro, Wei Wuxian dijo:

—Pequeño Sizhui, ¿acaso no ves que intento huir con tu queridísimo Hanguang-jun? ¿Por qué nos has alcanzado, eh? ¿No tienes miedo de que el señor Lan te regañe?

Lan Sizhui se ruborizó.

—No me diga eso… Los… ¡los he seguido porque tengo algo muy importante que preguntarles!

—¿De qué se trata? —quiso saber Wei Wuxian.

—Me he acordado de algo, pero tengo muchísimas dudas —explicó Lan Sizhui—. Por… por eso he venido a consultarles.

Lan Wangji lo miró y luego dirigió la vista hacia Wen Ning, que de inmediato asintió con la cabeza.

—¿Qué pasa? —lo presionó Wei Wuxian.

Lan Sizhui se irguió y respiró hondo.

—Una vez alguien me dijo que era un experto cocinero, pero todo lo que preparaba tenía mala pinta y sentaba mal.

—¿Eh? —dijo Wei Wuxian, confundido.

—Como si plantara nabos, esa persona me enterró en el suelo —continuó Lan Sizhui—. Me decía que, si recibía sol y un poco de agua, crecería más rápido y hasta cosecharía algunos amiguitos que pudieran jugar conmigo.

Wei Wuxian se quedó sin palabras, así que el adolescente siguió relatando:

—Aunque le había dicho a Hanguang-jun que lo invitaría a comer, terminó huyendo sin siquiera pagar la cuenta. Al final, fue Hanguang-jun

quien terminó pagando.

Wei Wuxian abrió unos ojos como platos del asombro y apenas podía quedarse quieto sobre el lomo del burro.

—Tú… eres…

Mirándolos fijamente a ambos, el muchacho dijo:

—No sé si se debe a que era demasiado pequeño, pero hay muchas cosas que no recuerdo con claridad. Aun así, lo único de lo que tengo certeza es de que… me apellidaba Wen.

—¿Te apellidabas Wen? —preguntó Wei Wuxian con la voz temblorosa —. Que yo sepa, tu apellido es Lan, ¿no? Tu nombre es Lan Sizhui, Lan Yuan…

Después de una pequeña pausa, masculló:

—Lan Yuan… ¿Wen Yuan?

Lan Sizhui asintió con vehemencia y su voz también empezó a temblar.

—Señor Wei, so… soy el pequeño Yuan…

Todavía sin poder asimilarlo del todo, Wei Wuxian dijo confuso:

—¿El pequeño Yuan? Pero… ¿no estaba muerto? Se quedó solo en la colina de las fosas…

Antes de que terminara la frase, las palabras de Lan Xichen resonaron en sus oídos: «Si bien se dijo que estuvo durante años en reclusión para reflexionar sobre sus errores, ¡la realidad era que estaba tan malherido que no podía hacer nada! Aun así, tras enterarse de que habías muerto, insistió en que debía verte costara lo que costase y, a pesar de sus graves heridas, se arrastró hasta la colina de las fosas…».

Entonces miró a Lan Wangji.

—Lan Zhan, ¿fuiste tú?

—Sí —afirmó él. Tras volverse hacia Wei Wuxian, añadió—: Era esto lo que no te había dicho.

Wei Wuxian se quedó sin palabras.

Al final, Lan Sizhui no pudo contenerse más: soltó un grito y dio un

brinco, rodeando a Wei Wuxian con un brazo y a Lan Wangji con el otro. Los tres se envolvieron en un firme abrazo. Mientras el adolescente los apretujaba, Wei Wuxian y Lan Wangji se quedaron ensimismados, sin saber cómo reaccionar.

Enterrando el rostro en los hombros de la pareja, Lan Sizhui empezó a decir entre tartamudeos:

—Hanguang-jun, señor Wei, yo… yo…

Al notar que su voz se entrecortaba, Wei Wuxian y Lan Wangji, que estaban muy pegados a él, intercambiaron una mirada y descubrieron que en los ojos del otro se reflejaba una inexplicable ternura.

Wei Wuxian hizo lo posible por controlar sus emociones, puso una mano en la espalda de Lan Sizhui y le dio unas cuantas palmaditas.

—Venga, ¿por qué lloras?

—No estoy llorando… —replicó Lan Sizhui—. Es solo que… de repente… me ha invadido la tristeza… Pero al mismo tiempo… me siento demasiado feliz… Ni siquiera yo mismo sé cómo explicarlo…

Tras un momento de silencio, Lan Wangji hizo lo mismo que Wei Wuxian: puso una mano en la espalda del joven y le dio unas palmaditas a modo de consuelo.

—Entonces, no tienes que hacerlo —declaró.

—Así es —corroboró Wei Wuxian.

Lan Sizhui no respondió con palabras, sino que los abrazó con más intensidad.

—Eh, eh, eeeh, ¿cómo es que tienes tanta fuerza en los brazos, pequeñín? —se quejó Wei Wuxian al cabo de un rato—. Aunque, bueno, era de esperar… Después de todo, te crio Hanguang-jun.

Lan Wangji le echó un vistazo y comentó:

—Tú también.

—¡Con razón es tan maravilloso! —se jactó Wei Wuxian.

—Pero el señor Wei nunca me ha educado —objetó Lan Sizhui.

—¿Según quién? —se defendió él—. Eras demasiado pequeño, se te habrá olvidado lo que te enseñé.

—No. Acabo de recordarlo, parece que usted sí me enseñó algunas cosas.

—¿Lo ves?

—Por ejemplo, cómo hacer pasar un álbum erótico por un libro normal —reveló Lan Sizhui, muy serio.

Wei Wuxian no supo qué decir al respecto. Lan Wangji clavó la mirada en él.

—Ah, sí —continuó el muchacho—, también qué hacer en caso de que una chica guapa se me acercara…

—¡Qué tontería! —exclamó Wei Wuxian—. Pero ¿qué cosas has recordado, pequeñín? Seguro que lo habrás soñado. ¿Cómo podría enseñarle algo así a un niño?

—Mi tío Ning puede servir de testigo —sostuvo Lan Sizhui mientras levantaba la cabeza—. Estoy seguro de que él estaba allí mientras me enseñabas todo eso.

—¡Y una mierda! —objetó Wei Wuxian—. Lo que dices nunca sucedió.

—Yo… yo no recuerdo nada… —contribuyó Wen Ning.

—Hanguang-jun, todo lo que he dicho es cierto —aseguró Lan Sizhui.

—Lo sé —contestó Lan Wangji, asintiendo con la cabeza.

—¡Eh, Lan Zhan! —se quejó Wei Wuxian al instante. Cuando estaba a punto de retorcerse sobre el burro a modo de rabieta, cambió de opinión. En lugar de eso, le preguntó al adolescente—: A propósito, Sizhui, ¿cómo te has acordado de todo?

—No estoy muy seguro, pero, cuando vi a Chenqing, me pareció muy familiar —confesó.

Tal y como había supuesto Wei Wuxian, había sido gracias a la flauta fantasmal.

—Ah, por supuesto, es normal. Te encantaba morderla y llenarla de saliva. Jugabas tanto con ella que hubo ocasiones en las que no pude utilizarla.

—¿De… de verdad…? —inquirió Lan Sizhui con la cara totalmente roja.

Una sonrisa divertida y alegre se dibujó en los labios de Wei Wuxian.

—¡Así es! ¿Por qué crees que han regresado tus recuerdos al verla? ¿Te gustaría saber más sobre tu infancia? —Formando la figura de dos mariposas con ambas manos, añadió—: Hanguang-jun, ¿todavía te acuerdas de aquella vez que te invité a comer? Mientras estábamos en el restaurante, él sostuvo un par de mariposas de paja y empezó a murmurar:

»Me… me gustas mucho.

»¡Tú también me gustas!

A medida que continuaba, la cara de Lan Sizhui se iba poniendo cada vez más roja.

—Ah, sí… Ese mismo día llamaste «papá» a Hanguang-jun en público. Pobrecillo. Aunque era un muchacho digno e intachable en plena flor de la vida, de pronto, se convirtió en el padre de un niño…

—¡Aaaaaaaagh! —Después de soltar un grito de vergüenza, Lan Sizhui se apresuró a decir—: ¡Lo lamento muchísimo, Hanguang-jun!

Como Wei Wuxian se reía descaradamente, Lan Wangji lo miró un momento y luego sacudió la cabeza, aunque su mirada estaba cargada de afecto.

—Por cierto, Wen Ning, ¿ya estabas al tanto de todo? —Al ver que asentía a modo de respuesta, Wei Wuxian se quedó estupefacto y le hizo una segunda pregunta—: ¿Y por qué no me lo dijiste?

Tras echarle un vistazo a Lan Wangji, Wen Ning expresó con cautela:

—El joven señor Lan no me dijo que te lo contara, así que…

—¿Por qué lo obedeces? ¡Eres el general fantasma! —lo reprendió Wei Wuxian, indignado—. ¿Por qué te intimida Hanguang-jun? ¿No crees que eso me deja muy mal parado?

—¡Lo siento muchísimo, Hanguang-jun! —Lan Sizhui no paraba de disculparse.

Al cabo de un rato, los cuatro se separaron en un bosque a las afueras de la ciudad de Yunping.

—Joven señor, nosotros nos iremos por esta dirección —avisó Wen Ning.

—¿Adónde? —inquirió Wei Wuxian.

—Me preguntaste si tenía planes para cuando todo este lío acabara, ¿recuerdas? He hablado con el pequeño Yuan y hemos decidido ir juntos a Qishan para enterrar las cenizas de nuestros familiares —explicó el general fantasma—. También nos gustaría explorar el lugar y ver si encontramos algún objeto que mi hermana usara en vida, así podríamos construirle una tumba.

—Por aquel entonces, hice una tumba para ti y para tu hermana en la colina de las fosas, pero la quemaron… —reveló Wei Wuxian—. Nosotros también iremos a Qishan.

Al terminar la frase, miró a Lan Wangji en busca de aprobación; no obstante, Wen Ning se apresuró a intervenir:

—No hace falta.

Sorprendido por su respuesta, Wei Wuxian preguntó:

—¿No quieres que vayamos con vosotros?

—Señor Wei, váyase tranquilo con Hanguang-jun —lo instó Lan Sizhui.

Wei Wuxian quiso decir algo, pero Wen Ning se le adelantó:

—En serio, no hace falta. Ya has hecho demasiado.

Tras un momento de reflexión, Wei Wuxian hizo otra pregunta:

—¿Y qué planeas hacer después de esto?

—Llevaré al pequeño Yuan de vuelta a Nubes Recónditas y pensaré en qué hacer. Deja que yo mismo decida mi futuro, ¿de acuerdo?

Wei Wuxian asintió despacio con la cabeza.

—Vale… Me parece bien.

No solo era la primera vez en muchísimos años que Wen Ning no lo seguía, sino también la primera que tomaba sus propias decisiones.

Wei Wuxian dedujo que por fin había encontrado sus propios objetivos, y era precisamente eso lo que había deseado para él.

Al fin y al cabo, cada uno tiene su propio camino.

Aun así, a la hora de la verdad, no pudo evitar sentirse triste al ver como las espaldas de Wen Ning y Lan Sizhui se alejaban hasta desaparecer por completo de su vista.

Ahora la única persona que quedaba a su lado era Lan Wangji.

—Lan Zhan.

—Hm.

—Lo has educado muy bien.

—Seguro que volvemos a encontrarnos con él.

—Lo sé.

—Una vez que Wen Ning lo mande de vuelta a Nubes Recónditas, podríamos alojarnos cerca y visitarlo a menudo.

Mirándolo pensativo, Wei Wuxian preguntó:

—Lan Zhan, ¿por casualidad tienes miedo de que te diga «gracias»? Ahora que lo recuerdo, en mi vida pasada, siempre te daba las gracias antes de separarnos. Y, con cada reencuentro, nuestra relación parecía empeorar.

Desde que se habían visto en Yunmeng, en aquel balcón donde Wei Wuxian le había arrojado flores, hasta que se despidieron en la colina de las fosas…

En todas y cada una de esas ocasiones, Wei Wuxian había usado esa palabra para trazar una clara frontera entre Lan Wangji y él, estableciendo una distancia cada vez mayor entre los dos.

Tras un breve silencio, Lan Wangji declaró:

—Entre nosotros, no hace falta decir «gracias» ni «lo siento».

Wei Wuxian esbozó una sonrisa.

—Vale, en ese caso, deberíamos decirnos otras cosas. Por ejemplo…

Bajó la voz y, haciendo un gesto con la mano, le indicó a Lan Wangji que se acercara como para susurrarle algo al oído.

Tal y como esperaba, él le hizo caso y acortó la distancia entre ambos. No obstante, para su sorpresa, Wei Wuxian estiró la mano derecha, le levantó la barbilla y ladeó la cabeza para posar los labios sobre los suyos. Después de un largo rato se separó un poco de él. Mientras sus pestañas rozaban las de Lan Wangji, murmuró:

—¿Qué te ha parecido?

Lan Wangji no respondió.

—Hanguang-jun, reacciona.

Siguió sin oír su voz.

—Qué frío eres… Este es el momento perfecto para que me sujetes contra el suelo y…

Antes de que terminara de hablar, Lan Wangji lo agarró por la nuca y lo acercó bruscamente hacia él. Manteniendo la cabeza de Wei Wuxian muy cerca de la suya, le dio un nuevo beso.

Manzanita se quedó tan impactado que dejó de masticar la manzana que se estaba comiendo y se tensó. Estaba tan rígido que parecía un burro de madera, aunque, por suerte, pronto ya no tuvo que cargar con su dueño en el lomo.

Acomodando la mano derecha en la espalda de Wei Wuxian y sujetando la parte interna de sus rodillas con el otro brazo, Lan Wangji lo bajó del burro de sopetón. Cumpliendo con su deseo, lo arrojó y lo inmovilizó contra el suelo para envolverlo en un ardiente beso.

Después de que le mordiera los labios durante un rato, Wei Wuxian exclamó de repente:

—Espera… ¡Espera!

—¿Qué pasa? —inquirió Lan Wangji.

Wei Wuxian entrecerró los ojos y comenzó a decir:

—Es que, de repente, me ha dado la sensación de que…

Estaban en un bosque, entre arbustos y maleza… Además, esos movimientos tan bruscos y la persistencia de los labios y la lengua de Lan Wangji… Tenía la impresión de que eso había ocurrido antes.

Pensó durante un rato. Cuanto más lo analizaba, más inexplicable y familiar le resultaba. Como no podía quedarse con la duda, preguntó con cautela:

—Lan Zhan, ¿te acuerdas de la vez que me vendé los ojos durante la cacería al asedio en el monte Baifeng? No me digas que fuiste tú quien…

No terminó de formular la pregunta. Y, aunque Lan Wangji no contestó, curvó los dedos con ligereza. Al notar un cambio en su expresión, Wei Wuxian apoyó los codos sobre el suelo y se impulsó para incorporarse lo suficiente como para apretar la oreja contra el pecho de Lan Wangji.

Bum, bum… Bum, bum… Bum, bum…

Tal y como esperaba, escuchó los violentos latidos de su corazón.

—Vaya… —dijo estupefacto—. ¡Así que fuiste tú!

Lan Wangji tragó saliva.

—Yo…

—Quién lo hubiera imaginado, Lan Zhan… —comentó Wei Wuxian con incredulidad—. Jamás pensé que te atreverías a hacer tales cosas.

Lan Wangji no comentó nada al respecto.

—¿Sabes? Siempre creí que se trataba de una chica tímida que se había enamorado de mí y que me había robado un beso porque no se atrevía a declararse.

Lan Wangji siguió sin pronunciar palabra alguna.

—¿En ese momento ya tenías fantasías indecorosas conmigo?

Tras otro momento de silencio, Lan Wangji respondió al fin con voz ronca:

—Entonces ya sabía que estaba mal, que era muy inapropiado.

De pronto, Wei Wuxian recordó que, más tarde, lo había visto solo en el bosque, golpeando árboles.

—¿Por eso estabas tan enfadado?

En aquel entonces, pensó que alguien lo había irritado, pero no sabía que, en realidad, estaba enojado consigo mismo por haber sido impulsivo, no haber podido controlarse y haberse aprovechado de la situación. Nada de eso era propio de un caballero e iba en contra del lema de su clan.

Al ver lo cabizbajo que estaba Lan Wangji, como si se hubiera sumido de nuevo en sus pensamientos, Wei Wuxian le hizo cosquillas en la barbilla.

—Venga, no tienes que ser tan duro contigo mismo. Me alegra muchísimo saber que ya me habías besado. ¡Es más, me muero de felicidad! ¡Enhorabuena, Hanguang-jun, me robaste mi primer beso!

Lan Wangji alzó la cabeza de repente y lo miró confundido.

—¿Primer beso?

—Así es. ¿Qué te creías?

Mientras Lan Wangji lo miraba con mayor intensidad, un peculiar destello apareció en sus ojos.

—Entonces…

—¿Entonces qué? No es propio de ti titubear, Lan Zhan.

—Entonces… tú… en ese momento… ¿por… por qué…?

—¿Por qué qué? —inquirió Wei Wuxian con extrañeza.

Lan Wangji movió un par de veces los labios y por fin logró articular:

—¿Por qué no te resististe…?

Wei Wuxian se quedó perplejo ante la pregunta.

—Si ni siquiera sabías quién te estaba besando… —continuó Lan Wangji de manera pausada—, ¿por qué no te resististe? Además, luego me dijiste que…

¿Qué?

Wei Wuxian por fin lo recordó.

Tras su «encuentro casual», había presumido de la mucha experiencia que

tenía, diciéndole cosas como que nadie se atrevería a besar a Lan Wangji, que no creía que fuera capaz de tomar la iniciativa de besar a nadie y que jamás daría su primer beso…

Y, de pronto, estalló en carcajadas.

—¡Ja, ja, ja, ja, ja, ja, ja, ja, ja, ja…!

Se estaba riendo tanto que golpeaba el suelo de manera inconsciente.

De nuevo, Lan Wangji se quedó sin palabras.

Todavía entre risas, Wei Wuxian lo rodeó con los brazos y le dio un ligero y fugaz beso.

—Después de tanto lío, resulta que estabas enfadado porque creías que otra persona me había besado primero. ¡No seas tonto, Lan Zhan! ¡¿Cómo pudiste creer semejantes sandeces?! ¡Solo alguien tan anticuado como tú me habría creído! Ja, ja, ja, ja, ja…

Se mofaba de una forma tan excesiva que Lan Wangji no pudo soportarlo más. De un solo empujón, lo volvió a inmovilizar contra el suelo.

Dejando a Manzanita allí, los dos rodaron torpemente hasta quedar detrás de un arbusto.

Todavía había rocío en las hojas y la hierba, producto de la repentina y reciente lluvia. Si bien la blanca túnica de Lan Wangji se mojó, Wei Wuxian no tardó mucho en quitársela.

Mientras que el cuello y los labios de Wei Wuxian desprendían un fresco olor a hierba, el cuerpo de Lan Wangji estaba impregnado de una gélida fragancia a sándalo.

—No te muevas —le indicó Wei Wuxian.

Acto seguido, se acomodó entre sus piernas y comenzó a cubrirlo de besos desde la frente. Poco a poco, fue bajando a su entrecejo, a la punta de su nariz, a sus mejillas, a sus labios y a su mentón. Pasó por la nuez de su garganta, llegó a su clavícula y se detuvo en su corazón.

Con la merecida dedicación, recorrió y disfrutó cada relieve de su cuerpo.

Pronto sus besos llegaron a su duro abdomen. Mientras continuaba

descendiendo, su larga cabellera le cayó por los hombros y su cálida respiración chocó con una zona sensible de Lan Wangji. Ante los peligrosos estímulos, este ya no podía resistirse más, por lo que extendió las manos y lo agarró por los hombros.

—Te he dicho que no te muevas —recalcó Wei Wuxian mientras le rodeaba las muñecas—. Deja que lo haga, ¿vale?

Enseguida se quitó la cinta del pelo y se la volvió a atar, asegurándose de recoger todos los mechones sueltos. Cuando terminó, bajó la cabeza de nuevo.

Al darse cuenta de lo que intentaba hacer, Lan Wangji se preocupó un poco y objetó en voz baja:

—No lo hagas.

—Lo voy a hacer.

Con suma delicadeza, Wei Wuxian se llevó su miembro a los labios. Teniendo cuidado de no morderlo, lo fue introduciendo poco a poco en su boca hasta que llegó al fondo de su garganta. Al percatarse de su notoria incomodidad, Lan Wangji hizo un intento de alejarlo: temía que se estuviera forzando.

—Detente.

Wei Wuxian apartó su mano y comenzó a mover la cabeza.

—Oye… —empezó a decir Lan Wangji, aunque pronto se calló.

Todos los álbumes eróticos que Wei Wuxian había visto a lo largo de su vida podrían llenar una sección entera de la biblioteca del clan Lan de Gusu. Además, era tan listo que aplicaba con destreza las técnicas que había aprendido. Utilizaba muy bien los labios y la lengua para estimular el caliente y duro falo que tenía en la boca.

El hecho de tener la parte más sensible de su cuerpo dentro de una cálida y húmeda boca, aunado a los dedicados y persistentes movimientos de Wei Wuxian, era una dolorosa tortura para Lan Wangji. Se estaba esforzando demasiado en no perder el control y cometer una obscenidad.

Mientras aumentaba la velocidad, Wei Wuxian percibía como su respiración se iba acelerando cada vez más y como sus dedos le apretaban los hombros con más fuerza. Cuando le empezaron a arder el cuello y las mejillas, sintió que un caliente chorro estallaba en su garganta. El líquido no solo era cálido y pegajoso, sino que tenía un delicioso aroma a almizcle. Como había brotado de repente en las paredes de su garganta, Wei Wuxian se atragantó y tuvo que retirarse el largo miembro de la boca.

Al ver que tosía sin parar, Lan Wangji le dio unas palmaditas en la espalda. Sin saber cómo reaccionar, le indicó:

—Escúpelo… Vamos, escúpelo rápido.

Wei Wuxian se tapó la boca y negó con la cabeza. Al cabo de un rato le apartó la mano y sacó la lengua para enseñarle la boca.

—Me lo he tragado todo.

Tenía la lengua de un rojo intenso, y sus labios sonrientes estaban tan hinchados que parecían del mismo tono. Además, en las comisuras había trazos del semen blanquecino. Lan Wangji estaba tan ensimismado que seguía sin saber qué decir, tan solo lo observaba fijamente. Hanguang-jun era conocido por ser el hombre más moderado y correcto del mundo cultivacional, pero ahora su frialdad y su decoro habituales se hicieron añicos. Tanto las comisuras de sus ojos como los extremos de sus cejas habían adquirido un sutil tono melocotón que no solo acentuaba su belleza, también parecía como si alguien lo acabara de reprender con severidad.

Verlo en ese estado hizo que Wei Wuxian lo amara todavía más. Sin poder resistirse, pasó los brazos desnudos por encima de los hombros de Lan Wangji y lo cubrió de besos en las comisuras de los labios y los párpados.

—Te has portado muy bien. Venga, no temas. La próxima vez dejaré que me la chupes. Tendrás que hacerlo tan bien como yo, ¿vale?

Dado que sus labios seguían teniendo rastros del lechoso semen, cuando lo besó, Lan Wangji también se manchó. Eso y su semblante estupefacto y

atontado le conferían un aspecto adorable.

Tras besarlo una vez más, Wei Wuxian murmuró:

—Lan Zhan, te amo a morir.

Despacio Lan Wangji se giró y clavó la mirada en él.

Wei Wuxian no sabía si era producto de su imaginación, pero podría jurar que sus ojos estaban rojos. Desconocía que esa mirada significaba que trataba de frenar sus impulsos y estaba a punto de perder el control. Pensando que Lan Wangji no se había saciado del todo, llevó la mano derecha a la parte baja de su abdomen y tomó su palpitante virilidad para empezar a masturbarlo lentamente.

—Quedémonos así para siempre, ¿te parece?

De repente, Lan Wangji se abalanzó sobre él y lo inmovilizó contra la hierba.

A Wei Wuxian todo le dio vueltas y, de un momento a otro, sus posiciones se invirtieron. Tan pronto como sintió que Lan Wangji empezaba a mordisquearlo, se rio y lo empujó un poco, lo suficiente para que alzara la cabeza.

—¿Por qué tanta prisa, eh? Ya te he dicho que podrás hacerlo la próxima vez… ¡Ah!

Justo en ese instante sintió una punzada en la parte inferior de su cuerpo. Tras soltar un quejido de dolor, frunció el ceño.

—Lan Zhan, ¿qué me has metido?

Era una pregunta retórica, ya que sentía a la perfección que se trataba de un delgado dedo. Aunque juntó las piernas de manera inconsciente, la extraña sensación lo seguía abrumando, y mucho más cuando introdujo un segundo dedo.

Si bien Wei Wuxian había sido un fogoso joven y había visto innumerables álbumes eróticos, ninguno ilustraba las relaciones sexuales entre dos hombres. Jamás había considerado que lo atraería alguien de su mismo sexo, así que nunca había sentido curiosidad por buscar ese tipo de

material. Había dado por sentado que las relaciones sexuales entre dos hombres consistían únicamente en besos, abrazos y, a lo sumo, felaciones o masturbaciones. No se había molestado en indagar más a fondo. No obstante, ahora que Lan Wangji lo tenía aprisionado contra el suelo y lo estaba preparando con los dedos, cayó en la cuenta de que estaba equivocado. El leve dolor no solo iba acompañado de asombro y extrañeza, sino también de una pizca de gozo. Aun así, cuando Lan Wangji añadió un tercer dedo, ya no pudo seguir sonriendo.

Pese a que la sensación de llenura lo estaba incomodando, los tres dedos juntos estaban muy lejos de compararse con el tamaño de lo que se había metido en la boca hacía unos instantes. Nervioso, preguntó:

—Lan Zhan… Em… Oye… Ve despacio, ¿vale? ¿Es así como debemos hacerlo? ¿Estás seguro de que no te estás equivocando? ¿En serio me la vas a meter por ahí? Siento que es un tanto…

Parecía que Lan Wangji no oía nada de lo que decía. Sin previo aviso, le tapó la boca, dejó caer todo su peso sobre él y lo penetró.

Aunque solo le introdujo la punta, Wei Wuxian abrió mucho los ojos de la impresión y sus piernas se flexionaron al instante.

Uno sobre el otro, ambos cuerpos estaban muy unidos. Sus pechos parecían tambores y sus respiraciones se entrecortaban.

—Lo siento… —se disculpó Lan Wangji con la voz ronca—. No puedo aguantar más.

Al comprobar que, en efecto, tenía los ojos rojos y luchaba por controlar sus impulsos, Wei Wuxian apretó los dientes y dio su consentimiento:

—En ese caso, no tienes que resistirte… Pero… ¿qué debo hacer ahora?

Como si de una emergencia se tratara, buscó que Lan Wangji lo orientara.

—Relájate…

—De acuerdo… —murmuró Wei Wuxian—. Lo haré…

Tan pronto como logró tranquilizarse, Lan Wangji probó a penetrarlo un poco más. De inmediato a Wei Wuxian se le tensaron los músculos del

trasero y del abdomen, y un gemido entrecortado se le escapó del fondo de la garganta.

—¿Te duele…? —preguntó Lan Wangji.

Temblando sin control, Wei Wuxian se aferró a él con todas sus fuerzas y contestó con lágrimas en los ojos:

—Sí… Es mi primera vez, claro que duele.

Cuando terminó, sintió que lo que tenía en su interior se endurecía todavía más.

Algo duro y ajeno estaba invadiendo y llenando las frágiles y delicadas paredes de su cavidad, así que no es difícil imaginarse cómo se sentía en ese momento. A pesar de todo, soltó una risita al saber que unas simples palabras suyas ocasionaban que el recto y disciplinado Hanguang-jun perdiera el control.

Como hombre, sabía lo difícil que era para Lan Wangji contenerse en esa clase de situaciones. Aun así, en lugar de penetrarlo a la fuerza, seguía velando por su bienestar. Wei Wuxian se sintió conmovido, le rodeó el cuello con las manos y tiró de él para susurrarle al oído:

—Lan Zhan, mi buen Lan Zhan, mi amado segundo joven señor, te diré qué tienes que hacer, ¿vale? Bésame… Date prisa y bésame, solo así me dejará de doler…

Los pálidos lóbulos de las orejas de Lan Wangji se tiñeron de un rojo intenso.

—No… no me llames así —dijo con la voz entrecortada, como si le costara demasiado resistirse.

Al oír cómo tartamudeaba, Wei Wuxian volvió a reír.

—¿Qué pasa? ¿No te gusta? En ese caso, te llamaré de otra forma… Mi pequeño Wangji, Zhanzhan, Hanguang… ¿Cuál te gusta más…? Aaaaah… ¡Mng!

De pronto, Lan Wangji le atrapó el labio inferior con los dientes. Así, sin dejar de morderlo, empujó las caderas hacia delante, penetrándolo hasta el

fondo.

Todos los gritos de Wei Wuxian se ahogaron en lo más profundo de su garganta. Con el entrecejo fruncido y lágrimas brotándole de los ojos, se aferró a los hombros de Lan Wangji y le rodeó la cintura con sus rígidas piernas. Se sentía tan tenso que se quedó en esa posición, sin atreverse a moverse ni un milímetro.

Solo entonces Lan Wangji recobró un poco el sentido. Tras inhalar y exhalar unas cuantas veces, se disculpó de nuevo:

—Lo siento.

Wei Wuxian sacudió la cabeza e hizo todo lo posible por mostrarle una sonrisa.

—Tú mismo lo has dicho: entre nosotros, no hace falta decir tales palabras. Jamás tendremos que hacerlo.

Con movimientos torpes, Lan Wangji se inclinó para besarlo con delicadeza. Wei Wuxian entrecerró los ojos y abrió la boca para permitir que profundizara el beso. Mientras sus lenguas se entrelazaban, vislumbró una marca bajo la clavícula de Lan Wangji. Su sonrisa se atenuó de forma considerable y alzó la mano para tocar su cicatriz.

—Lan Zhan, dime… ¿Esta marca también tiene que ver conmigo?

Tras un momento de silencio, él contestó:

—No tiene importancia. Había bebido demasiado en ese momento.

Después de llevar a Wei Wuxian de regreso a la colina de las fosas tras la masacre de Ciudad sin Noche, a Lan Wangji le esperaban tres años de confinamiento.

Durante el período de reclusión, se enteró de una noticia: la retribución divina había llegado, el bien y el mal se habían equilibrado, pues el patriarca de Yiling al fin había perecido en cuerpo y alma.

Pese a que tenía el cuerpo lleno de heridas que estaban muy lejos de sanar, corrió a Yiling y buscó por toda la colina durante días. A excepción del pequeño Wen Yuan, no encontró nada más, ni siquiera un trozo de hueso, un pedazo de carne desgarrada o un débil fragmento del alma de Wei Wuxian. El pobre Wen Yuan tenía una fiebre muy alta y estaba inconsciente dentro del agujero de un árbol medio quemado.

En el viaje de vuelta al clan Lan de Gusu, Lan Wangji compró una tinaja de Sonrisa de Emperador en la aldea Caiyi. El licor era fragante y espirituoso; se suponía que no tenía un sabor agrio ni picante, pero, de alguna manera, después de bebérselo, sintió un intenso ardor que comenzó en la garganta, pasó por los ojos y le llegó al corazón.

Aunque no le agradó el sabor, podía entender por qué cierta persona lo disfrutaba tanto.

Esa noche Lan Wangji no solo bebió alcohol por primera vez en su vida, sino que también se emborrachó. No recordaba nada de lo que había hecho estando ebrio, lo único que sabía era que los miembros del clan Lan, ya fueran descendientes directos o discípulos indirectos, lo miraban con incredulidad. Algunos dijeron que había irrumpido en una habitación antigua de Nubes Recónditas y la había puesto patas arriba. Había comenzado a buscar exhaustivamente en los baúles y los cajones. Nadie entendía qué era lo que pretendía encontrar. Cuando Lan Xichen le preguntó, Lan Wangji lo contempló con la mirada perdida y le dijo que buscaba una flauta.

Lan Xichen le entregó la mejor flauta de jade blanco que pudo conseguir, pero Lan Wangji la tiró enfadado, diciendo que esa no era la que quería. Aunque continuó buscando, no la halló por ninguna parte. Al poco tiempo vio los atizadores de hierro que le habían confiscado al clan Wen de Qishan.

Solo después de recuperar la sobriedad se percató de que tenía una cicatriz nueva en el pecho. La marca era exactamente igual a la que le habían hecho a Wei Wuxian en la cueva del Xuanwu asesino.

A pesar de que Lan Qiren estaba decepcionado y furioso, decidió no sermonear a su sobrino. Después de todo, estaba recibiendo las suficientes reprimendas y castigos. Tan solo suspiró con impotencia y no puso más objeciones a su deseo de acoger a Wen Yuan.

Aun así, Lan Wangji le dedicó una reverencia y se fijó un castigo por voluntad propia. Durante un día y una noche permaneció arrodillado en silencio en Nubes Recónditas.

No solo había probado el licor que Wei Wuxian solía beber, sino que también se había infligido la misma herida que este había sufrido una vez.

Hacía trece años que la herida había cicatrizado.

Cuando Lan Wangji comenzó a mover las caderas, Wei Wuxian cerró los ojos con fuerza y apretó los dientes. Quejidos y jadeos se le escapaban de la boca mientras intentaba acompasar su respiración a las embestidas de Lan Wangji. Una vez que se hubo acostumbrado a la invasión de su interior, arqueó la espalda de manera inconsciente. Un repentino hormigueo recorrió su abdomen, ascendió por su columna y se extendió al resto de su cuerpo.

Fue entonces cuando descubrió cómo deleitarse en aquella posición.

Al fin logró relajar todo el cuerpo, desde sus cuatro extremidades hasta su respiración… Parecía que se había sumergido en un placentero manantial. Con una sonrisa juguetona, enredó los dedos en la larga cabellera de Lan Wangji, que estaba empapada de sudor, y tocó la cinta de su frente.

—¿Te sientes bien… estando dentro de mí? —preguntó en un tono suave y seductor.

A Lan Wangji no se le daba bien coquetear, así que sus acciones tenían más peso que sus palabras. Para ser más práctico, prefería que los hechos hablaran por él. A modo de respuesta, le mordió el labio inferior y aumentó la intensidad de las estocadas.

Mientras Wei Wuxian sudaba profusamente a causa de los frenéticos movimientos de Lan Wangji, iba susurrando su nombre:

—Lan Zhan… Lan Zhan, Lan Zhan, Lan Zhan… Me gustas a morir. Soy tuyo y tú eres mío… ¡Ah, más despacio!

De haberlo sabido, no se habría relajado tan pronto. Ahora que todo se había intensificado muchísimo más, se veía en la necesidad de suplicarle de nuevo:

—Hazlo con cuidado, que es una zona muy delicada. No seas tan brusco. Con lo fuerte que eres, podrías desgarrarme. Me está empezando a doler… Ah, sí… Sigue así…

Continuaba aferrado a sus hombros y sus piernas todavía le rodeaban la cintura. Gracias a las impetuosas embestidas, su cuerpo se mecía en el suelo. Mientras Lan Wangji invadía su interior centímetro a centímetro, su piel se frotaba contra la maleza. Estuvo gimiendo un rato, pero, al final, dejó escapar un prolongado jadeo antes de volver a hablar: no pudo resistir el impulso de expresar sus sentimientos.

—Lan Zhan, eres un ser maravilloso. No solo eres guapísimo, sino que eres excelente tocando la cítara, se te da muy bien la caligrafía, tienes mucha energía espiritual, tu nivel cultivacional es muy alto y, lo mejor de todo, eres increíble en la cama. ¿Cómo puedes ser tan perfecto? Es imposible no amarte…

Lan Wangji permaneció en silencio.

Ni siquiera en esas ocasiones Wei Wuxian se cohibía. En definitiva, parecía que había nacido sin una pizca de vergüenza. Cuanto más explícitas y francas eran sus palabras, más se emocionaba y menos ganas tenía de callarse.

—Eres el único que tiene permitido follarme, así que adelante, ve tan profundo como desees… —Abrió las piernas tanto como pudo y añadió—: Venga, métemela un poco más. Mi cuerpo te pertenece tanto por dentro como por fuera. Cuanto más profundo me penetres, más me va a gustar. Es

más, córrete dentro de mí si quieres… ¡Mng!

Estaba tan centrado en sus propias palabras que se sorprendió cuando, de repente, sintió una punzada en una profundidad inimaginable. Era una sensación que jamás había experimentado y abrió los ojos de golpe. Pensaba que Lan Wangji ya no podía adentrarse más en él.

Tras proferir un grito desgarrador, Wei Wuxian sucumbió:

—Mng… Buaaa… ¡Socorro! No, no… Así no… Esto es excesivo.

Quería acurrucarse para evitar las estocadas, pero Lan Wangji no estaba dispuesto a dejarlo ir. Estiró su cuerpo y lo inmovilizó contra el suelo para continuar con lo que ya había empezado.

—Esto… ¡es lo que te mereces! —exclamó con ferocidad.

Obediente, Wei Wuxian abrió las piernas para que lo follara sin ningún impedimento y, entre gimoteos, volvió a suplicarle:

—Se… segundo joven señor Lan, siento que voy a morir… Me vas a matar… Reconozco que he cometido un error, sé que me he portado mal, pero, por favor, no me castigues así… Sé más amable conmigo, que es mi primera vez…

Gotas de sudor caían por los cabellos de Lan Wangji. Si bien era una persona fría que no perdía la calma ni en las peores catástrofes, en ese instante pareció mostrar una pizca de frustración. Su faceta de hombre sensato estaba a punto de venirse abajo.

—¿Estás pidiendo clemencia de verdad…? ¿O solo lo haces para provocarme…? ¡Eh, tu cintura! ¡No te arquees!

Wei Wuxian alzó la cabeza y gritó a pleno pulmón:

—Socorro… ¡Que alguien me ayude! Hanguang-jun me está… ¡Ah! Hanguang-jun… Ya no lo volveré a hacer…

Mediante los besos que le iba dando en la cara, Lan Wangji le limpió las lágrimas que las últimas embestidas le habían provocado. Mientras se separaba poco a poco, iba diciendo con los dientes apretados:

—Wei Ying, te… te lo digo muy en serio… No lo vuelvas a hacer. De…

de verdad me cuesta controlarme. Tengo miedo de… Lo siento.

Al escucharlo disculparse en un momento tan íntimo y apasionado y ver como fruncía el ceño con la mirada llena de culpa, el corazón de Wei Wuxian se inundó de ternura y dulzura. Con una vorágine de sensaciones y emociones en su interior, susurró:

—¿Por qué te disculpas? Aunque me hagas daño, estaré feliz de que hayas sido tú… Mng… Ah…

Ambos estaban empapados de sudor de los pies a la cabeza. Wei Wuxian era una persona que se olvidaba del dolor en cuanto cicatrizaba la herida. Si bien acababa de sentir una oleada de dolor, no había aprendido la lección. A pesar de que seguía jadeando y gimoteando, empezó a soltar sus típicas tonterías:

—Oye, Lan Zhan… Me he acordado de algo. ¡Estás en problemas! De las tres reverencias de la ceremonia de boda, nos falta la última, lo que quiere decir que todavía no estamos casados. Estamos haciendo estas cosas sin ser esposos, ¿sabes lo que significa? Si tu tío se entera… Ja… Seguro que te meterá en una jaula para cerdos y te sumergirá en el agua. [6]

—¡Pues hace tiempo que estoy en problemas! —declaró Lan Wangji casi con saña, embistiéndolo con furia.

Entre incómodo y dolorido, Wei Wuxian echó la cabeza hacia atrás, dejando expuesta su indefensa garganta. Como era de esperar, Lan Wangji no dejó pasar la oportunidad de morderlo.

El placer fue tan intenso que Wei Wuxian no tardó en alcanzar el orgasmo. Su mente se quedó en blanco y estuvo aturdido durante un rato. El primer pensamiento que le vino a la mente fue: «No puedo creerlo… ¡¿Por qué cojones no empecé a hacer esto con Lan Zhan a los quince años?! ¡Me he estado perdiendo los mejores placeres de la vida!».

Al mismo tiempo Lan Wangji lo abrazó con fuerza y se corrió en su interior.

Wei Wuxian alzó los brazos, que estaban algo doloridos, y correspondió

al gesto, estrechándolo con firmeza.

En silencio, los dos disfrutaron del abrazo.

Wei Wuxian se sentía bastante satisfecho. Cuando recuperó algo de energía, se dispuso a limpiar el líquido blanquecino que había quedado en el abdomen de Lan Wangji.

—Mi amado segundo joven señor Lan, ¿cuándo empecé a gustarte?

No solo era el peor momento para empezar a limpiarlo, sino que estaba frotando una zona muy inapropiada, así que una vez más el semblante de Lan Wangji se demudó.

—Si te gustaba desde el principio, ¿por qué no me follaste antes? Las montañas de Nubes Recónditas habrían sido el lugar perfecto. Solía escabullirme para ir a cazar. Podrías haber aprovechado que siempre andaba solo para atarme y tenerme a tu merced. Podrías haberme follado a tu antojo mientras me presionabas contra la maleza… Auch… Ay… Con cuidado…

Como Lan Wangji aún no había salido de él, aprovechó para mover las caderas una vez más.

Wei Wuxian sintió que un caliente fluido se escurría por la parte inferior de su cuerpo, justo en la cavidad que lo unía a Lan Wangji. Aun así, sin pudor alguno, continuó susurrándole palabras obscenas al oído:

—Con lo fuerte que eres, seguro que no me habría podido resistir. Si hubiese gritado, habría bastado que me callaras con el hechizo silenciador; por más que hubiera chillado y forcejeado, nadie habría venido a rescatarme. El pabellón de la biblioteca también habría sido un buen lugar. Podríamos haber hecho una cama con los libros y haber follado encima. Es más, hasta podríamos haber imitado las posturas de los álbumes eróticos. Lo habríamos hecho en todas las posiciones que hubieses deseado. Te habría provocado de día, y tú habrías hecho lo mismo conmigo por las noches. Con la puerta cerrada, habríamos follado hasta saci… ¡Zhan! ¡Zhan! ¡Segundo joven señor! ¡Lo siento! Te lo ruego, perdóname, por favor. Vale, vale, ya me callo. Eres fuerte, ¡demasiado! No podré

aguantarlo, lo digo en serio… Basta…

Lan Wangji no podía permitir que lo siguiera tentando de esa manera. Las últimas embestidas fueron tan salvajes que casi desgarraron las entrañas de Wei Wuxian. Pese a que le suplicó clemencia en un tono dulce, lo único que provocó fue que sus movimientos se volvieran más agresivos. Como Wei Wuxian había estado en la misma posición durante casi una hora, se le entumecieron la cintura y la cadera. Y después sintió punzadas y un cosquilleo, como si millones de insectos lo picaran en la médula ósea. El placer se fue desvaneciendo poco a poco, dando paso a una dolorida hinchazón. Estaba cosechando lo que había sembrado y había aprendido la lección a las malas. Besó a Lan Wangji en un intento de enmendar la situación y continuó suplicándole sin vergüenza:

—Mi amadísimo segundo joven señor, ten un poquito de compasión, ¿vale? Ten piedad y déjame vivir, que todavía nos queda una larga vida por compartir. Podemos continuar en otro momento. Es más, dejaré que me folles mientras cargas conmigo, ¿qué te parece? Por hoy, deja ir a este pobre e inexperto joven, ¿vale? Hanguang-jun es tan formidable que el patriarca de Yiling ha quedado completamente derrotado. Date prisa y córrete dentro de mí, mañana podremos seguir luchando.

A Lan Wangji se le habían hinchado las venas de la frente. Haciendo pausas entre sus palabras, articuló con gran esfuerzo:

—Si de verdad quieres que me detenga… entonces… cállate… Deja de hablar…

—No puedo, por algo nací con una boca. Lan Zhan, sé que te dije que quería acostarme contigo todos los días, pero… ¿podrías hacer como si nunca lo hubieses oído?

—No.

—¿Por qué eres así? Sin importar lo que te pidiera, nunca me decías que no —se quejó Wei Wuxian, desilusionado.

—No es no —repitió Lan Wangji con una tenue sonrisa.

Al verlo con esa expresión, los ojos de Wei Wuxian se iluminaron. Se quedó tan absorto que hasta se olvidó de dónde se encontraba.

Sin embargo, aquello no duró mucho, pues estalló en lágrimas por las salvajes estocadas de quien esbozaba esa hermosa sonrisa, tan radiante como la luz del sol que se refleja en la nieve.

Wei Wuxian se aferró a la hierba con ambas manos e intentó convencerlo entre gritos ahogados:

—Entonces, que sea cada cuatro días… Lo haremos una vez cada cuatro días… ¡Y, si no te convence, cada tres!

En un tono decidido y contundente, Lan Wangji dio su veredicto final:

—Todos los días es todos los días.

Segunda parte

Tres meses después, en Guangling, un grupo de aldeanos fueron a la cima de una montaña y rodearon un denso bosque. Sostenían antorchas y llevaban herramientas de labranza para defenderse.

Allí se encontraba un cementerio abandonado que había perturbado la paz de los lugareños en los últimos meses. Los solitarios fantasmas de la zona habían estado molestando a los aldeanos que vivían debajo de la montaña. Hartos e incapaces de seguir tolerando la situación, habían invitado a un grupo de cultivadores que estaban de paso y habían subido la montaña con la intención de erradicar el problema de raíz.

Al caer el crepúsculo, los zumbidos de los insectos se escuchaban más nítidos y las altas plantas, que llegaban a la cintura de un hombre adulto, crujían de vez en cuando, como si algo desconocido acechara en su interior, esperando para atacar en cualquier momento. Sin embargo, cada vez que se armaban de valor para apartar la maleza y alumbrar el área con las antorchas, descubrían que solo era una falsa alarma.

Con sus largas espadas en la mano y actuando con sumo cuidado, los cultivadores condujeron a los aldeanos por la pradera y se adentraron en el bosque donde se hallaba el cementerio abandonado. Las lápidas de piedra y de madera estaban tan deterioradas que todas se encontraban torcidas o caídas. Además, la brisa que soplaba hacía que el ambiente fuera muchísimo más lúgubre.

Los cultivadores intercambiaron una mirada antes de sacar sus talismanes. Estaban listos para exterminar a los seres malignos. Cuando los

aldeanos vieron lo serenos que parecían, supusieron que la situación no era grave y exhalaron un suspiro de alivio.

No obstante, antes de que pudieran relajarse, oyeron un sonoro golpe.

¡Plop!

Enseguida un cadáver ensangrentado se desplomó frente a ellos, justo encima de un montículo de tierra.

El aldeano que estaba más cerca del túmulo soltó un grito de pavor, dejó caer su antorcha y huyó a toda prisa, tropezando durante todo el trayecto.

Acto seguido, cayeron un segundo, un tercero y un cuarto cadáver ensangrentado.

Plop, plaf, plop, plaf…

Como si del cielo llovieran cadáveres, no dejaron de caer uno tras otro. En cuestión de segundos el bosque se llenó de gritos y alaridos. Aunque los cultivadores estaban conmocionados porque nunca habían visto semejante fenómeno, no se acobardaron.

—¡No huyáis! ¡No entréis en pánico! —exclamó su líder—. No son más que unas débiles criaturas malignas…

Como si alguien lo hubiera estrangulado de repente, se detuvo.

Uno de los árboles le llamó la atención.

Había un hombre sentado allí; la parte inferior de su túnica negra colgaba del árbol y sus largas botas se balanceaban con suavidad. Parecía sereno y relajado. Tenía en la cintura una flauta negra de cuyo extremo colgaba una borla de un intenso rojo que también se mecía con el vaivén de sus pantorrillas.

Los semblantes de los cultivadores cambiaron drásticamente.

Pese a que los aldeanos estaban espantados, se habían calmado al oír las indicaciones del líder. Sin embargo, cuando vieron que los demás cultivadores palidecían, se dieron la vuelta y echaron a correr. Como una ráfaga de viento, salieron del bosque y descendieron la montaña en un instante. Todos llegaron a la conclusión de que aquel lugar albergaba seres

malignos tan formidables que ni siquiera aquellos cultivadores sabían cómo lidiar con ellos. Como aves asustadas, huyeron despavoridos y los abandonaron. Se suponía que todos los aldeanos habían evacuado la montaña, pero parecía que uno de ellos se había quedado atrás. Como sus movimientos eran torpes y lentos, cayó al suelo y se ensució los labios de barro. Pensó que, al estar solo, su muerte sería inminente; sin embargo, cuando vislumbró a un joven vestido de blanco ante él, se le iluminaron los ojos de esperanza.

Una espada larga colgaba de su cintura, y parecía que un blanco y nebuloso resplandor lo rodeaba. De pie en medio de aquel oscuro bosque, daba la impresión de que era un ser celestial, una criatura que no pertenecía al mundo de los mortales.

Sin esperar ni un momento más, el aldeano empezó a pedirle auxilio:

—¡Joven señor! ¡Disculpe! Ayúdeme, por favor, aquí hay fantasmas… Venga, dese prisa y mate a ese mons…

Antes de que terminara la frase, otro cuerpo cayó delante de él. De pronto, quedó cara a cara con un cadáver que sangraba por los siete orificios. Cuando el aldeano estaba a punto de desmayarse del horror, el hombre de blanco dijo:

—Vete.

Aunque solo había pronunciado una palabra, el aldeano sintió una inexplicable tranquilidad, como si lo acabaran de absolver de la pena de muerte. Con un repentino impulso, se puso de pie y echó a correr sin mirar atrás.

Sin saber qué hacer al respecto, el joven de túnica blanca observó los cadáveres ensangrentados que se arrastraban por todo el bosque. Cuando alzó la vista, el misterioso hombre vestido de negro que estaba sentado en el árbol bajó de un salto. Con movimientos ligeros y ágiles, apareció frente a él y lo presionó contra el tronco.

—Vaya, ¿a quién tenemos aquí, eh? ¡Es nada más y nada menos que Lan

Wangji, el intachable Hanguang-jun! ¿Qué haces en mi territorio?

Los dos estaban rodeados de cadáveres ensangrentados que se arrastraban por todas partes. Algunos actuaban confundidos y otros, con fiereza.

El hombre de negro apoyó una mano sobre el árbol, atrapando a Lan Wangji entre su cuerpo y el tronco. Con el rostro inexpresivo, Hanguang-jun escuchó como el joven hablaba de nuevo:

—En vista de que tú solito te me has servido en bandeja de plata, me tomaré la libertad de… ¡Auch! ¡Ay, aaay!

Con tan solo una mano, Lan Wangji le agarró ambas muñecas.

Al ver que los papeles se habían invertido, el hombre de túnica negra exclamó con sorpresa:

—Por todos los cielos, Hanguang-jun, eres asombroso. No me lo puedo creer. ¡Qué impactante! Me has atrapado con tan solo una mano. ¡Ni siquiera he podido contraatacar! ¡Qué hombre tan aterrador!

Aunque Lan Wangji no dijo nada, ejerció más fuerza y el asombro de aquel joven fue remplazado por el terror.

—Ay, cómo me dueleee. Suéltame, Hanguang-jun, te juro que no lo volveré a hacer. No me agarres así. Ni se te ocurra atarme y mucho menos azotarme contra el suelo…

Viendo que tanto sus palabras como sus acciones se volvían cada vez más exageradas, las cejas de Lan Wangji se crisparon y por fin se animó a detenerlo.

—Basta de juegos…

Wei Wuxian estaba tan centrado en rogarle que lo tomó por sorpresa.

—¿Por quéee? Ni siquiera he terminado de suplicarte.

Lan Wangji hizo una pausa antes de responder:

—Me pides clemencia todos los días. Ya basta de juegos…

Wei Wuxian se pegó a él y le susurró:

—Pero ¿no era esto lo que deseabas…? Todos los días es todos los días.

Wei Wuxian había acercado tanto la cara que parecía a punto de besar a

Lan Wangji, pero no lo hacía y solo le daba largas. Aunque insinuaba que iba a besarlo, siempre mantenía una separación entre sus labios tan sutil como una fina hoja de papel. Al igual que una traviesa mariposa que revoloteaba coquetamente cerca de los pétalos de una flor recatada y nunca se posaba sobre ella, Wei Wuxian se mantenía a una tentadora distancia de Lan Wangji sin llegar a besarlo.

Después de aguantar tales provocaciones, los claros ojos de Hanguang-jun brillaron y por fin cedió a su impulso de acercarse, como si no pudiera resistirse a que sus pétalos tomaran la iniciativa de tocar las alas de la mariposa.

La reacción de Wei Wuxian fue girar la cara para apartar los labios. Luego alzó las cejas y le exigió:

—Llámame por mi nombre de nacimiento.

Lan Wangji no contestó.

—Llámame Ying —insistió Wei Wuxian—. Si lo haces, dejaré que me beses.

Si bien los labios de Lan Wangji se movieron, de su boca no salió ninguna palabra.

Nunca lo había llamado solo por su nombre de nacimiento, mucho menos de una forma tan cariñosa e íntima como le estaba exigiendo. Es más, jamás se había referido de manera afectuosa a nadie. Ni siquiera a Lan Xichen lo llamaba por su nombre de nacimiento, siempre se había referido a él como «hermano» o «hermano mayor».

—Venga, dilo aunque sea una vez, que quiero escucharte —lo presionó Wei Wuxian—. Yo te he llamado de muchísimas formas. Si lo haces, aparte de besarme, dejaré que me hagas otras cosas…

Lan Wangji estuvo a punto de llamarlo Ying. Sin embargo, se sintió derrotado ante sus últimas insinuaciones y no pudo hacerlo. Después de debatirse un rato, solo logró pronunciar:

—¡Sinvergüenza…!

—¿No estás cansado de sujetarme las muñecas así? Qué incómodo sería hacer otras cosas con una sola mano.

Tras calmarse, Lan Wangji preguntó de manera refinada y cortés:

—En ese caso, ilústrame, por favor. ¿Qué me sugieres?

—Bien, deja que te enseñe un truquillo: quítate la cinta de la frente y átame las manos. Es muchísimo más práctico, ¿a que sí?

Después de mirar en silencio a Wei Wuxian, que no dejaba de reírse de forma juguetona, Lan Wangji se desató la cinta de la frente y la extendió para que el otro la viera. Luego, a la velocidad del rayo, le ató las muñecas e hizo un nudo. Cuando levantó las rebeldes manos de Wei Wuxian y las mantuvo por encima de su cabeza, enterró el rostro en la curvatura de su cuello.

Justo entonces se escuchó un grito que venía de entre la maleza.

Los dos se separaron al instante. Lan Wangji llevó la mano a la empuñadura de Bichen, pero no desenvainó la espada. Después de todo, aquel grito había sonado tan estridente y delicado que no cabía duda de que lo había proferido un niño. Sería terrible herir a un inocente sin querer.

La alta vegetación, que llegaba a la cintura de un hombre adulto, comenzó a crujir y a agitarse. Si se seguía la trayectoria de los movimientos, era evidente que la persona se iba alejando cada vez más. Parecía que estaba huyendo.

Wei Wuxian y Lan Wangji siguieron su rastro durante un trecho, pero de repente oyeron la aliviada voz de una mujer desde el pie de la ladera.

—Mianmian, hija mía, ¡¿te encuentras bien?! ¿Cómo puedes corretear en un lugar así? ¡Casi me muero del susto!

—¿Mianmian?

Wei Wuxian repitió el nombre por lo familiar que le resultaba. Podría jurar que lo había oído en alguna parte. No obstante, antes de que pudiera recordarlo, la voz enojada de un hombre lo sacó de sus pensamientos:

—¡Te dije que no te alejaras mientras estuviéramos de cacería nocturna,

pero no me has hecho caso! ¡¿Qué habría sido de tu madre y de mí si un fantasma te hubiera comido?! ¿Eh…? ¿Mianmian? ¿Qué ocurre? ¿Por qué tienes esa expresión?

»Qingyang, échale un vistazo. No le habrá pasado nada, ¿cierto? ¿Por qué está así? ¿Habrá visto algo indebido mientras estaba en la montaña?

Lo más seguro era que las últimas preguntas estuvieran dirigidas a la mujer.

De hecho… la niña había visto algo inapropiado.

Lan Wangji le lanzó una mirada a Wei Wuxian. Este se volvió hacia él con inocencia antes de afirmar:

—Uy, somos unos pecadores.

Era evidente que no se arrepentía ni se sentía culpable por haber corrompido a una niña.

Lan Wangji sacudió la cabeza y los dos salieron juntos del cementerio para bajar la pendiente. Las tres personas que se encontraban al pie de la ladera se sobresaltaron ante la presencia de los recién llegados. El hombre y la mujer, que se habían puesto en cuclillas, estaban casados. En medio de ambos se encontraba una niña de unos diez años que tenía un peinado de doble moño. La mujer era una joven de una belleza encantadora; tan pronto como vio a Wei Wuxian, desenvainó la espada que llevaba en la cintura y le apuntó con ella.

—¡¿Quiénes sois?!

—Eso da igual —contestó Wei Wuxian—, lo que importa es que somos humanos.

La mujer quería decir algo más, pero se quedó atónita al ver a Lan Wangji detrás de él.

—¿Hanguang-jun?

Como Lan Wangji no tenía la cinta que siempre llevaba en la frente, no estaba demasiado segura de su identidad. Si no fuera porque aquel rostro era inolvidable, habría seguido dudando. Y, cuando volvió a mirar a Wei

Wuxian, se asombró todavía más.

—En… entonces, tú… debes de ser…

Hacía muchísimo tiempo que se había difundido la noticia de que el patriarca de Yiling había regresado al mundo y no cabía duda de que era él quien estaba junto a Lan Wangji. No era de extrañar que otros lo reconocieran de esta manera.

Al ver lo agitada que estaba la joven, que le resultaba muy familiar, Wei Wuxian se preguntó: «¿Acaso esta señora me conoce? ¿Habré tenido algún conflicto con ella? ¿La habré intimidado en el pasado? No, no puede ser… No recuerdo haber conocido a una chica llamada Qingyang… ¡Ah! ¡Mianmian!».

Cuando un recuerdo le llegó a la mente, Wei Wuxian inquirió:

—¿Eres Mianmian?

El esposo de la mujer lo miró con recelo.

—¿Por qué llamas a mi hija?

Resultaba que la niña que se había topado con ellos era la hija de «Mianmian», que tenía el mismo nombre.

A Wei Wuxian le pareció bastante curioso y comentó:

—La Mianmian grande y la Mianmian pequeña.

A modo de saludo, Lan Wangji inclinó la cabeza de manera respetuosa.

—Señorita Luo.

La mujer se apartó unos mechones desordenados y se los acomodó detrás de las orejas antes de devolverle el saludo.

—Hanguang-jun. —Enseguida volvió a dirigir la vista a Wei Wuxian para saludarlo también—: Joven señor Wei.

Wei Wuxian le dedicó una sonrisa.

—Señorita Luo. Ah, ahora sé cómo te llamas.

Luo Qingyang sonrió con timidez, como si le avergonzara haber recordado ciertos hechos del pasado. Aun así, no tardó en tirar del brazo de su esposo para que se levantara y se pusiera a su lado.

—Él es mi marido.

Cuando el hombre se dio cuenta de que los dos jóvenes no representaban ningún peligro, se relajó e intercambió algunas palabras de cortesía con ellos.

—¿A qué clan o secta cultivacional pertenece este caballero? —preguntó Wei Wuxian.

—A ninguno —respondió el hombre sin rodeos.

Mirando a su esposo, Luo Qingyang explicó con una sonrisa llena de júbilo:

—No pertenece al mundo cultivacional, era mercader. Aun así, siempre está dispuesto a ir conmigo de cacería nocturna…

Era sorprendente ver que una persona normal y corriente y, más aún, un hombre estuviera dispuesto a renunciar a su vida estable para viajar alrededor del mundo con su esposa sin tenerle el más mínimo miedo a lo desconocido o al peligro. Era algo tan único y preciado que Wei Wuxian lo admiró.

—¿Vosotros también habéis venido de cacería nocturna? —preguntó.

Luo Qingyang asintió con la cabeza.

—Así es. He oído rumores de que hay un cementerio abandonado en esta colina y de que los seres malignos que alberga están causando estragos y perturbando la paz de los lugareños. He venido a ver si puedo ayudar en algo. ¿Ya os habéis ocupado de ellos?

Si Wei Wuxian y Lan Wangji ya se hubieran encargado, nadie más tendría que intervenir.

—Los aldeanos os han engañado —reveló Wei Wuxian.

—¿Qué quieres decir? —preguntó Luo Qingyang con perplejidad.

—Si bien decían que los seres malignos estaban causando estragos de forma arbitraria, la realidad es que fueron ellos mismos quienes desenterraron y profanaron las tumbas; incluso esparcieron los huesos de los fallecidos por todas partes. Por eso los dueños de las tumbas tomaron

represalias.

—¿En serio? —inquirió con suspicacia el esposo de Luo Qingyang—. Aun así, no hacía falta que se cobraran sus vidas.

Tras intercambiar una mirada con Lan Wangji, Wei Wuxian explicó con más detalle:

—Eso también es falso, pues no ha habido ninguna víctima mortal. Ya lo hemos comprobado: después de que los fantasmas los asustaran, solo unos pocos aldeanos se quedaron postrados en cama durante un tiempo. También hubo un hombre que se fracturó la pierna mientras escapaba a toda prisa. Aparte de eso, no hay víctimas. Solo se inventaron las historias de aquellas muertes para causar más sensacionalismo.

—Ah, conque eso fue lo que pasó —expresó el hombre—. ¡¿Cómo han podido ser tan descarados?!

Luo Qingyang suspiró con decepción.

—Uf, menuda gentuza… —Justo entonces la mujer pareció recordar algo, así que sacudió la cabeza y añadió—: Lamentablemente, son así en todas partes.

—Después del gran susto que les acabo de dar, no creo que vuelvan a profanar las tumbas de la montaña —aseguró Wei Wuxian—. Asimismo, los seres malignos ya no tendrán razones para molestarlos. ¡Asunto arreglado!

—Pero… —dijo Luo Qingyang—. ¿Qué pasa si vuelven a invitar a cultivadores para que acaben con ellos…?

—Les he enseñado mi cara —afirmó Wei Wuxian con una sonrisa.

Luo Qingyang lo comprendió al instante. Si el patriarca de Yiling había mostrado la cara, el grupo de cultivadores lo había visto. Sin lugar a duda, la noticia se difundiría por todas partes, y la mayoría de las personas creerían que había marcado el lugar como su territorio. Ningún cultivador tendría las suficientes agallas para subir la montaña y meterse con él.

—Vale, ya lo pillo —comentó entre risas—. Al ver lo asustada que estaba

Mianmian, creí que se había topado con seres malignos. Por favor, disculpadme si he sido grosera.

«No, no, para nada», pensó Wei Wuxian. «Más bien, creo que hemos sido nosotros los impertinentes».

En contra de lo que estaba pensando, contestó muy serio:

—Qué va, no te preocupes. Por favor, disculpadnos a nosotros por haber asustado a la pequeña Mianmian.

El esposo de Luo Qingyang cogió a su hija en brazos.

La niña infló las mejillas y miró fijamente a Wei Wuxian. Si bien estaba indignada, la vergüenza no le permitía decir nada. Llevaba una bonita falda escarlata, su carita era tan pálida y suave que parecía un hermoso jade y sus ojos púrpura se asemejaban a un par de uvas cristalinas. Era tan adorable que a Wei Wuxian le dieron ganas de apretarle las regordetas mejillas, pero su padre todavía lo observaba con cierta suspicacia, así que tan solo tocó sus moñitos y luego se llevó las manos a la espalda.

—La pequeña Mianmian se parece muchísimo a la señorita Luo cuando era más joven —comentó Wei Wuxian con una sonrisa divertida.

Aunque Lan Wangji le dedicó una penetrante mirada, no dijo nada.

Como a Luo Qingyang le hicieron gracia sus palabras, curvó los labios en una tenue sonrisa, sin llegar a mostrar los dientes.

—¿Cómo dices eso sin que pese sobre tu conciencia, joven señor Wei? ¿De verdad te acuerdas de cómo era en esa época?

Su forma de sonreír le hizo recordar la primera vez que la había visto. En aquel entonces, vestía una túnica escarlata cubierta de una fina tela de gasa. Ahora que se acordaba de verdad, menos vergüenza sintió Wei Wuxian de haber hecho tal comentario.

—¡Por supuesto! No has cambiado tanto. A propósito, ¿qué edad tiene la niña? Le obsequiaré dinero de la buena suerte [7] .

Luo Qingyang y su esposo se apresuraron a rechazar el amable gesto.

—No, no. Muchas gracias, pero no hace falta.

—Venga, aceptadlo —insistió Wei Wuxian con una sonrisa—. A fin de cuentas, no es mi dinero. ¡Ja, ja!

La pareja se quedó confundida y, antes de que pudieran entenderlo, Lan Wangji puso algo en la mano de Wei Wuxian sin que este tuviera que pedírselo. De manera disimulada, cogió las pesadas monedas e insistió en ofrecérselas a Mianmian.

Al ver que era imposible rechazarlas, Luo Qingyang instó a su hija:

—Mianmian, dales las gracias al joven señor Wei y a Hanguang-jun.

—Gracias, Hanguang-jun —dijo la pequeña.

—Mianmian, he sido yo quien te lo ha entregado, ¿por qué no me das las gracias a mí también? —preguntó a propósito Wei Wuxian.

La niña lo miró con indignación. Sin importar cuánto intentara chincharla, se negaba a hablar con él. Tan solo bajó la cabecita, tiró de un cordón rojo que colgaba de su cuello, sacó una delicada bolsita perfumada y, como si fuera algo muy preciado, guardó el dinero en ella.

Pronto tuvieron que descender la montaña. Wei Wuxian se despidió de la pequeña familia con bastante pesar y fue en otra dirección junto a Lan Wangji.

Una vez que sus figuras desaparecieron de su vista, Luo Qingyang reprendió a su hija:

—Mianmian, ¿cómo has podido ser tan grosera? ¡Él me salvó la vida en el pasado!

—¡¿En serio?! —exclamó su esposo, perplejo—. Mianmian, ¿has oído a tu madre? ¡Has sido muy maleducada!

—Es que… no me gusta —masculló la niña.

—Tch, tch… Si de verdad lo odiaras, habrías tirado el dinero de la buena suerte.

Enterrando la carita sonrojada en el pecho de su padre, Mianmian refunfuñó:

—¡Él ha hecho cosas malas!

Luo Qingyang estaba tan frustrada que no sabía si reír o llorar. Justo cuando estaba a punto de decir algo, su esposo preguntó con curiosidad:

—Qingyang, ya me habías mencionado a Hanguang-jun. Si mal no recuerdo, es un reputado miembro de uno de los clanes ilustres del mundo cultivacional. ¿Por qué alguien así vendría a una aldea tan pequeña a cazar criaturas tan irrelevantes?

—Es muy diferente a otros cultivadores de renombre. Siempre aparece donde hay caos —explicó Luo Qingyang con suma paciencia—. Dondequiera que haya un ser maligno causando problemas, allí acudirá a ayudar. No le importa el nivel que tengan las presas de las cacerías nocturnas ni los méritos que pueda recibir.

Su esposo asintió con la cabeza.

—Vaya, sí que es digno de su reputación. —El hombre hizo una pausa, vaciló un momento y preguntó entre preocupado y curioso—: ¿Y qué hay del joven señor Wei? Has dicho que te salvó la vida, pero nunca lo has mencionado. ¡¿En qué momento de tu vida estuviste en peligro?!

Luo Qingyang tomó a Mianmian en brazos y sonrió con un singular brillo en los ojos.

—Verás, el joven señor Wei…

Mientras tanto, al otro lado de la ladera, Wei Wuxian le dijo a Lan Wangji:

—Vaya sorpresa. ¡Tan solo era una joven cuando la conocimos, pero ahora tiene una hija!

—Hm.

—Me parece muy injusto… No me cabe duda de que te ha visto hacerme cosas malas, pero ¿por qué solo yo le caigo mal?

Antes de que Lan Wangji respondiera, Wei Wuxian se giró sobre los talones y, cuando quedó frente a él, empezó a caminar hacia atrás mientras

decía:

—Ah, creo que ya lo entiendo: seguro que le gusto en el fondo, como a cierta persona en aquel entonces.

Sacudiéndose el polvo inexistente de las mangas, Lan Wangji dijo con serenidad:

—Por favor, devuélveme la cinta de la frente, Wei Yuandao.

Wei Wuxian se quedó confundido al oír aquel extraño nombre. Tardó bastante en reaccionar y recordar que hacía referencia al verso de un poema histórico, «mianmian si yuandao», que significaba «anhelando a mi amado que ha viajado lejos».

—Oye, segundo joven señor Lan, ¿qué significa esto? —preguntó entre risitas—. ¿Acaso… estás celoso?

Lan Wangji dirigió la vista al suelo, por lo que Wei Wuxian se detuvo frente a él para bloquearle el camino. Mientras le rodeaba la cintura con un brazo, le levantó la barbilla con la mano libre.

—Dime la verdad, ¿cuántos años llevas aguantando los celos? —preguntó con solemnidad—. ¿Cómo has podido disimular tan bien? Nunca he pillado ni una sola pista.

Como siempre, Lan Wangji no se resistió, sino que le permitió alzarle el rostro. De pronto, sintió una mano traviesa tocándole el pecho. Sin embargo, cuando bajó la cabeza para mirar, Wei Wuxian no solo la había retirado, sino que estaba sosteniendo algo.

—¿Me puedes explicar qué es esto?

Era el saquito de dinero de Lan Wangji.

Con la mano derecha, Wei Wuxian sostuvo la delicada bolsita por las borlas y empezó a darle vueltas en el aire. Mientras señalaba el objeto con la mano izquierda, iba diciéndole en tono acusatorio:

—Ay, Hanguang-jun, Hanguang-jun… Coger objetos ajenos sin permiso equivale a robar. ¿Recuerdas qué decían de ti en aquel entonces? Que eras un cultivador reputado de un clan ilustre y un modelo para todos los

discípulos. Qué buen ejemplo das, ¿eh? No solo has estado aguantando tus celos en secreto, sino que me robaste la bolsita perfumada que una señorita me regaló y, desde entonces, la has usado como tu saquito de dinero. Con razón no la encontraba por ningún lado cuando me desperté. Si la bolsita que colgaba del cuello de la pequeña Mianmian no fuera idéntica a esta, no lo habría recordado. Ay, eres un caso perdido. Tch, tch… Cuéntame: ¿cómo me la quitaste mientras estaba inconsciente? ¿Cuánto tiempo me estuviste tocando hasta conseguirla?

El semblante de Lan Wangji pareció cambiar de manera fugaz. Si bien se precipitó a coger el saquito, Wei Wuxian lo sacudió hacia atrás para mantenerlo fuera de su alcance y retrocedió algunos pasos.

—Como no puedes defenderte, intentas arrebatármelo, ¿eh? ¿Por qué eres tan tímido? ¿Por qué te avergüenzas de algo así? Ahora sé por qué soy tan descarado, ¡estamos hechos el uno para el otro! Seguro que te han transferido toda la vergüenza que debería tener y la has estado guardando por mí.

Los lóbulos de las orejas de Lan Wangji se tiñeron de un tenue rosa, pero su rostro seguía igual de rígido. Aunque se movió a una increíble velocidad, los pies de Wei Wuxian fueron aún más rápidos. Al final, no pudo recuperar la bolsita.

—Tú mismo me has ofrecido el saquito de dinero, ¿por qué ahora te molesta que lo tenga? —continuó Wei Wuxian—. Mírate: no solo robas, sino que también fornicas y te contradices. ¡Eres un pecador!

Lan Wangji se abalanzó hacia él y por fin lo atrapó. Mientras lo abrazaba con fuerza, argumentó:

—Hemos hecho las tres reverencias de la ceremonia de boda, así que… ya estamos casados. No se considera fornicar.

—De todas formas, no está bien que uses la fuerza conmigo todo el tiempo. Siempre quieres que te ruegue, y ni siquiera cuando te suplico te detienes. Con lo cambiado que estás, seguro que los ancestros del clan Lan

de Gusu se enfurecerán…

Sin poder soportar más sus comentarios, Lan Wangji lo calló con el hechizo silenciador.

Al día siguiente del encuentro con Luo Qingyang y su esposo, Wei Wuxian y Lan Wangji se desplazaron hasta una pequeña aldea de Guangling.

Wei Wuxian se llevó la mano a la frente para hacer sombra y vio la bandera de una taberna ondeando a lo lejos.

—Descansemos ahí —propuso.

Lan Wangji asintió con la cabeza, y los dos siguieron avanzando.

Después de la noche en el templo de Guanyin en Yunmeng, ambos habían estado viajando juntos con Manzanita. Al igual que antes, mantenían la costumbre de «aparecer donde hubiera caos». Cada vez que se enteraban de que había un ser maligno perturbando la paz de la gente, iban a investigar. No solo ayudaban a los lugareños a solucionar el problema, sino que también viajaban para apreciar el paisaje y conocer las costumbres y tradiciones locales. Durante tres meses permanecieron alejados de los asuntos de los clanes cultivacionales y disfrutaron de una vida tranquila y libre.

Una vez que entraron en la taberna, se sentaron en una discreta mesa que se encontraba en la esquina. El camarero se acercó a saludarlos y observó el aspecto de ambos jóvenes. Lan Wangji portaba una espada en la cintura, mientras que Wei Wuxian llevaba una flauta, así que los relacionó con cierta pareja que había estado en boca de todos recientemente. Sin embargo, después de mirarlos con detenimiento, se dio cuenta de que el cliente vestido de blanco no llevaba la característica cinta del clan Lan de Gusu, por lo que no estaba seguro de quiénes eran.

Wei Wuxian pidió licor y Lan Wangji, algunos platos. Con una amplia

sonrisa, Wei Wuxian escuchó cómo pronunciaba los nombres con su profunda voz. Mientras se sujetaba la mejilla con una mano, mantuvo la otra debajo de la mesa, jugueteando con una cinta tan blanca como la nieve.

—Has pedido demasiados platos picantes, ¿estás seguro de que podrás comerlos? —preguntó tan pronto como el camarero se retiró.

Lan Wangji cogió la taza de té que estaba sobre la mesa y bebió un sorbo antes de exigirle en voz baja:

—Siéntate bien.

—No hay té en la taza —observó Wei Wuxian.

Lan Wangji hizo una pausa, llenó la taza y se la volvió a llevar a los labios.

—Siéntate bien… —repitió al cabo de un instante.

—¿Acaso no lo he hecho? Esta vez no he puesto las piernas encima de la mesa como solía.

Tras contenerse un momento, Lan Wangji dijo:

—Aun así, no deberías ponerlas en otro sitio…

—¿Por qué? ¿Dónde las tengo ahora? —preguntó Wei Wuxian, fingiendo confusión.

Lan Wangji se quedó sin palabras.

—Uy, qué exigente eres, segundo joven señor Lan. ¿Por qué no me enseñas cómo tengo que sentarme?

Lan Wangji dejó la taza de té sobre la mesa y le lanzó una mirada de reproche. Justo cuando iba a sacudir las mangas para darle una buena lección, escuchó un estallido de carcajadas en la mesa del centro.

—¡Con las atrocidades que cometía, ya sabía yo que Jin Guangyao caería tarde o temprano! —se regodeó alguien—. Llevaba mucho tiempo esperando a que sucediera. Ahora todo ha salido a la luz. ¡Jum! ¡Es verdad que el cielo es justo y el karma siempre llega!

De algún modo, Wei Wuxian se tomó aquellas palabras como algo personal. Tanto el tono como el fondo de los insultos le resultaban bastante

familiares, solo que el objetivo había cambiado. Aguzó los oídos para escuchar con atención.

Uno de los cultivadores alzó los palillos y aportó a las críticas:

—¡Es cierto lo que se ha dicho a lo largo de la historia! Así es la gente de alto rango… ¡Cuanto más delicados aparentan ser, más perversos son en realidad!

—Tienes toda la razón. No hay ninguno de ellos que sea bueno. Todos los que tienen títulos honorables y nobles son lobos con piel de cordero.

Como tenía la boca llena de licor y carne, uno de los hombres escupió por todas partes cuando habló:

—A propósito, en sus tiempos esa tal Sisi era muy famosa y codiciada en los burdeles, pero, con lo mucho que ha envejecido, ni siquiera la reconocí. Qué puto asco, se me quita el apetito de tan solo recordarla… Por otro lado, Jin Guangshan tuvo una muerte bastante trágica. ¡Ja, ja, ja, ja…!

—Sí, todo gracias a que a Jin Guangyao se le ocurrió semejante método para matar a su padre. Se lo tenía bien merecido, ¡fue la muerte perfecta para él!

—Me pregunto por qué no mató a esa vieja prostituta. Es de sentido común eliminar a todos los testigos, ¿por qué fue tan estúpido?

—No se puede decir que fuera por estupidez. No hay que olvidar que era hijo de Jin Guangshan. Tal vez heredó su lado mujeriego o quizá sus gustos eran muy peculiares y tenía… ya sabéis, je, je… una relación secreta y especial con Sisi…

—¡Je, je! Aunque pienso lo mismo, corre otro rumor… Dicen que, como cometió incesto con su propia hermana, Jin Guangyao desarrolló cierta disfunción. En otras palabras, aunque tenía amor para dar, no se le levantaba… Ja, ja, ja…

Esa clase de cotilleos y calumnias le resultaban muy familiares a Wei Wuxian. Recordó que un montón de personas habían difundido el rumor de que había secuestrado a miles de mujeres vírgenes y las había llevado a la

cueva demoníaca de la colina de las fosas con el fin de practicar artes oscuras mediante orgías y demás obscenidades.

«Bueno, al menos, lo que decían de mí era un pelín mejor que lo que dicen de Jin Guangyao», pensó.

Como los comentarios se volvían cada vez más desagradables, Lan Wangji frunció el ceño. Por suerte, había gente sensata en aquella mesa que tampoco los aguantaba.

—Bajad la voz… —murmuró una persona—. Ni que fueran cosas bonitas de escuchar.

Los hombres que se reían a carcajadas reaccionaron con indiferencia.

—¿Qué temes? Aquí nadie nos conoce.

—¡Exacto! ¿Y qué si nos oyen? ¿En qué les afecta lo que estamos diciendo? ¿Por qué tendría que importarles?

—¿Crees que el clan Jin de Lanling sigue siendo el mismo? ¿Piensas que aún tienen el poder de silenciar a los demás? ¡Si tienen las suficientes agallas, que vengan a por nosotros! ¡Aunque no les guste lo que decimos, tendrán que aguantarlo!

Justo entonces una persona cambió de tema.

—Ya, ya, ¿qué sentido tiene hablar de esto? Venga, sigamos comiendo. No importa cuántos estragos haya causado Jin Guangyao en vida: ahora está encerrado en aquel ataúd, luchando constantemente con Nie Mingjue.

—Más jodido no puede estar. Cuando los enemigos se encuentran, la ira se desata. Seguro que Nie Mingjue le ha triturado todos los huesos.

—¡Eso es muy cierto! Fui a la ceremonia de sellado del ataúd, ¡y el resentimiento que lo envolvía era tan pesado que no crecía ni una brizna de hierba en un radio de quinientos metros! Dudo mucho que el sello vaya a durar cien años.

—Eso no es problema tuyo, sino de los clanes. Y, de todos modos, ha llegado el fin del clan Jin de Lanling. Han cambiado mucho las cosas.

—Aun así, Zewu-jun parecía devastado durante la ceremonia.

—¿Cómo no iba a estarlo? En el ataúd se encuentran sus dos hermanos jurados y los discípulos de su clan no solo corretean con un cadáver asesino todos los días, ¡sino que también lo llevan a las cacerías nocturnas para que los saque de apuros! No es de extrañar que ahora se pase todo el tiempo recluido. Si Lan Wangji no regresa, me temo que Lan Qiren saldrá como loco por las calles a maldecir…

Lan Wangji se quedó sin palabras, y Wei Wuxian se rio entre dientes.

La conversación de la otra mesa continuó:

—Por cierto, Nie Huaisang me impresionó bastante en la ceremonia de sellado. ¡Me sorprendió que hiciera tan buen trabajo, se ha ganado mis respetos! Al principio, cuando se ofreció como voluntario, pensé que metería la pata sin duda alguna. Después de todo, es don Nada Sé.

—¡Yo también! Quién habría imaginado que sería tan buen anfitrión como Lan Qiren.

Tras oír los comentarios de asombro, Wei Wuxian pensó: «Eso no es nada. Es muy probable que, en la próxima década, el líder del clan Nie de Qinghe muestre su verdadero talento y continúe sorprendiendo al mundo».

Cuando la comida y el licor llegaron a su mesa, se sirvió una copa y bebió despacio.

—Entonces, ¿el amuleto del Tigre Estigio está en el ataúd? —preguntó de repente la voz de un joven.

Hubo un silencio repentino en la taberna. Después de una breve pausa, alguien contestó:

—Quién sabe, tal vez esté allí. ¿Dónde lo habría guardado Jin Guangyao sino en su propio cuerpo?

—Nadie lo sabe con certeza. Además, dicen que ya no funciona, ¿no? No es más que un pedazo de chatarra.

El muchacho que había hecho la pregunta inicial estaba solo en una de las mesas y sostenía una espada en las manos. Ante las respuestas, le surgió otra duda:

—¿De verdad es tan resistente el ataúd? ¿Qué pasaría si alguien quisiera comprobar si el amuleto del Tigre Estigio está dentro?

—¡¿Quién se atrevería a hacerlo?! —gritó alguien de inmediato.

—Los hombres del clan Nie de Qinghe, el clan Lan de Gusu y el clan Jiang de Yunmeng rodean y custodian el cementerio. Nadie tendría las suficientes agallas.

Todos estaban de acuerdo con el último comentario.

Aquel joven dejó de hablar y tomó un sorbo de la taza de té que estaba en su mesa. Si bien parecía que se había dado por vencido, la determinación de sus ojos no había cedido ni un poquito.

Wei Wuxian había visto esa mirada en el rostro de muchísimas personas y estaba seguro de que no sería la última vez que la vería.

Tras salir de la taberna, Wei Wuxian se montó sobre Manzanita como siempre, y Lan Wangji tiró de las riendas para guiarlos.

Mientras se balanceaba con los movimientos del burro moteado, Wei Wuxian sacó la flauta de la cintura y se la llevó a los labios. Cuando las claras notas del instrumento volaron por el cielo como un pájaro, Lan Wangji se detuvo a escuchar en silencio.

Era la misma canción que le había tarareado a Wei Wuxian cuando se habían quedado atrapados en la cueva del Xuanwu asesino.

Curiosamente, también era la melodía que había tocado con la flauta en el monte Brahma justo cuando acababa de volver a la vida. Fue eso lo que le permitió a Lan Wangji confirmar su verdadera identidad.

Al terminar de tocar la canción, Wei Wuxian le guiñó el ojo izquierdo.

—¿Qué te ha parecido? ¿La he interpretado bien?

Lan Wangji asintió despacio y observó:

—Qué inusual.

Wei Wuxian supo que se refería a que su memoria no había fallado, así que no pudo evitar reírse.

—Vamos, no te enfades por eso. Reconozco que fallé en ese aspecto. Además, tengo mala memoria por culpa de mi madre.

—¿Por qué lo dices?

Wei Wuxian apoyó el brazo sobre la cabeza de Manzanita y se dispuso a girar a Chenqing en la mano.

—Ella me decía que, en vez de recordar el buen trato que uno les da a los demás, uno debe acordarse de la amabilidad que recibe. Las personas no deberían guardar tantas cosas en sus corazones, pues solo así serán felices y podrán estar en paz.

Era una de las pocas cosas que recordaba de sus padres. Se sumió en sus pensamientos un instante, pero, cuando volvió en sí, vio que Lan Wangji lo miraba fijamente.

—También me dijo que…

Al notar que tardaba en completar la frase, Lan Wangji preguntó:

—¿Qué te dijo?

Muy serio, Wei Wuxian le hizo señas con el dedo, indicándole que se acercara. Una vez que obedeció, se inclinó y le susurró al oído:

—Que… tú eres todo mío.

Las cejas de Lan Wangji se crisparon un poco. Justo cuando separó los labios para hablar, Wei Wuxian se le adelantó:

—Ya lo sé, vas a decir que soy un sinvergüenza, un indecente, un arrogante, un frívolo, y que otra vez estoy soltando un montón de tonterías, ¿no? Pues ya lo he dicho yo por ti, así que no tienes que hacerlo. Siempre sales con la misma cantinela, no has cambiado ni un poquito. Yo también soy tuyo, así que estamos en paz, ¿vale?

Lan Wangji nunca podría superarlo en hablar rápido. Con suma serenidad, accedió:

—Vale, lo que tú digas.

Wei Wuxian tiró de las riendas del burro moteado.

—Oye, hablando en serio… Ya he pensado más de ochenta nombres para la canción, ¿de verdad no te convence ninguno?

—No —dijo Lan Wangji en tono firme.

—¿Por qué? Considero que *La balada de amor de Lan Zhan y Wei Ying* es un buen título.

Como Lan Wangji permaneció en silencio, siguió dando más ideas:

—¿Qué tal *El canto diario de Hanguang y Yiling* ? También me parece muy bueno. Cuando lo escuchas, te da la impresión de que esconde una historia muy interesante…

Como si no quisiera escuchar más títulos, Lan Wangji expresó:

—Ya tiene uno.

—¿Un qué?

—Un nombre.

—Ah, ¿sí? ¡Habérmelo dicho antes! —exclamó Wei Wuxian con sorpresa —. ¿Cuál es? ¡¿Cómo es que no me lo habías comentado?! Llevo muchísimo tiempo ayudándote a pensar… Qué desperdicio de ingenio.

Al cabo de un momento de silencio, Lan Wangji reveló:

—*Wangxian* [8] .

—¿Eh?

—El nombre de la canción es *Wangxian* .

Wei Wuxian abrió mucho los ojos, asombrado, y luego empezó a reír tanto que tuvo que llevarse las manos al estómago.

—¡Ja, ja, ja, ja, ja! ¡Con razón no me lo querías decir! ¡Era porque le habías puesto un nombre clandestino! Qué evidentes eran tus intenciones. ¡Excelente trabajo, Lan Zhan! ¿Cuándo le pusiste ese título, eh? ¡Ja, ja, ja, ja, ja, ja, ja, ja, ja, ja…!

Parecía que Lan Wangji había anticipado su reacción. Mientras miraba cómo se mecía de atrás adelante en el lomo de Manzanita, se limitó a negar con la cabeza. Aunque parecía derrotado ante su actitud, sus labios estaban

curvados en una sutil sonrisa y sus ojos se habían iluminado de manera imperceptible.

Lan Wangji alzó la mano para sujetar la cintura de Wei Wuxian y evitar que se cayera del burro.

Después de un buen rato carcajeándose, Wei Wuxian dijo con seriedad:

—*Wangxian* , qué nombre tan estupendo. ¡Es perfecto! Me encanta. Sí, así es como debe llamarse.

—A mí también me encanta —dijo Lan Wangji con el rostro inexpresivo.

—Suena muy elegante, es muy del estilo del clan Lan de Gusu. Creo que se podría incluir en su colección de canciones. Debería ser obligatorio que los discípulos la aprendieran. Si te preguntan «Hanguang-jun, ¿cómo se llama la canción?», podrás contarles cómo surgió el nombre.

Al oír que empezaba a decir tonterías de nuevo, Lan Wangji agarró con fuerza las riendas de Manzanita y retomó el camino.

—¿Adónde deberíamos ir ahora? —continuó hablando Wei Wuxian—. Ha pasado mucho tiempo desde la última vez que bebí una tinaja de Sonrisa de Emperador, ¿por qué no volvemos a Gusu y pasamos por la aldea Caiyi?

—De acuerdo —accedió Lan Wangji.

—Han transcurrido demasiados años, supongo que el abismo acuático debe de estar limpio, ¿no? Si tu tío no se muestra reacio a verme, escóndeme en tu habitación con las tinajas de licor; en cambio, si no soporta mi presencia, iremos a otro sitio. He oído que Wen Ning, Sizhui y el resto de los chicos se están divirtiendo mucho con las cacerías nocturnas.

—Hm.

—También que hay una nueva edición de las reglas del clan Lan de Gusu. Me pregunto si todavía caben más en el muro de la disciplina…

Con la brisa fresca, sus túnicas ondeaban como el agua de un manantial.

Contra el viento, Wei Wuxian observó la espalda de Lan Wangji. Luego entrecerró los ojos y cruzó las piernas, sorprendiéndose al ver que era capaz de mantener el equilibrio sobre Manzanita en una postura tan peculiar.

Aunque tenía poca relevancia, para él era como si hubiera hecho un interesantísimo descubrimiento. Estaba tan ansioso por compartirlo con Lan Wangji que gritó:

—¡Mira, Lan Zhan! ¡Mírame!

Lo llamó con una sonrisa y, al igual que siempre, Lan Wangji se volvió para mirarlo.

A partir de entonces, le fue imposible apartar los ojos de él.

FIN

EXTRA I

Banquete familiar

-Espérame —le dijo Lan Wangji a Wei Wuxian.

—¿Qué tal si entro contigo? —preguntó él.

Lan Wangji sacudió la cabeza.

—Se enfurruñará más.

Wei Wuxian lo analizó un momento y concluyó que tenía razón. Cada vez que Lan Qiren lo veía, parecía a punto de morir de un ataque cardíaco y su respiración se agitaba más de lo usual. Por tanto, sería mejor que no apareciera delante de él, así podría aplicar el dicho de «ojos que no ven, corazón que no siente».

Lan Wangji lo miró como si estuviera a punto de hablar, pero Wei Wuxian se le adelantó:

—Vale, ya lo sé. Me vas a decir que no corretee, que no haga ruido y que está prohibido hacer esto y aquello, ¿cierto? No te preocupes. Esta vez he venido contigo, así que procuraré actuar con muuucho pero muchíiiisimo cuidado. No romperé ninguna de las reglas que están en el muro de la disciplina… o, al menos, lo intentaré.

—No pasa nada —contestó Lan Wangji sin siquiera pensarlo dos veces —. Incluso si las rompes…

—¿Eh? —dijo Wei Wuxian, regocijándose por dentro.

Solo entonces Lan Wangji se percató de lo inapropiado que había sido lo

que acababa de soltar, así que giró la cabeza de inmediato. Al cabo de un rato, volvió a mirarlo para decirle:

—No es nada…

—Incluso si las rompo, ¿qué…? —inquirió Wei Wuxian, fingiendo confusión—. ¿Qué ibas a decirme?

Lan Wangji era consciente de que hacía esas preguntas a propósito, por lo que repitió con cara seria:

—Espérame fuera.

Wei Wuxian agitó la mano en señal de rendición.

—Vale, eso haré… ¡Eres tan odioso! Iré a jugar con tus conejos.

Lan Wangji acudió solo a su encuentro con Lan Qiren, que lo recibió con discursos y salivazos. Entretanto, Wei Wuxian se dejó arrastrar por Manzanita, que parecía muy emocionado desde que habían llegado a Nubes Recónditas. Por más que tiraba de las riendas, no podía detener al burro, así que no tuvo más opción que dejarse arrastrar hasta una zona con densas hierbas verdes.

Allí había más de cien bolitas regordetas y blancas. Parecían hechas de nieve y estaban muy tranquilas. A veces movían sus rosadas boquitas y, cuando sacudían las extensas orejas, revelaban su rosáceo centro. Manzanita se coló entre ellas y se hizo un hueco para acomodarse.

Por su parte, Wei Wuxian se acuclilló y cogió un conejo al azar. Mientras le rascaba la barriguita, se preguntó: «¿Había tantos la última vez que estuve aquí? ¿Este será macho o hembra? Ah, ya veo… Es macho».

Ante tales dudas, cayó en la cuenta de que nunca se había fijado en si Manzanita era hembra o macho, por lo que no pudo evitar mirar en su dirección. No obstante, antes de que pudiera observarlo más de cerca, escuchó un ruido y se giró para ver de qué se trataba.

Había una joven pequeña y delgada. Llevaba una cesta y estaba inmóvil, como si no supiera si debía seguir avanzando o no. Al ver que Wei Wuxian la miraba fijamente, se quedó pasmada un momento y luego se ruborizó de

la vergüenza. La muchacha vestía el uniforme escolar del clan Lan de Gusu y también llevaba una lisa cinta en la frente, solo que en ella no estaban bordadas las simbólicas nubes rodantes.

«¡No puedo creerlo!», pensó Wei Wuxian, muy asombrado. «¡De verdad me he topado con una! ¡Y está viva!».

Se trataba de una cultivadora, y no cualquiera, sino una del clan Lan de Gusu.

El clan Lan era conocido por sus reglas inflexibles y tradicionalistas, por lo que no era de extrañar que tuvieran normas que trataran de la distinción entre hombres y mujeres y prohibieran el contacto íntimo entre personas de sexos opuestos. Como si fueran sutras, a los discípulos se les repetían diez mil veces desde que eran niños. Las áreas de estudio y descanso de los cultivadores y las cultivadoras estaban estrictamente divididas. No debían cruzar sus límites y rara vez tenían que desviarse hacia otras zonas que no les pertenecían. Incluso tenían que ir separados a las cacerías nocturnas; o bien iba un grupo de hombres, o bien uno de mujeres, pero nunca debían mezclarse. Por lo general, no se daban situaciones en las que tuvieran que viajar juntos. Las normas eran tan conservadoras que resultaban indignantes.

Durante el tiempo que Wei Wuxian había estudiado en Nubes Recónditas, nunca había visto a ninguna chica, por lo que siempre se había preguntado si de verdad había cultivadoras en la residencia. Hubo ocasiones en las que le pareció oír las voces de varias mujeres leyendo; había sentido tanta curiosidad que había querido seguirles el rastro para verlas. No obstante, los discípulos que patrullaban por la zona tenían unos ojos y unos oídos tan agudos que se habían dado cuenta de inmediato y habían llamado a Lan Wangji. Tras varios intentos fallidos, el entusiasmo de Wei Wuxian se había agotado y se le habían quitado las ganas de seguir indagando.

Sin embargo, ahora era la primera vez que se topaba con una mujer en Nubes Recónditas. ¡No solo era una cultivadora, sino que, además, estaba

viva!

Con un brillo en los ojos, Wei Wuxian se enderezó. De manera inconsciente, hizo ademán de acercarse, pero Manzanita se levantó de golpe y prácticamente lo apartó de un empujón para luego ir corriendo hacia la joven.

Wei Wuxian se quedó confundido.

Cuando el burro se acercó lo suficiente, inclinó la cabeza con docilidad hacia la muchacha y, por iniciativa propia, puso las orejas sobre sus manos.

La perplejidad de Wei Wuxian aumentó.

Observándolo con la cara roja, la joven se quedó estupefacta un momento, sin saber qué decir.

Por su parte, Wei Wuxian entrecerró los ojos, pensativo, pues la muchacha le resultaba familiar. Al cabo de un rato, recordó que era la chica de cara redonda que había visto cuando había salido de la villa de los Mo, la misma con la que se había topado varias veces en el monte Brahma.

Incluso cuando las mujeres eran unas completas desconocidas, Wei Wuxian podía sonreírles con calidez y entablar conversaciones triviales con ellas. Como esta vez se trataba de una señorita a la que había visto un par de veces y parecía tener una agradable personalidad, más fácil le resultó.

—¡Eres tú! —exclamó mientras la saludaba con la mano.

Era obvio que había causado una fuerte impresión en la chica, ya fuera con la cara limpia o sin lavar. Después de vacilar un momento, la muchacha empezó a juguetear con la cesta que sostenía mientras contestaba con la voz ahogada:

—Sí, soy yo…

Wei Wuxian dejó al conejo que había levantado para determinar su sexo y, con las manos a la espalda, se acercó dos pasos a ella. Tras echarles un vistazo a las zanahorias y las demás verduras que estaban dentro de la cesta, preguntó con una sonrisa:

—¿Has venido a alimentar a los conejos?

La joven asintió con la cabeza.

Al no estar Lan Wangji con él, Wei Wuxian no tenía nada más que hacer, así que decidió unirse a ella.

—¿Quieres que te ayude?

Aunque la chica no sabía qué responder, terminó asintiendo con la cabeza. Wei Wuxian tomó una zanahoria y ambos se acuclillaron en el césped. Manzanita metió la cabeza en la cesta. No obstante, por más que rebuscó, no halló ninguna manzana, de modo que sacó de mala gana una zanahoria y la mordisqueó.

Dado que estaban muy frescas, Wei Wuxian le dio un mordisco a la que había agarrado antes de ofrecérsela a uno de los conejos.

—¿Eres tú quien ha estado alimentándolos todo este tiempo?

—No… Hace poco que he empezado a hacerlo… —explicó la joven—. Cuando Hanguang-jun viene, es él quien se ocupa de ellos. Sin embargo, cuando no está, son el joven señor Lan Sizhui y los demás discípulos quienes se encargan de cuidarlos. Y, si ellos tampoco están, el resto venimos a echar un vistazo…

«¿Cómo alimentaba Lan Zhan a los conejos? ¿Cuándo empezó a cuidarlos?», se preguntó Wei Wuxian. «Al igual que ella, ¿también venía con una cesta?».

Ante tales preguntas, se imaginó escenarios muy bonitos y tiernos, aunque no tardó en alejarlos de su mente para hacer otra pregunta:

—¿Ahora eres discípula del clan Lan de Gusu?

—Sí —afirmó la chica con timidez.

—Es bastante bueno. ¿Cuándo te uniste?

Mientras acariciaba a uno de los esponjosos conejos, la joven respondió:

—Poco después del incidente del monte Brahma…

Justo entonces ambos oyeron los pasos sutiles de unas botas sobre el césped. Wei Wuxian miró hacia atrás y vio que era Lan Wangji quien se acercaba.

La muchacha se puso tan nerviosa que sus movimientos se volvieron muy torpes. De inmediato se puso de pie y le dedicó un respetuoso saludo.

—Hanguang-jun.

Lan Wangji inclinó la cabeza para devolverle el gesto.

Wei Wuxian seguía sentado en la hierba mientras lo observaba con una sonrisa divertida.

La chica parecía tenerle muchísimo miedo… Aunque, desde luego, era bastante normal. No había ni un solo joven de su edad que no lo temiera. Presa del pánico, se sujetó la falda y echó a correr.

—Señorita… ¡Jovencita! ¡Te has dejado la cesta! —gritó Wei Wuxian—. ¡Oye, Manzanita! ¡Vuelve aquí! ¡¿Qué haces persiguiéndola?! ¡Manzanitaaa!

Al no haber logrado detener a la muchacha ni al burro, Wei Wuxian bajó la cesta y se giró hacia Lan Wangji.

—Lan Zhan, la has espantado.

Si Lan Wangji no hubiera querido que se oyeran sus pasos, ninguno de los dos los habría percibido.

Mientras se reía con júbilo, Wei Wuxian le tendió una zanahoria.

—¿Quieres comer? Tú alimentarás a los conejos y yo te daré de comer a ti.

Hubo un breve silencio.

—Ponte de pie —le ordenó Lan Wangji mirándolo desde arriba.

Wei Wuxian arrojó la zanahoria hacia atrás y le tendió la mano con pereza.

—Levántame.

Tras otra pausa, Lan Wangji tendió el brazo para ayudarlo, pero, para su sorpresa, Wei Wuxian tiró de él con fuerza hacia abajo.

Al ver que habían invadido su territorio, los conejos empezaron a correr sin rumbo alrededor de los dos intrusos. Parecía que se estaban enfrentando a un enemigo formidable. Como si estuvieran preocupados porque su dueño

se hubiera desplomado de repente, los pocos que estaban familiarizados con Lan Wangji se levantaron sobre sus patas traseras y se abalanzaron sobre él.

Lan Wangji los apartó con delicadeza y dijo con calma:

—Según la séptima regla del muro de la disciplina de Nubes Recónditas, está prohibido molestar a las cultivadoras.

—Me dijiste que no pasaría nada si rompía las reglas.

—No dije eso.

—¿Por qué eres así? Que no completaras la frase no significa que no lo expresaras. ¿Dónde ha quedado el Hanguang-jun que siempre cumplía su palabra?

—En «todos los días».

Wei Wuxian le acarició el rostro y preguntó en tono compasivo:

—¿Te ha regañado tu tío? Venga, dímelo con confianza. Deja que te consuele.

Si bien el cambio de tema fue repentino y deliberado, Lan Wangji no se quejó.

—No.

—¡¿En serio?! ¿Y qué te ha dicho entonces?

Tan tranquilo como siempre, Lan Wangji lo abrazó.

—Nada relevante. Como no siempre se da la oportunidad de reunir a todo el clan, mañana habrá un banquete familiar.

Wei Wuxian sonrió con gran entusiasmo.

—¿Un banquete familiar? ¡Geniaaal! Te prometo que me portaré bien. No te voy a avergonzar. —Al acordarse de Lan Xichen, preguntó—: ¿Qué hay de tu hermano?

Después de un momento de silencio, Lan Wangji respondió:

—Iré a verlo más tarde.

Como Zewu-jun había estado en reclusión, seguro que tendrían una larga charla. Wei Wuxian estrechó a Lan Wangji entre los brazos y le dio unas suaves palmaditas en la espalda. Al cabo de un rato hizo otra pregunta:

—Por cierto, ¿por qué esta vez no hemos visto a Lan Sizhui y los demás?

Por lo general, los discípulos se habrían agolpado en la entrada de la montaña para recibirlos y los habrían rodeado mientras parloteaban.

Ante la mención de los jóvenes, las cejas de Lan Wangji se relajaron.

—Te llevaré con ellos.

Cuando condujo a Wei Wuxian hasta donde se encontraban Lan Sizhui, Lan Jingyi y los demás discípulos, estos solo chillaron un par de veces de alegría. No era que no tuvieran ganas de mostrar su entusiasmo, sino que no podían hacerlo.

Puestos en una fila recta y uniforme bajo los aleros del pórtico, había una docena de adolescentes haciendo el pino. Todos se habían quitado sus túnicas exteriores, por lo que solo vestían prendas interiores tan blancas como la nieve. Estaban boca abajo con los pies en alto. Frente a cada uno de ellos, había varias hojas blancas y un tintero cuadrado. Sosteniéndose con la mano izquierda y con un pincel en la derecha, iban trazando densos y oscuros caracteres sobre los papeles. Todos sudaban profusamente y mordían la punta de sus respectivas cintas porque no podían dejarlas caer al suelo, lo que significaba que tampoco podían hablar. Aquellos «chillidos de alegría» que habían emitido al principio no eran más que gritos ahogados, ya que solo podían mostrar su emoción en los ojos.

Al verlos temblando y agitándose, Wei Wuxian preguntó:

—¿Por qué tienen que estar boca abajo?

—Es un castigo —explicó Lan Wangji.

—Lo sé. Puedo ver que están transcribiendo las reglas del clan Lan. Hasta yo puedo recitar «Principios de etiqueta», pero lo que quiero saber es por qué los han castigado.

—No regresaron a Nubes Recónditas en el período estipulado.

—Ah.

—Fueron de cacería nocturna con el general fantasma.

—¡Vaya! ¡Qué valientes sois! —los elogió Wei Wuxian.

—Es la tercera infracción —detalló Lan Wangji.

«Con razón Lan Qiren les ha puesto semejante castigo», pensó Wei Wuxian mientras se frotaba la barbilla. «Es más, conociéndolo, ha sido bastante flexible al pedirles solo que transcriban las reglas mientras hacen el pino».

Entonces se agachó frente a Lan Sizhui.

—Oye, ¿me lo estoy imaginando o tu pila de hojas es más gruesa?

—No… —dijo Lan Sizhui.

—Es que él era el cabecilla —reveló Lan Wangji.

Wei Wuxian quiso darle unas palmaditas al joven, pero no sabía cómo hacerlo. Después de analizarlo un momento, le palmeó el hombro desde abajo y dijo muy convencido:

—Ya lo suponía.

Lan Wangji caminó un par de veces frente al grupo de adolescentes para inspeccionar su trabajo. Al terminar, se dirigió a Lan Jingyi:

—Tu caligrafía no es fluida.

Sin dejar de sostener su cinta con la boca, el muchacho contestó con lágrimas en los ojos:

—Entendido, Hanguang-jun. Voy a transcribirlo de nuevo.

Los demás jóvenes se sintieron aliviados. Como Lan Wangji no los había nombrado, eso quería decir que les había dado el visto bueno.

Mientras la pareja se retiraba por el largo pasillo, Wei Wuxian recordó todas las veces que lo habían castigado con transcribir las reglas. Como sabía lo miserables que podían ser esos momentos, se compadeció de los discípulos.

—Es bastante difícil mantenerse en esa posición. Si, además de exigirme que me ponga boca abajo, me piden que escriba, no podré hacerlo. Ni

siquiera puedo transcribir bien sentado.

—De hecho, es cierto —recalcó Lan Wangji mientras lo miraba.

Wei Wuxian supo que él también se acordaba de aquellos tiempos. Cada vez que recibía un castigo, Lan Wangji lo vigilaba de cerca.

—¿También tuviste que pasar por esto cuando te castigaban de niño?

—Nunca me ocurrió.

Ahora que lo pensaba, no era de extrañar. A fin de cuentas, siempre había sido el modelo de los discípulos de los clanes ilustres del mundo cultivacional. Cada palabra que pronunciaba y cada paso que daba eran tan rectos y precisos que parecía que los medía con una regla. Era imposible que hubiera cometido algún error y, sin infracciones, no hay castigos.

—Pensaba que fue así como obtuviste la monstruosa fuerza de tus brazos —comentó Wei Wuxian entre risas divertidas.

—Aunque no lo hacía porque me castigaran, fue así como entrené los brazos.

—¿Por qué te ponías a hacer el pino? —preguntó Wei Wuxian con curiosidad.

—Para serenar la mente —contestó Lan Wangji sin dejar de mirarlo a los ojos.

Wei Wuxian se le acercó al oído e inquirió en un tono sugerente:

—¿Y se puede saber qué era lo que inquietaba tanto al frío y rígido Hanguang-jun?

Lan Wangji le echó un vistazo y no dijo nada.

Wei Wuxian se sintió bastante complacido con su reacción.

—Según tú, así es como has estado entrenando los brazos desde pequeño, ¿no? ¿Eso quiere decir que eres capaz de hacer cualquier cosa boca abajo?

—Hm —pronunció Lan Wangji a modo de afirmación.

Al verlo con la cabeza gacha como si respondiera con timidez, Wei Wuxian se quedó todavía más boquiabierto.

—¿Incluso follarme?

—Podríamos intentarlo.

—Ja, ja, ja, ja, ja… Un momento… ¿Qué has dicho?

—Intentémoslo esta noche.

Wei Wuxian se quedó sin palabras.

Aunque eso fue lo que dijo, no tuvieron la oportunidad de hacerlo esa misma noche, ya que Lan Wangji fue primero a ver a Lan Xichen. Como su hermano había estado en reclusión durante mucho tiempo, tuvieron una larga conversación.

Recientemente Wei Wuxian había adoptado un extraño hábito: le encantaba dormir muy pegado a Lan Wangji, ya fuera tumbado encima de él o acurrucado en su pecho. Fuera como fuese, no lograba conciliar el sueño si no tenía a ese gran hombre cerca.

Aburrido y sin poder dormir, Wei Wuxian se dispuso a hurgar en los cajones y los armarios de la habitación del silencio. Fue así como encontró un montón de cosas.

Lan Wangji acostumbraba a hacer todo con suma rectitud desde que era niño, así que la caligrafía que había practicado, las pinturas que había dibujado y los manuscritos que había redactado estaban ordenados y clasificados por años. Fue eso lo que le facilitó a Wei Wuxian revisar incluso las primeras caligrafías de su vida. A medida que ojeaba con gran interés y atención, se iba riendo, aunque se retorcía cada vez que veía las observaciones que Lan Qiren le había dejado con tinta bermellón. Aun así, después de pasar miles de hojas, solo vio que había escrito mal un carácter que luego Lan Wangji había repetido cien veces en la parte posterior de otra hoja.

Wei Wuxian expresó su perplejidad:

—Pobrecillo. Seguro que lo repitió tantas veces que ya no pudo

reconocerlo después.

Justo cuando quiso continuar revisando los viejos y amarillentos papeles, una tenue luz se encendió en medio de la oscura noche fuera de la habitación del silencio.

Pese a que no escuchó ningún paso, Wei Wuxian rodó con una impresionante destreza y velocidad sobre la cama y tiró de la manta para cubrirse de los pies a la cabeza. Tan pronto como Lan Wangji abrió la puerta con un suave empujón, vio lo que parecía ser un hombre descansando plácidamente. Si ya de por sí sus movimientos eran silenciosos y ligeros, cuando vio a Wei Wuxian «durmiendo», serenó aún más su respiración y cerró despacio la puerta. Tras un momento de silencio, por fin se acercó a la cama. Sin embargo, una manta cayó sobre su cabeza y le cubrió la parte superior del cuerpo.

Lan Wangji no dijo nada.

Wei Wuxian se levantó de un salto, lo abrazó y lo empujó a la cama.

—¡Esto es una violación!

Lan Wangji continuó sin decir nada.

Sin pudor alguno, Wei Wuxian comenzó a manosearle todo el cuerpo. Sin embargo, Lan Wangji seguía tan inmóvil como un muerto y se limitaba a dejar que le hiciera lo que quisiera.

Como no reaccionaba, Wei Wuxian perdió el interés al cabo de un rato.

—Hanguang-jun, ¿por qué no te resistes ni aunque sea un poquitín? ¿Qué tendría de divertido «violarte» si no te mueves?

La voz amortiguada de Lan Wangji salió de la manta:

—¿Qué quieres que haga?

—Si te cojo, empújame para que no te someta —lo instruyó Wei Wuxian en tono serio—. Junta las piernas y forcejea mientras gritas y pides ayuda a pleno pulmón…

—No está permitido hacer ruido en Nubes Recónditas.

—Entonces, pide ayuda en voz baja… Ah, y, cuando te arranque la ropa,

haz todo lo posible por resistirte y forcejear. Trata de proteger tu pecho para evitar que te rasgue las prendas.

Hubo un silencio debajo de la manta.

Un rato después Lan Wangji por fin contestó:

—Suena difícil.

—¡¿En serio?!

—Hm.

—Bueno, en ese caso, invirtamos los papeles. ¿Qué tal si tú me violas a mí…?

Antes de que terminara de hablar, hubo un brusco movimiento y la manta salió volando. En un abrir y cerrar de ojos, Lan Wangji estaba encima de él, inmovilizándolo contra la cama.

Si bien siempre se ataba la cinta del pelo y de la frente con bastante meticulosidad, ahora estaban un tanto torcidas porque Wei Wuxian le había tapado la cabeza y había estado debajo de la manta unos instantes. Su oscura cabellera estaba despeinada y le caían mechones sueltos. Sus mejillas, que eran tan pálidas como el jade, se tiñeron de un ligero y difuso rubor. Bajo la tenue luz de la habitación, parecía una belleza tímida y delicada, lo que contrastaba enormemente con la fuerza de sus brazos, que eran como unos aros de acero refinado. Sujetaba con tal vigor a Wei Wuxian que este suplicó clemencia:

—Hanguang-jun… Oh, noble Hanguang-jun, ten piedad, por favor.

Aunque los ojos de Lan Wangji no se movieron, su mirada destelló de una forma casi imperceptible.

—Vale —dijo con el rostro inexpresivo.

—¿Vale qué? ¿Vas a hacer el pino? ¿Me vas a violar? —inquirió Wei Wuxian—. ¡Eh! ¡Mi ropa!

—Que conste que lo has propuesto tú.

Mientras hablaba, encajó su cuerpo entre las piernas de Wei Wuxian y se apretó contra él un momento. No obstante, por más que este esperó, no

hubo más movimiento por parte de Lan Wangji.

—¡¿Qué pasa?!

—¿Por qué no te resistes? —preguntó Lan Wangji mientras alzaba un poco su cuerpo.

Entre risas descaradas, Wei Wuxian le rodeó la cintura con las piernas y se frotó contra él para evitar que se alejara.

—Ay, qué se le va a hacer. Tan pronto como te has apretado contra mí, se me han abierto las piernas. Ni siquiera he podido cerrarlas de nuevo, ¿de dónde piensas que voy a sacar fuerzas para resistirme? Si es difícil para ti, para mí también… Espera, detente. Ven, deja que te muestre algo primero. —Tras retirar una hoja que había guardado en su túnica, añadió—: Dime, Lan Zhan, ¿cómo es que te equivocaste al escribir un carácter tan simple, eh? No estabas concentrado en tus estudios, ¿verdad? ¿Dónde tenías la cabeza?

Lan Wangji le echó un vistazo a la hoja. Si bien no lo expresó con palabras, su mirada lo decía todo: Wei Wuxian era el rey de las erratas y los olvidos. Sus transcripciones no solo eran caóticas, sino que también se comía palabras cada vez que tenía la oportunidad. ¡¿Cómo podía tener el descaro de reprocharle que hubiera escrito mal un carácter?!

Fingiendo no entender su expresión, Wei Wuxian continuó:

—Mira la fecha de la hoja… A ver, déjame hacer cálculos… Tenías alrededor de quince o dieciséis años, ¿no? ¿Cómo pudiste cometer semejante error a esa edad? Tú…

Tras analizar en detalle la fecha que estaba escrita en el papel, Wei Wuxian cayó en la cuenta de que coincidía con los tres meses que había estado estudiando en Nubes Recónditas. Alegrándose ante tal descubrimiento, dijo a propósito:

—¿Es posible que el segundo joven señor Lan no pudiera concentrarse en sus estudios porque no podía sacarme de su cabeza?

En aquel entonces, cuando lo castigaban con transcribir textos en el

pabellón de la biblioteca, se pasaba todo el tiempo armando alboroto frente a Lan Wangji: se tumbaba para hacerse el muerto y lo fastidiaba de todas las formas posibles. Lo hostigaba de tal forma que le habría resultado imposible no pensar en Wei Wuxian; sin embargo, aquellos «pensamientos» tenían unos matices muy diferentes a los que se imaginaba. Resultaba increíble que, en tales circunstancias, Lan Wangji hubiera persistido hasta el final. Mientras supervisaba que transcribiera correctamente las reglas de su clan, iba haciendo sus propias labores. A pesar de todo, solo había cometido una única errata, lo que era bastante admirable.

—Oye, ¿cómo es que otra vez es responsabilidad mía? —se quejó Wei Wuxian—. Me estás culpando de nuevo.

Tras un momento de silencio, Lan Wangji masculló:

—¡Es cierto que es culpa tuya!

Su respiración se agitó un instante e hizo ademán de arrebatarle la hoja de papel que consideraba una mancha en su vida.

Como a Wei Wuxian le encantaba ponerlo nervioso, se metió el papel en el pecho, escondiéndolo entre su piel y sus prendas.

—Ven a por él si puedes.

Lan Wangji introdujo la mano sin dudarlo y no la volvió a sacar.

—¡Uy, has podido! —exclamó Wei Wuxian.

Los dos estuvieron tonteando, jugueteando y haciendo el amor durante la mayor parte de la noche. No fue hasta la segunda mitad cuando por fin lograron tener una conversación seria.

Wei Wuxian seguía tumbado sobre el cuerpo de Lan Wangji. Como tenía el rostro enterrado en la curvatura de su cuello, sentía que su aroma a sándalo era muchísimo más fragante. Y, ahora que se había relajado, entrecerró los ojos.

—¿Cómo está tu hermano?

Con los brazos alrededor de la desnuda espalda de Wei Wuxian, Lan Wangji comenzó a acariciarlo. Hubo un breve silencio antes de que la

respuesta llegara:

—No muy bien.

Ambos estaban empapados de sudor. Gracias a las incesantes caricias de Lan Wangji, Wei Wuxian sintió cosquilleos desde la piel hasta el fondo del corazón. Ante la ligera sensación de incomodidad, se retorció un poco, haciendo que Lan Wangji se adentrara más en él.

—Durante mis años de reclusión, era mi hermano quien me visitaba y entablaba charlas sinceras conmigo —susurró Lan Wangji.

Ahora era al revés.

A Wei Wuxian no le hacía falta preguntar qué había hecho durante los años que había estado recluido.

Tras depositar un beso en el suave y pálido lóbulo de la oreja de Lan Wangji, tiró de la manta que estaba junto a ellos para cubrirlos a los dos.

A la mañana siguiente Lan Wangji se despertó a la hora del conejo, como de costumbre.

En los meses que había estado viviendo con Wei Wuxian, se había empeñado en corregir su horario y su rutina diaria, pero todos los intentos habían sido en vano.

Una vez que los discípulos les trajeron agua tibia para el baño, Lan Wangji, que se había vestido muy temprano, sacó al desnudo Wei Wuxian de la cama y lo llevó a la bañera. Era sorprendente cómo era capaz de seguir durmiendo mientras se sumergía en el agua. En el momento en que Lan Wangji lo sacudió ligeramente, él le cogió la mano y le dio varios besos tanto en la palma como en el dorso. Al final, se la acercó a la cara y frotó la mejilla contra ella antes de seguir durmiendo. Cuando los zarandeos se volvieron molestos, Wei Wuxian gruñó un par de veces sin abrir los ojos, tiró de Lan Wangji, lo agarró de las mejillas y le dio unos cuantos besos.

—Sé un buen chico y pórtate bien. No insistas, ¿vale? —murmuró adormilado—. Por favor te lo pido. En un momento me levanto… Mmn…

Dicho aquello, bostezó y, apoyado en el borde de la bañera, continuó durmiendo.

Aunque sabía que, incluso si la casa se incendiara, lo más probable era que Wei Wuxian solo buscara otro sitio para seguir durmiendo, Lan Wangji insistía en despertarlo todas las mañanas a la hora del conejo. Sin falta, él lo «picoteaba» con unos sesenta besos y Lan Wangji se limitaba a recibirlos sin que le cambiara la cara.

Después de llevar el desayuno a la habitación del silencio, Lan Wangji lo colocó sobre el escritorio donde antes solo ponía pinceles, hojas de papel y tinteros. Como Wei Wuxian seguía dormido dentro de la bañera, Lan Wangji lo sacó, lo ayudó a limpiarse, lo secó, lo vistió y le ató el cinturón. Solo entonces sacó un libro de su estantería y lo abrió justo por donde estaba la flor seca que usaba como marcapáginas. Luego se sentó y se dispuso a leer con calma.

Como era de esperar, Wei Wuxian se despertó puntualmente al final de la hora de la serpiente y se sentó sobre la cama. Como si estuviera sonámbulo, se puso de pie y buscó a tientas a Lan Wangji. Cuando por fin lo palpó, lo acercó a él y lo envolvió entre los brazos para frotarse un par de veces contra él. Por último, le apretó los muslos por pura costumbre. Solo después de lavarse la cara, se espabiló un poco y se acercó al escritorio.

Wei Wuxian se terminó una manzana con tan solo unos mordiscos. Al ver lo llena que estaba la cesta de comida, las comisuras de sus labios se crisparon.

—¿No habías dicho que celebraríais un banquete familiar hoy? ¿No hay problema con que coma tanto ahora?

Con suma tranquilidad, Lan Wangji se recolocó las cintas del pelo y de la frente que Wei Wuxian acababa de desordenar.

—Procura llenar el estómago ahora.

Wei Wuxian había probado la comida de Nubes Recónditas en el pasado, por lo que sabía que era insípida y ligera. Los platos vegetarianos reinaban; se mirara por donde se mirara, abundaba el verde. Había cortezas de árboles, raíces de plantas e innumerables variedades de hierbas. Cada plato tenía un abrumador sabor amargo que se entremezclaba con un extraño toque de dulzura. Si no fuera por ello, en aquel entonces no habría tenido la idea de asar los dos conejos para comérselos. En la mayoría de los banquetes del clan Lan, la comida no solo no llenaba, sino que tampoco sabía bien.

Wei Wuxian era consciente de que el clan Lan de Gusu les otorgaba gran importancia a esos eventos. Que lo dejaran asistir o no al banquete familiar equivalía a que lo reconocieran o no como la pareja cultivacional de Lan Wangji.

Seguro que había tenido que insistirle a Lan Qiren muchísimo tiempo para obtener su aprobación.

Wei Wuxian soltó un suspiro y aseguró con una sonrisa:

—No te preocupes. Me portaré bien y no te avergonzaré.

Si bien lo llamaban «banquete familiar», los que se organizaban en Nubes Recónditas distaban muchísimo del concepto que Wei Wuxian tenía.

Los banquetes familiares del clan Jiang de Yunmeng se celebraban al aire libre en el campo de entrenamiento de Muelle de Loto, donde se colocaban una docena de enormes mesas cuadradas. Hombres y mujeres de todas las edades se sentaban juntos sin ningún orden. Todos dejaban de lado las formalidades y se llamaban los unos a los otros con los apelativos que desearan, independientemente de su título o su posición jerárquica. También se solía trasladar la cocina al exterior. Se exhibía una hilera de ollas que ardían en sus respectivos hornillos y el delicioso aroma de la comida flotaba en el aire. Cada cual se acercaba para coger lo que le apetecía comer y, si no había suficientes platos, se preparaban más al instante.

Aunque Wei Wuxian jamás había asistido a ningún banquete familiar del

clan Jin de Lanling, siempre se encargaban de difundir los detalles y alardear de lo extravagantes que eran. Invitaban a espadachines de renombre para que hicieran danzas con espadas, tenían árboles de coral por todas partes y estanques de jade llenos de licor y alfombraban quinientos mil metros del suelo con brocado rojo. Era asombroso.

En contraste, el banquete familiar de Nubes Recónditas no era tan animado ni tan excéntrico.

A lo largo de la historia, la educación del clan Lan de Gusu había sido terriblemente estricta. No se podía hablar mientras se comía o se descansaba. Incluso si el banquete todavía no había comenzado, los asistentes no pronunciaban ni una palabra. A excepción de aquellos que acababan de entrar en la sala y saludaban a los superiores en voz baja, casi nadie hablaba, y mucho menos hacían chistes o reían. Todos tenían las mismas túnicas blancas, la misma cinta con bordados de nubes rodantes, la misma expresión solemne y hasta la misma rigidez. Era como si los hubieran esculpido con el mismo molde.

Mientras contemplaba la sala repleta de personas vestidas de lo que a él le parecía «ropa de luto», Wei Wuxian fingió no percatarse de las miradas sorprendidas y poco amables de los invitados.

«¿A esto se lo puede considerar un banquete familiar?», se preguntó. «¡Es más lúgubre que un funeral!».

Justo en ese instante Lan Xichen y Lan Qiren entraron juntos en la sala de banquetes. Lan Wangji, que se había sentado junto a Wei Wuxian en silencio, se movió un poco.

Como Lan Qiren se ponía enfermo cada vez que veía a Wei Wuxian, optó por desviar la vista y mirar al frente. Por su parte, Lan Xichen se mostró tan cálido como siempre, y la leve sonrisa que esbozó era tan fresca como la brisa primaveral. No obstante, a Wei Wuxian le pareció que Zewu-jun había adelgazado bastante, quizá debido a su reclusión.

Después de que el líder del clan se sentara, Lan Xichen pronunció unas

palabras de cortesía y dio comienzo el banquete.

El primer plato que se sirvió fue una sopa.

En el clan Lan de Gusu acostumbraban a tomar caldos antes de la comida.

La habían servido en un sencillo tazón redondo de cerámica negra que cabía en la palma de la mano y era suave al tacto. Tal y como había imaginado Wei Wuxian, cuando quitó la diminuta tapa de cerámica, vio un montón de ingredientes verdes y amarillos: eran hojas de verduras, cortezas de árboles y raíces.

Con tan solo echar el primer vistazo, sus cejas se crisparon. Por más que se había preparado mentalmente, no pudo evitar cerrar los ojos y sujetarse la frente tras probar la primera cucharada.

Después de un rato logró recuperarse del enorme golpe que había sufrido su paladar. A duras penas podía mantener el equilibrio con los codos.

«Si el ancestro del clan Lan era un monje, seguro que era un asceta…», pensó.

Echaba de menos el caldero lleno de sopa de raíz de loto y costillas de cerdo que ponían en el campo de entrenamiento durante los banquetes familiares que se organizaban en Muelle de Loto. El aroma de la carne y las raíces de loto era tan fuerte que se extendía a lo largo de cinco mil metros, provocando que los niños de los alrededores se subieran por el muro para mirar dentro. Todos babeaban gracias al delicioso olor y se iban a casa llorando mientras decían que querían convertirse en discípulos del clan Jiang de Yunmeng. Aun así, en ese momento Wei Wuxian no sabía si compadecerse más de sí mismo, abrumado por aquel sabor agridulce, o de Lan Wangji por haber crecido ingiriendo semejante comida.

Sin embargo, tras ver como los demás miembros del clan Lan se terminaban la sopa medicinal sin cambiar de expresión, con unos movimientos tan elegantes y naturales como de costumbre, Wei Wuxian se sintió demasiado avergonzado por dejarse la mayor parte. Además, recordó que, entre las cuatro mil o, mejor dicho, las tropecientas reglas del clan Lan

que había ahora, existían normas para comer, como no ser quisquilloso, no dejar sobras y no consumir más de tres tazones de arroz. Si bien pensaba que eran inconcebibles, no quería volver a ganarse el desprecio de Lan Qiren tan pronto. No obstante, para su sorpresa, justo cuando estaba a punto de hacerse el valiente y tomarse toda la extraña sopa medicinal de un trago, se percató de que su cuenco estaba vacío.

Wei Wuxian se quedó confundido. Sin poder evitarlo, levantó el delicado recipiente de cerámica negra y pensó: «Estoy segurísimo de que solo me he tomado un sorbo. ¿Acaso tiene un agujero por debajo y se ha escurrido toda la sopa?».

Aun así, la mesa estaba limpia y reluciente. No había ni una sola gota de caldo.

Wei Wuxian miró de reojo a Lan Wangji. Daba la casualidad de que se estaba terminando el último sorbo de su sopa medicinal como si nada. Puso la tapa de cerámica sobre el tazón y, bajando la mirada, se limpió la comisura de los labios con un pañuelo tan blanco como la nieve.

Lo raro era que Wei Wuxian recordaba claramente que se había acabado la sopa hacía muchísimo tiempo. También se percató de que, en comparación con el inicio del banquete familiar, la mesita de Lan Wangji parecía estar más cerca de la suya, como si la hubiera movido con sigilo en algún momento.

Más perplejo todavía, arqueó una ceja y le hizo un gesto con disimulo a Lan Wangji.

—Hanguang-jun, qué veloz eres, ¿eh?

Lan Wangji bajó el pañuelo cuadrado y le echó un fugaz vistazo antes de volver a mirar hacia el frente.

Cuanto más serio se ponía, menos lograba Wei Wuxian contener su ardiente deseo de hacer travesuras. Con los dedos, le dio unos suaves golpecitos al tazón de cerámica negra que sostenía, provocando un sutil tintineo que solo ellos dos oyeron. Al escuchar el nítido sonido, los ojos de

Lan Wangji se desplazaron unos cuantos centímetros de forma imperceptible.

Wei Wuxian sabía que, sin importar cuán disimulada y recta pareciera su mirada, vería cada uno de sus movimientos por el rabillo del ojo. Por tanto, alzó el pequeño tazón como si fuera a ingerir su contenido, lo giró un par de veces sobre la mano izquierda, se detuvo de manera intencionada en la parte por donde Lan Wangji acababa de sorber y posó los labios en el borde.

Obtuvo la reacción que esperaba: aunque las manos de Lan Wangji descansaban con rigidez sobre su regazo y parecía que su postura no había sufrido ningún cambio, los dedos que estaban tranquilamente bajo sus blancas mangas se habían curvado con ligereza. Al notarlo, su corazón se puso tan eufórico que por un momento se olvidó de la tensión que sentía por el banquete familiar. De manera inconsciente y como si fuera lo más natural del mundo, fue inclinándose hacia Lan Wangji; sin embargo, antes de que redujera por completo la distancia, escuchó la tos profunda y severa de Lan Qiren. De inmediato, Wei Wuxian corrigió su postura y volvió a sentarse erguido.

Tras terminar la sopa y esperar unos instantes en silencio, comenzaron a distribuir oficialmente los platos principales. Se sirvieron por cada mesa tres guarniciones en platos pequeños que solo consistían en alimentos con tonos verdes y blancos. Era igual a cuando Wei Wuxian estudiaba en Nubes Recónditas. Después de tantos años nada había cambiado, excepto que el sabor amargo se había intensificado.

En parte debido a su lugar de origen y en parte por su naturaleza, a Wei Wuxian le encantaban los sabores fuertes y picantes, y no podía vivir sin comer carne. Por eso los sencillos platos que tenía enfrente no le resultaban nada apetecibles. Además, tan solo dio dos o tres bocados para acabárselo todo, así que ni siquiera supo qué estaba comiendo.

De vez en cuando Lan Qiren lo recorría con la mirada y lo observaba con fiereza, como si estuviera preparado para gritar su nombre en cualquier

momento y decirle que se largara, tal y como hacía cuando Wei Wuxian asistía a sus clases. No obstante, para su sorpresa, el joven se mostró inusualmente disciplinado y tranquilo, por lo que no le quedó más remedio que darse por vencido.

Cuando terminaron la insípida comida, los sirvientes retiraron los platos y las mesitas. Como de costumbre, Lan Xichen empezó a resumir las últimas actividades del clan. Sin embargo, tras escuchar solo unas frases, Wei Wuxian se percató de que Zewu-jun estaba bastante distraído; hasta recordó mal la ubicación de dos cacerías nocturnas y ni siquiera se dio cuenta de que se había equivocado cuando terminó el discurso. Aquello provocó que Lan Qiren lo mirara de reojo y resoplara de frustración, haciendo que su barba de chivo revoloteara un par de veces. Después de escuchar a su sobrino mayor durante un rato, no pudo evitar interrumpirlo.

Fue así como el banquete familiar culminó de repente y sin ningún percance.

El evento había tenido un comienzo aburrido, un desarrollo aburrido y un final aburrido. Wei Wuxian se vio obligado a aguantar sin diversiones durante casi dos horas. No hubo comida sabrosa ni canciones ni bailes que lo ayudaran a entretenerse. Se sentía tan asfixiado que era como si hubiera tenido pulgas durante medio año. Y, por si fuera poco, después de que el banquete finalizara, Lan Qiren llamó a Lan Xichen y a Lan Wangji, enfurruñado, como si estuviera a punto de regañarlos. Parecía que iba a sermonearlos a los dos al mismo tiempo. Ahora que no tenía a nadie con quien divertirse y pasar el rato, Wei Wuxian se dispuso a pasear por los alrededores. Tras deambular un rato, vio a varios discípulos caminando de dos en dos y de tres en tres. Quiso saludarlos y convencerlos de que pasaran tiempo con él, pero, para su sorpresa, en cuanto lo vieron, los semblantes de Lan Sizhui, Lan Jingyi y el resto de los jóvenes cambiaron drásticamente, se dieron la vuelta y se marcharon a toda prisa.

Wei Wuxian comprendió la razón de su comportamiento, así que optó por

adentrarse en un bosque relativamente aislado. Tras esperar un rato, los mismos adolescentes llegaron con pasos sigilosos.

—No es que te hayamos ignorado a propósito —se disculpó Lan Jingyi —, es solo que el señor nos ha advertido que castigaría con transcribir las reglas del clan Lan de principio a fin a cualquiera que hablara contigo…

«Señor» era el honorífico con el que todos los discípulos del clan Lan de Gusu, ya fueran directos o indirectos, llamaban de forma respetuosa a Lan Qiren. Cada vez que uno de ellos pronunciaba aquella palabra, se refería únicamente a él.

—No os preocupéis, ya lo suponía. No es la primera vez que os intenta proteger de los incendios, los robos y Wei Ying, pero ¿habéis visto que haya tenido éxito alguna vez? —contestó Wei Wuxian en tono presumido—. Lo más probable es que sienta que un cerdo ha desenterrado la enorme col que había sembrado en su casa, así que es normal que esté más enfurruñado de lo habitual. Ja, ja, ja, ja…

Lan Jingyi no supo qué decir, y Lan Sizhui se rio por mera educación.

—Ja, ja, ja.

Cuando Wei Wuxian terminó de reírse, habló de nuevo:

—Por cierto, me he enterado de que os castigaron por ir de cacería nocturna con Wen Ning. —Entonces se volvió hacia Lan Sizhui para preguntarle—: ¿Cómo le va?

—Seguro que se ha escondido en algún rincón de la montaña y está esperando a que lo busquemos la próxima vez que salgamos de cacería nocturna —contestó el muchacho. Después de reflexionar un momento, añadió con tristeza—: Sin embargo, cuando nos separamos, el líder Jiang parecía muy enfadado. Espero que no le haya causado problemas.

—¿Eh? ¿Jiang Cheng? —inquirió Wei Wuxian, confundido—. ¿Cómo es que os topasteis con él mientras estabais de cacería nocturna?

—Es que invitamos al joven señor Jin la última vez —explicó Lan Sizhui —. Por eso…

Wei Wuxian lo comprendió al instante.

No era difícil imaginar lo que había ocurrido. Era imposible que Wen Ning se quedara de brazos cruzados al ver que Lan Sizhui y el resto de los jóvenes iban de cacería nocturna, así que lo más probable era que los hubiera seguido para ayudarlos y protegerlos de cualquier peligro. Jiang Cheng también debía de estar siguiendo a Jin Ling en secreto, temeroso de que volviera a ocurrirle algo. Como resultado, ambos se habían topado cuando habían entrado en acción en el momento más crítico.

Después de hacer algunas indagaciones, Wei Wuxian comprobó que, en efecto, eso era lo que había sucedido. Sin saber si reír o llorar, hizo una pausa antes de continuar con las preguntas:

—¿Cómo les está yendo al líder Jiang y a Jin Ling?

Tras la muerte de Jin Guangyao, el heredero más directo del clan Jin de Lanling era, sin duda, Jin Ling. No obstante, había muchos parientes lejanos que se mantenían al margen y vigilaban todo desde la distancia. Como si fueran tigres acechando a su presa, estaban preparados para atacar ante la primera oportunidad. En el exterior, el clan Jin de Lanling era objeto del escarnio y el desprecio de otros clanes cultivacionales y, en el interior, era un nido de artimañas ocultas y malintencionadas. Jin Ling solo era un adolescente, ¿cómo se podía esperar que mantuviera todo bajo control? En última instancia, Jiang Cheng había subido a la torre de la Carpa Dorada y había dado una vuelta con Zidian en la mano. Solo así habían logrado que el muchacho se alzara temporalmente como el líder del clan. Y en cuanto a los cambios que les deparaba el futuro… eran una incógnita para todos.

—Parece que bastante bien —respondió Lan Jingyi con los labios fruncidos—. El líder Jiang sigue siendo el mismo de siempre: le encanta azotar a la gente con su látigo a lo loco. El carácter de la señorita mimada ha mejorado bastante. Antes, cuando su tío lo regañaba, le replicaba tres veces, pero ahora puede hacerlo hasta diez.

—¡Jingyi! —lo reprendió Lan Sizhui—. ¿Cómo puedes llamarlo de esa

manera a sus espaldas?

—Pero si también lo hago en su cara —argumentó el chico.

Al oír la respuesta, Wei Wuxian se sintió aliviado. Si bien eso no era lo que realmente quería preguntar, ahora que sabía que Jiang Cheng y Jin Ling estaban bien, no había mucho más que decir. Entonces se levantó y se sacudió el dobladillo de su túnica para quitarse la suciedad.

—Vale, eso está muy bien. Espero que sigan así —comentó con sinceridad—. Seguid divirtiéndoos, yo debo irme.

—Nunca haces nada de provecho en Nubes Recónditas, ¡¿de qué tienes que ocuparte?! —le reprochó Lan Jingyi en tono desdeñoso.

—¡De comer col! —exclamó Wei Wuxian sin girar la cabeza.

Como era inusual que se levantara tan temprano, volvió a la habitación del silencio y se cubrió de los pies a la cabeza con la manta para echarse una larga siesta. La consecuencia de tener el horario invertido era que se despertaba durante el ocaso y se perdía la cena. Cuando Wei Wuxian se levantó, no había nada para comer, pero, como tampoco tenía hambre, se dispuso a rebuscar en los cajones y los armarios para seguir revisando las viejas caligrafías y manuscritos de Lan Wangji. No obstante, aunque esperó hasta que anocheció por completo, su enorme col seguía sin aparecer.

Solo entonces se dio cuenta de que tenía el estómago vacío.

Sin embargo, al calcular la hora, se percató de que ya era el toque de queda de Nubes Recónditas. Según las reglas del clan Lan, a aquellos que no tenían actividades previstas no se les permitía deambular fuera por las noches y estaba prohibido atravesar el muro… En el pasado, a Wei Wuxian no le habría importado ninguna clase de prohibición ni restricción. Simplemente habría comido de haber tenido hambre, habría dormido cuando le hubiera entrado sueño, habría bromeado si hubiera estado aburrido y habría huido cuando se hubiera metido en líos. Pero ahora la situación era diferente. Si no acataba las normas, la responsabilidad recaería directamente sobre Lan Wangji. Sin importar cuán hambriento o aburrido

estuviera, no le quedaba otra que exhalar un largo suspiro y seguir aguantando.

Justo en ese instante se oyó un ligero ruido procedente del exterior de la habitación del silencio y la puerta se abrió apenas unos milímetros.

Lan Wangji había vuelto.

Wei Wuxian se tumbó en el suelo y se hizo el muerto.

Por el sonido de sus pasos y sus movimientos, supo que caminaba hasta el escritorio y colocaba algo sobre la superficie. En ningún momento dijo nada.

Si bien el plan de Wei Wuxian era seguir haciéndose el muerto, Lan Wangji pareció abrir la tapa de un recipiente, y un irresistible olor a picante se mezcló con el fresco aroma a sándalo que siempre llenaba la habitación del silencio. Sin poder resistirlo, Wei Wuxian se levantó del suelo de un solo brinco.

—¡Segundo joven señor Lan! ¡Te prometo que, me pidas lo que me pidas, te obedeceré en todo el resto de mi vida!

Sin que le cambiara ni un poquito la expresión, Lan Wangji sacó uno a uno los platos que se encontraban dentro de la caja de comida. Wei Wuxian se deslizó a su lado y vio alrededor de cinco o seis platos tan blancos como la nieve llenos de alimentos de un intenso rojo. Con los ojos ardiendo de emoción, le agradeció alegre:

—¡Qué atento y considerado eres, Hanguang-jun! ¡Hasta me has traído personalmente la comida! A partir de ahora, estaré ahí para todo lo que necesites, tan solo tienes que pedírmelo.

Entonces Lan Wangji sacó un par de palillos de color blanco marfil, los colocó en horizontal sobre el cuenco y le advirtió en voz baja:

—La comida se debe ingerir en silencio.

—También me dices que debemos descansar en silencio —recalcó Wei Wuxian—, pero ¿por qué no me callas por las noches si siempre hablo sin parar y grito con fuerza?

Lan Wangji le lanzó una mirada de reproche, por lo que añadió rendido:

—Vale, vale, ya no hablaré más. A estas alturas de nuestra relación, sigues avergonzándote ante la más mínima cosa, ¡aunque eso es lo que me encanta de ti! ¿Los has traído de aquel restaurante de la aldea Caiyi donde sirven comida típica de Hunan?

Como Lan Wangji no lo confirmó ni lo negó, Wei Wuxian lo tomó como una afirmación silenciosa. Tras sentarse delante del escritorio, continuó:

—Me preguntaba si lo habían cerrado. Solíamos comer allí con frecuencia. Si hubiéramos dependido únicamente de la comida de vuestro clan, no habríamos sobrevivido todos esos meses. Oye, mira, ¡a esto sí se lo puede llamar banquete familiar!

—¿«Solíamos»? —repitió Lan Wangji.

—Ajá, Jiang Cheng y yo —detalló Wei Wuxian—. Aunque a menudo Nie Huaisang y otros chicos también iban con nosotros.

Tras mirar de reojo a Lan Wangji, se rio.

—¿Por qué me miras así? Hanguang-jun, no olvides que en aquel entonces te invité a ir al restaurante conmigo. Por mucho que insistí, te negaste. Cada vez que decía algo, me fulminabas con la mirada y todas tus respuestas comenzaban con la palabra «no». ¡Me rechazaste un montón de veces! Aún no he ajustado cuentas contigo, pero ya estás enfadado otra vez. Ah, hablando de eso…

Wei Wuxian hizo una pausa para ponerse junto a Lan Wangji. Mientras se restregaba contra su cuerpo, continuó diciendo:

—Temía romper las reglas, así que me he contenido y no he salido a escondidas. Como un buen chico, me he quedado en la casa a esperarte. Sin embargo, para mi sorpresa, ¡ha sido Hanguang-jun quien ha incumplido las normas! Te has escabullido para traerme comida… ¡Qué rebelde eres! Si tu tío se entera, le volverá a dar taquicardia.

Lan Wangji bajó la cabeza y le rodeó la cintura con los brazos. Aunque aparentaba serenidad, Wei Wuxian podía sentir sus dedos acariciándole la

cintura, ya fuera de manera intencionada o no. Sus manos estaban tan calientes que el calor se filtró a través de su túnica y llegó a su piel, por lo que percibía su tacto a la perfección.

—Hanguang-jun… —susurró mientras correspondía al abrazo—. Después de tomar la sopa medicinal de vuestro clan, se me ha llenado la boca de un sabor amargo. No puedo comer nada así, ¿qué debería hacer?

—Solo fue un sorbo.

—Sí, es cierto —afirmó Wei Wuxian—, pero quienquiera que preparara la sopa hizo que tuviera un fortísimo regusto. El sabor amargo se ha extendido desde la punta de mi lengua hasta la base de mi garganta. Por favor, dime qué tengo que hacer para aliviarlo.

Tras un momento de silencio, Lan Wangji contestó:

—Hay que neutralizarlo.

—¿Y cómo debería hacerlo? —preguntó Wei Wuxian en tono modesto.

Lan Wangji alzó el rostro.

Un leve toque medicinal llenó los labios y los dientes de ambos, y el sabor amargo propició que el beso fuera particularmente largo.

Cuando por fin se separaron, Wei Wuxian observó en tono suave:

—Hanguang-jun, acabo de recordar que te tomaste dos tazones. Tu boca está más amarga que la mía.

—Hm —respondió Lan Wangji a modo de afirmación.

—Aun así, sabes bastante dulce. Qué extraño, ¿no?

Hubo un breve silencio.

—Come primero —indicó Lan Wangji. Tras una breve pausa, añadió—: Cuando termines, podremos hacer otras cosas.

—Primero quiero comerme la col.

Lan Wangji frunció el entrecejo como si no comprendiera a qué se refería. Por su parte, Wei Wuxian se rio a carcajadas y le rodeó el cuello con los brazos.

Era mil veces mejor celebrar el «banquete familiar» a puerta cerrada.

EXTRA II

El incensario

Wei Wuxian encontró un viejo incensario en la sala de antigüedades del pabellón de tesoros de Nubes Recónditas.

Tenía cuerpo de oso, trompa de elefante, ojos de rinoceronte, cola de buey y patas de tigre. El vientre era donde se quemaba el incienso y despedía humo por la boca.

En ese momento Lan Wangji y Wei Wuxian se encontraban en la habitación del silencio.

—Esta cosa me parece extraña y divertida a la vez. No alberga ninguna intención asesina ni hostil. No creo que sea dañina. Lan Zhan, ¿sabes para qué sirve?

Lan Wangji negó con la cabeza. Wei Wuxian aspiró la fragancia y tampoco halló nada malo en ella. Como ninguno de los dos podía deducir para qué servía el artefacto, lo guardaron con intención de seguir analizándolo más tarde.

No obstante, para su sorpresa, poco después de haberse acostado aquella noche, ambos sintieron un pesado sueño y se durmieron profundamente.

Wei Wuxian no supo cuánto tiempo había pasado. Lo cierto era que, cuando se despertó, se dio cuenta de que Lan Wangji y él ya no se encontraban en la habitación del silencio de Nubes Recónditas, sino en medio de un bosque montañoso.

Se levantó del suelo y preguntó:

—¿Dónde estamos?

—No es el mundo real —contestó Lan Wangji.

—¿Eh? ¿En serio? No puede ser… —Wei Wuxian se sacudió las mangas y, tras comprobar que se sentía bastante real, hizo otra pregunta—: ¿Dónde podríamos estar si no?

Lan Wangji no respondió con palabras. Caminó en silencio hasta la orilla de un arroyo y le hizo señas para que inclinara la cabeza. Wei Wuxian le hizo caso: se acercó, miró el agua y se quedó atónito.

¡El arroyo reflejaba la apariencia que tenía en su vida anterior!

De inmediato alzó la cabeza.

—¿Habrá sido el incensario?

—Me temo que sí —contestó Lan Wangji, asintiendo.

Después de contemplar un largo rato aquel rostro que no había visto en tantos años, Wei Wuxian apartó la mirada y aseguró:

—No pasa nada. Cuando examiné el incensario, no hallé ningún rastro de energía resentida. Tengo la certeza de que no se trata de ningún artefacto maligno. Seguro que un sabio y poderosísimo cultivador lo creó con fines cultivacionales o para entretenerse. Demos una vuelta por aquí y veamos lo que está sucediendo.

Entonces los dos comenzaron a caminar con pasos serenos por aquel bosque montañoso, aunque no sabían si se trataba de una ilusión u otra cosa. Al poco tiempo divisaron una pequeña cabaña a lo lejos.

Tan pronto como Wei Wuxian la vio, dijo con sorpresa:

—¡¿Eh?!

—¿Qué pasa? —preguntó Lan Wangji.

—Esa casita me resulta un tanto familiar —respondió Wei Wuxian al mirarla más de cerca.

Tenía un aspecto muy común, por lo que solo eran sospechas y no estaba seguro de haberla visto antes.

Cronch, cronch .

En ese preciso momento se oyeron unos crujidos en la cabaña.

Los dos intercambiaron una mirada y, sin necesidad de hablar, se acercaron a la vez.

Cuando llegaron a la puerta, miraron a través de ella y se llevaron una gran sorpresa.

Lo que había en el interior superaba con creces lo peor que se habían imaginado al principio. No había villanos siniestros ni prodigios ni monstruos ni cadáveres asesinos. Solo estaba una persona a la que los dos conocían muy bien.

De alguna manera… ¡otro «Lan Wangji» estaba sentado dentro de la casa!

Y era idéntico al que se encontraba junto a Wei Wuxian: tenía el mismo rostro apuesto y la misma estatura. La túnica azul y blanca que vestía no era sofisticada, sino simple; pero le hacía emanar el típico aire trascendental de un hombre noble y reconocido del mundo cultivacional. A un costado se encontraba un telar que parecía impulsado por magia, pues se movía solo y crujía a la par que tejía. «Lan Wangji» estaba sentado cerca de la máquina, leyendo con atención el libro enrollado que sostenía.

Para entonces los dos estaban frente a la puerta y, durante el trayecto,

habían hecho bastante ruido. Aun así, aquel «Lan Wangji» no parecía haberse percatado. En cambio, permanecía inmutable mientras pasaba las páginas del libro con sus largos y pálidos dedos.

Wei Wuxian le echó un vistazo al que estaba a su lado y luego al que se encontraba dentro de la cabaña.

—¡Ah, ya veo! —exclamó al darse cuenta de algo—. ¡Conque es eso!

Lan Wangji arqueó un poco las cejas. Aquel sutil gesto significaba que estaba sorprendido.

—¿Qué?

—Es… ¡estamos en mi sueño! —reveló Wei Wuxian.

Antes de que pudiera terminar de hablar, una esbelta figura negra entró corriendo desde el exterior mientras gritaba de manera melódica:

—¡Mi segundo joven señor, ya estoy de vueltaaa!

Al ver a aquel enérgico «Wei Wuxian» con una brizna de hierba en la boca y una azada y una cesta llena de pescado en las manos, Lan Wangji guardó silencio.

Si era cierto que se encontraban dentro del sueño de Wei Wuxian, era lógico que la gente no pudiera verlos.

Solo entonces el «Lan Wangji» tejedor levantó la cabeza. Al ver a «Wei Wuxian», curvó los labios con ligereza, aunque no tardó en relajar su expresión. Luego se levantó para recibirlo y servirle un vaso de agua.

«Wei Wuxian» escupió la brizna de hierba que tenía en la boca, se sentó en la mesita de madera, tomó el vaso de agua y se la bebió toda de un trago. En cuanto terminó, se dispuso a hablar:

—Hoy hace demasiado sol, casi me muero. Me he rendido y he dejado el trabajo en el campo. Ya me encargaré más tarde.

—Hm —contestó «Lan Wangji» antes de sacar un pañuelo tan blanco como la nieve para entregárselo.

Sin embargo, «Wei Wuxian» se limitó a esbozar una sonrisa juguetona y le acercó la cara. Era bastante obvio que deseaba que lo ayudara a

limpiarse.

Como «Lan Wangji» no tenía ningún inconveniente, lo limpió con suma diligencia y dedicación.

Mientras «Wei Wuxian» disfrutaba de su atención, seguía parloteando:

—He ido a jugar al río y he pescado dos peces. ¡Mi segundo joven señor, prepárame sopa esta noche!

—Hm.

—¿Cómo suelen preparar la carpa cruciana en Gusu? Lan Zhan, ¿sabes cómo cocinar pescado en escabeche? ¡A mí me encanta! Pero, por favor, no lo hagas dulce. Lo probé una vez y me dieron ganas de vomitar.

—Hm. Sé cómo hacerlo.

—Cada vez hace más calor. Para el baño de hoy, no habrá que calentar tanto el agua, así que solo he cortado la mitad de la leña.

—Hm. De acuerdo.

Incrédulo, Lan Wangji miró fijamente a las dos personas que charlaban sobre asuntos del hogar.

—¿Es este tu sueño?

Wei Wuxian se rio tan fuerte que por poco se provocó heridas internas.

—¡Puf! ¡Ja, ja, ja, ja, ja! Em… Sí… No sé por qué, pero hubo un tiempo en el que siempre tenía esta clase de sueños. Soñaba que nos recluíamos en una montaña aislada. Mientras yo salía a cazar y sembrar el campo, tú te quedabas a cuidar la casa, tejer y cocinar para mí… Ah, sí, también me ayudabas con las cuentas del hogar y administrabas el dinero. Hasta me remendabas la ropa por las noches. En todos esos sueños, te pedía que calentaras el agua para que nos bañáramos juntos por la noche; sin embargo, cada vez que estábamos a punto de quitarnos la ropa, me despertaba. Qué lástima… ¡Ja, ja, ja, ja, ja, ja, ja, ja, ja, ja…!

A Wei Wuxian no le parecía nada vergonzoso que Lan Wangji viera semejante sueño. Por el contrario, se sentía eufórico.

Al ver lo feliz que se encontraba, la mirada de Lan Wangji se suavizó y

dijo:

—Vale.

El sueño de Wei Wuxian consistía en cosas triviales, como cocinar, comer, alimentar a las gallinas y cortar leña. Tal y como había mencionado, justo cuando calentaron el agua para bañarse, llegó a un repentino final.

Wei Wuxian y Lan Wangji caminaron unos pasos desde la pequeña cabaña hasta un pabellón elegante y apartado en cuyo exterior había un magnolio que desprendía una fragancia refrescante en medio de la noche.

La ubicación del sueño había cambiado y se encontraban en un lugar que ambos conocían. Se trataba del pabellón de la biblioteca de Nubes Recónditas. De una de las ventanas de madera del segundo piso salía luz y se oían unas voces débiles.

Wei Wuxian alzó la cabeza para mirar y sugirió:

—¿Qué tal si entramos y echamos un vistazo?

Por alguna razón, Lan Wangji hizo un movimiento impropio de él: dejó de avanzar. Como si dudara, se quedó observando pensativo aquella ventana de madera.

Su comportamiento le pareció inusual a Wei Wuxian. Como no hallaba ninguna razón por la que no quisiera entrar, preguntó con curiosidad:

—¿Qué ocurre?

Lan Wangji sacudió ligeramente la cabeza y reflexionó un instante. Justo cuando estaba a punto de abrir la boca para hablar, unas sonoras carcajadas estallaron en el interior del pabellón de la biblioteca.

Tan pronto como Wei Wuxian oyó las risas, se le iluminaron los ojos, entró corriendo en el edificio y subió las escaleras en tan solo tres zancadas.

Lan Wangji no se iba a quedar solo fuera, así que optó por seguirlo. Los dos entraron juntos en la biblioteca iluminada y, como era de esperar, vieron algo muy interesante.

Sobre una estera de color claro, al lado del escritorio donde se castigaba a los discípulos con transcribir textos, Wei Ying, que tenía quince o dieciséis

años, golpeaba la mesa mientras se reía como un desquiciado.

—¡Ja, ja, ja, ja, ja, ja, ja, ja, ja, ja!

En el suelo estaba tirado un álbum erótico. Lan Zhan, que también tenía alrededor de quince o dieciséis años, se había refugiado en la esquina del pabellón de la biblioteca como si no quisiera intoxicarse con un veneno letal. Furioso, le gritaba al otro muchacho:

—¡Wei Ying…!

El adolescente se estaba riendo tan fuerte que por poco se cayó al suelo y rodó bajo el escritorio. Después de hacer un gran esfuerzo, por fin alzó la mano para contestarle:

—¡Presente! ¡Aquí estoy!

Y, al otro lado, el Wei Wuxian real también se estaba retorciendo de la risa mientras tiraba de Lan Wangji, que se encontraba a su lado.

—¡Qué buen sueño! Ay, no puedo más… Lan Zhan, mira cómo eras en aquel entonces… Esa cara tuya… Ja, ja, ja, ja, ja…

Por algún motivo, el gesto de Lan Wangji se iba volviendo cada vez más extraño. Wei Wuxian tiró de él y ambos se sentaron en una estera que se encontraba a un costado. Apoyando una mejilla sobre la mano, sonrió divertido mientras observaba cómo sus versiones más jóvenes discutían, peleaban y reñían entre ellos.

Al otro lado de la biblioteca, el Lan Zhan adolescente ya había desenvainado a Bichen. A toda prisa, Wei Ying tomó a Suibian y la desenfundó unos cuantos centímetros, permitiendo que se viera un tercio de su deslumbrante hoja.

—¡Menuda actitud! ¡Segundo joven señor Lan, cuida tus modales! —advirtió el joven Wei Ying—. Hoy he traído mi espada. ¡¿No tienes miedo de lo que le vaya a suceder a la biblioteca de vuestro clan si peleamos aquí?!

—¡Wei Ying! —repitió Lan Zhan, furioso—. ¡¿Qu… qué clase de persona eres?!

—¿Qué voy a ser? —inquirió él, arqueando las cejas—. ¡Es obvio que un hombre!

Aunque Lan Zhan se quedó sin palabras un momento, no tardó en reprenderlo de nuevo:

—¡Sinvergüenza!

—¿Y por qué me tendría que avergonzar de esto? —rebatió Wei Ying—. No me digas que nunca habías visto algo así. ¡No me lo creo!

Después de contenerse un largo rato, Lan Zhan alzó su espada con una expresión tan gélida como la escarcha.

Sorprendido por su movimiento, Wei Ying preguntó alarmado:

—¿Qué? ¡¿De verdad piensas pelear conmigo?!

Él también elevó su espada para defenderse del ataque. Fue así como se desató una lucha dentro del pabellón de la biblioteca.

Al ver la escena, Wei Wuxian jadeó del asombro, giró la cabeza para mirar a Lan Wangji y preguntó con curiosidad:

—¡¿Eh?! ¿Es así como ocurrió? Según recuerdo, nunca llegamos a pelear, ¿o sí?

Lan Wangji permaneció en silencio. Si bien Wei Wuxian lo siguió observando, él evitó su mirada de forma disimulada. Con eso, Wei Wuxian tenía más razones para pensar que estaba actuando de una forma muy extraña esa noche. Justo cuando estaba a punto de abrir la boca para preguntarle al respecto, se oyó la voz burlona del pequeño Wei Ying en medio de la pelea:

—¡Maravilloso! Eres capaz de atacar y retroceder. Qué retracción y relajación tan fluidas. ¡Excelente manejo de la espada! Pero Lan Zhan… Ay, mírate, estás todo sonrojado. ¿Es porque estás peleándote conmigo o porque acabas de ver esas estupendas pinturas?

En realidad, no estaba ni un poquito ruborizado. Furioso, blandió la espada hacia él.

—¡Menudas tonterías!

Wei Ying inclinó la cintura y se echó hacia atrás. Había empleado la técnica del puente de hierro [9] para esquivar su golpe. Cuando evitó la espada, se enderezó de nuevo y, con un movimiento veloz, pellizcó la pálida y radiante mejilla de Lan Zhan.

—No estoy diciendo tonterías. Si no me crees, ¿por qué no te tocas? ¡Tu cara está ardiendo! ¡Ja, ja!

Lan Zhan enrojeció y palideció un par de veces. Aunque estaba a punto de alejar la «garra» de Wei Ying de una bofetada, este retiró la mano primero, haciendo que golpeara el vacío y casi se diera un manotazo.

Con movimientos ágiles y ligeros, Wei Ying se dio la vuelta y dijo en tono desenfadado:

—Ay, Lan Zhan, no te ofendas, pero ningún chico de tu edad actúa como tú. Mírate, te sonrojas por todo. Eres tan delicado que no puedes aguantar ni el más mínimo estímulo.

Aquello no había sido un suceso real y Wei Wuxian tampoco lo había soñado, así que solo podía tratarse de un sueño de Lan Wangji.

Mientras observaba la escena con gran deleite, Wei Wuxian comentó:

—Qué bien me conoces. Sin duda, eso es algo que yo diría.

Sin embargo, no se había percatado de que Lan Wangji parecía un tanto intranquilo.

Delante de ellos, el Wei Ying adolescente continuó hablando:

—Transcribir textos es demasiado aburrido. ¿Qué tal si te enseño estas cosas mientras escribo? Tómalo como una recompensa por tu supervisión…

Después de haber tolerado sus chorradas bastante tiempo, Lan Zhan ya no pudo soportarlo más y lanzó a Bichen. Ambas espadas chocaron y salieron volando por la ventana. Wei Ying se sobresaltó al ver como Suibian salía disparada de su mano.

—¡Oye, mi espada!

Mientras gritaba alarmado, hizo ademán de saltar por la ventana para recoger su arma, pero Lan Zhan se abalanzó sobre él por detrás y lo derribó.

La cabeza de Wei Ying golpeó el suelo y empezó a mover desesperadamente los brazos y las piernas en un intento de levantarse. Después de un par de forcejeos, los dos se vieron envueltos en una caótica lucha. Wei Ying sacudió las piernas tan fuerte como pudo y dio codazos aquí y allá, pero no podía escapar de las cuatro extremidades que lo aprisionaban. Era como si hubiera quedado atrapado en una red de hierro indestructible.

—¡Lan Zhan…! ¡¿Qué haces?! Solo estaba bromeando. ¡Venga, que solo estaba jugando! ¡¿Por qué te lo has tomado tan en serio?!

Con una sola mano, Lan Zhan le agarró ambas muñecas y las inmovilizó a su espalda. Con voz grave, preguntó:

—¿Qué has dicho que me ibas a enseñar?

Si bien su tono era frío, su mirada parecía un volcán a punto de entrar en erupción.

Pese a que los dos se igualaban en fuerza, Wei Ying se había descuidado un momento, lo que le había permitido a Lan Zhan sujetarlo contra el suelo. En esas circunstancias, no tuvo más opción que hacerse el tonto.

—¿Eh? Pero si no he dicho nada. ¿Acabo de decir algo?

—¿Que no has dicho nada? —lo presionó Lan Zhan.

—¡No! —aseguró Wei Ying con total convicción. Tras una breve pausa, añadió—: Venga, no seas tan inflexible. No te tomes tan en serio todo lo que digo. Solo tú te crees mis tonterías. ¿Por qué habría que enfadarse por algo así? Bien, dejaré de hablar, ¿vale? Suéltame, ¿de acuerdo? Aún no he terminado de transcribir el libro de hoy. No jugaré más, ya me dejo de bromas.

Al oírlo, el semblante de Lan Zhan se relajó un poco y pareció aflojar los brazos. Para su sorpresa, Wei Ying aprovechó el momento y retiró las muñecas. Luego arqueó las cejas, echó un rápido vistazo a su alrededor y asestó un golpe con la palma de la mano.

Lo que no sabía era que el otro joven estaba alerta, así que, tan pronto

como lanzó el ataque, la aguda mirada de Lan Zhan lo notó y lo atrapó con sus ágiles manos. Fue así como lo reprimió una vez más, aunque esta vez ejerció tanta fuerza que las muñecas de Wei Ying se retorcieron en un arco más curvo.

—¡Ya te he dicho que era una broma! —protestó entre chillidos de dolor —. ¡Lan Zhan! ¡No seas tan intolerante!

Parecía que los ojos del joven echaban chispas. Sin decir una palabra, se quitó la cinta de la frente y le dio tres vueltas alrededor de las muñecas de Wei Ying, atando fuertemente sus manos con un nudo.

Como no esperaba semejante desenlace, ¡Wei Wuxian se quedó estupefacto!

Después de un largo rato giró la cabeza para mirar al hombre que tenía a su lado. Notó que, si bien el rostro de Lan Wangji seguía pálido y no se había sonrojado, los lóbulos de sus orejas se habían teñido de rosa.

De forma malintencionada, se le acercó y observó:

—Mi amado segundo joven señor… me parece que… algo no va bien en tu sueño.

Lan Wangji permaneció en silencio y se levantó de repente.

—¡No mires!

Al percatarse de que estaba a punto de marcharse, Wei Wuxian lo agarró.

—¡No te vayas! Quiero ver cómo transcurre tu sueño. ¡Aún no ha llegado la parte más emocionante!

Al lado del escritorio del pabellón de la biblioteca, Wei Ying se quejó y lloriqueó durante un rato. Cuando por fin se calmó, trató de razonar con el otro chico.

—Los caballeros dialogan, pero no usan la fuerza. Lo que estás haciendo ahora se llama mezquindad. Reflexiona. ¿Acaso te he ofendido de alguna manera?

Lan Zhan suspiró en silencio y dijo con frialdad:

—Tú eres el que debería reflexionar sobre lo que acabas de decir.

—Solo he dicho que eres delicado e ingenuo con ciertas cosas —argumentó Wei Ying—. ¿Acaso no es verdad? Hay algunos temas de adultos que no entiendes. Y ahora me tratas así porque te he delatado; si no es mezquindad, entonces, ¿qué es?

—¿Y quién ha dicho que no las entiendo? —replicó Lan Zhan en tono indiferente.

Wei Ying arqueó una ceja y sonrió.

—Ah… ¿En serio? Venga, no te hagas el duro. En ese caso, estaríamos en el mundo al revés. Ja, ja, ja, ja, ja… ¡Ah!

Profirió un chillido repentino porque Lan Zhan le había apretado cierta zona de la parte baja de su cuerpo.

Con una mirada gélida en aquel apuesto y juvenil rostro, el joven repitió:

—¿Quién ha dicho que no las entiendo?

Wei Wuxian se acercó muchísimo más a Lan Wangji y, casi mordiéndole el lóbulo de la oreja, murmuró:

—Eso mismo me pregunto yo. Como bien dice el refrán, «por las noches sueñas lo que de día piensas». Lan Zhan, dime la verdad, ¿en aquel entonces ya fantaseabas con hacerme estas cosas? No imaginaba que… el honorable Hanguang-jun sería así.

Aunque Lan Wangji seguía inexpresivo, el color rosado de sus orejas se había extendido hacia su precioso cuello. Los dedos que descansaban en su regazo también se habían curvado de forma imperceptible.

Después de que hubieran ejercido presión en una parte tan importante de su cuerpo, el joven Wei Ying se quedó paralizado en el suelo, exhalando pesadas bocanadas de aire frío.

—¡¿Qué cojones te pasa?! ¡¿Te has vuelto loco?!

El cuerpo de Lan Zhan se quedó encajado entre sus piernas. Tal posición haría sentir amenazado a cualquiera.

Al ver que estaba en desventaja, Wei Ying trató de razonar con él de otra manera:

—No… ¡No, no! ¡Nadie ha dicho que no las entiendas! Su… su… suéltame, ¿vale? ¡Podemos solucionarlo hablando!

Si bien sacudió las manos con desesperación, la cinta de la frente del clan Lan de Gusu estaba hecha de un material tan extraordinario que, por más que lo intentó, no pudo zafarse de ella. Tras unos cuantos forcejeos más, un libro cayó repentinamente a su lado. Wei Ying se apresuró a agarrarlo y se lo arrojó a Lan Zhan con la esperanza de que el golpetazo lo hiciera entrar en razón.

—¡Reacciona!

El libro se estrelló primero contra el pecho del joven y luego aterrizó entre las piernas abiertas de Wei Ying. Con la caída, se abrió y pasaron varias páginas.

Fush, fush, fush .

Cuando Lan Zhan bajó la cabeza, su mirada se quedó fija en un punto.

Por una extraña coincidencia, el libro se había detenido en una página que mostraba una imagen erótica con posturas explícitas. La pintura no solo era extremadamente obscena, sino que, además, ¡mostraba el acto sexual entre dos hombres!

Wei Wuxian recordó que el álbum erótico que le había enseñado a Lan Wangji en aquel entonces no tenía ningún contenido homosexual. Tampoco había ninguna hoja que mostrara esa clase de posturas. Se maravilló una vez más por lo detallado que era el sueño de Lan Wangji… ¡Era tan fantástico que resultaba digno de admiración!

Lan Zhan seguía con la cabeza gacha y sus ojos no se apartaban de aquella página. Wei Ying también vio la pintura y sintió vergüenza por un momento.

—Em…

En su fuero interno, no dejaba de lamentarse. Como pensaba que era preferible usar la fuerza a dialogar, optó por estirar un pie para darle una patada. Sin embargo, Lan Zhan liberó una mano, lo agarró por la curvatura

de la rodilla y abrió más sus piernas. Con tan solo un par de movimientos veloces, lo despojó del cinturón y los pantalones.

Wei Ying sintió gelidez en la parte inferior de su cuerpo y, cuando miró hacia abajo, su corazón también pareció congelarse.

—¡¿Qué pretendes, Lan Zhan?! —inquirió alarmado.

Wei Wuxian observaba desde un lado. Estaba tan fascinado y emocionado que pensó: «¡Qué pregunta tan estúpida! ¡Es obvio que quiere follarte!».

Al no tener los pantalones puestos, la parte inferior de Wei Ying quedó al desnudo, mostrando su delicada y pálida piel. Sus dos piernas, esbeltas y largas, forcejeaban sin parar. Lan Zhan le inmovilizó ambos pies e, imitando la imagen erótica, deslizó la mano derecha hacia el puntito rosa entre los blancos glúteos de Wei Ying.

La mitad inferior del cuerpo del muchacho quedó sometida. Aunque le tocaran una zona íntima a la fuerza, no podría impedirlo. Con dos dedos, Lan Zhan comenzó a frotarle el punto rosado. Wei Ying se estremeció, y un atisbo de vergüenza se reflejó en su rostro. Mientras se obligaba a aguantar, continuó forcejeando y retorciéndose con ahínco. Por el contrario, el joven que estaba encima de él tenía una mirada serena e imperturbable. Con los labios apretados, continuó masajeando y presionando su parte íntima de manera meticulosa, aumentando poco a poco la intensidad hasta que su abertura fue dilatándose. Entre roce y roce, logró que la rosada entrada se expandiera y se tragara uno de sus esbeltos dedos hasta su pálido nudillo.

Con una sonrisa juguetona, Wei Wuxian miró a Lan Wangji de reojo.

—Con razón no querías entrar, Hanguang-jun. Ahora que he descubierto lo que me hacías en tus sueños, seguro que estás tan avergonzado que no sabes dónde esconderte…

Lan Wangji continuaba sentado a su lado. A pesar de que tenía la cabeza gacha y no se veía su mirada, sus pestañas parecieron temblar con ligereza.

Wei Wuxian volvió a apoyar la mejilla sobre la mano y continuó observando la escena. Al ver cómo el joven Lan Zhan sometía a su yo

adolescente y lo obligaba a abrir las piernas, dijo con una sonrisa pícara:

—Hanguang-jun, si eras capaz de soñarlo, ¿por qué no me follaste en aquel entonces? Yo…

Antes de que terminara la frase, Lan Wangji lo agarró por ambas manos, lo empujó al suelo y lo calló con un beso. Al notar que sus mejillas ardían y que sus latidos eran frenéticos, el corazón de Wei Wuxian se llenó de emoción. Cuando sus labios se separaron, murmuró a propósito:

—¿Qué pasa? ¿De nuevo te has cohibido?

Lan Wangji no respondió, tan solo respiraba con inusitada pesadez.

—¿O es que… se te ha levantado?

Al mismo tiempo un largo grito se escapó de la garganta del joven Wei Ying, que se encontraba tumbado junto al escritorio.

Para entonces Lan Zhan se aferraba a él. Ambos estaban estrechamente conectados por la parte inferior de sus cuerpos, y era obvio que lo estaba penetrando. Como algo duro y ajeno lo estaba invadiendo poco a poco, Wei Ying se sintió tan incómodo que arqueó las piernas. Por otra parte, al tener las muñecas atadas con la cinta de la frente, apenas podía moverse, así que no le quedó otra que soportar el dolor y golpear un par de veces el suelo con la nuca a modo de protesta.

Tum, tum, tum .

Lan Zhan deslizó una mano debajo de su cabeza para que estuviera más cómodo y, al mismo tiempo, empujó las caderas hacia él, penetrándolo hasta el fondo.

En un principio, al puntito rosado le costaba tragar aunque fuera un solo dedo, pero ahora lo habían obligado a expandirse para recibir de lleno aquel largo, endurecido y caliente miembro. Al dilatarse a la fuerza, los pliegues alrededor del orificio quedaron completamente alisados. Wei Ying seguía aturdido, como si no pudiera digerir o asimilar la situación; sin embargo, cuando Lan Zhan continuó imitando lo que se reflejaba en la pintura erótica y movió las caderas hacia arriba, soltó leves gemidos.

—Aunque eras muy joven en aquel entonces, ya la tenías bastante grande —le comentó Wei Wuxian a Lan Wangji—. Por el contrario, yo no era más que un inocente muchacho virgen. Creo que lo va a destrozar.

Mientras hablaba, masajeó la entrepierna de Lan Wangji con su rodilla doblada, con toda la intención de provocarlo. Verse a sí mismo protagonizar semejante escena erótica había despertado su curiosidad y le había dado ganas de experimentar cuán poderosa podría ser su hombría.

Sin demorarse un segundo ni mediar palabra, Lan Wangji le desgarró la parte baja de su túnica junto con sus pantalones. De forma automática, Wei Wuxian colaboró abriendo las piernas y le rodeó la cintura. Lan Wangji sostuvo su propia erección y frotó la hinchada y dura cabeza contra la abertura de Wei Wuxian.

Como ambos tenían sexo desenfrenado casi todos los días, tanto la mente como el cuerpo de Wei Wuxian estaban en sintonía con él. Como si fuera lo más natural del mundo, se aferró con fuerza al cuello de Lan Wangji y soltó un profundo jadeo cuando este invadió su entrada de golpe, como si una cuchilla afilada se hubiera clavado en él.

La penetración fue bastante fluida, pues su orificio estaba dilatado y sus entrañas, húmedas y calientes. Su mansa pero apretada cavidad envolvió con firmeza al gigante invasor, engulléndolo poco a poco, como si hubiera nacido para encajar a la perfección con el hombre que tenía encima. Al cabo de unos instantes el sonido de unos fluidos viscosos escurriéndose y de unas pieles frotándose llegó desde la parte baja de sus cuerpos, justo donde estaban unidos.

Lan Wangji estaba dotado con una virilidad impresionante y su falo estaba curvado naturalmente hacia arriba. Cada vez que lo embestía, rozaba con gran precisión el punto más sensible y vulnerable de Wei Wuxian y, cuando eso sucedía, ambos se ahogaban en un mar de placer.

Lan Wangji lo estaba follando tan duro que Wei Wuxian sintió que subía al cielo y volvía a bajar a la tierra. No podía pensar en nada más, pues su

mente estaba en blanco. Sus entrañas se tensaban y se retorcían, y estaba entumecido de la cabeza a los pies. En medio de la placentera faena, giró el cuello. Desde ese ángulo, veía al Wei Ying del sueño, que tenía alrededor de quince o dieciséis años y también estaba sumido en un mar de goce y dolor.

El joven yacía entre un revoltijo de pergaminos y libros, con las muñecas fuertemente atadas e inmovilizadas por encima de la cabeza. La cinta roja que le ataba el pelo se había caído hacía muchísimo tiempo. Su oscura cabellera estaba despeinada, tenía los ojos entrecerrados y su vista se había nublado a causa de las lágrimas. Aunque parecía a punto de llorar, los sollozos no salían.

Después de haberlo embestido un tiempo, Lan Zhan pareció considerar que sus piernas no estaban lo suficientemente abiertas, de modo que agarró una de sus pantorrillas y se la acomodó sobre el hombro. Al cabo de unas violentas estocadas, la pierna no pudo sostenerse a esa altura y se deslizó de su hombro para caer en la curvatura de su brazo. En esa nueva posición, los gráciles contornos de la pantorrilla y los músculos de la parte interna del muslo se contraían con ligereza; parecía que al Wei Ying adolescente también lo enloquecía la cosa enorme, curvada y palpitante que no dejaba de entrar y salir de su cuerpo. Como era la primera vez que tenía relaciones sexuales, se sentía bastante perdido y no estaba seguro de qué hacer. Tan solo se aferró con desesperación a los hombros de Lan Zhan como quien se está ahogando. Lo más probable era que ni siquiera fuera consciente de dónde se hallaba en ese momento, y mucho menos comprendía que la persona que le causaba aquel tormento era la misma que lo estaba penetrando con frenesí.

Al ver que su yo adolescente estaba tembloroso y sonrojado mientras el Lan Zhan de quince o dieciséis años se lo follaba, Wei Wuxian sentía que no era suficiente. Deseaba que el joven fuera más brusco y atrevido, que sometiera a Wei Ying hasta llevarlo al límite y que lo hiciera llorar y gritar. Hasta que no llegaran a ese nivel, no se sentiría satisfecho.

En el interior del estrecho pabellón de la biblioteca, transcurrían al mismo tiempo dos lascivas escenas.

Ensimismado, Wei Ying pareció recobrar un poco de lucidez debido al obsceno y escandaloso sonido de sus fluidos corporales. Si bien tenía la vista fija en el techo de la biblioteca, pronto se estremeció y quiso mirar hacia abajo. Era como si quisiera comprobar lo que sucedía en la parte inferior de su cuerpo, pero no se atreviera a hacerlo.

En ese preciso instante, tras haberlo embestido un rato, Lan Zhan levantó sus dos muslos y se los puso sobre los hombros. Cuando volvió a inclinarse y empujó las caderas hacia delante, la cintura de Wei Ying se arqueó con delicadeza, justo en el ángulo adecuado para que viera, con sus ojos llorosos, lo que se hallaba entre sus glúteos.

Gracias a las arremetidas del duro miembro de Lan Zhan, aquel punto rosado, que al principio estaba limpio e intacto, ahora se había teñido de un intenso rojo, con los bordes dolorosamente hinchados. Aquella larga, dura y caliente arma seguía deslizándose dentro y fuera de su orificio. El líquido lechoso, la fina traza de sangre carmesí y un extraño fluido transparente se mezclaban justo en la zona donde ambos estaban unidos. Y, frente a él, la punta de su propio órgano sexual se levantó y expulsó una pequeña cantidad de líquido preseminal.

Al ver la trágica situación, Wei Ying se quedó helado del asombro. Sin saber de dónde había sacado las fuerzas, forcejeó al cabo de un rato. Esta vez logró separarse de Lan Zhan, se dio la vuelta y, en un intento de escapar, se arrastró hacia delante sobre las rodillas.

Como Lan Zhan lo había mantenido inmovilizado contra el áspero suelo y se lo había estado follando con fiereza durante un largo rato, se le había debilitado mucho el cuerpo y los muslos y las rodillas no dejaban de temblarle. Si bien logró alejarse un poco, ya no pudo gatear más. Sus piernas cedieron y se desplomó sobre el suelo; sus nalgas, tan blancas como la nieve, se elevaron en el aire. Al instante una mezcla de semen y sangre se

escurrió de su orificio, resbalando por sus piernas. La parte interna de sus muslos estaba repleta de moretones y marcas de dedos. La imagen era tan impactante que, de tan solo mirarla, despertaría un deseo sádico en cualquiera, y era precisamente eso lo que se reflejaba en el semblante de Lan Zhan, que lo admiraba desde atrás. Con los ojos enrojecidos de lujuria, lo persiguió en silencio.

De pronto, Wei Ying sintió una opresión en su cintura, lo que indicaba que alguien lo había agarrado con firmeza, y la cavidad que había quedado vacía unos segundos se volvió a llenar hasta el límite.

—No… —susurró tras un gimoteo.

Después de haber sufrido semejantes embestidas durante tanto tiempo, la entrada de su trasero estaba húmeda, dilatada y escurridiza, así que recibió fácilmente el pene que lo había estado violando hacía un momento, engulléndolo hasta el fondo. Con una expresión de horror, Wei Ying estaba a cuatro patas sobre la estera, y la parte superior de su cuerpo se balanceaba con el movimiento del coito. Cuando salía a jugar al bosque, solía encontrarse animales salvajes apareándose en esa misma posición. Como ahora era él a quien penetraban por detrás, se sintió aún más avergonzado. Cuando su orificio se contrajo y se estrechó de repente, Lan Zhan hundió los dedos en su cintura y lo embistió con mayor ferocidad. Había perdido completamente el control.

Tras resistir las brutales arremetidas otro rato, Wei Ying ya no pudo aguantar más. Se dejó caer hacia delante, la mitad de su cara y parte de su cuerpo quedaron presionados contra el suelo. Se le nubló la mente y empezó a decir incoherencias:

—Perdón… Perdóname por esta vez… Perdóname la vida… Lan Zhan, segundo joven señor Lan… Te lo ruego, ten piedad…

Como era de esperar, tales súplicas no surtieron efecto alguno; solo consiguieron que las embestidas fuesen más intensas y aceleradas.

—Por todos los cielos, me excito con solo oírlo —comentó Wei Wuxian

entre risas divertidas—. Venga, por nada del mundo tengas clemencia con él. Lo único que debes hacer es follártelo hasta la muerte… Ah…

Lan Wangji lo había alzado para que se sentara sobre él. En esa nueva postura, el peso de su cuerpo hizo que se tragara su virilidad con mayor profundidad. Aunque arrugó la cara por la impresión, se concentró en cabalgar sobre Lan Wangji. Ahora que había adoptado una posición más cómoda y placentera, ya no tenía cabeza para decir guarradas.

A medida que las pieles se rozaban y el escurridizo sonido de sus fluidos corporales se hacía más fuerte, los gritos de Wei Ying se volvían cada vez más lastimeros:

—Lan Zhan… Lan Zhan… Me… ¿me has escuchado…? ¡Ah…! Estás yendo demasiado profundo… No entres de golpe… que me duele… el abdomen…

Cada vez que le propinaba una estocada, parecía como si no pudiera esperar a llegar a lo más hondo de su interior. Sus movimientos eran tan duros y brutales que eran completamente opuestos a la delicadeza que exhibía en su rostro.

Las potentes embestidas hicieron que los glúteos de Wei Ying se enrojecieran y se entumecieran. La parte inferior de su cuerpo estaba prácticamente adormecida. Hizo todo lo posible por echarse hacia delante, pero, cada vez que lo intentaba, Lan Zhan lo arrastraba de vuelta a la fuerza, obligándolo a engullir su hombría.

Cuando eso se repitió varias veces, Wei Ying dijo con la voz quebrada y entrecortada, como si estuviera a punto de exhalar su último aliento:

—Es… escúchame. Ha… hay… hay gente esperándome fuera. Jiang Cheng y los demás me están esperando fuera… ¡Ah!

Ante tales palabras, Lan Zhan se retiró bruscamente y le dio la vuelta.

De inmediato Wei Ying soltó un sollozo y se hizo un ovillo, como si tratara de esconderse al enroscarse como un camarón. Su miembro seguía erecto y estaba a punto de llegar al clímax, pero todavía no había terminado

de estimularse ni de correrse. Gotas de fluidos caían en la base de su entrepierna, lo que era una vista maravillosa. Aunque la zona íntima entre sus nalgas estaba enrojecida e hinchada por las violentas embestidas, seguía abriéndose y cerrándose, escupiendo un líquido blanco y carmesí. Era como si su cavidad estuviera hambrienta y sedienta o como si no pudiera soportar que la virilidad de Lan Zhan, que acababa de colmarla, la abandonase.

Por otro lado, por voluntad propia, Wei Wuxian movía las caderas de arriba abajo mientras Lan Wangji le rodeaba la cintura con los brazos. Hasta ese momento su rostro seguía sereno y gélido. Aunque su respiración estaba un tanto agitada, era imposible determinar qué estaba haciendo si tan solo se miraba su hermosa y radiante cara. Justo entonces aprovechó que tenía las manos sobre los glúteos de Wei Wuxian para amasarlos con vigor. Lo estaba haciendo con una fuerza tan desmedida que fue dejando moretones en sus redondas nalgas. Luego inclinó la cabeza hacia el pecho de Wei Wuxian y tomó uno de sus pezones rosados con la boca, rozándolo suavemente con los dientes. El trasero de Wei Wuxian engullía su pene, haciendo que su húmedo, rojizo y purpúreo falo apareciera y desapareciera en la profunda hendidura. Sentía tanto placer que hasta el cuero cabelludo le hormigueaba.

Al otro lado de la biblioteca, Lan Zhan miró con detenimiento a Wei Ying, que casi se había desvanecido. Cuando lo hubo contemplado lo suficiente, rasgó sus prendas superiores. Entonces retorció con fuerza uno de sus rosados pezones antes de volver a enterrarse frenética y profundamente dentro de él.

Con gran dificultad, Wei Ying apenas había logrado recuperar el aliento. Además, como su cuerpo estaba tan sensible, era imposible que aguantara tal embestida.

—¡Mngh!

Tan pronto como profirió aquel gruñido ahogado, tanto su cavidad como sus entrañas se tensaron, y las lágrimas comenzaron a caer por sus mejillas.

Parecía que Lan Zhan se estaba desquitando con los dos puntitos rosados de su pecho, pues los retorcía sin parar, provocando que se erizaran y se hincharan hasta que se pusieron tan rojos como la sangre. Cada vez que arremetía contra sus pezones, las paredes internas de Wei Ying se contraían, lo que provocaba que sus húmedas y calientes entrañas se estrecharan alrededor de la feroz arma y rodearan su falo.

—Lan Zhan, reconozco que he hecho mal —dijo entre sollozos—. Me he equivocado, no debí decirte que eras delicado, ni mucho menos que no entendías estas cosas. Ya no me atrevo a enseñarte nada. Lan Zhan… Oye, ¿me has escuchado? Segundo joven señor Lan, Zhanzhan…

Al escuchar que había pronunciado el último apelativo en un tono nasal y melódico, Lan Zhan atenuó sus movimientos y al fin le mostró algo de compasión. Como si estuviera hipnotizado, se acercó al rostro de Wei Ying y atrapó sus finos labios, que clamaban piedad entre quejidos.

Parecía que a Wei Ying le habían magullado la parte inferior del cuerpo con una enorme roca: sus entrañas estaban irritadas y calientes, y su cintura y su abdomen estaban inflamados y doloridos. En cuanto a la parte superior, Lan Zhan atacaba sin cesar su pecho y sus pezones. Todo aquello le nublaba la mente. De pronto, cayó en la cuenta de que el arma que arremetía contra la parte baja de su cuerpo se había ralentizado un poco y que sus frentes se rozaban sutilmente. Y no solo eso, sino que también sentía unos labios fríos sobre los propios, aunque percibía una pizca de dulzor en ellos. En cuanto abrió los ojos, vio lo cerca que estaban las largas y oscuras pestañas de Lan Zhan. Ver que estaba tan concentrado en besarlo lo reconfortaba de alguna manera. Entonces se animó a abrir la boca y succionó los labios del otro muchacho.

—Más… —murmuró con voz débil.

Se refería a que quería besarlo más, pero Lan Zhan lo malinterpretó e intensificó los movimientos de sus caderas. Como resultado, Wei Ying siseó, inhaló unas cuantas bocanadas de aire y se aferró a su cuello para

seguir besándolo, esta vez por iniciativa propia.

Al principio le resultaba aterrador tener una cosa larga y gruesa machacando sus entrañas. No obstante, después de haber pasado un largo rato así, comenzó a sentir algo más que hinchazón, ardor, dolor y cansancio. Poco a poco, consiguió disfrutarlo, sobre todo cuando el falo ligeramente curvado de Lan Zhan rozaba cierto punto de sus paredes. Era como si su cuerpo se electrificara, haciendo que se estremeciese de placer. Su miembro no solo se endurecía cada vez más, sino que también segregaba más líquido blanco. Las sensaciones eran tan abrumadoras que arqueó la cintura. A veces, cuando Lan Zhan no lo golpeaba en el lugar correcto, Wei Ying movía las caderas para que acertara, y las súplicas iban cambiando poco a poco de matiz.

—Zhan… Zhanzhan… Segundo joven señor Lan… Por… por favor, te lo pido…

Lan Zhan respiró hondo antes de contestarle:

—¿Qué?

Wei Ying lo tomó de las mejillas y le cubrió la cara de sonoros besos antes de continuar entre susurros:

—Dame ahí abajo, justo como lo acabas de hacer. Embísteme en ese mismo lugar, ¿vale? Por favor…

Lan Zhan no respondió con palabras, sino que hizo lo que deseaba: empujó las caderas hacia la zona que él pedía. Como las últimas estocadas parecían más potentes de lo habitual, Wei Ying jadeó y lo rodeó con sus cuatro extremidades.

—¿Qué…?

A pesar de que había comenzado a emitir quejidos, Lan Zhan lo calló con los labios y se dedicó a besarlo.

En el otro lado, los labios de Wei Wuxian también estaban entrelazados con los de Lan Wangji. Sus lenguas no solo trazaban la forma de los delgados labios del otro, sino que también se enredaban. En cuanto oyó lo

que estaban haciendo sus versiones más jóvenes, Wei Wuxian observó:

—Hanguang-jun, tu yo adolescente se está corriendo.

Los dos muchachos estaban empapados de sudor. Lan Zhan abrazó a Wei Ying y se recostó tranquilamente con él sobre la arrugada estera. El pecho de Wei Ying subía y bajaba de manera agitada, y aún tenía la mirada perdida. La zona por donde ambos estaban copulando seguía conectada. La parte inferior de su cuerpo continuaba conteniendo y apretando los genitales de Lan Zhan, y el semen que este había eyaculado en su cavidad aún permanecía dentro: no se había filtrado ni una sola gota.

Wei Wuxian sonrió y sugirió:

—Míralos, ¿crees que también deberíamos…?

Lan Wangji asintió con la cabeza y lo acomodó sobre la estera. Al cabo de unas cuantas embestidas más, se corrió dentro de él.

Wei Wuxian suspiró de alivio. Si bien el placer era real, no tenía una cintura ni unos glúteos de acero. Además, después de haber follado frente a aquellos dos chiquillos, casi no le quedaban fuerzas.

Sin embargo, para su sorpresa, Lan Wangji no se retiró. En lugar de eso, lo colocó en una posición diferente.

—¿Hanguang… jun? —dijo Wei Wuxian, confundido.

Lan Wangji esbozó una leve sonrisa y se acercó a su oído para susurrarle algunas palabras.

—¿Eh…? ¡Espera! —protestó Wei Wuxian—. ¡Cuando he dicho que se lo folle hasta la muerte, me refería al joven Lan Zhan y a mi yo adolescente! No quería decir que… ¿Lan Zhan? ¿Zhan… Zhan? ¡Socorrooo!

De manera inesperada, Wei Wuxian se despertó antes que Lan Wangji a la mañana siguiente. Durante todo el día no dejaron de temblarle las piernas.

Ambos sacaron el incensario del tapir y le estuvieron dando vueltas y vueltas para examinarlo. Aunque Wei Wuxian lo desarmó y lo volvió a dejar como estaba, no pudo descifrar el enigma.

Se sentó al lado del escritorio y comentó:

—El problema no radica en el incienso, sino en el incensario. Esta cosa es impresionante, ¿a que sí? La inmersión es tan vívida que tiene casi el mismo efecto que las sesiones de empatía. ¿En la biblioteca de tu clan no hay ningún registro sobre esto?

Lan Wangji negó con la cabeza. Eso significaba que nadie había escrito sobre aquel artefacto.

—En fin. Ya que el incensario ha dejado de tener efecto, ¿por qué no lo guardamos por ahora para que nadie lo toque por error? Si un refinador experto viene de visita en el futuro, lo sacaremos para preguntarle.

Si bien los dos pensaban que el incensario ya no funcionaba, algo inesperado los sorprendió más adelante.

A altas horas de la noche, como de costumbre, Wei Wuxian y Lan Wangji se sumieron en un profundo sueño tras hacer el amor en la habitación del silencio.

Un instante más tarde Wei Wuxian abrió los ojos y se encontró de nuevo bajo el magnolio del pabellón de la biblioteca.

La luz del sol se colaba entre las ramas y las flores y se desparramaban por su cara, por lo que entrecerró los ojos, levantó la mano para cubrirse el rostro y se sentó despacio.

Esta vez Lan Wangji no estaba con él.

Wei Wuxian se llevó las manos a ambos lados de la boca y empezó a gritar:

—¡Lan Zhan!

Nadie respondió.

«Me temo que el incensario aún funciona», pensó con asombro. «Pero ¿dónde está Lan Zhan? ¿Acaso soy el único que está bajo los efectos residuales del artefacto?».

Frente al magnolio había un sendero de piedras blancas. Varios discípulos del clan Lan de Gusu, con túnicas blancas y su característica cinta en la frente, pasaban en grupos de dos y de tres. Llevaban libros en las manos y parecía que iban de camino a sus clases matutinas. Ninguno miraba a Wei Wuxian, lo que significaba que no podían verlo. Subió al pabellón de la biblioteca para echar un vistazo, pero tampoco vislumbró a Lan Wangji en el interior, ni su versión adolescente ni su versión adulta. Entonces bajó las escaleras y deambuló sin rumbo por Nubes Recónditas.

Al poco tiempo oyó las débiles voces de dos jóvenes que hablaban entre murmullos. Tras acercarse, se percató de que una de ellas no le resultaba desconocida.

—Nadie ha criado nunca animales en Nubes Recónditas… Va en contra de las reglas.

Después de un momento de silencio, el otro adolescente respondió con desilusión:

—Lo sé. Pero… he hecho una promesa y no puedo romperla.

Con el corazón acelerado, Wei Wuxian miró en esa dirección y comprobó que, en efecto, eran Lan Xichen y Lan Wangji quienes estaban conversando sobre el césped.

Era un día de primavera y soplaba una suave brisa. Los jades gemelos de Lan estaban en la flor de la vida; como si fueran un espejo, el uno parecía el reflejo del otro. Ambos estaban impecables vestidos con sus túnicas, tan blancas como la nieve, y tanto sus largas mangas como las cintas de sus frentes revoloteaban con el viento. Parecían sacados de una hermosa pintura.

Al igual que la otra vez, este Lan Wangji parecía tener quince o dieciséis

años. La forma en la que arrugaba el entrecejo indicaba que algo le preocupaba. En las manos tenía un blanco conejo que no paraba de mover su rosada naricita. Había otro a sus pies, con las largas orejas levantadas. Este último se alzó sobre sus patas traseras y brincó sobre su bota, como si tratara de trepar por su cuerpo.

—¿Cómo se pueden tomar en serio las promesas entre adolescentes? —preguntó Lan Xichen—. ¿En serio esa es la verdadera razón?

Lan Wangji bajó la mirada y permaneció en silencio.

—De acuerdo. Pero, si nuestro tío pregunta, tienes que darle una buena explicación —le indicó su hermano con una sonrisa—. En los últimos días les has dedicado demasiado tiempo.

Lan Wangji asintió y le dijo con solemnidad:

—Gracias. —Tras una breve pausa, añadió—: Te prometo que no interferirá en mis estudios…

—Te conozco y sé que no te distraerás, Wangji —aseguró Lan Xichen—. Sin embargo, es mejor que no le digas a nuestro tío quién te los ha dado para que los críes. De lo contrario, se pondrá furioso y te obligará a regalarlos.

Al oír lo último, Lan Wangji pareció aferrarse un poco más al conejo que tenía en brazos. Lan Xichen sonrió ante su reacción, extendió la mano y jugueteó con la rosada nariz del animalito antes de marcharse.

Cuando su hermano mayor se retiró, Lan Wangji se quedó pensativo un momento. El conejo blanco agitaba las orejas de vez en cuando, como si estuviera muy cómodo en sus brazos. El que estaba a sus pies trepaba cada vez con más impaciencia. Tras bajar la mirada y echarle un rápido vistazo, Lan Wangji se agachó para cogerlo también. Después de acomodarlos a ambos, los acarició con sutileza. Los suaves movimientos de sus manos distaban mucho de su gélida expresión.

La escena le pareció tan tentadora a Wei Wuxian que salió de detrás del árbol y quiso acercarse al joven Lan Zhan. Para su sorpresa, el aura que lo

rodeaba cambió por completo: soltó a los conejos blancos que tenía en los brazos y giró la cabeza un par de veces. Cuando vio con claridad quién se acercaba, se quedó paralizado un instante.

—¡¿Tú eres…?! —preguntó alarmado, con los ojos fijos en él.

Si Lan Wangji estaba sorprendido, Wei Wuxian lo estaba aún más, tanto que preguntó con extrañeza:

—¿Puedes verme?

Aquello era demasiado extraño. En teoría, era imposible que las personas de los sueños lo vieran, pero, de algún modo, aquel Lan Wangji lo observaba con atención.

—Por supuesto. ¿Eres… Wei Ying?

El joven que se encontraba frente a él parecía tener más de veinte años. Aunque era obvio que pasaba de los quince años, tenía la misma cara que Wei Wuxian. Por eso a Lan Wangji le costaba determinar su verdadera identidad y mantenía la cautela. Si hubiera tenido su espada en ese momento, Bichen ya se habría desenvainado.

Reaccionando con extrema rapidez, Wei Wuxian contestó con seriedad:

—¡Sí, soy yo!

Lan Wangji se mostró aún más precavido y retrocedió dos pasos.

—Lan Zhan, ¿es así como me tratas después de lo mucho que me ha costado encontrarte? —le reprochó Wei Wuxian, decepcionado, como si estuviera dolido por su actitud.

—¿De verdad… eres Wei Ying? —inquirió de nuevo Lan Wangji.

—Pues claro.

—¿Y por qué te veo diferente?

—Es una larga historia. La cuestión es que sí lo soy, pero vengo del futuro. Para ser más exactos, soy el Wei Wuxian de dentro de siete años. Resulta que he descubierto un fantástico tesoro espiritual que puede hacer que viajes en el tiempo y vuelvas al pasado. ¡Justo cuando lo estaba examinando, lo golpeé sin querer y he regresado!

Aquella era una explicación tan ridícula que rozaba lo infantil.

—¿Puedes demostrarlo? —preguntó Lan Wangji con frialdad.

—¿Y cómo te gustaría que lo hiciera? Lo sé todo sobre ti. Yo te regalé esos dos conejos, tanto el que tenías en brazos como el que estaba a tus pies. Te mostraste reacio a aceptarlos, pero, ahora que tu hermano te ha pedido que no los críes, te niegas a dejarlos ir. Te has encariñado con ellos, ¿a que sí?

Ante esas palabras, el semblante de Lan Wangji pareció cambiar un poco. Si bien intentó decir algo, se detuvo al final.

—Yo…

Wei Wuxian se acercó unos pasos más a él, abrió los brazos y preguntó con una sonrisa divertida:

—¿Tú qué? ¿Te da vergüenza?

Al ver su extraño comportamiento, Lan Wangji se sintió como si se estuviera enfrentando a un formidable enemigo. Lleno de desconfianza, retrocedió repetidas veces. Hacía muchísimo tiempo que Wei Wuxian no lo veía tratarlo con semejante actitud. Aunque por dentro se reía, por fuera fingía indignación.

—¿A qué viene esto? ¿Por qué me evitas? Lan Zhan, muy bien, ¿eh? ¡¿Cómo puedes no reconocerme cuando llevamos diez años casados?!

En cuanto oyó la última frase, la gélida capa de hielo que cubría el atractivo rostro de Lan Wangji se resquebrajó al instante.

—¿Tú… y… yo?

»¿Diez años…?

»¡¿Casados…?!

Con gran dificultad y prolongadas pausas, logró pronunciar todas esas palabras.

—¡Ah, es verdad! Todavía no lo sabes —dijo de repente Wei Wuxian, como si apenas se hubiera percatado—. Ahora que hago cuentas, parece que nos conocemos desde hace poco. Justo acabo de marcharme de Nubes Recónditas, ¿no? Pero no pasa nada, deja que te lo cuente: dentro de unos cuantos años, seremos pareja cultivacional.

—¿Pareja cultivacional…? —repitió Lan Wangji.

—¡Así es! —afirmó Wei Wuxian con bastante orgullo—. Somos de esas parejas que practican la doble cultivación [10] todos los días. Tuvimos una boda tradicional y oficial. Hasta hicimos las tres reverencias de la ceremonia y les pedimos la bendición al cielo y la tierra.

Lan Wangji estaba tan agitado que su pecho subía y bajaba ligeramente. Tras una larga pausa, soltó una palabra entre dientes:

—¡Tonterías…!

—Deja que te cuente otros detalles, así sabrás si son tonterías o no —argumentó Wei Wuxian—. Te encanta abrazarme muy fuerte mientras duermes y no logras conciliar el sueño si no estoy encima de ti. Cada vez que me besas, lo haces muuucho tiempo y, cuando terminas, te gusta morderme los labios. ¡Ah, sí! También te encanta morderme cuando estamos en la cama. Me muerdes mientras me follas. Mi cuerpo está…

El rostro de Lan Wangji se empezó a demudar desde la frase «te encanta abrazarme muy fuerte». Cuanto más escuchaba, más insoportable le parecía, tanto que le dieron ganas de taparse los oídos para ignorar todas esas obscenidades. Entonces extendió la palma de la mano para asestarle un golpe.

—¡Tonterías!

Wei Wuxian lo esquivó a la velocidad del rayo.

—¿Otra vez? ¡¿No conoces otra palabra o qué?! Aparte, ¿cómo estás tan seguro de que miento? ¿Acaso no eres así cuando me besas?

—Ni siquiera… te he besado… —dijo Lan Wangji, haciendo largas pausas y arrastrando las palabras—. ¡¿Cómo voy a saber… qué me gusta hacer… en esas ocasiones?!

Wei Wuxian reflexionó un momento y propuso:

—Tienes razón. A esa edad todavía no me besabas. Es normal que no sepas qué te gusta hacer. Bueno, ¿por qué no lo intentas ahora?

Lan Wangji se quedó aún más perplejo. Además, estaba tan enfurecido que se había olvidado de llamar a sus condiscípulos para que capturaran a ese sospechoso hombre. En lugar de eso, le lanzó un ataque tras otro apuntando cerca de su muñeca, justo donde se encontraba su punto acupresional principal [11] . Sin embargo, como todavía era demasiado joven y Wei Wuxian era muchísimo más veloz, este lo esquivó con bastante

facilidad. Como tenía ventaja, esperó a que hubiera una brecha y, en cuanto se dio la ocasión, pellizcó cierto punto del brazo de Lan Wangji. Cuando este vaciló, Wei Wuxian aprovechó la oportunidad para plantarle un beso en la mejilla.

Lan Wangji permaneció en silencio.

Después de besarlo, Wei Wuxian aflojó el agarre y le soltó el brazo.

No obstante, Lan Wangji se había quedado tan atónito que se mantuvo inmóvil un largo rato.

—Ja, ja, ja, ja, ja, ja, ja, ja, ja, ja…

Wei Wuxian despertó de su sueño entre carcajadas.

Se rio tan fuerte que estuvo a punto de caerse de la cama, pero, por suerte, Lan Wangji seguía rodeándole la cintura con los brazos. Incluso después de despertar, continuaba carcajeándose tanto que su cuerpo no paraba de temblar, por lo que Lan Wangji también se despertó de su profundo sueño.

Entonces los dos se sentaron.

Con la cabeza inclinada hacia abajo, Lan Wangji alzó la mano para frotarse las sienes.

—Justo ahora yo…

Wei Wuxian completó la frase por él:

—Justo ahora has soñado que tenías quince años y te encontrabas con mi yo de veintitantos, ¿cierto?

Lan Wangji hizo una pausa y lo miró fijamente.

—Ha sido el incensario.

Wei Wuxian asintió con la cabeza.

—Pensaba que había entrado solo en el sueño por los efectos residuales del artefacto, pero, para mi sorpresa, has sido tú el más afectado.

El escenario de esa noche había cambiado. El sueño era muy diferente al

de la última vez. El joven Lan Zhan era, en realidad, la encarnación del Lan Wangji actual.

Por lo general, cuando las personas sueñan, no saben que lo están haciendo, de modo que Lan Wangji creía que de verdad tenía quince años. Al principio todo había transcurrido con seriedad: había asistido a sus clases matutinas, había paseado un poco y había cuidado a los conejos. Sin embargo, Wei Wuxian se había colado en su sueño y, después de toparse con él, lo había chinchado diciéndole guarradas.

—Ay, no puedo contigo, Lan Zhan. Estabas monísimo abrazando al conejo y negándote a soltarlo, temiendo que tu hermano y tu tío no te dejaran quedártelos. ¡Me muero de ternura! Ja, ja, ja, ja, ja…

Sin saber qué responder, Lan Wangji exigió frustrado:

—Ya es muy tarde… No molestes a otros con tus risas.

—Pero si todas las noches hacemos muchísimo ruido. ¿Por qué te has despertado tan pronto? Si lo hubieras hecho más tarde, te habría arrastrado a la parte trasera de tu residencia para hacerte cosas malas. Habría corrompido al Zhanzhan de quince años. Ja, ja, ja, ja, ja…

Sin decir nada, Lan Wangji observó como rodaba de un lado a otro sobre la cama. Después de permanecer sentado un rato, extendió la mano para tirar de Wei Wuxian e inmovilizarlo debajo de él.

Los dos habían pensado que, después de la segunda noche, la energía residual del incensario se habría dispersado por completo. No obstante, para su sorpresa, Wei Wuxian despertó por tercera vez en el sueño de Lan Wangji.

Iba vestido de negro. Como si no tuviera nada que hacer, caminaba sin prisa por el sendero de piedras blancas de Nubes Recónditas. La borla roja de Chenqing se balanceaba con cada paso que daba. Al poco tiempo llegó a

sus oídos el sonido de unas voces que recitaban un libro.

Aquello venía de la habitación orquídea. Dando brincos, Wei Wuxian caminó hasta la entrada. Tal y como imaginaba, en el interior había varios discípulos del clan Lan que habían asistido a sus clases nocturnas. Lan Qiren no estaba a la vista y la persona encargada de supervisarlos era Lan Wangji.

El Lan Zhan de aquel sueño también parecía bastante joven, solo que ahora tenía alrededor de diecisiete o dieciocho años. Tenía más o menos la misma edad que cuando Wei Wuxian y él se habían quedado atrapados en la cueva del Xuanwu asesino. Si bien sus facciones eran más gráciles y ya tenía la apariencia de un cultivador de renombre, seguía manteniendo su aire juvenil. Estaba sentado en la parte delantera de la sala, muy concentrado. Aquellos que tenían dudas acerca de la lectura se acercaban a preguntarle; Lan Wangji tan solo les echaba un fugaz vistazo y les contestaba con impresionante facilidad. Su solemne semblante contrastaba con su porte de joven inexperto.

Wei Wuxian se apoyó en el pilar del exterior de la habitación orquídea y observó durante un rato. Luego, sin hacer ningún ruido, se subió al tejado y se llevó a Chenqing a los labios.

En el interior de la sala, Lan Wangji se quedó estupefacto.

—Joven señor, ¿sucede algo? —preguntó uno de los alumnos.

—¿Quién está tocando la flauta? —inquirió Lan Wangji.

Los demás discípulos intercambiaron miradas extrañadas.

Al cabo de una breve pausa, alguien manifestó:

—No escuchamos ninguna flauta.

Ante tal declaración, el semblante de Lan Wangji se volvió hosco. Justo cuando se levantó y tomó su espada para salir, Wei Wuxian guardó a Chenqing, dio un salto y aterrizó hábilmente sobre otro alero.

Como Lan Wangji notó algo sospechoso, exclamó en voz baja:

—¡¿Quién anda ahí?!

Wei Wuxian silbó dos veces con claridad. Estaba ya a decenas de metros de distancia y contestó entre risas:

—¡Tu esposo!

Al oír su voz, el gesto de Lan Wangji cambió e inquirió:

—¿Wei Ying?

Wei Wuxian no respondió. Lan Wangji desenfundó a Bichen, que llevaba a la espalda, y se dispuso a perseguirlo. Tras unas cuantos saltos y zancadas, Wei Wuxian aterrizó en un alto muro perimetral en alguna parte de Nubes Recónditas y se detuvo sobre una teja negra. Lan Wangji se encontraba a menos de seis metros de él, sosteniendo a Bichen. Como la cinta de su frente, sus mangas y sus prendas revoloteaban con el viento de la noche, parecía un ser celestial.

Wei Wuxian se puso las manos detrás de la espalda y sonrió.

—¡Qué movimientos tan atractivos y qué hombre tan guapo! Si a esta vista y este ambiente les añadimos una tinaja de Sonrisa de Emperador, ¡sería más que perfecto!

Lan Wangji lo miró fijamente y, después de un largo rato, preguntó:

—Wei Ying, ¿cuál es tu propósito al visitar Nubes Recónditas a estas horas de la noche y sin ninguna invitación?

—Adivina.

Tras quedarse callado un momento, Lan Wangji se quejó:

—¡Qué frívolo!

Wei Wuxian esquivó el ataque de Bichen con gran facilidad. Si bien el Lan Wangji de diecisiete o dieciocho años era bastante hábil, no suponía una enorme amenaza para él. Tras unas cuantas arremetidas, Wei Wuxian halló una brecha y le pegó un talismán en el corazón. Lan Wangji se puso tan rígido que le fue imposible moverse. Wei Wuxian lo cogió en brazos y corrió directo hacia las montañas detrás de Nubes Recónditas.

Una vez allí, encontró un denso arbusto de orquídeas donde acomodó a Lan Wangji y lo apoyó sobre una roca blanca.

—¿Qué pretendes?

—Violarte —respondió Wei Wuxian en tono serio, pellizcándole la mejilla.

Lan Wangji no sabía si bromeaba o no, así que palideció y lo reprendió con su profunda voz:

—Te lo advierto, Wei Ying… no seas imprudente.

—Ya me conoces y sabes muy bien lo insolente que soy. —Mientras hablaba entre risas, Wei Wuxian deslizó la mano debajo de la túnica blanca de Lan Wangji y presionó cierta parte de su cuerpo.

Aquel apretón no fue ni ligero ni demasiado intenso, sino que lo hizo con bastante destreza. Al instante Lan Wangji adoptó una expresión bastante extraña. Aunque contrajo y frunció los labios, hizo todo lo posible por mantener la calma y que no se reflejara el cambio en su semblante.

Sin embargo, Wei Wuxian quería más. Le quitó el cinturón y lo despojó de sus prendas inferiores con tan solo un par de movimientos. Después de sopesar el grueso y largo pene de Lan Wangji, que contrastaba con su apuesto y delicado rostro, lo elogió de todo corazón:

—Vaya, Hanguang-jun, ya estás bastante dotado, ¿eh?

En cuanto terminó de hablar, le dio un delicado golpecito con los dedos en los genitales.

Al ver cómo jugaba con su parte íntima de esa manera, Lan Wangji parecía que iba a vomitar sangre y morir de rabia. Estaba tan furioso que ni siquiera se molestó en analizar quién demonios era el «Hanguang-jun» que había mencionado. Tan solo lo reprendió con severidad:

—¡Wei Ying!

Wei Wuxian se rio entre dientes.

—Adelante, grita todo lo que quieras. Aunque te quedes ronco, nadie vendrá a salvarte.

Lan Wangji estaba a punto de decirle algo, pero vio que, cuando terminó de reírse, se acomodó un mechón suelto por detrás de la oreja e inclinó la

cabeza para introducirse su polla en la boca.

Sus ojos se abrieron como platos por la sorpresa. Estaba tan incrédulo que se le tensó todo el cuerpo.

Si bien el Lan Wangji del sueño era bastante joven e inexperto, no se podía subestimar el tamaño de su entrepierna. Aun así, Wei Wuxian se introdujo su largo falo en la boca y, sin siquiera haberlo engullido entero, sintió como la suave punta llegaba a la pared de su garganta. El pene era tan grueso y caliente que podía sentir cómo palpitaba. Sus mejillas estaban abultadas. A pesar de que le costaba seguir metiéndoselo en la boca, llevó lo que faltaba a lo más profundo de su garganta con suma paciencia y dedicación.

Wei Wuxian tenía bastante práctica estimulando a Lan Wangji y esta vez sacó a relucir sus excelentes habilidades: succionó el pene y lo lamió, emitiendo gorgoteos como si se concentrara en saborear un exquisito manjar. Por naturaleza, la tez de Lan Wangji era tan blanca como la nieve y parecía inmune a sonrojarse. Sin embargo, en ese momento sus orejas y su cuello se habían teñido de rojo, y su respiración era agitada.

Aunque Wei Wuxian pasó un largo rato chupando su falo y le dolían las mejillas, Lan Wangji seguía sin correrse. Se quedó confundido y se preguntó cuál era el problema, pues no podía creer que su felación no lograra satisfacer al Lan Zhan de diecisiete años. Entonces levantó los ojos para contemplarlo y lo que vio fue su rostro estoico; parecía que estaba aguantando con todas sus fuerzas. Pese a que su miembro estaba tan duro como el acero, se resistía a eyacular, como si tratara de no cruzar el límite de sus principios morales.

A Wei Wuxian le divertía tanto su actitud que su deseo de hacer travesuras se acrecentó. Lamió repetidamente el grueso glande con la punta de su húmeda lengua y luego lo succionó unas cuantas veces más, llevando su virilidad hasta lo más profundo de su garganta. Con tales provocaciones, Lan Wangji no pudo contenerse más y por fin se corrió.

El semen era muy espeso y un sabor almizclado llenó su boca. Wei Wuxian se enderezó, tosió un par de veces, se limpió las comisuras de los labios con el dorso de la mano y, como siempre hacía, se lo tragó todo. Después de eyacular, los ojos de Lan Wangji se pusieron rojos y se quedó mirando intensamente a Wei Wuxian en silencio. Quizá se trataba de una reacción física tras el orgasmo o tal vez se debía a la vergüenza y la indignación.

Puesto que lo miraba como si no pudiera soportar otra humillación, el corazón de Wei Wuxian se ablandó y se acercó para darle un dulce beso en la mejilla.

—Vale, perdóname. No debí intimidarte.

Mientras decía aquello, limpió con dos dedos el miembro de Lan Wangji, que todavía tenía rastros de la reciente eyaculación. Una vez que retiró la mano, se desabrochó la faja y se quitó las prendas inferiores.

Las piernas de Wei Wuxian eran largas y esbeltas; sus muslos, tan blancos que relucían como el jade; sus curvas, atractivas y prominentes; sus glúteos, redondos y firmes. Sin duda alguna, aquello conformaba una vista fantástica. Apoyado en la roca blanca, Lan Wangji tenía el ángulo perfecto para ver todos los rincones ocultos de la parte inferior de su cuerpo.

Wei Wuxian se arrodilló sobre la hierba donde crecían las flores y se dio la vuelta para darle la espalda a Lan Wangji. Una vez que se puso a cuatro patas, se llevó los dedos manchados de semen al orificio que estaba en la profunda hendidura de su trasero. Cuando abrió un poco las nalgas, se pudo vislumbrar el pequeño puntito rosa del centro. La entrada era suave y delicada y, si bien era muy estrecha, Wei Wuxian empezó a lubricarla con el semen. Tras frotarla suavemente unos instantes, esta se abrió un poco para permitir el paso de sus dedos. Con movimientos lentos y firmes, los introdujo hasta el fondo antes de iniciar un vaivén. Al cabo de un rato, fue aumentando la velocidad y su pene se endureció.

Cuando oyó el sonido de los fluidos, que indicaba que su entrada se había

humedecido lo suficiente, Wei Wuxian añadió un tercer dedo. De pronto, soltó un suave jadeo, como si estuviera a punto de alcanzar su límite. Sin embargo, controló la intensidad de sus movimientos y ralentizó el vaivén.

Se suponía que, por ser de noche, los detalles no se podían apreciar con nitidez, pero los sentidos de Lan Wangji eran demasiado agudos, sobre todo su vista. No podía dejar de observar la escena tan lasciva que se desarrollaba frente a sus ojos.

Cuando hacían el amor, a Wei Wuxian le gustaba llegar al clímax con él, de modo que, para no acabar demasiado pronto, evitó de forma intencionada las zonas sensibles de su interior mientras se dilataba su cavidad anal. Aun así, como estaba tan acostumbrado al buen trato que Lan Wangji les dispensaba a esas partes clave, no parecía poder complacerse con nada más. Las paredes de su interior se retorcían y se contraían, como si no estuvieran satisfechas. A veces, cuando no llegaba a tocar el punto sensible, movía las caderas de manera inconsciente para que sus dedos acertaran con el lugar correcto. Al haber estado tan cerca de rozar la parte clave en numerosas ocasiones, las piernas de Wei Wuxian se debilitaron y empezaron a temblar. A duras penas podía mantenerse de rodillas. Entonces se apresuró a retirarse los dedos y se tomó unos instantes para calmarse. Cuando se giró hacia atrás, se encontró con la mirada de Lan Wangji, que de inmediato cerró los ojos por alguna razón.

—Oye, Lan Zhan —lo llamó con una sonrisa—, ¿qué haces? ¿Recitando mentalmente las reglas del clan Lan?

Puesto que había acertado, las pestañas de Lan Wangji se agitaron como si quisiera abrir los ojos, pero logró contenerse.

—Eh, mírame —insistió Wei Wuxian con languidez—. ¿Qué temes? Ni que te fuera a hacer cosas malas.

Si ya de por sí su voz era bastante agradable de escuchar, en su tono subyacía un toque coqueto que podría enganchar a cualquiera. Aun así, Lan Wangji parecía decidido a no mirar, no escuchar y no decir nada. Se limitó a

ignorarlo y permaneció impasible.

—¿De verdad vas a ser tan insensible?

Aunque siguió provocándolo para convencerlo, Lan Wangji continuó sin abrir los ojos, así que Wei Wuxian arqueó las cejas y dijo:

—Bueno, en ese caso, ¿te importaría prestarme a Bichen?

Mientras formulaba la pregunta y sin esperar ninguna respuesta, extendió la mano y tomó la espada, que había quedado tirada a un lado.

Enseguida Lan Wangji abrió los ojos y exclamó alarmado:

—¡¿Qué pretendes?!

—¿Tú qué crees? —respondió Wei Wuxian con otra pregunta.

—¡No tengo ni idea!

—¿Y por qué estás tan nervioso, eh?

—¡Pues…! Yo…

Mientras Wei Wuxian se reía y lo miraba, balanceó a Bichen. Luego bajó la vista, le dio un suave beso en la empuñadura y sacó la punta de su roja y brillante lengua para lamerla con delicadeza.

La hoja de Bichen era como el hielo y la nieve, traslúcida y cristalina. La empuñadura estaba hecha de plata pura y se había forjado con un método secreto de refinamiento. Era bastante pesada, y el diseño de sus patrones era sofisticado pero sencillo. Su apariencia era cautivadora.

—¡Suelta a Bichen! —exigió Lan Wangji, bastante exaltado.

—¿Por qué?

—¡Es mi espada! No puedes usarla para… para…

Al oír aquella insinuación, Wei Wuxian preguntó extrañado:

—Ya sé que es tuya. Es solo que me ha parecido bonita y he decidido jugar un poco con ella. ¿Qué creías que iba a hacer?

Lan Wangji se quedó sin palabras.

En cambio, Wei Wuxian estalló en carcajadas. Se estaba riendo tanto que se tuvo que sostener el abdomen.

—¡Ja, ja, ja, ja, ja, ja, ja, ja, ja, ja! Ay, Lan Zhan, ¿en qué estabas

pensando? ¡Qué mente tan pervertida tienes!

Al ver que no solo lo negaba, sino que, además, lo estaba acusando sin razón, a Lan Wangji se le ensombreció el semblante. Era obvio que no le estaba haciendo gracia.

Wei Wuxian lo chinchó un rato más y, cuando estuvo satisfecho, continuó:

—Si no quieres que use tu espada, ¿por qué no te intercambias con ella? ¿Qué te parece?

Lan Wangji se encontraba en un dilema. Por un lado, no podía aceptar así como así, pero tampoco podía dejar que profanara su espada.

Como no respondía, Wei Wuxian se volvió a arrodillar, esta vez con la espalda recta, y se subió a horcajadas sobre Lan Wangji para tratar de persuadirlo una vez más.

—Si aceptas, te devolveré la espada y haremos cosas divertidas. ¿Qué dices?

Tras una pausa, Lan Wangji masculló con los dientes apretados:

—¡No…!

Wei Wuxian arqueó las cejas.

—Vale. Que conste que lo has dicho tú, ¿eh?

Acto seguido, se bajó de Lan Wangji, se sentó frente a él y abrió las piernas.

—Mira cómo jugamos Bichen y yo —declaró entre risas divertidas.

Esa posición tan obscena y descarada permitió que Lan Wangji viera sin obstáculos las partes íntimas de Wei Wuxian. Sus pálidos glúteos se separaron, revelando el punto rosado que estaba oculto en medio. Pese a que el orificio estaba un tanto rojo e hinchado después de la dilatación, también estaba más laxo y lubricado. Wei Wuxian le dio la vuelta a Bichen y apuntó el mango de la espada hacia su entrada. Tomó una ligera bocanada de aire y ejerció un poco de fuerza. Los pliegues de su cavidad se estiraron al instante, succionando y envolviendo la punta de la empuñadura para

luego engullir la mitad.

Como el mango de Bichen estaba tan gélido como un pedazo de acero, Wei Wuxian tembló y sus entrañas se contrajeron con tanta violencia que expulsó una pequeña sección de la empuñadura. Al instante afianzó el agarre y continuó introduciéndola con más fuerza para iniciar un lento vaivén.

Si ya de por sí sus paredes envolvían el objeto, que la empuñadura de la espada tuviera patrones irregulares hacía que se sintiese como si le raspara la parte interna de su cavidad. De este modo, parecía volverse loco con cada estocada que se daba. Cuando el arma rozó cierto punto sensible de su cuerpo, Wei Wuxian dejó escapar un sutil gemido y cerró un poco las piernas. Se sentía mareado y le hormigueaba todo, hasta el cuero cabelludo. Su miembro volvió a endurecerse y esta vez se puso totalmente erecto.

Desde el punto de vista de Lan Wangji, era una imagen de una obscenidad extrema. Wei Wuxian estaba tumbado delante de él con las piernas abiertas mientras se introducía a Bichen por su abertura anal. Su delicado orificio estaba rojo e hinchado por las embestidas de la dura y fría empuñadura. Aunque parecía bastante doloroso, Wei Wuxian se empeñó en hacer que entrara y saliera una y otra vez. A medida que sus movimientos se volvían más rápidos, las estocadas se hacían más fluidas.

Wei Wuxian emitió suaves jadeos. Mientras miraba a Lan Wangji con los ojos llorosos, gimió su nombre.

—Lan Zhan…

»Lan Zhan…

Como lo había llamado con una voz nasal, sonaba como si le estuviera suplicando, pero al mismo tiempo parecían gemidos de excitación. Aun así, fuera cual fuese la razón, aquello resultó suficiente para tentar y cautivar al hombre que tenía enfrente. En ese momento Lan Wangji ya no tenía fuerza de voluntad para cerrar los ojos ni apartar la vista. Como si estuviera hechizado, dirigió una penetrante mirada al rostro de Wei Wuxian. Mientras

observaba cómo se retorcía y se contraía con las embestidas de Bichen y cómo temblaba mientras se follaba con la espada, sus nudillos se pusieron blancos y empezaron a crujir.

Por su parte, Wei Wuxian era completamente ajeno a los cambios que sucedían a su alrededor, pues estaba demasiado distraído con las arremetidas de Bichen. Sin que se diera cuenta, sus piernas se fueron cerrando hasta que quedaron completamente asidas. Una vez que sus glúteos se juntaron, su orificio se estrechó aún más alrededor de la empuñadura y dejó escapar un jadeo. Como sentía que sus brazos y sus piernas estaban endebles y temblorosos, se tumbó de costado con intención de tomarse un descanso. No obstante, para su sorpresa, un par de manos tan fuertes como aros de hierro agarraron sus rodillas flexionadas y le separaron las piernas con brusquedad.

Wei Wuxian abrió los párpados de golpe y de inmediato se encontró con los ardientes y enrojecidos ojos de Lan Wangji. Era difícil descifrar qué emoción escondía detrás de semejante mirada. Enseguida Lan Wangji agarró a Bichen, la sacó y la lanzó lejos. En cuanto la empuñadura de la espada se retiró de su cuerpo, Wei Wuxian gimió como si estuviera inconforme.

—¡Sinvergüenza! —gritó enfadado Lan Wangji.

Tras inmovilizarlo contra el suelo, tomó su furiosa virilidad, que se había hinchado hasta teñirse de un rojo púrpura, y lo penetró directamente. En cuanto su miembro entró por completo, comenzó a embestirlo con ímpetu, sin detenerse ni un segundo.

Tan pronto como irrumpió en su interior, Wei Wuxian cooperó obediente y se puso a su disposición: le envolvió la cintura con las piernas y le rodeó el cuello con los brazos. Sin embargo, después de recibir unas cuantas estocadas, sintió que ya no podía más. Después de todo, los movimientos de Lan Wangji eran demasiado brutales; cada vez que lo embestía, parecía que estaba a punto de salir volando por el impacto. Lo estaba follando tan duro

que no solo le dolía el trasero, sino también el coxis.

—¡Más suave! —imploró Wei Wuxian—. Segundo joven señor Lan, sé más delicado, por favor…

Se le había nublado tanto la mente que pronunció aquel apelativo sin pensarlo ni tener en cuenta que era la primera vez que lo llamaba así en ese sueño. Lejos de refrenar a Lan Wangji, lo único que hizo fue avivar su ferocidad. Sus arremetidas se volvieron tan frenéticas como si quisiera partirle el trasero en ocho pedazos.

Wei Wuxian echó la cabeza hacia atrás y respiró hondo mientras aguantaba los tormentosos e intensos empujones.

—¡Está… muy caliente!

Bichen emanaba un gélido aire, por lo que, al haber introducido su empuñadura en su cuerpo, sus paredes no solo habían quedado más suaves, sino que también se habían enfriado. Y, como el miembro que ahora tenía dentro era más grueso y caliente que el mango de Bichen, cada vez que Lan Wangji movía las caderas era como si una bola de fuego le abrasara las entrañas. Sentía tal ardor que le daban ganas de rodar por el suelo. No obstante, gracias a que se había estado estimulando a sí mismo y a las bruscas maniobras de Lan Wangji, su cuerpo se volvió tan maleable que perdió la voluntad de moverse. En ese momento ya no importaba que su nivel cultivacional fuera mayor que el de Lan Wangji, pues no podía resistirse. Cuando el ardor se volvió insoportable, intentó zafarse, girando la cintura para escapar. Sin embargo, Lan Wangji lo sujetó por las caderas y le propinó embestidas tan profundas que lo dejó sin voz.

Lan Wangji se le acercó al oído y preguntó entre susurros:

—¡¿Quién es el marido aquí, eh?!

Wei Wuxian se sentía tan mareado y aturdido que no reaccionó, por lo que Lan Wangji repitió la pregunta y la complementó con una fuerte estocada. El impacto de aquel golpe hizo que Wei Wuxian sintiera como si su alma fuera a salirse de su cuerpo para volar al cielo.

—¡Tú! ¡Tú! Eres tú —se apresuró a responder—. Tú eres el marido.

En realidad, él se lo había buscado.

Apretó los dientes y, sin quejarse, aguantó que lo follase sin control otro rato. Su frío túnel se calentó gracias a las constantes fricciones, y poco a poco se sintió más cómodo. La puntiaguda cabeza del pene de Lan Wangji lo embestía con frenesí mientras sus resbaladizas y blandas paredes lo succionaban, contrayéndose de vez en cuando. Como el falo ligeramente curvo de Lan Wangji rozaba una y otra vez su punto más sensible, Wei Wuxian sintió que se iba a volver loco de placer. Aun así, eso no evitó que fingiera debilidad, como si no pudiera soportar que lo follara tan duro. Mientras su cuerpo se balanceaba con el potente ritmo del vaivén, agarró el brazo de Lan Wangji y se quejó.

—Segundo joven señor Lan… Lan Zhan… Sé más delicado, ¿vale? Me duele… Creo que estoy sangrando…

El punto donde ambos estaban copulando estaba bastante escurridizo y viscoso, y el gorgoteo de sus fluidos se hacía cada vez más notorio. Por tanto, al escuchar sus quejas, Lan Wangji bajó la cabeza de inmediato para mirar y se sorprendió un poco.

Wei Wuxian resopló y preguntó:

—¿Estoy sangrando?

Lan Wangji soltó un pesado jadeo.

—No.

—Ah, ¿no? ¿Y qué es eso?

—Estás mojado —explicó Lan Wangji en una voz muy baja.

Sin saber cuándo había empezado, un líquido había empapado el interior de los muslos de Wei Wuxian y se había escurrido por todas partes. El erecto, hinchado y rojizo pene de Lan Wangji también estaba humedecido con el mismo fluido, que solo podía haber salido de la entrada de Wei Wuxian.

—¿De verdad? ¿Me lo juras? —preguntó, fingiendo no creerlo.

Al mismo tiempo tomó la mano de Lan Wangji y la guio hasta el lugar donde ambos estaban unidos. Su miembro era grueso y las venas de esa zona palpitaban sin parar, haciendo que la cavidad de Wei Wuxian se dilatara hasta el límite. Cuando Lan Wangji tocó el viscoso líquido y la parte donde ambos estaban conectados, retiró la mano de repente, como si se hubiera pinchado con una aguja. Cuando echó un vistazo, comprobó que era un líquido transparente y que, en efecto, no era sangre.

Wei Wuxian y Lan Wangji tenían una extraordinaria compatibilidad física y, durante el sexo, sus cuerpos reaccionaban de forma natural. Era solo que, en ese momento, Wei Wuxian le estaba gastando una broma. Al ver como las comisuras de sus labios se curvaban en una sonrisa, Lan Wangji supo que le había tomado el pelo, así que retomó las furiosas arremetidas.

Con la respiración entrecortada a causa de la nueva oleada de estocadas, Wei Wuxian se apresuró a proponer:

—Lan Zhan… súbeme. Ponme encima de ti.

Lan Wangji vaciló un poco, puesto que no entendía lo que quería decir. Wei Wuxian lo abrazó de inmediato y, con todas sus fuerzas, se dio la vuelta para invertir sus posiciones.

Ahora Lan Wangji estaba recostado en el suelo y Wei Wuxian, sentado sobre él, con el trasero todavía estrechamente conectado a su entrepierna. Aquel grueso y caliente falo todavía estaba enterrado en lo más profundo de su cavidad anal y no se había salido ni un momento; por el contrario, se agitó un poco dentro de su abdomen. La sensación fue tan placentera que cerró los ojos y se le nubló la mente.

Sin saber si era producto de su imaginación o no, Wei Wuxian pareció sentir que su plano vientre se encontraba algo abultado por la hombría de Lan Wangji. Bajó la cabeza y estiró la mano para palpar la zona. Sin que tuviera mucho tiempo para tocarla, Lan Wangji alzó las caderas y lo obligó a moverse.

Gracias a su impulso, Wei Wuxian inició un vaivén de arriba abajo.

Cuando subía, ascendía tan alto que únicamente la dura y puntiaguda cabeza del miembro permanecía dentro de su cuerpo. Como consecuencia, cuando bajaba, lo engullía hasta el fondo. Las embestidas eran tan profundas que frunció el ceño. Además, la velocidad de las subidas y las bajadas era tan frenética que ni siquiera podía respirar. En anteriores ocasiones, cada vez que tenían relaciones sexuales, Wei Wuxian exigía cabalgarlo. Le gustaba más esa posición porque lo penetraba con más profundidad, pero en ese instante estaba sufriendo las consecuencias de que llegara tan hondo. En el sueño el Lan Wangji de diecisiete años estaba tan loco por él que no se medía ni se controlaba.

Así, lo siguió follando hasta que a Wei Wuxian le temblaron las piernas. Ya no podía mantenerse erguido y mucho menos contaba con la suficiente fuerza para correrse, por lo que era una situación lamentable. No le quedó otra que colocar las manos sobre el firme abdomen de Lan Wangji mientras siseaba y jadeaba.

Aunque había nacido con unas caderas anchas y una cintura delgada, tenía mucha carne en los glúteos. Los dedos de Lan Wangji se enterraron en sus nalgas y las amasaron con vigor. Después de un tiempo masajeándolas, se volvieron moradas. Los violentos apretones provocaron que le hormigueara todo el cuerpo, y le dolían tanto los glúteos que apartó la mano del hombre que estaba debajo de él. Sin embargo, para su sorpresa, Lan Wangji se mostró inconforme. Su rostro se ensombreció al instante y frunció el ceño.

¡Plaf!

Acto seguido, un salvaje y sonoro manotazo golpeó el trasero de Wei Wuxian, que se quedó pasmado unos segundos.

A lo largo de su vida, casi nadie le había pegado en esa zona. De hecho, cuando hacía travesuras de niño, la señora Yu solo le daba latigazos en la espalda y las palmas de las manos. Jiang Fengmian y Jiang Yanli nunca lo golpeaban. En cambio, a los niños de otros clanes les bajaban los

pantalones y les daban azotes cada vez que se portaban mal, cosa que a Wei Wuxian le parecía bochornosa y humillante. Por eso se sentía muy orgulloso de que nunca antes le hubieran dado golpes en el trasero. No obstante, ahora Lan Wangji había roto la norma y, para colmo, había sido nada más y nada menos que su versión de diecisiete años.

De pronto, Wei Wuxian enrojeció y palideció un par de veces. Por primera vez sintió una vergüenza incontrolable en medio del acto sexual. Cuanto más lo pensaba, menos podía asimilarlo. Con uno de sus glúteos doloridos, se quejó entre gritos:

—¡Ya no quiero seguir con esto!

Enseguida se bajó de Lan Wangji y rodó hacia un costado. Arrastrando las endebles piernas, luchó por alejarse y trató de alcanzar sus pantalones.

Producto del sexo, un ardor indescriptible se había acumulado en la parte baja del abdomen de Lan Wangji. Y, por si fuera poco, Wei Wuxian lo había estado provocando, pinchándolo, pellizcándolo, manoseándolo, acariciándolo, besándolo, chinchándolo y seduciéndolo. Ahora que había descubierto que le aterraban los azotes, no lo iba a dejar ir tan fácilmente. Con tan solo una sacudida de la mano, destrozó los pantalones de Wei Wuxian, que él apenas se había subido hasta las rodillas. Le dio la vuelta y, con una mano, le inmovilizó ambas muñecas detrás de la espalda para luego propinarle un fuerte manotazo en uno de sus blancos glúteos.

¡Plaf!

Con aquel sonoro golpe, todo el cuerpo de Wei Wuxian tembló y soltó un alarido:

—¡Auch! ¡Duele!

En realidad, no le dolía tanto, pero se sentía tan humillado que le resultaba insoportable. Cada vez que hacían el amor, nunca reprimía sus quejidos y, durante el acto, su voz siempre sonaba tan ronca que no parecían chillidos de dolor, sino gemidos apasionados y sensuales.

Cuando Lan Wangji lo oyó, hizo una pausa para mirar hacia abajo.

Debajo de su palma estaban las dos voluptuosas y redondas nalgas, cuya piel pálida había adquirido un tono rosado a causa de los azotes. Además, estaban adornadas de las ásperas marcas de los dedos de Lan Wangji. La raja entre los glúteos estaba un tanto separada y se veía el hinchado y rojo orificio, que no paraba de contraerse. Ahora que estaba inflamado, parecía todavía más delicado, y era un misterio cómo se las había apañado para engullir la empuñadura de Bichen o la monstruosa hombría que ahora se hallaba justo debajo de su trasero.

Finos rastros del líquido transparente brotaban de la hendidura de sus nalgas, escurriéndose hacia la base de sus muslos.

Mientras lo observaba, la mirada de Lan Zhan fue volviéndose cada vez más sombría.

Como Lan Wangji seguía sujetándolo, a Wei Wuxian le dio miedo que le volviera a dar azotes, así que optó por contraer su entrada, haciendo que se abriera y cerrara un par de veces. Su intención era desviar su atención y hacer que se centrara en follarlo en lugar de azotar sus glúteos. Tal y como esperaba, la respiración de Lan Wangji se aceleró y giró el cuerpo para introducirse una vez más en él. Lo penetró de una forma tan fluida que el interior de Wei Wuxian se volvió a llenar hasta el límite y entonces soltó un suspiro de alivio.

Sin embargo, antes de que pudiera relajarse, Lan Wangji le propinó otra palmada en el trasero. El impacto hizo que a Wei Wuxian le volviera a temblar todo el cuerpo, y sus entrañas se retorcieron al instante. Por pura casualidad, aquello coincidió con el momento en el que el glande de Lan Wangji rozaba su punto más sensible, de modo que su propia virilidad se puso todavía más erecta y dura, segregando un poco más de líquido preseminal.

A partir de entonces, Lan Wangji le daba un azote en cada embestida. Sus paredes se tensaban cada vez que su próstata chocaba con el pene. A medida que transcurría el tiempo, el miembro de Wei Wuxian se iba

elevando más y más. Los tres estímulos contribuyeron a que se sintiera dentro de un turbulento mar de placer y gimoteó en voz baja.

—No seas así… Lan Zhan… Detente… Deja de azotarme… ¡Reacciona! Lan Zhan, por favor…

Sabía que siempre le había gustado el sexo duro y, de hecho, a él mismo le encantaba esa brusquedad al hacer el amor, pero nunca se había visto obligado a llegar a tal extremo.

Después de decenas de azotes, los glúteos de Wei Wuxian se inflamaron tanto que ardían con el más mínimo contacto. Pero esa no era la única parte afectada, sino que todo su cuerpo estaba sumamente sensible. Lan Wangji lo embistió e inclinó la cabeza para besarle los labios. Con la respiración entrecortada y las últimas fuerzas que le quedaban, Wei Wuxian profundizó el beso, su entrepierna por fin se liberó y alcanzó el orgasmo. El lechoso semen brotó y los salpicó a los dos en el abdomen. Lan Wangji lo siguió, inundando sus paredes con un abundante fluido.

Exhausto, Wei Wuxian se quedó unos momentos abrazándolo en silencio, aunque no tardó en quejarse con la voz ronca:

—Me duele…

Después de correrse por segunda vez, Lan Wangji por fin pareció recuperar la cordura y la compostura. Dejándose caer sobre Wei Wuxian, preguntó confundido, como si no supiera cómo reaccionar:

—¿Dónde…?

Wei Wuxian no era capaz de decirle que le dolía el trasero, así que, tras una breve pausa, optó por murmurar otra cosa:

—Lan Zhan, bésame un poquito más, por favor…

Cuando Lan Wangji vio lo dócil que parecía con la mirada hacia abajo, los pálidos lóbulos de sus orejas se tiñeron de rosa. Cumpliendo con su petición, lo abrazó con fuerza y alcanzó sus labios para besarlo con delicadeza. Al separarse, le mordió el labio inferior con suavidad.

Después de eso ambos despertaron.

Tumbados en la cama de madera de la habitación del silencio, se miraron fijamente con los ojos abiertos. Al cabo de un rato, Lan Wangji envolvió a Wei Wuxian en otro abrazo.

Wei Wuxian no solo se vio atrapado en sus extremidades, sino también en un prolongado beso. Cuando sus labios se separaron, se sintió pleno y esbozó una sonrisa tan amplia que se le entrecerraron los ojos.

—Lan Zhan, deja que te pregunte algo… ¿Por qué siempre te corres dentro de mí? ¿Es porque quieres a un pequeño joven señor Lan?

En el sueño su plan de aprovecharse de Lan Wangji había fracasado y había sido él quien había terminado sometido bruscamente. Por tanto, cuando despertó y lo vio, no se resistió a decir tonterías de nuevo.

En comparación con el pasado, Lan Wangji ya no se enfadaba con tanta facilidad, por lo que solo replicó en tono calmado:

—¿Y cómo darías a luz?

Wei Wuxian estiró sus doloridos brazos y apoyó la cabeza en ellos.

—Uf, si pudiera parir, ya te habría dado un montón de bebés con lo mucho que me follas.

Como Lan Wangji no aguantaba oír palabras tan obscenas, exigió:

—Basta… No sigas hablando.

Wei Wuxian alzó una pierna y dijo entre risas divertidas:

—¿De nuevo te has cohibido? Yo…

Antes de que terminara de hablar, sintió que Lan Wangji le daba una suave palmada en el trasero. Wei Wuxian casi se cayó de la cama.

—¡¿Qué haces?!

—Examinarte.

A pesar de que le temblaban las piernas, Wei Wuxian se bajó de la cama y

se puso de pie.

—Gracias, pero no hace falta. Recuerdo claramente las grandiosas cosas que me has hecho en el sueño. ¡Nadie me había tratado así nunca, ni siquiera cuando era niño! No voy a permitir que lo vuelvas a hacer. Si quieres follarme, adelante; abriré las piernas para ti si quieres, ¡pero no me azotes!

Lan Wangji tiró de él para que se volviera a subir a la cama y le aseguró:

—Vale, sin azotes.

Tras oír su promesa, Wei Wuxian se relajó al fin.

—Que conste que tú mismo lo has dicho, Hanguang-jun.

—Hm —contestó Lan Wangji a modo de afirmación.

Tras haber vivido tres largas y locas noches, una abrumadora somnolencia se apoderó de él y no pudo mantenerse despierto. Se acurrucó una vez más en los brazos de Lan Wangji y murmuró soñoliento:

—Nadie me había tratado así nunca, ni siquiera cuando era niño…

Lan Wangji le acarició el cabello, le besó la frente y, con una sonrisa en los labios, sacudió la cabeza.

EXTRA III

Amistad malvada

Xue Yang estaba sentado en la pequeña mesa de madera de un puesto callejero. Con una pierna apoyada sobre un banco, comía un tazón de bolitas de harina glutinosa con sopa de vino de arroz.

Clanc, clanc… Ting, ting…

Con cada bocado, hacía tintinear la cuchara contra el tazón. Al principio, estaba satisfecho con la comida, pero se dio cuenta de que las bolitas dulces eran demasiado chiclosas y que el vino de arroz no estaba tan dulce como quería.

Indignado, se puso de pie y pateó el puesto.

El dueño, que estaba ocupado con sus labores, se quedó atónito ante su repentino arrebato. Pasmado, vio como aquel joven propinaba repetidas patadas a su puesto, se daba la vuelta sin decir nada y se alejaba mientras se reía burlonamente. Después de un rato reaccionó y lo persiguió.

—¡¿Qué haces?! —lo reprendió con furia.

—Destrozar tu puesto, claro está —contestó Xue Yang.

El dueño se enfureció todavía más.

—¡Tienes un problema! ¡Menudo loco de mierda!

Como Xue Yang se mostró indiferente, el hombre continuó maldiciéndolo y señalándolo a modo de reproche.

—¡Maldito infeliz! ¡Como si no te bastara con comer sin pagar, ahora

destrozas mi puesto! Te juro que te voy a…

Xue Yang alzó un poco el pulgar derecho y desenvainó la espada que llevaba en la cintura.

La luz de Jiangzai, la Calamitosa, era espeluznante. Con la fría hoja del arma, dio unos cuantos golpecitos en el rostro del hombre. De algún modo, sus movimientos eran amenazantes y suaves a la vez.

—Las bolitas de arroz glutinoso estaban deliciosas —dijo en tono dulce y confiado—, pero no te olvides de ponerles más azúcar la próxima vez.

Dicho aquello, se giró sobre los talones y se marchó.

El dueño del puesto estaba tan asustado que no se atrevió a seguir quejándose. Mientras observaba como el insolente joven se alejaba, se sintió cada vez más ofendido. Después de un rato dejó escapar un rabioso bramido:

—¡¿Por qué has hecho eso a plena luz del día y sin motivo alguno?! ¡¿Quién te has creído, eh?!

Sin mirar atrás, Xue Yang agitó la mano desde la distancia.

—No me creo nadie, es solo que, en este mundo, hay muchas cosas que suceden sin motivo alguno. Se llaman desgracias inesperadas. ¡Adiós!

Con pasos ligeros pero veloces, se fue de allí. Después de pasar por varias calles, un hombre se le acercó por detrás, con las manos a la espalda y siguiéndolo a un ritmo pausado.

Jin Guangyao suspiró.

—Tan pronto como me he dado la vuelta, has causado semejante alboroto. Al principio solo tenía que pagar un tazón de bolitas de arroz, pero ahora también las mesas, las sillas, los bancos, los cuencos, las ollas y las sartenes.

—¿Te hace falta ese dinero?

—No.

—¿Entonces? ¿De qué te quejas?

—Me parece que a ti tampoco te hace falta. ¿Por qué no intentas ser un

cliente normal por una vez en tu vida?

—Cuando estaba en la prefectura de Kui, no usaba el dinero para comprar lo que quería, sino que lo obtenía de esta manera…

Para reforzar y demostrar lo que decía, le arrebató una brocheta de frutas confitadas [12] a un vendedor ambulante. Ante su descaro, el hombre se quedó boquiabierto. Seguro que era la primera vez que veía a una persona tan insolente.

Mientras masticaba una de las frutas, Xue Yang continuó:

—Además, no es como si no pudieses lidiar con un simple puesto ambulante.

—Sinvergüenza —dijo Jin Guangyao con una sonrisa—. En realidad, no me interesa que destroces un puesto de comida o quemes toda la calle. Lo único que te pido es que no lo hagas mientras lleves el uniforme de la flor estrella de nieve. Procura cubrirte la cara y asegúrate de que nadie se entere de quién es el culpable. No me pongas las cosas difíciles.

Mientras hablaba, le arrojó dinero al vendedor de dulces.

Xue Yang escupió las semillas de espino. Cuando miró de reojo a Jin Guangyao, vio que en la sien tenía un moretón que no había podido ocultar, así que soltó una ruidosa carcajada.

—¿Cómo te has hecho eso?

Jin Guangyao lo fulminó con la mirada, se levantó el sombrero y se lo recolocó para cubrirse el hematoma.

—Es una larga y complicada historia.

—¿Te ha golpeado Nie Mingjue? —supuso Xue Yang.

—En ese caso, ¿crees que estaría aquí hablando contigo?

Como tenía bastante lógica, Xue Yang estuvo de acuerdo con su argumento.

Los dos salieron de la ciudad de Lanling y llegaron hasta unos extraños edificios en medio del yermo.

No eran unas construcciones muy ostentosas. Al cruzar el imponente

muro de la entrada, había una hilera de casas oscuras y altas. Delante de ellas había una plaza rodeada por una valla de hierro que llegaba a la altura de su pecho. La verja estaba cubierta de talismanes rojos y amarillos. En la plaza había unos extraños artilugios, como jaulas de hierro, guillotinas y tablas llenas de clavos. También había algunas «personas» con ropas harapientas que caminaban despacio. Todos tenían la tez grisácea y los ojos vacíos. Avanzaban sin rumbo por el espacio abierto y de vez en cuando chocaban entre sí. Además, emitían unos ruidos muy raros, como si se les escapara aire por la boca.

Era una refinería de cadáveres.

Por aquel entonces, Jin Guangshan deseaba tanto el amuleto del Tigre Estigio que la idea de no tenerlo le quitaba el sueño. Si bien había hecho muchísimas insinuaciones y había empleado todos los métodos posibles, Wei Wuxian nunca había cedido, cosa que le había causado bastantes dolores de cabeza. Sin embargo, más tarde, había llegado a una conclusión: «Si tú creaste semejante artefacto, ¿crees que otros no podrían? Wei Ying, no creo que seas el único en el mundo que puede hacerlo. Tarde o temprano llegará el día en que alguien te supere y te conviertas en el hazmerreír de las próximas generaciones. ¡Veamos si mantienes esa arrogancia cuando llegue el momento!».

Entonces Jin Guangshan se dispuso a reclutar a aquellos cultivadores independientes que imitaban las prácticas desviadas de Wei Wuxian para utilizarlos a su favor. Invirtió grandes cantidades de dinero y recursos en ellos. Les ordenó que, de forma clandestina, estudiaran y analizaran la estructura del amuleto del Tigre Estigio para luego proceder a restaurarlo y replicarlo. Solo unos pocos habían obtenido resultados favorables en sus experimentos. Sorprendentemente, el que había llegado más lejos era el más joven, Xue Yang, que había sido recomendado por Jin Guangyao.

Jin Guangshan estaba tan encantado con él que lo había nombrado cultivador invitado, otorgándole grandes beneficios y libertades. La

refinería de cadáveres era un terreno que Jin Guangyao le había concedido para que pudiera hacer sus investigaciones personales en secreto. En otras palabras, podía perder el tiempo allí como le diera la gana.

Cuando llegaron, había dos cadáveres asesinos peleando en el centro del campo.

Esas dos criaturas eran muy diferentes a los otros cadáveres ambulantes. Su indumentaria estaba en buenas condiciones, sus ojos estaban completamente blancos y sostenían espadas. Cada vez que sus armas chocaban entre sí, las chispas salían volando en todas direcciones.

Ambos jóvenes se sentaron al mismo tiempo en dos sillas frente a la valla de hierro. Jin Guangyao se acomodó el cuello de su túnica, y un cadáver ambulante se acercó con pasos temblorosos y le ofreció una bandeja.

—Es té —dijo Xue Yang.

Jin Guangyao le echó un vistazo y vio un extraño objeto de color púrpura en el fondo de la taza. Estaba hinchado y era difícil determinar qué era.

—Gracias —dijo, apartando la taza.

Xue Yang volvió a empujar el recipiente hacia él y, en tono amable, insistió:

—Es el té secreto que yo mismo he preparado. ¿Por qué no te lo bebes?

Jin Guangyao volvió a alejar la taza y dijo en tono afable:

—Precisamente porque es tu receta secreta no me atrevo.

Xue Yang enarcó una ceja y giró la cabeza para seguir observando la pelea entre los cadáveres asesinos.

La batalla entre las dos criaturas se volvía cada vez más feroz. Usaban tanto sus espadas como sus garras, la sangre y la carne volaban por todas partes. Aun así, el aburrimiento de Xue Yang se iba volviendo más evidente. Después de un rato chasqueó los dedos e hizo un gesto con la mano. De inmediato ambos cadáveres asesinos comenzaron a retorcerse y se apuntaron a sí mismos con las hojas de sus propias espadas para decapitarse. Todavía temblando, los cuerpos sin cabeza se desplomaron.

—¿Qué ha pasado? Estaban peleando bastante bien, ¿no? —inquirió Jin Guangyao.

—Eran demasiado lentos —contestó Xue Yang.

—Pues eran muchísimo más veloces que los dos de la última vez.

Xue Yang estiró la mano, cubierta por un guante negro, extendió un dedo y lo sacudió.

—Depende de con qué los comparemos. Esos dos no aguantarían demasiado frente a los cadáveres asesinos que Wei Wuxian solía convocar con su flauta y, por supuesto, tampoco si tuvieran que competir con Wen Ning.

Jin Guangyao sonrió.

—¿Por qué estás tan impaciente? No tengo prisa. Venga, tómate tu tiempo y hazme saber si necesitas algo. Ah, por cierto… —Sacó algo de su manga y se lo entregó—. Ten, tal vez esto te sirva.

Xue Yang lo tomó y, tras hojear algunas páginas, se levantó de golpe.

—¿Son los manuscritos de Wei Wuxian?

—Correcto.

Con los ojos iluminados, bajó la cabeza y se dispuso a leer parte del contenido. Al cabo de unos instantes, levantó la vista.

—¿En serio son los textos que escribió cuando tenía diecinueve años?

—Por supuesto. Todo el mundo los quería y se peleaba por ellos, pero yo los he recuperado. Me ha costado un montón conseguirlos.

Xue Yang maldijo en voz baja, y la emoción hizo que el brillo de sus ojos se acentuara. Cuando terminó de revisar las hojas, expresó:

—No están completos.

—Hubo un gran incendio y una dura batalla en la colina de las fosas. Debemos dar las gracias por haber tenido la suerte de hallar estos restos. Venga, guárdalos y léelos.

—¿Y dónde está su flauta? ¿Crees que también puedes traer a Chenqing?

Jin Guangyao extendió las manos a ambos lados en señal de impotencia.

—Es imposible. Jiang Wanyin se la ha llevado.

—¿Él no era quien más odiaba a Wei Wuxian? ¿Para qué quiere a Chenqing? También has conseguido su espada, ¿no? ¿Por qué no se la cambias por la flauta? Hace mucho tiempo que abandonó a Suibian, y da la casualidad de que se ha sellado sola; ahora nadie puede desenvainarla. Aparte de exhibirla, no te servirá para una mierda.

—Joven señor Xue, se te da muy bien pedir imposibles, ¿eh? ¿Crees que no lo he intentado ya? No es tan simple. Ahora mismo Jiang Wanyin está como loco. Piensa que Wei Wuxian no está muerto y, si este vuelve, lo más probable es que no vaya a por su espada, sino a por Chenqing. Por eso no nos entregará la flauta por nada del mundo. Como le diga algo más al respecto, perderá los estribos.

Xue Yang soltó unas risitas divertidas.

—Menudo perro rabioso.

Justo en ese instante dos discípulos del clan Jin de Lanling trajeron a rastras a un cultivador amordazado y despeinado.

—Planeas refinar nuevos cadáveres asesinos, ¿cierto? Qué casualidad, justo te he traído el material que necesitas.

Los ojos del cultivador estaban enrojecidos y abiertos de par en par, como si fuera a lanzar fuego por ellos. Mientras observaba a Jin Guangyao con una profunda rabia, forcejeaba desesperado.

—¿Quién es? —quiso saber Xue Yang.

Sin inmutarse, Jin Guangyao declaró:

—Un pecador, desde luego. Todas las personas que te traigo lo son.

Al oírlo, el cultivador forcejeó aún más, se abalanzó hacia delante con todas sus fuerzas y escupió la mordaza junto con una bocanada de sangre.

—¡Eres el peor de los traidores! Has perpetrado los crímenes más ruines del mundo, ¡¿cómo te atreves a llamarme pecador?! ¡¿Qué delito he cometido, eh?!

Enfatizaba cada palabra, pronunciándolas como si escupiera clavos

afilados hacia Jin Guangyao.

Xue Yang se mofó.

—¿Qué está pasando?

Los dos discípulos tiraron del cultivador como si fuera un perro atado con cadenas.

—Amordazadlo —ordenó Jin Guangyao, haciendo un gesto con la mano.

—¿Por qué? Deja que lo oiga, ¿vale? —se entrometió Xue Yang—. ¿Cómo es eso de que eres el peor de los traidores? Ladra como un perro, no se entiende nada de lo que dice.

—Sea como sea, el joven señor He es un cultivador de renombre. ¿Por qué te diriges a él de una forma tan irrespetuosa? —indicó Jin Guangyao con un tono recriminatorio.

El cultivador soltó una risa sarcástica.

—Ahora soy tu presa, he caído en tu trampa. ¿Qué sentido tiene seguir fingiendo?

—No me mire así —dijo Jin Guangyao en un tono bastante cordial—. No he tenido otra alternativa. Es inevitable elegir a un cultivador jefe, ¿por qué ha tenido que avivar las llamas y provocar conflictos por todas partes? Se lo he advertido en repetidas ocasiones, pero usted ha decidido hacer oídos sordos. Ahora que la situación es irreversible, lo siento mucho por usted. No sabe cuánto me pesa el corazón…

—¿A qué te refieres con «inevitable» y «avivar las llamas»? —inquirió He Su—. La razón por la que Jin Guangshan quiere el puesto de cultivador jefe es que, al igual que el clan Wen de Qishan, pretende dominar el mundo cultivacional. ¿Crees que no lo sabemos? ¡Me has incriminado solo por decir la verdad!

Jin Guangyao sonrió, pero no dijo nada.

—Cuando logréis vuestro cometido, todos los clanes cultivacionales verán el verdadero rostro del clan Jin de Lanling —continuó He Su—. ¿Crees que podrás estar tranquilo tras matarme? ¡Te equivocas! Hay

muchísima gente talentosa en el clan He de Tingshan. A partir de ahora, uniremos nuestras fuerzas y trabajaremos duro para no volver a sucumbir ante gente de vuestra calaña… ¡Malditos cínicos disfrazados de perros Wen!

Al oír tales palabras, Jin Guangyao entrecerró los ojos y curvó los labios en una sonrisa, mostrando su habitual rostro amable y dócil. Cuando He Su vio la siniestra expresión, su corazón dio un vuelco. Justo en ese instante se escuchó alboroto fuera de la refinería de cadáveres: eran gritos de mujeres y niños.

He Su se volvió de inmediato y vio a varios cultivadores del clan Jin de Lanling arrastrando a sesenta o setenta personas que vestían el mismo uniforme. El grupo estaba compuesto por hombres y mujeres de todas las edades. Parecían aterrorizados, y algunos hasta estaban llorando.

Dos adolescentes, una chica y un chico, tenían las manos atadas detrás de la espalda. Tan pronto como vieron a He Su, se arrodillaron y comenzaron a chillar miserablemente:

—¡Hermano!

He Su se sorprendió tanto que su cara se puso tan blanca como una hoja de papel.

—¡¿Qué significa esto?! ¡Mátame solo a mí! ¡¿Por qué tienes que involucrar a todo mi clan?!

Jin Guangyao bajó la cabeza para arreglarse las mangas y, con su característica sonrisa, se excusó:

—Usted mismo me lo acaba de advertir, ¿lo recuerda? Si lo mato solo a usted, no podré estar tranquilo en el futuro, ya que en el clan He de Tingshan hay tanta gente talentosa que unirían sus fuerzas para nunca más sucumbir… Como me ha dado mucho miedo, lo he analizado con detenimiento y he llegado a la conclusión de que esto es lo mejor.

Como si le hubieran metido un puño en la garganta, He Su fue incapaz de hablar. No obstante, al cabo de un largo rato, le espetó con furia:

—¡¿En serio vas a matar a mi clan sin ningún motivo?! ¡¿No temes la indignación pública?! ¡¿No tienes miedo de lo que sucederá si Chifeng-zun se entera?!

Ante la mención de Nie Mingjue, Jin Guangyao enarcó una ceja. Por su parte, Xue Yuang casi se cayó de su silla por las carcajadas. Jin Guangyao le lanzó una mirada de reproche y luego se giró hacia He Su para responderle con calma:

—Eso no es cierto. El clan He de Tingshan ha desencadenado una rebelión para atentar contra una figura importante. Habéis consolidado vuestra fuerza para tramar el asesinato del líder del clan Jin, pero os hemos pillado con las manos en la masa. ¿Cómo puede decir que es «sin ningún motivo»?

Varias personas empezaron a negar las acusaciones entre sollozos y gritos.

—¡Hermano! ¡Está mintiendo! ¡No hemos hecho tales cosas! ¡Te juramos que no es cierto!

—¡Menudas chorradas! —exclamó He Su—. ¡Abre tus malditos ojos de perro y mira bien! ¡Aquí hay desde niños de nueve años hasta ancianos que ni siquiera pueden caminar! ¡¿Cómo podrían haber tramado un atentado?! ¡¿Por qué querrían ver muerto a tu padre si no tienen nada en su contra?!

—Por supuesto, porque no han podido aceptar el hecho de que la torre de la Carpa Dorada lo haya condenado a usted, joven señor He Su, por cometer un asesinato.

Solo entonces el hombre recordó el crimen por el que lo habían llevado a aquel lugar siniestro e infernal.

—¡No son más que falsas acusaciones! ¡No he sido yo quien ha matado al cultivador del clan Jin de Lanling! ¡Jamás lo había visto! ¡Es más, ni siquiera podemos asegurar que fuera un miembro de tu clan! Yo… —Después de que sus palabras se le quedaran atascadas en la garganta un momento, se desmoronó y añadió—: Yo… no sé ni lo que está pasando.

¡No tengo ni la menor idea!

No obstante, ninguno de los que estaban allí iba a tomar en cuenta sus alegatos. Sentados ante él estaban dos seres malvados que lo consideraban muerto y disfrutaban viendo su agonizante lucha.

Con su habitual sonrisa, Jin Guangyao se reclinó hacia atrás y, haciendo gestos con las manos, ordenó:

—Tapadle la boca. ¡Venga, amordazadlo!

Al saber que su muerte estaba asegurada, He Su se desesperó tanto que apretó los dientes y gruñó con saña:

—¡Algún día tendrás tu merecido! ¡Tarde o temprano tu padre se pudrirá entre tantas putas! ¡Y tú, que eres el hijo de una prostituta, no tendrás un mejor final!

Con gran deleite, Xue Yang se reía burlón mientras lo escuchaba. De pronto, una sombra negra apareció frente a ellos y una luz plateada atravesó el aire. He Su se tapó la boca mientras soltaba un grito desgarrador y su sangre salpicaba todo el suelo.

Los miembros del clan He de Tingshan lloraban y maldecían. Aunque desataron un caótico alboroto, estaban firmemente sometidos.

Xue Yang se detuvo frente a He Su, que se había desplomado, tomó un pedazo ensangrentado y lo hizo girar en la mano. Luego chasqueó los dedos hacia los dos cadáveres ambulantes que estaban a un costado y les dio una orden:

—Metedlo en una jaula.

—¿Lo vas a encerrar vivo? —preguntó Jin Guangyao.

Xue Yang se giró hacia él y, con una media sonrisa, contestó:

—Si bien Wei Wuxian nunca llegó a refinar a una persona viva, me gustaría intentarlo.

Los dos cadáveres ambulantes acataron su orden: tiraron de las piernas de He Su, que todavía gritaba sin parar, y lo arrojaron a la jaula de hierro de la refinería.

Al ver como golpeaban con saña la cabeza de su hermano cultivacional contra los barrotes, varios adolescentes se abalanzaron hacia él y chillaron. Sus lloriqueos eran tan agudos y estridentes que Jin Guangyao se frotó las sienes e hizo ademán de tomar un sorbo de té para calmarse. No obstante, en cuanto bajó la cabeza y vio la cosa hinchada de color púrpura en el fondo de la taza, miró hacia arriba para contemplar lo que Xue Yang tenía en la mano. Estaba jugando con un trozo de lengua. Tras analizarlo un momento, se dio cuenta de algo.

—¿Es eso lo que usas para hacer té?

—Tengo un frasco lleno, ¿lo quieres? —respondió Xue Yang.

Jin Guangyao se quedó estupefacto.

—No hace falta. Límpiate un poco y ven conmigo, que vamos a buscar a alguien. Ya tomaremos té en otro sitio.

Como si de repente hubiera recordado algo, se ajustó el sombrero y, sin querer, rozó el moretón oculto de su frente.

Regodeándose, Xue Yang preguntó por segunda vez:

—¿Cómo te has hecho el cardenal que tienes en la cabeza?

—Ya te lo he dicho: es una larga y complicada historia.

Jin Guangshan acostumbraba a dejarle todos los asuntos pendientes a Jin Guangyao para salir a beber y divertirse con mujeres. Como se pasaba toda la noche fuera, la señora Jin se enojaba tanto que siempre armaba un escándalo en la torre de la Carpa Dorada. En el pasado, Jin Zixuan actuaba como mediador entre sus padres, pero, ahora que no estaba, la ruptura de la pareja se había vuelto inevitable.

Siempre que Jin Guangshan salía a buscar mujeres, le pedía a Jin Guangyao que inventara excusas para encubrirlo. Y, cada vez que la señora Jin no encontraba a su esposo, descargaba su ira en él, ya fuera arrojándole

un incensario o una taza de té. Para garantizar que su estancia en la torre de la Carpa Dorada fuera lo más duradera y amena posible, Jin Guangyao llegaba al extremo de ir de burdel en burdel hasta encontrar a su padre y hacer que regresara a tiempo.

Después de haber hecho lo mismo tantas veces, ya sabía en qué sitios podía encontrarlo.

Tras llegar a un bellísimo edificio pequeño, entró con las manos detrás de la espalda. El encargado del salón principal se acercó para saludarlo con una aduladora sonrisa, pero Jin Guangyao levantó la mano a modo de rechazo.

Mientras lo seguía escaleras arriba, Xue Yang aprovechó para coger una manzana que estaba en la mesa de un cliente, la frotó contra su pecho para limpiarla y le dio un mordisco.

Al poco tiempo se oyó desde arriba la voz de Jin Guangshan acompañada de risas femeninas. A juzgar por los melodiosos cuchicheos, había más de una mujer.

—Querido líder, ¿qué le parece mi pintura? ¿Cree que, si dibujo estas flores en mi cuerpo, parecerá como si estuvieran vivas?

—¿Qué tiene de grandioso saber pintar? Estimado líder, mire mi caligrafía. ¿Qué le parece?

Hacía mucho que Jin Guangyao se había acostumbrado a manejar esas situaciones, de modo que sabía cuándo era prudente hacer acto de presencia y cuándo no. Enseguida le hizo un gesto con la mano a Xue Yang y se detuvo en seco.

El joven chasqueó la lengua con extrema impaciencia. Justo cuando estaba a punto de bajar para esperar, oyó la voz ronca de Jin Guangshan:

—Sois mujeres, así que basta con que os dediquéis a cuidar plantas y flores, y os maquilléis para manteneros hermosas. ¿Qué sentido tiene que practiquéis caligrafía? Menudo chasco.

La intención original de aquellas mujeres era complacerlo e

impresionarlo. Sin embargo, cuando dijo semejantes frases, el ambiente del piso de arriba se volvió incómodo y Jin Guangyao se quedó paralizado.

Poco después alguien se rio e hizo un comentario:

—Pero he oído que, en su día, hubo en Yunmeng una cortesana que se hizo famosa por sus canciones y sus poesías. ¡Era tan talentosa en las cuatro artes [13] que fue toda una sensación!

A juzgar por cómo las palabras de Jin Guangshan salían a trompicones, era evidente que estaba ebrio.

—A… aun así, la realidad es muy diferente. Ahora me he dado cuenta de que es mejor que las mujeres no hagan esas estupideces —dijo, haciendo pausas entre las sílabas—. Las mujeres que han estudiado son las más molestas, ya que suelen creerse superiores a las demás; son demasiado exigentes y fantasiosas.

Xue Yang caminó hasta una ventana, apoyó la espalda en ella y el brazo en el marco. Mientras se comía la manzana, giró la cabeza para contemplar el paisaje del exterior. En cuanto a Jin Guangyao, su expresión se había quedado fija en su rostro. Si bien las comisuras de sus ojos estaban curvadas, no se movían ni un poquito.

En la buhardilla, las mujeres respondieron entre risitas.

Ya fuera porque había recordado un acontecimiento del pasado o por alguna otra razón, Jin Guangshan reveló:

—Si compraba su libertad e iba hasta Lanling a buscarme, quién sabe de qué manera me habría acosado. Era mejor que se quedara tranquilita donde estaba. A juzgar por su talento, la habrían deseado unos cuantos años más. Seguro que iba a ganar suficiente dinero como para mantenerse toda la vida, ni siquiera habría tenido que preocuparse por la comida ni la ropa. ¿Por qué insistió en tener un niño? ¿Qué esperaba que pudiera hacer el hijo de una prostituta…?

—Líder Jin, ¿de quién está hablando? —inquirió una mujer—. ¿A qué hijo se refiere?

—¿Qué? ¿Hijo? Bah, ni lo menciones —contestó Jin Guangshan, borracho.

—Vale, ¡no volveremos a mentarlo!

—Como al líder Jin no le agrada que practiquemos caligrafía ni que pintemos, no haremos nada de eso. ¿Qué tal si nos divertimos de otra manera?

Jin Guangyao permaneció en medio de las escaleras durante un incienso, y Xue Yang también se quedó observando el paisaje el mismo tiempo. Poco a poco, las risas del piso de arriba se fueron apaciguando hasta que todo quedó en silencio.

Después de un momento Jin Guangyao se dio la vuelta con una expresión tranquila y comenzó a bajar las escaleras. Al notar sus movimientos, Xue Yang arrojó el corazón de la manzana por la ventana y avanzó con pasos oscilantes hasta alcanzarlo.

De esa manera, los dos caminaron por la calle. Después de avanzar un largo trecho, sin el más mínimo decoro, Xue Yang soltó unas retumbantes carcajadas.

—Ja, ja, ja, ja, ja, ja, ja, ja, ja, ja, ja, ja, ja, ja, ja…

—¿De qué te ríes? —preguntó Jin Guangyao con frialdad, deteniendo sus pasos.

Xue Yang se reía tanto que se tuvo que sostener el abdomen.

—Deberías haberte visto la cara en un espejo. ¡Qué sonrisa tan fea! ¡Era tan jodidamente falsa que rozaba lo repugnante!

Jin Guangyao resopló con frustración.

—¿Qué sabrás tú, sinvergüenza? Por más falso y repugnante que resultara, tenía que sonreír.

—Pues tú lo has querido así —expresó Xue Yang con desgana—. Si alguien dijera que soy el hijo de una prostituta, encontraría a su madre y me la follaría cientos de veces antes de arrastrarla a un burdel y dejar que otros se la follaran cientos de veces más. ¡Así se sabría quién es el verdadero hijo

de una prostituta! Sería muchísimo más fácil, ¿a que sí?

Jin Guangyao también se rio.

—No soy tan despreocupado ni tengo tanto tiempo libre como tú.

—¿Lo ves? Tú no, pero yo sí. No me importaría hacerlo por ti. Solo tienes que darme la orden para que vaya a joderlo en tu lugar. Ja, ja, ja, ja, ja, ja…

—No es necesario. Ahorra energía, joven señor Xue. ¿Estarás libre dentro de unos días?

—Lo esté o no, tendré que hacer lo que me pidas, ¿no?

—Ve a Yunmeng por mí y depura un lugar. Procura dejarlo lo más limpio posible.

—Como dice el refrán, cuando Xue Yang ataca, ni los pollos ni los perros se salvan. ¿Por qué dudas de si lo dejaré limpio o no? ¿Acaso sigues teniendo prejuicios sobre mi forma de manejar las cosas?

Jin Guangyao le dedicó una mirada llena de suspicacia.

—¿Cómo es que nunca he oído ese refrán?

Para entonces ya había caído la noche, por lo que todo estaba en silencio y había pocos transeúntes. Mientras los dos caminaban y charlaban, pasaron por un puesto al borde de la calle. El encargado ordenaba con languidez las mesitas. Cuando levantó la mirada, soltó un repentino grito y dio un brinco hacia atrás.

El chillido y el salto fueron tan repentinos que hasta Jin Guangyao se sobresaltó un poco y posó las manos sobre la empuñadura de Hensheng, que estaba enrollada alrededor de su cintura. Cuando quedó claro que era un simple vendedor ambulante, lo ignoró.

Por su parte, Xue Yang dio un paso adelante en silencio y pateó el puesto.

Entre perplejo y asustado, el vendedor exclamó:

—¡¿Otra vez tú?! ¡¿Por qué me haces esto?!

—¿No te lo he dicho ya? —replicó Xue Yang con una sonrisa—. Por ninguna razón en particular.

Estaba a punto de dar otra patada, pero, de repente, sintió un dolor agudo en el dorso de la mano. Sus pupilas se encogieron, retrocedió unos pasos y extendió la mano para examinarla. Cuando vio que tenía varios rastros de sangre, alzó la vista de inmediato. Frente a él, estaba un taoísta vestido de negro que lo miraba con gelidez mientras retiraba su mosquero.

Aquel hombre era alto y esbelto, de rostro apuesto y sombrío. Llevaba un mosquero y cargaba con una larga espada, cuya borla ondeaba con la brisa nocturna.

En cuanto lo vio, la mirada de Xue Yang centelleó con intenciones asesinas y agitó la mano para asestarle un golpe con la palma. Aunque el taoísta balanceó su mosquero para repeler el ataque, los movimientos del joven fueron extraños e impredecibles: desvió la palma de la mano y dirigió el golpe a su corazón.

El taoísta de negro frunció el ceño y, con pasos tambaleantes, trató de esquivarlo, pero apenas pudo alejarse. Como resultado, recibió el impacto en el brazo izquierdo. Si bien parecía físicamente intacto, la gelidez de su rostro se condensó en su entrecejo, como si aquel roce le hubiera resultado repulsivo e insoportable.

Aunque fue sutil, aquel cambio de expresión no pasó desapercibido a los ojos de Xue Yang, que dejó escapar una risa burlesca. Justo cuando estaba a punto de hacer otro movimiento, una figura tan blanca como la nieve se coló en la refriega.

Jin Guangyao se había puesto en medio para bloquearles el paso.

—Taoísta Song Zichen, si me guarda respeto, deténgase, por favor.

Para entonces, el dueño del puesto había huido despavorido.

—¿Lianfang-zun? —inquirió el taoísta de túnica negra.

—En efecto, soy quien responde a ese título.

—¿Por qué defiende a este ser tan grosero e insensato? —inquirió Song Zichen.

Jin Guangyao sonrió con amargura y, fingiendo impotencia, contestó:

—Es un cultivador invitado del clan Jin de Lanling.

—En ese caso, ¿por qué hace cosas tan poco honorables? —ahondó Song Zichen.

Jin Guangyao tosió.

—Tal vez no lo sepa, pero… tiene un temperamento excéntrico. Además, todavía es muy joven. Por favor, no se moleste con él.

En ese preciso instante una voz clara y suave llegó desde un costado.

—Es cierto que todavía es muy joven.

Como un destello de la luna en plena noche, un taoísta vestido de blanco con un mosquero en el brazo y una espada larga a la espalda apareció sin hacer ruido frente al trío.

Era alto, caminaba muy erguido y era tan bello como el jade. Su túnica y la borla de su espada revoloteaban con el viento. Como si pisara nubes flotantes, caminaba con delicadeza.

Jin Guangyao le dedicó una reverencia y lo saludó:

—Taoísta Xiao Xingchen.

El recién llegado le devolvió el gesto y sonrió con calidez.

—Hace varios meses que usted y yo nos vimos por última vez. No esperaba que todavía se acordara de mí, Lianfang-zun.

—Su espada Shuanghua, la Escarchada, ha sacudido al mundo. Sería extraño que no lo recordara, ¿no cree?

Xiao Xingchen le dedicó una leve sonrisa, como si comprendiera su hábito de hablar siempre con un toque de adulación.

—Gracias por tenerme en tan alta estima, Lianfang-zun. —De inmediato sus ojos se posaron sobre Xue Yang y añadió—: Sin embargo, incluso aunque sea muy joven y un cultivador invitado de su clan, tiene que corregirse y aprender a controlar sus impulsos. A fin de cuentas, el clan Jin de Lanling es una familia ilustre y debe dar ejemplo en todos los aspectos.

Sus ojos negros brillaban de una forma encantadora y su mirada era tan gentil que no observaba a Xue Yang con recriminación. Por eso mismo, sus

palabras de exhortación no resultaban ofensivas.

De inmediato Jin Guangyao manejó la situación con elocuencia y cortesía.

—Por supuesto.

Si bien Xue Yang soltó una risita, Xiao Xingchen no se enfadó, sino que lo examinó con la vista. Al cabo de un rato murmuró:

—Por otro lado, me parece que los ataques de este joven son bastante…

—Despiadados —completó Song Zichen con gelidez.

Al oírlo, Xue Yang se echó a reír.

—Decís que soy muy joven, pero ¿cuántos años me sacáis? Alegáis que soy despiadado, pero ¿quién ha sido el que me ha atacado primero con un mosquero? Es ridículo que pretendáis dar lecciones a otros.

Para enfatizar su argumento, alzó la mano y la agitó para mostrar su dorso ensangrentado. Aunque estaba claro que había sido él quien había actuado primero con malicia, ahora estaba tergiversando los hechos. Sonaba tan convencido que Jin Guangyao no supo si reír o llorar. Aun así, se apresuró a intervenir:

—Estimados taoístas, es…

Justo entonces Xiao Xingcheng no pudo aguantar la risa.

—Es tan…

—¡¿Tan qué?! —inquirió Xue Yang, entrecerrando los ojos de forma desafiante—. ¡Venga, suéltalo de una vez por todas!

—Guarda silencio, Chengmei [14] —le ordenó Jin Guangyao en tono apacible.

Al oír aquel nombre, el rostro del joven se ensombreció.

—Estimados taoístas, siento mucho lo de hoy —continuó Jin Guangyao —. Por el respeto que me tienen, por favor, no se ofendan.

Song Zichen negó con la cabeza. Xiao Xingchen le palmeó el hombro y dijo:

—Vámonos.

Su compañero le echó un vistazo y asintió. Los dos se despidieron de Jin Guangyao y se marcharon, caminando el uno junto al otro.

Mientras miraba fijamente la espalda de los dos hombres, Xue Yang sonrió con los dientes apretados.

—Jodidos y asquerosos taoístas…

—No te han hecho nada, ¿por qué los odias tanto? —preguntó Jin Guangyao con extrañeza.

Xue Yang resopló frustrado.

—Esas son las personas que más me repugnan. Fingen ser altruistas y se creen muy íntegros. Es obvio que ese tal Xiao Xingcheng no es mucho mayor que yo, pero no solo se ha entrometido en lo que no le incumbía, sino que, encima, ha tratado de darme una lección. Me da asco. Ah, y también estaba aquel tipo que se apellida Song… —Tras soltar una risa burlesca, continuó—: Tan solo le di una palmadita, ¿por qué tenía que mirarme así? Llegará el día en el que le saque los ojos y le reviente el corazón. Veamos qué puede hacer cuando eso suceda.

—Lo has malinterpretado —manifestó Jin Guangyao—. El taoísta Song está obsesionado con la limpieza y no le gusta el contacto físico. No ha sido nada personal.

—¿Y quiénes son esos asquerosos taoístas?

—Después de tanto alboroto, resulta que ni siquiera los conoces. Son la sensación del momento: el compañero de la luna y la brisa y el desafiador de la nieve y la escarcha. ¿En serio no has oído hablar de ellos?

—No, y tampoco lo entiendo. ¿Qué cojones significa eso?

—Da igual. Lo único que debes tener en cuenta es que son unos nobles caballeros y no debes meterte con ellos.

—¿Por qué?

—Como dice el refrán, es preferible ofender a un despreciable villano que a un noble caballero.

—¿De verdad existe tal dicho? —preguntó Xue Yang, escéptico,

mirándolo fijamente.

—Por supuesto. Si ofendes a un villano, puedes matarlo para evitar futuros problemas y los demás te aplaudirán. En cambio, ofender a un caballero no te traerá nada bueno: te perseguirán sin descanso y no te soltarán por nada del mundo. Si le tocas un solo pelo, todo el mundo te condenará. Por eso es mejor mantenerse alejado de ellos. Agradece que solo hayan pensado que eres un adolescente imprudente y que no saben lo que has estado haciendo de forma clandestina. De lo contrario, te harán la vida imposible.

—¿Por qué hay que preocuparse y limitarse tanto? —replicó Xue Yang con una risa irónica—. No les tengo miedo.

—Tú no, pero yo sí. Es preferible ahorrarse problemas que provocarlos —manifestó Jin Guangyao—. Bien, vámonos.

Tras avanzar unos pocos pasos, llegaron a un sendero que se bifurcaba. A la derecha se hallaba la torre de la Carpa Dorada y a la izquierda, la refinería de cadáveres.

Ambos intercambiaron una mirada y se sonrieron antes de separarse.

EXTRA IV

Quien irrumpía por la puerta

Para narrar la siguiente anécdota , hay que remontarse a la noche de hace tres días.

En ese momento el joven señor Qin regresó agotado y ebrio a su residencia. Justo cuando se disponía a descansar, oyó un fuerte golpe en la puerta.

Alguien estaba llamando al portón de la mansión de los Qin.

«¿Quién será?», se preguntó el siervo que vigilaba el patio. Soñoliento, se levantó y cogió una lámpara para ir a comprobarlo. Cuando estaba a punto de preguntarlo en voz alta, los golpeteos de la puerta se volvieron más rápidos, como si la persona del otro lado hubiera enloquecido.

Los impactos eran tan fuertes que el pestillo chirriaba. La puerta se sacudía violentamente, como si diez garras de acero la estuvieran arañando al mismo tiempo.

El escándalo era tan abrumador que, al poco tiempo, el patio se llenó de sirvientes que se habían despertado por el ruido. Sosteniendo palos, lámparas de aceite y linternas de papel, todos intercambiaban miradas de desconcierto.

Después de un rato el patriarca de la residencia por fin llegó al patio, vestido solo con su túnica exterior y con una espada en la mano.

¡Fuiin!

Desenvainando su arma, el joven señor Qin gritó:

—¡¿Quién es?!

Justo en ese instante los chirriantes arañazos se volvieron más intensos.

El joven señor Qin señaló a un criado que estaba acurrucado en un rincón del patio con una escoba y le ordenó:

—Sube y asómate.

Aunque el siervo palideció, no se atrevió a desobedecer. Mientras trepaba por el muro, observaba con agobio al joven señor. Sin embargo, lo único que recibió por su parte fueron más exhortaciones impacientes.

Después de mucho esforzarse, por fin logró poner las temblorosas manos en el alero del tejado. Nada más asomarse y echar el primer vistazo, cayó de cabeza al suelo.

¡Pam!

—Ha dicho que quien llamaba a la puerta era un monstruo envuelto en una mortaja —explicó el joven señor Qin—. Llevaba el cabello suelto y desordenado. Apestaba a cobre y estaba cubierto de sangre. No era una persona viva.

Al oír tales declaraciones, Wei Wuxian y Lan Wangji se miraron.

—¿No puede describírnoslo con más detalle? —inquirió Lan Sizhui.

El joven señor Qin no pertenecía al mundo cultivacional. Si bien se había topado por casualidad con las personas correctas, solo sabía que eran cultivadores, pero no conocía su identidad. Aun así, no se atrevió a desairarlos. Después de todo, la gélida presencia de Lan Wangji era tan extraordinaria como la nieve; la expresión de Wei Wuxian emanaba inteligencia, como si ya tuviera un elocuente plan en mente; y los movimientos de Lan Sizhui eran muy sofisticados a pesar de lo joven que era.

—No —contestó—. Ese estúpido sirviente no es más que un cobarde. Se desmayó con tan solo echar un vistazo. Encima, tuve que presionarle el surco subnasal [15] durante un largo rato antes de que despertara. ¡No esperéis que alguien así haya captado tantos detalles!

—Por favor, permítame hacerle una pregunta —solicitó Wei Wuxian.

—Adelante —accedió el joven señor Qin.

—Parece que le ordenó a uno de sus siervos que mirara, pero ¿usted llegó a verlo?

—No.

—Qué lástima.

—¿Por qué?

—A juzgar por lo que nos ha contado, lo que estaba frente a la puerta de su mansión era un cadáver asesino. Cuando un cadáver aparece en una residencia, nueve de cada diez veces se debe a que está buscando a alguien. Si hubiera echado un vistazo, tal vez lo habría identificado como un viejo conocido.

—Quizá yo sea la excepción que confirma la regla. Además, incluso en ese caso, no tendría por qué estar buscándome a mí.

Wei Wuxian asintió y dijo con una sonrisa:

—Muy bien.

—Esa cosa estuvo arañando la puerta de mi mansión hasta el amanecer —continuó el joven señor Qin—. Cuando salí a echar un vistazo temprano por la mañana, estaba totalmente irreconocible.

Wei Wuxian y Lan Wangji dieron una vuelta alrededor.

Lan Sizhui los siguió, observando todo con suma atención.

La puerta de la mansión de los Qin estaba repleta de horripilantes arañazos. De una forma inquietante, estaban distribuidos en grupos de cinco rasguños. Los más largos medían decenas de centímetros, mientras que los más cortos solo eran de unas pocas pulgadas. En efecto, estaba destrozada.

Si bien se asemejaban a unas marcas hechas por uñas humanas, no

parecían obra de una persona viva.

—Retomando el tema —dijo el joven señor Qin—, ya que vosotros dos, caballeros, pertenecéis al mundo cultivacional, ¿podéis expulsar a esa criatura maligna?

Ante su sugerencia, Wei Wuxian manifestó:

—No hace falta.

Aunque Lan Sizhui se sorprendió, no dijo nada al respecto. En cambio, el joven señor Qin preguntó extrañado:

—¿Que no hace falta?

—Así es. No es necesario —afirmó Wei Wuxian—. Cuando una «casa» se termina de construir y se convierte en la propiedad de una persona, tiene la misión de proteger a sus residentes de la naturaleza y los extraños. Las puertas tienen una barrera natural que no solo mantiene alejadas a otras personas, sino también a los seres no humanos. Joven señor, usted es el propietario legítimo de la mansión; siempre que no invite a entrar a las criaturas malignas con sus palabras o sus acciones, no podrán invadirla. A juzgar por la energía maligna que ha quedado en la puerta, la criatura que vino a su residencia no era un cadáver asesino ni un fantasma avieso de esos que solo se ven cada cien años, por lo que una sola capa de puertas será suficiente para retenerla.

—¿En serio es tan resistente? —preguntó el joven señor Qin, muy poco convencido.

—Sí —aseguró Lan Wangji.

Pisando el umbral, Wei Wuxian prosiguió:

—Lo digo muy en serio. Y, de hecho, el umbral también es una barrera. Como los tendones y las venas de los cadáveres ambulantes no funcionan, la sangre no fluye por su cuerpo y no tienen mucha movilidad. Como consecuencia, tan solo pueden caminar dando saltos. A menos que las piernas de ese cadáver fueran increíblemente fuertes en vida y pudiera saltar un metro de altura, no logrará atravesar el umbral ni aunque la puerta esté

abierta de par en par.

—¿De verdad no debo adquirir nada? —preguntó el joven señor Qin, todavía bastante intranquilo—. Por ejemplo, talismanes protectores, espadas que repelen espíritus malignos y otras cosas similares. Estoy dispuesto a pagar el precio que sea, el dinero no representa ningún problema.

—Solo cambie el pestillo de la puerta —le aconsejó Lan Wangji.

El joven señor Qin se quedó estupefacto, como si aquella sugerencia le pareciera superficial.

Al ver la incredulidad en su semblante, Wei Wuxian añadió:

—Depende de usted cambiarlo o no. Usted sabrá qué le conviene más, joven señor Qin. Si tiene alguna inquietud, no dude en volver a consultarnos.

Tras salir de la mansión, Wei Wuxian y Lan Wangji caminaron uno junto al otro durante un largo trecho. Mientras paseaban, mantenían pequeñas charlas.

En la actualidad, se podía decir que ambos estaban semirrecluidos. Si no había ningún asunto importante que atender, deambulaban sin rumbo. Sus viajes duraban entre dos semanas y un mes como máximo o un par de días como mínimo.

Al principio, cuando Wei Wuxian oía que Lan Wangji siempre aparecía donde había caos, no consideraba que fuera algo difícil. No obstante, ahora que lo acompañaba, había caído en la cuenta de lo irritante que era y no porque fuera complicado, sino porque le resultaba demasiado fácil. En el pasado, solía ir de cacería nocturna y le encantaba escoger lugares misteriosos y peligrosos para vivir toda clase de aventuras, que casi siempre terminaban con un montón de giros inesperados. Sin embargo, Lan Wangji no era tan quisquilloso y solo se dedicaba a cumplir con su deber, por lo que a veces se encontraban con objetos de caza que eran comunes e insignificantes para Wei Wuxian. Por ejemplo, en comparación con las presas que solía cazar, el cadáver asesino que había arañado la puerta no

tenía nada de interesante. Es más, a cualquier cultivador le hubiera parecido una pérdida de tiempo y esfuerzo lidiar con una criatura tan irrelevante.

Aun así, por mucho que fuera una actividad poco atractiva, Wei Wuxian la encontraba amena y relajante por el simple hecho de que podía pasar tiempo con Lan Wangji.

Sosteniendo las riendas de Manzanita, Lan Sizhui los siguió en silencio. Después de sopesarlo una y otra vez, preguntó:

—Hanguang-jun, señor Wei, ¿en serio no pasa nada porque hayamos dejado así la casa del joven señor Qin?

—No —confirmó Lan Wangji.

—¿Qué sucede, Sizhui? —dijo Wei Wuxian—. ¿Piensas que todo lo que he dicho han sido meras tonterías?

—¡Por supuesto que no! —se apresuró a negar el muchacho—. Ejem, no pretendía afirmar eso. Solo me preguntaba si de verdad está bien dejarlo así. Quiero decir… Aunque la puerta tenga una barrera protectora contra las criaturas malignas, se cae a pedazos. Además, no le hemos proporcionado ni un solo talismán.

—¿En serio hace falta que te responda? —preguntó Wei Wuxian, juzgándolo con la mirada.

—Eh…

—Por supuesto que no está bien.

—¿Eh? ¿Por qué?

—Porque el joven señor Qin ha mentido.

Lan Wangji asintió ligeramente con la cabeza. Lan Sizhui se quedó estupefacto.

—¿Y cómo se ha dado cuenta, señor Wei?

—Solo lo he visto una vez, así que no puedo decirlo con total seguridad, pero ese hombre es…

—Intolerante e insensible —completó Lan Wangji.

—Hm —soltó Wei Wuxian a modo de afirmación—. Algo así. Sea como

sea, no es ningún cobarde. A juzgar por cómo ha descrito los sucesos, aunque esa noche fue muy extraña, no tanto como para asustar a la gente y hacerla perder la razón. ¿Tan difícil le resultaba subir al tejado y mirar fuera?

—Aun así, ha insistido en que no echó ni un solo vistazo… —comentó Lan Sizhui, pensativo, como si empezara a entenderlo.

—Correcto. Si alguien golpea violentamente la puerta de tu casa a altas horas de la noche, lo natural es que sientas curiosidad y vayas a mirar quién es —argumentó Wei Wuxian—. Y, si él no es un tipo miedoso, ¿no resulta extraño que no lo hiciera?

—Estoy totalmente de acuerdo —lo apoyó Lan Wangji.

—¡Eso quiere decir que tenemos la misma perspectiva! —exclamó Wei Wuxian, emocionado. Luego sonrió y se frotó la barbilla mientras añadía—: Además, si bien los arañazos que el cadáver asesino dejó en la puerta son aterradores, la energía maligna y el olor a sangre no son tan intensos. No fue hasta la residencia a matar ni a vengarse, de eso estoy seguro. Sin embargo, todavía está por ver lo que está sucediendo de verdad.

—En ese caso, ¿por qué no convoca al cadáver asesino y se lo pregunta, señor Wei?

—Bah.

—¿Eh?

—Para dibujar una bandera invocadora del mal, se necesita sangre y yo estoy muy débil—manifestó Wei Wuxian con coraje y convicción.

Dado que Lan Sizhui pensaba que le daba pereza sacarse sangre, ofreció:

—Puede usar la mía si quiere.

Para su sorpresa, Wei Wuxian se echó a reír.

—Pfft… Sizhui, en realidad, ese no es el problema. Esta vez te hemos traído para que practiques, ¿lo recuerdas? —Al ver que el muchacho se quedaba atónito, añadió—: Es obvio que soy capaz de convocar al cadáver asesino y decirle que se largue, pero ¿tú podrás hacerlo?

Al oír lo último, Lan Sizhui comprendió de inmediato.

Tras los acontecimientos que habían superado juntos, él y los otros discípulos del clan Lan de Gusu se habían vuelto demasiado dependientes de Wei Wuxian. Aunque convocar al cadáver asesino para interrogarlo y manipularlo era el método más rápido, no todo el mundo podía emplearlo. Además, Lan Sizhui no practicaba la cultivación demoníaca, por lo que, para él, no era una forma adecuada de entrenar. Si esta vez Wei Wuxian también utilizaba su mejor método para solucionar el problema, le resultaría imposible ganar experiencia.

En esta ocasión la intención de Wei Wuxian y Lan Wangji era animarlo a resolver el asunto mediante la senda ortodoxa.

—Entonces, ¿lo que insinúa es que, como el joven señor Qin se niega a decir la verdad, lo mejor es ignorarlo por ahora para asustarlo un poco?

—Exacto. Ya lo verás: el pestillo durará otros dos días como mucho. Tu queridísimo Hanguang-jun le ha aconsejado que compre uno nuevo. Y, si bien ha sido una sugerencia muy honesta y apropiada, al joven señor Qin no le ha parecido buena idea. No obstante, si de verdad nos ha ocultado algo muy importante, no le servirá de nada ni aunque lo remplace por diez cerrojos nuevos.

De manera inesperada, el pestillo no aguantó esa noche. Al segundo día, el joven señor Qin fue a visitar a Wei Wuxian y a Lan Wangji de nuevo, esta vez con el rostro sombrío.

Los clanes ilustres del mundo cultivacional tenían una gran cantidad de propiedades en todas las regiones, de modo que se estaban alojando en un elegante pero menudo edificio del clan Lan de Gusu conocido como «el pequeño pabellón de bambú». El joven señor Qin llegó muy temprano y se topó con Lan Sizhui, que tiraba de las riendas del burro moteado. El pobre

discípulo hacía un gran esfuerzo por impedir que Manzanita siguiera mordiendo el bambú. En cuanto se dio la vuelta, vio al joven señor Qin, que torcía las comisuras de los labios. Con una sonrisa avergonzada, el adolescente arrojó a un lado las riendas y lo invitó a entrar.

Con bastante cautela, el muchacho llamó a la habitación de la pareja con la intención de notificarle la llegada del inesperado invitado. Sin embargo, al ver cómo Lan Wangji, que estaba perfecta y pulcramente vestido, abría la puerta sin hacer ruido y sacudía la cabeza, el joven supo que Wei Wuxian no se levantaría pronto. Sumamente avergonzado, Lan Sizhui no tuvo más opción que romper la regla de su clan de no mentir y decirle al joven señor Qin que el señor Wei necesitaba descansar porque estaba enfermo. En definitiva, no podía decirle algo tan insólito como «quiere dormir, así que Hanguang-jun le ha pedido que espere».

Wei Wuxian durmió casi hasta el mediodía. A pesar de que estaba despierto, solo consiguió levantarse tras recibir miles de abrazos y caricias de Lan Wangji. Todavía soñoliento y con los ojos cerrados, fue a lavarse la cara. Como se había puesto las prendas interiores de Lan Wangji por equivocación y estas sobresalían unos centímetros por debajo de las mangas de su túnica exterior, tuvo que enrollarlas varias veces, lo cual le daba una apariencia bastante desaliñada. Por suerte, en ese momento al joven señor Qin no podía importarle menos; simplemente los llevó a los tres a su residencia.

El portón de la mansión de los Qin se encontraba cerrado. El joven señor Qin se acercó a golpearlo con la aldaba y prescindió de todas las formalidades para ir directo al grano:

—Gracias a la sugerencia que vosotros dos me hicisteis ayer, estimados cultivadores, me tranquilicé un poco. Sin embargo, no podía pegar ojo por

la noche, así que me dirigí al salón principal para leer un poco, con un oído atento a los ruidos del exterior.

Al instante un siervo abrió la puerta y condujo a los tres invitados al patio.

Nada más bajar los escalones, Wei Wuxian se quedó pasmado. Había grandes huellas de un rojo brillante esparcidas por el lugar. Era una imagen bastante espeluznante.

—Anoche esa cosa volvió —reveló el joven señor Qin con mucho pesar —. Una vez más estuvo arañando y golpeando la puerta. El ruido duró casi una hora. Cada vez me irritaba más, pero de repente oí un *clac* . El pestillo se había roto.

En ese momento se le pusieron los pelos de punta y comenzó a sudar frío. Entonces se abalanzó hacia la puerta del salón y se asomó por las rendijas.

Gracias a la tenue luz de la luna, vio a lo lejos que el portón principal estaba abierto de par en par. Había una silueta frente a la entrada de la mansión. Como si fuera una estaca de madera con un resorte, rebotaba con violencia delante del umbral.

A pesar de que dio miles de saltos, la figura no podía entrar. El joven señor Qin exhaló un ligero suspiro de alivio, pensando que de verdad estaba ocurriendo lo que Wei Wuxian le había explicado: como ni sus músculos ni sus venas funcionaban, su cuerpo estaba rígido y no podía mover las piernas. Por más que lo intentara, sería incapaz de cruzar el alto umbral de su portón.

No obstante, antes de que pudiera relajarse por completo, ¡vio cómo la figura humana saltaba tan alto que, en un abrir y cerrar de ojos, traspasó el umbral!

El joven señor Qin se dio la vuelta y apoyó la espalda contra la puerta del salón principal.

La criatura malvada cruzó el portón y entró en el patio, avanzando a saltos.

Tum, tum…

Tum, tum…

En pocos brincos, se abalanzó contra la puerta del salón principal.

Al sentir que la madera tras él se agitaba, el joven señor Qin se sobresaltó ante la idea de que fuera lo único que lo separaba del cadáver. Le aterró tanto que se apresuró a huir de allí.

—Cuando la luz de la luna iluminó a la criatura maligna, su sombra se reflejó en las ventanas de papel. Como no podía entrar, se quedó dando vueltas alrededor del salón principal. ¡Todas las huellas del patio son suyas! —reveló—. Caballeros, no es que no os crea, pero vosotros me asegurasteis que esa cosa no podría entrar.

—Joven señor Qin, por lo general, los cadáveres que se han quedado rígidos son incapaces de entrar por las puertas —recalcó Wei Wuxian, pisando el umbral—. La sangre de los muertos no fluye y sus músculos no funcionan, por lo que no pueden doblar los pies ni las rodillas. Si gusta, puede consultarlo con cualquier otro clan o secta cultivacional de la zona. Todos le dirán lo mismo.

El joven señor Qin extendió las manos a los costados como para indicarle que observara las brillantes huellas rojas que había por todo el patio.

—Entonces, ¿cómo se explica esto?

—La única manera de hacerlo es pensar que esa cosa no era del todo común —argumentó Wei Wuxian—. Haga el esfuerzo de recordar los detalles de anoche. ¿Por casualidad notó algo raro cuando le echó un vistazo al cadáver asesino?

Con el rostro sombrío, el joven señor Qin se quedó pensativo un momento.

—Ahora que lo menciona, había algo extraño en la forma en que saltaba.

—¿En qué sentido? —interrogó Wei Wuxian.

—Parecía que…

Por su parte, Lan Wangji había dado una vuelta alrededor del patio.

Cuando regresó junto a Wei Wuxian, indicó en voz baja:

—Cojeaba.

—¡Exactamente! —exclamó de inmediato el joven señor Qin. Sin embargo, pronto preguntó con cierta suspicacia—: ¿Cómo te has percatado de ello?

Aunque Lan Sizhui también se hizo la misma pregunta, no sentía incredulidad, sino curiosidad. Después de todo, siempre había considerado a Hanguang-jun un ser omnisciente. Con paciencia, el adolescente esperó su respuesta.

—Por las huellas del suelo.

Wei Wuxian se agachó y Lan Sizhui hizo lo mismo. Cuando ambos se pusieron en cuclillas, las examinaron minuciosamente.

Tras observarlas, Wei Wuxian alzó la cabeza y le preguntó a Lan Wangji:

—¿El cadáver tiene una sola pierna?

Su compañero asintió con la cabeza, y él se puso de pie.

—Con razón logró entrar. Algunas de las huellas son profundas y otras, superficiales. El cadáver ambulante tiene una pierna rota. —Tras analizarlo un instante, Wei Wuxian hizo otra pregunta—: ¿Y cuándo crees que se rompió? ¿Antes o después de su muerte?

—Antes —contestó Lan Wangji.

—Estoy de acuerdo. Si hubiera sido después, no le habría afectado, sin importar de qué parte del cuerpo se tratara.

Si bien Lan Wangji y Wei Wuxian se estaban comunicando con fluidez y sin ningún obstáculo, Lan Sizhui no podía seguirles el ritmo, por lo que tuvo que hacer una pausa para intervenir:

—Un momento, Hanguang-jun y señor Wei… A ver si lo estoy entendiendo: ¿están diciendo que a ese cadáver asesino, que tiene una pierna rota y cojea, le resulta más fácil saltar por el alto umbral en comparación con un… eh… cadáver asesino intacto con las dos piernas?

Como el joven señor Qin tenía la misma inquietud, preguntó en tono

irónico:

—No he oído mal, ¿verdad?

—No —aseguró Lan Wangji.

La expresión del hombre lo decía todo: esa teoría le parecía absurda.

—¿Acaso eso no equivale a decir que una persona con una pierna es capaz de correr más rápido que alguien con dos?

Pese a que la pareja estaba concentrada en su debate, Wei Wuxian se tomó un momento para sonreírle.

—Me temo que se ha hecho la idea equivocada; pero, si se lo explico de otra manera, tal vez lo entienda. Algunas personas son tuertas, así que cuidan muchísimo el único ojo que les funciona. Por tanto, su vista no es necesariamente peor que la de alguien con dos ojos. Incluso pueden ver mejor. Del mismo modo, si una persona se rompe la mano izquierda y se ve obligada a usar la derecha con frecuencia, podría llegar a ejercer el doble de fuerza con ella que una persona común…

Fue entonces cuando Lan Sizhui lo entendió.

—Y este cadáver asesino se rompió la pierna en vida. Ahora que está muerto, se ha visto obligado a saltar sobre una extremidad, por lo que su capacidad de salto es más potente que la de otros cadáveres ambulantes.

—¡Exacto! —exclamó Wei Wuxian con entusiasmo.

A Lan Sizhui le pareció tan interesante que lo anotó mentalmente.

—Todo ha sido culpa mía —dijo el joven señor Qin con irritación—. Ayer me peleé con mi mujer y me quedé atendiendo unos asuntos familiares hasta tarde, por lo que no tuve tiempo para reparar el pestillo. Voy a reforzarlo ahora mismo. ¡Me aseguraré de hacer la mansión tan impenetrable como una fortaleza de hierro!

Sin embargo, Lan Wangji sacudió la cabeza.

—Es inútil. «No se pueden establecer precedentes».

El joven señor Qin se quedó pasmado. Como sentía que esa frase no entrañaba nada bueno, preguntó:

—¿Y eso qué significa?

—Es una expresión que tenemos los cultivadores —explicó Wei Wuxian —. Se refiere a que hay ciertas defensas contra los espíritus malignos que solo pueden usarse una vez, ya que no funcionarán a la segunda. Si hubiera reparado el cerrojo ayer, la puerta habría aguantado un tiempo. Sin embargo, como el cadáver asesino ya ha logrado acceder, podrá entrar libremente a partir de ahora.

El joven señor Qin estaba entre conmocionado y arrepentido.

—¡¿Y qué se supone que debo hacer?!

—Quédese sentado —le indicó Lan Wangji.

—No hay necesidad de entrar en pánico —contribuyó Wei Wuxian—. Aunque pase por el portón principal, no podrá hacerlo por el segundo. Su mansión es como una ciudad. Por ahora, solo ha irrumpido por la primera puerta, pero todavía quedan dos más.

—¿Cuáles?

—La puerta donde reúne a sus invitados y la de su privacidad —dijo Lan Wangji.

—Es decir, la del salón principal y la de su dormitorio —añadió Wei Wuxian.

En algún punto de la conversación, los cuatro pasaron por el amplio patio y entraron en el salón principal para sentarse. A pesar de que permanecieron allí un largo rato, nadie fue a servirles té. Por alguna razón, no había ni un alma. Solo cuando el joven señor Qin gritó con urgencia apareció una persona, pero enseguida la echó a patadas. Tras descargar su ira, su expresión se relajó, aunque no estaba dispuesto a darse por vencido ante la idea de obtener alguna clase de protección.

—¿En serio no podéis darme un talismán para reprimir a esa cosa? No os preocupéis, caballeros. Os aseguro que os daré una buena recompensa.

Lo que no sabía era que ellos salían de cacería nocturna sin esperar ningún tipo de compensación.

—Eso dependerá de cómo quiera reprimirlo —indicó Wei Wuxian.

—¿Qué quieres decir?

—La represión solo servirá para tratar los síntomas, pero no la causa —comenzó a detallar—. Si quiere impedir que los seres malignos entren en su casa, es muy fácil: solo tendrá que cambiar de talismán cada dos semanas. Sin embargo, eso no evitará que golpeen y arañen su puerta. Supongo que, en ese caso, tendría que cambiar el portón con más frecuencia. Si lo que usted desea es mantener a raya a las criaturas malignas, tendrá que obtener unos talismanes más efectivos y cambiarlos cada siete días. Sin embargo, son muy complicados y costosos de crear. Y, cuanto más tiempo se las reprima, mayor será su resentimiento…

Lan Wangji permaneció quieto en su asiento, limitándose a escuchar en silencio los disparates de Wei Wuxian.

Si bien era cierto que esa no era la mejor estrategia, producir y usar los talismanes de supresión y repulsión no era tan laborioso ni engorroso como pretendía hacer ver. Sin embargo, nadie podía hablar de esos temas con más elocuencia que él. Incluso Lan Sizhui, que era un excelente estudiante, se quedó atónito un momento y casi se lo creyó.

Al oír lo problemático que sería, el joven señor Qin murmuró para sí mismo con impotencia, como si fuera a sufrir un sinfín de complicaciones si se decidía por el método de la represión. Sin poder evitarlo, se quedó mirando a Lan Wangji, que estaba sentado junto a él y bebía su taza de té con la cabeza inclinada. Como no ponía cara de «está siendo alarmista» ni nada por el estilo, no tuvo razones para desconfiar de las palabras de Wei Wuxian.

—¡¿Y no hay alguna manera de solucionarlo de una vez?!

Wei Wuxian aprovechó la pregunta para jugar en su favor:

—Eso depende de usted, joven señor Qin.

—¿Cómo que depende de mí?

—Puedo hacerle un talismán especial, pero debe responder mi pregunta

con honestidad.

—¿Qué pregunta?

—Cuando el cadáver asesino estaba vivo, ¿usted lo conocía?

Después de un largo silencio, el joven señor Qin por fin respondió:

—Sí.

Al oír la réplica, Olvido y Envidia, la pareja Wangxian, intercambiaron una mirada. Lan Sizhui se mantuvo atento.

—Me gustaría escuchar los detalles —exigió Wei Wuxian.

Tras analizarlo un momento, el joven señor Qin comenzó a relatar los hechos poco a poco:

—No puedo daros todos los detalles, pues conozco muy poco a ese hombre. Crecí en la casa de mi abuela, en una aldea montañosa de una provincia lejana. Esa persona era un sirviente de la residencia y, como teníamos más o menos la misma edad, creció jugando conmigo.

—Eso se llama ser amigos de la infancia, ¿por qué dice que lo conoce muy poco? —inquirió Wei Wuxian.

—Porque nos fuimos distanciando con el paso de los años.

—Piénselo detenidamente: ¿alguna vez lo ofendió de alguna manera?

—Hubo un incidente, pero no estoy seguro de lo grave que fue para él.

—Adelante, cuéntelo —lo exhortó Lan Wangji.

—Sirvió a mi abuela durante muchísimos años. Todo el tiempo estaba a su lado. Como era hábil y tenía más o menos mi edad, a mi abuela le caía bastante bien y a menudo lo elogiaba por su inteligencia. Como resultado, se volvió engreído y siempre se juntaba con los miembros más jóvenes de nuestra familia, ignorando por completo el trato entre amos y siervos. Más tarde, mi abuela le permitió ir a la escuela con nosotros.

»Un día el maestro nos encargó una tarea. Se trataba de un problema muy difícil de resolver. Mientras debatíamos en clase, a alguien se le ocurrió una respuesta y varios alumnos comenzaron a halagarlo, pero el sirviente intervino de repente y dijo que estaba equivocado. En ese momento solo

había ido a clase durante uno o dos meses, mientras que el resto llevábamos dos o tres años estudiando. Sin necesidad de discutir quién estaba en lo correcto y quién se había equivocado, alguien lo contradijo de inmediato. No obstante, él se obstinó e insistió en que la respuesta de la otra persona era incorrecta. Quería mostrarnos su solución, pero, al final, todos nos indignamos y lo echamos del aula.

Tras oír esa parte del relato, Lan Sizhui lo interrumpió para hacerle una pregunta:

—Joven señor Qin, por mucho que les hubiera indignado, el siervo no había hecho nada malo… ¿Por qué lo expulsaron?

—A juzgar por lo que nos ha contado, fueron los otros miembros de su familia quienes se metieron con él. ¿Usted desempeñó un papel especial? —inquirió Wei Wuxian con curiosidad—. Si ese no es el caso, no solo debe de estar buscándolo a usted, sino también al resto.

—Yo fui el primero que lo exhortó a salir del aula —detalló el joven señor Qin—. Al principio se lo sugerí, pero, como todos estaban descontentos con él desde hacía bastante tiempo, el asunto se nos fue de las manos. Además, su mal genio tampoco ayudaba mucho. Cuando regresamos, le dijo a mi abuela que ya no iría a clase, así que nunca más volvió.

—Voy a hacerle dos preguntas más —lo avisó Wei Wuxian—. Debe responderme con sinceridad, joven señor Qin.

—Adelante.

—Primera pregunta… —empezó a decir Wei Wuxian con los ojos iluminados—. Ha dicho que «a alguien se le ocurrió una respuesta», ¿era usted?

Tras una breve pausa, el joven señor Qin respondió con otra pregunta.

—¿Es eso relevante?

—Bien, le haré la segunda: ¿quién tenía razón y quién estaba equivocado?

Con cara de pocos amigos, el joven señor Qin sacudió las mangas y se excusó en tono apático:

—Han pasado varios años desde que ocurrió el incidente, lamento no poder recordarlo con todo lujo de detalles. Pero, siendo justos, ¿quién no ha hecho cosas absurdas por impulsividad y quién no ha conocido a gente poco razonable de joven? Por favor, no nos enfrasquemos en esto, tan solo quiero zanjar el asunto lo antes posible.

Con una sonrisa que le hacía entrecerrar los ojos, Wei Wuxian respondió:

—Vale. Entiendo, entiendo.

—¿Cuándo falleció ese sirviente? —preguntó Lan Wangji.

—Han pasado alrededor de dos años —contestó el joven señor Qin.

—¿Dos años? Nada mal. No es un cadáver antiguo, pero tampoco está fresco —observó Wei Wuxian—. ¿Cómo murió? ¿Se suicidó?

—No. Se dice que una noche salió a beber y tropezó porque no andaba con cuidado. Murió por la caída.

—Así que no se suicidó, eso mejora un poco la situación. Joven señor Qin, ¿ya no tiene más detalles?

—No.

—Vale. En ese caso, nos retiraremos por ahora. Más tarde enviaremos un talismán a su residencia. Si se acuerda de algo más, por favor, no dude en informarnos.

Tan pronto como llegaron al pequeño pabellón de bambú, Lan Sizhui cerró la puerta y se dio la vuelta para exhalar un suspiro.

—El joven señor Qin es… tan… tan…

—Dos años —recalcó Lan Wangji de repente.

—Exacto. Que haya transcurrido ese tiempo resulta muy extraño —observó Wei Wuxian.

—¿Extraño? —repitió Lan Sizhui.

Wei Wuxian sacó un talismán de papel en blanco de su manga.

—Si una criatura maligna tiene una profunda energía resentida, lo más habitual es que busque venganza los primeros siete días tras su muerte. Y, aunque tarde en hacerlo, no suele pasar del primer año. Si ya se había convertido en cadáver asesino, ¿por qué ha tardado dos años en ir hasta la puerta de su casa?

—¿Podría ser que no encontrara la nueva dirección del joven señor Qin? —especuló Lan Sizhui.

Un ligero escalofrío le recorrió la espalda cuando se imaginó al cadáver yendo de casa en casa, llamando a la puerta de las residencias y asomándose al interior para ver si lo hallaba.

Sin embargo, Wei Wuxian descartó su teoría.

—No, es imposible. Como tenía una vieja amistad con él, no le habría sido difícil encontrarlo: tan solo tenía que seguir su aroma. Por otra parte, si hubiera sido como lo planteas, habría acudido a las casas equivocadas durante la búsqueda y se habría denunciado más de un incidente paranormal de cadáveres asesinos golpeando puertas… Lan Zhan, tú que has leído más expedientes que yo y tienes una mejor memoria, ¿conoces relatos similares en los últimos dos años?

Mientras Wei Wuxian entraba en el estudio, Lan Wangji contestó:

—No, no he visto nada similar.

—Ya decía yo… Ah, no encuentro la tinta de cinabrio. —Tras coger un pincel, Wei Wuxian añadió—: ¡Recuerdo haberla usado anoche! ¿Alguno de vosotros la ha visto?

Lan Wangji también entró en el estudio y lo ayudó a encontrar la tinta. Wei Wuxian golpeteó dos veces la punta del pincel sobre el pequeño y delicado tintero, se sirvió una taza de té y se sentó en el escritorio. Con el recipiente en la mano izquierda y el pincel en la derecha, comenzó a dibujar salvajes trazos sobre el talismán de papel. Sin siquiera mirar lo que estaba

haciendo, le fue diciendo a Lan Wangji:

—Si tú no te acuerdas de ningún incidente parecido, significa que no ha sucedido. Debe de haber otra razón por la que el cadáver no se ha metido con el joven señor Qin en esos dos años. ¡Listo, ya he terminado!

A pesar de que la tinta bermellón todavía estaba húmeda, levantó el talismán de la mesa y se lo dio a Lan Sizhui.

—Ten. Ve a entregárselo.

Tras cogerlo, el muchacho le dio varias vueltas para examinarlo. Estaba totalmente confundido, pues nunca había visto un talismán con patrones tan caóticos y descabellados en los libros que había leído. Sin poder resistirlo, preguntó:

—Señor Wei… lo que ha trazado aquí… no son más que garabatos sin sentido, ¿cierto?

—Por supuesto —contestó Wei Wuxian.

Lan Sizhui se quedó sin palabras.

—Nunca miro cuando dibujo sobre los talismanes.

Lan Sizhui se quedó todavía más estupefacto.

—No te preocupes, va a funcionar —aseguró Wei Wuxian con una sonrisa—. A propósito, no te gusta mucho el joven señor Qin, ¿verdad?

El chico reflexionó un momento y luego dijo con sinceridad:

—No estoy muy seguro… Aunque no ha hecho nada malo o inhumano, creo que me costaría llevarme bien con alguien con ese temperamento. No me ha agradado su tono cuando se ha referido a su conocido como «el sirviente de la residencia»…

Justo en ese instante el adolescente hizo una pausa. No obstante, como Wei Wuxian no se había dado cuenta, comentó:

—Es normal. La mayoría de la gente de este mundo desprecia a los siervos. A veces incluso los propios criados se desprecian a sí mismos… ¿Eh? ¿Por qué me miráis así?

Al percatarse de la razón, no supo si reír o llorar.

—Un momento… me parece que habéis malinterpretado algo. ¡Esto es diferente! Muelle de Loto no es un lugar cualquiera. ¡Cuando era niño, yo golpeaba más veces a Jiang Cheng que él a mí!

Lan Wangji no dijo nada al respecto y se acercó para abrazarlo en silencio. Wei Wuxian sonrió y de inmediato correspondió al abrazo, acariciándole la espalda. Lan Sizhui tosió ante la escena, pero se sintió aliviado al notar su tranquilidad. Parecía que de verdad no le afectaba el calificativo de «sirviente».

—Aun así, me temo que vendrá a buscarnos de nuevo —comentó Wei Wuxian, refiriéndose al joven señor Qin.

Lan Sizhui se sorprendió ante tal declaración.

—¿El asunto no se resolverá hoy?

—Todavía no nos lo ha contado todo —explicó Lan Wangji.

—Así es, y no es la primera vez que sucede. En fin, no hay nada que se pueda hacer al respecto. Tan solo debemos esperar a que nos lo revele todo poco a poco. Veamos cómo transcurre esta noche. Esperemos que mañana nos cuente la historia completa de una vez por todas.

Tal y como habían supuesto, al día siguiente, cuando Lan Sizhui practicaba con su espada a primera hora de la mañana en el patio del pequeño pabellón de bambú, el joven señor Qin volvió a visitarlos.

—¡Me importa una mierda! —bramó el hombre nada más llegar.

—¡Aguarde, joven señor Qin! —exclamó Lan Sizhui al instante—. Mis superiores están durmiendo… Digo, ¡están practicando la cultivación! ¡Se encuentran en el punto crítico del entrenamiento, así que no debemos interrumpirlos!

Ante las últimas palabras, el joven señor Qin se abstuvo de entrar al patio a la fuerza. En lugar de eso, descargó toda su ira en el muchacho:

—¡No me interesa oír nada sobre el tratamiento de los síntomas o de la causa! ¡Lo único que deseo es que esa cosa jamás vuelva!

Al igual que la última vez, el joven señor Qin no lograba conciliar el sueño aquella noche, de modo que se fue a leer al salón principal con una lámpara. Al poco tiempo el cadáver asesino —es decir, el antiguo siervo de su residencia— volvió a la mansión. Aunque todavía no era capaz de entrar en la casa, se quedó saltando en la entrada y golpeaba la puerta de vez en cuando. Inesperadamente, las ventanas de madera y de papel no se vinieron abajo.

Pronto el alboroto se convirtió en algo muy lejano. Como el joven señor Qin llevaba varios días seguidos sin pegar ojo, no pudo aguantar más. Sin que se percatara, la somnolencia se apoderó de él. Todavía sentado, dejó caer la cabeza a un lado y se sumió en un profundo sueño.

No supo cuánto tiempo estuvo durmiendo, pero lo cierto fue que, de pronto, oyó tres fuertes y nítidos golpes en la puerta. Se tensó del susto y se enderezó de inmediato. Se había despertado bruscamente.

Entonces la voz de una mujer llegó desde fuera:

—Mi amado.

El joven señor Qin estaba tan aturdido que no habría reconocido ni la voz de su propio padre. Tan pronto como oyó a la señora Qin, se levantó con la intención de abrirle la puerta. No obstante, tras dar los primeros pasos, recordó que su esposa había estado lloriqueando, quejándose y peleándose con él los últimos días. Como resultado, había empacado sus cosas el día anterior y se había marchado a casa de sus padres. Si se había ido de la mansión porque estaba atemorizada, era imposible que hubiera tenido las suficientes agallas para volver en medio de la noche.

El esbelto y grácil cuerpo de una mujer se reflejaba en la ventana de

papel. Si bien se parecía a la figura de su esposa, el joven señor Qin actuó con prudencia. Con calma, desenvainó su espada y le hizo algunas preguntas:

—Amada mía, ¿cómo es que has vuelto? ¿No estabas enfadada?

—Sí, he regresado. Ya no lo estoy —respondió la mujer en tono sereno —. Abre la puerta, ¿vale?

El joven señor Qin no obedeció y apuntó a la entrada con la espada.

—Amada mía, es más seguro que vuelvas a casa de tus padres. Sería un problema que esa cosa siguiera merodeando por aquí, ¿no crees?

Hubo un breve silencio al otro lado de la puerta.

La mano con la que el hombre sostenía el arma empezó a sudar frío.

De repente, la mujer gritó a pleno pulmón:

—¡¿Por qué no abres la puerta?! ¡Un fantasma se acerca! ¡Date prisa y déjame entrar!

La señora Qin, que no se sabía si era real o falsa, se abalanzó sobre la ventana de papel y profirió un chillido desgarrador. El joven señor Qin estaba tan asustado que se le estremeció hasta el cuero cabelludo. Mientras sostenía con fuerza el talismán que Wei Wuxian le había proporcionado, una ola de coraje surgió en su interior y salió corriendo por la puerta…

—Entonces un montón de cosas me golpearon y me dejaron inconsciente —relató.

—¿Qué eran? —quiso saber Wei Wuxian.

El joven señor Qin señaló la mesa. Tan pronto como Wei Wuxian le echó un vistazo, se regocijó por dentro.

—¿Por qué le lanzaron frutas?

—¡¿Y qué cojones voy a saber yo?! —se quejó el joven señor Qin, furioso.

—Por supuesto que lo sabe. Solo usted lo sabe —rebatió Wei Wuxian—. Las criaturas malignas son muy vengativas. ¿Alguna vez le lanzó frutas?

Con la cara sombría, el joven señor Qin guardó silencio. A juzgar por su semblante, Wei Wuxian supo que había acertado en un noventa u ochenta por ciento. Sin embargo, como el hombre se negaba a admitirlo, no siguió insistiendo.

Y, como era de esperar, el joven señor Qin cambió de tema:

—Temprano por la mañana, envié a alguien a preguntar a la casa de mi suegro. Mi mujer no salió de allí anoche.

—Según las leyendas, se trata de una criatura que puede romper la barrera protectora de las residencias de los humanos —explicó Wei Wuxian—. Rara vez se encuentran registros de ella en los libros antiguos. Si bien no es dañina, es capaz de imitar la voz y la apariencia de las personas cercanas al dueño de la casa. A menudo, coopera con seres malignos y te engañan para que les abras la puerta tú mismo. Parece que ese cadáver asesino ha encontrado a un buen ayudante, ¿eh?

—Me da igual qué sea. Saberlo no me servirá de nada —protestó el joven señor Qin—. Caballero, la segunda puerta ha sido vulnerada. Esa cosa logró entrar en el salón principal de mi casa. ¿Esta vez también me va a decir que no hay nada que se pueda hacer?

—Joven señor Qin… —dijo Wei Wuxian—, seamos honestos: usted mismo abrió la segunda puerta. Si no fuera por mi talismán, no me atrevería ni a imaginar en qué estado se encontraría ahora.

El joven señor Qin resopló y estalló de ira:

—¡A este paso, la próxima vez que me despierte, veré a esa cosa de pie en la cabecera de mi cama!

—Si de verdad desea dormir tranquilo, joven señor Qin, será mejor que se dé prisa y reflexione sobre si hay algo que haya olvidado decirnos. Yo que usted, no me guardaría nada. No es por asustarlo… ja, ja, ja… pero tiene que saber que esta noche llegará a la puerta de su dormitorio.

Sintiéndose acorralado, al joven señor Qin no le quedó otra que revelar más información:

—La última vez que vi a esa persona fue hace dos años, cuando regresé a mi ciudad natal para venerar a mis padres y a mis ancestros. Con el fin de mostrar mis respetos, había vuelto a la antigua casa de mi familia. Portaba un colgante de jade, y él lo reconoció como un objeto que utilizaba mi abuela en vida. Me pidió que le dejara mirarlo. Como pensé que la echaba de menos, se lo di sin ningún problema. Sin embargo, para mi sorpresa, lo terminó perdiendo.

—¿A qué se refiere? —preguntó Wei Wuxian—. ¿Lo extravió o lo vendió?

El joven señor Qin vaciló un instante.

—No lo sé. Al principio creí que lo había vendido y que había mentido, pero…

Como había dejado la frase sin terminar, Wei Wuxian lo instó con paciencia:

—¿Pero qué?

Desde el inicio de la conversación hasta ese momento, Lan Wangji había permanecido callado y con el rostro imperturbable. Aun así, lo exhortó:

—Adelante, no se contenga.

—Pero, ahora que lo pienso, no me parece que fuera capaz de vender las pertenencias de mi abuela… Más tarde me enteré de que le encantaba beber. Parece que lo perdió una de esas noches de borrachera o tal vez se lo robaron. Sea como sea, estaba tan enfadado en ese instante que lo reprendí.

—Un momento —lo interrumpió Wei Wuxian—. Se trata de un asunto de vida o muerte, así que no debería ser vago al respecto. Una «reprimenda» puede ser leve o severa, y la diferencia entre ambas puede ser abismal. ¿De qué forma lo «reprendió»?

El joven señor Qin arqueó las cejas antes de añadir:

—Recuerdo haberle dado una pequeña paliza.

Wei Wuxian parpadeó unas cuantas veces.

—¿Eso quiere decir que… se quedó cojo?

Tras otra pausa, el joven señor Qin continuó como si nada hubiera pasado:

—De eso no sé nada. Tampoco sabría decir cómo de duras fueron las palizas que le dieron los sirvientes. En fin, mi intención no era hacerle daño; al fin y al cabo, era un antiguo siervo de mi familia. Si él se lo tomó a pecho y me guardaba rencor en secreto, no era problema mío.

Al escuchar esa parte de la historia, Lan Sizhui intervino:

—Joven señor Qin… Es… esto dista demasiado de lo que nos contó al principio. ¿Por qué ha ocultado tantas cosas cuando mis superiores lo han instado a que fuera claro y honesto al respecto?

—Creí que el talismán y la espada serían suficientes para devolver la paz a mi hogar. ¿Cómo iba a saber que tendría que hablar de un asunto tan viejo e irrelevante?

—No, no, nooo. ¡Es una situación bastante seria, joven señor Qin! —exclamó Wei Wuxian, cambiando el tono—. Piénselo bien. Usted no solo lo ofendió, sino que también lo golpeó. ¡Y puede que le rompiera una pierna! Si es verdad que no vendió el colgante de jade, significa que tuvo una muerte injusta. ¿Cómo no iba a buscarlo?

—¡Yo no lo maté! ¡Tampoco se suicidó! —se defendió de inmediato el joven señor Qin—. ¿Por qué vendría a por mí?

—¿Eh? ¿Cómo sabe que no se suicidó? —inquirió Wei Wuxian—. Tal vez se quitó la vida en un arrebato y la gente creyó que fue un accidente. Eso sería peor.

—¿Cómo puede un hombre valiente matarse por algo tan insignificante? —argumentó el joven señor Qin.

—En nuestro oficio, lo más importante es no dar las cosas por sentadas. Cada cual tiene su mentalidad y su personalidad. Es difícil determinar si un hombre valiente sería capaz de suicidarse o no por algo tan

«insignificante». Debe saber que existen diversas razones por las que un fallecido se convierte en cadáver ambulante. El rencor puede surgir porque secuestraron a su esposa y mataron a su hijo o también por algo tan trivial como que una persona no lo llevó a jugar con el barro cuando era niño.

—¡Os aseguro que no se mató! —remarcó el joven señor Qin con terquedad—. Si una persona quiere quitarse la vida, puede ahorcarse o envenenarse. ¿Por qué habría elegido tirarse colina abajo? ¿Cómo podría asegurar que moriría con semejante método? ¡No fue un suicidio!

—Tiene mucho sentido lo que dice —admitió Wei Wuxian—, pero ¿ha pensado en que su muerte pudo deberse a que usted lo dejó lisiado? Como tenía problemas para andar, rodó colina abajo y cayó al vacío. Si ese fuera el caso y sumamos todos los hechos, todo apuntaría a que usted lo llevó a la muerte. ¿No sería eso peor?

—¡¿Qué quiere decir?! —exclamó el joven señor Qin con indignación—. ¡Aunque ese fuera el caso, no habría sido más que un accidente!

—¿Está seguro de que quiere calificar una muerte tan trágica como un «accidente»? Ahora que ha aparecido, significa que debe haber un culpable.

Como lo rebatía cada vez que hacía una declaración, el joven señor Qin comenzó a sudar frío y palideció.

—Aun así, no hay necesidad de desesperarse —continuó Wei Wuxian—. Le indicaré una última forma de salvar su vida. Solo tiene que hacer lo que le diga.

—¡¿Qué debo hacer?!

Con tan solo echarle un vistazo a Wei Wuxian, Lan Wangji supo que estaba a punto de decir más sandeces, así que sacudió la cabeza.

—Escuche con atención: debe mantener abiertas las puertas que ya han sido vulneradas, es decir, tanto el portón de su mansión como la puerta del salón principal. Debe asegurarse de que no queden obstaculizadas. De todas formas, no podrá detener a esa cosa ni aunque las cierre.

—¡De acuerdo!

—Evacúe a las personas que no estén involucradas y tenga cuidado de no herir a gente inocente.

—¡Casi todos se han ido ya!

—Muy bien. Lo siguiente es buscar a un muchacho virgen con una fuerte energía *yang* para que se siente en un banco frente a sus aposentos, lo proteja a medianoche y tome las medidas necesarias para lidiar con lo que venga.

—¿Y eso sería todo?

—Sí. El muchacho en cuestión está aquí. Por lo demás, solo tiene que quedarse tranquilo hasta el amanecer.

Wei Wuxian se refería a Lan Sizhui.

Las comisuras de los labios del joven señor Qin se crisparon en cuanto oyó la última frase. Sin poder evitarlo, le dirigió una mirada al joven agraciado y de apariencia amable.

—Si él va a custodiar la puerta, ¿dónde estaréis vosotros dos?

—Es obvio que vigilaremos el interior del dormitorio y lo acompañaremos. En caso de que fallemos y el cadáver asesino irrumpa en su habitación, podremos idear otros planes para lidiar con él.

Sin poder soportar la idea, el joven señor Qin preguntó:

—¿Y no podemos pedirle a este caballero que vigile fuera de mi habitación?

Se refería a Lan Wangji.

Wei Wuxian se quedó pasmado un instante.

—¿A quién se refiere? ¿A él? —Enseguida se empezó a reír tanto que casi se cayó al suelo—. ¡Ja, ja, ja, ja, ja, ja, ja, ja, ja, ja, ja, ja, ja, ja, ja, ja, ja!

Lan Wangji le rodeó los hombros con un brazo para sujetarlo y luego se negó a la propuesta:

—No.

Con un rechazo tan rotundo, el joven señor Qin no se quedó nada contento.

—¿Por qué no?

—Me parece que ha olvidado lo que acabo de decir —comentó Wei Wuxian en tono solemne—. Tiene que ser un chico virgen.

El joven señor Qin se quedó estupefacto. No se lo podía creer.

—¿Qué…? ¡¿Y acaso no lo es?!

Incluso después de que se despidieran del hombre y Lan Sizhui lo condujese hasta la salida del pequeño pabellón de bambú, Wei Wuxian se estuvo carcajeando un largo rato.

Lan Wangji lo observó y, de repente, lo agarró y lo subió a su regazo.

—¿Todavía no te has reído lo suficiente? —preguntó con calma.

—¡No! —Acomodándose en sus piernas, Wei Wuxian añadió—: Hanguang-jun, tu rostro engaña bastante. Todos dicen que eres casto y de corazón puro, y que tienes una personalidad benevolente y noble. Me siento muy ofendido.

—¿Ofendido? —repitió Lan Wangji, tirando un poco de él para que se sentara más arriba y pudieran estar más cerca.

—Es insólito. Mira, está claro que ya no eres virgen, pero otros ven esa cara tuya y afirman que lo eres. En mi vida anterior, nunca le toqué la mano a una chica, excepto para salvarle la vida, pero ni una sola persona creía que fuera virgen. —Tras hacer cuentas, añadió—: ¡Tanto en las clases como en las cacerías nocturnas, la gente decía que era un mujeriego! ¡Y, una vez que me establecí en la colina de las fosas, se rumoreaba que era un maníaco sexual! Como reza el dicho, «cuando se sufre en secreto, no hay manera de quejarse».

Con movimientos serenos y silenciosos, Lan Wangji envolvió una de las manos de Wei Wuxian con la suya. En sus ojos se percibía el tenue atisbo de una sonrisa.

—¡¿Y sonríes?! Eres un hombre frío y sin corazón que no siente empatía. Yo era, al menos, el cuarto de la lista de los jóvenes señores más destacados de los clanes ilustres del mundo cultivacional, pero solo besé a una persona

en mi vida pasada. Siempre pensé que se trataba de una hermosísima cultivadora que estaba enamorada de mí. Eso me hacía sentir que yo, Wei Ying, no había vivido en vano. Jamás habría imaginado que, en realidad, fueras tú…

Al escuchar lo último, Lan Wangji no pudo quedarse quieto. De inmediato, empujó a Wei Wuxian sobre la cama.

—¡¿Qué tiene de malo que fuera yo?!

—¿Por qué te alteras? Ja, ja, ja, ja, ja, ja, ja, ja…

Cuando llegó la hora, Lan Sizhui se fue al patio y sujetó a Manzanita. Tuvo que esperar un largo rato a que Wei Wuxian y Lan Wangji por fin salieran de la casa. Si bien quería avisar al señor Wei de que se había vuelto a poner la túnica interior de Hanguang-jun por error, se guardó sus palabras. Al fin y al cabo, sería agotador informarlo siempre, ya que se equivocaba cada dos o tres días. Además, se quedaba con la ropa de Hanguang-jun porque le daba pereza cambiarse. Como consideraba que no tenía sentido avisarlo, fingió no haberlo notado.

Wei Wuxian se montó sobre el burro moteado, sacó una manzana de la alforja y le dio un mordisco.

A Lan Sizhui le resultó muy familiar, así que, tras vacilar un momento, preguntó:

—Señor Wei, ¿esa no es una de las frutas que trajo el joven señor Qin?

—Correcto.

—Es una fruta que le llevó el cadáver asesino, ¿no…?

—En efecto.

—¿Y está bien que se la coma?

—Sí, no hay ningún problema. Solo se cayó al suelo. Se puede comer después de limpiarla.

—Tratándose de la manzana de un cadáver asesino, ¿no estará envenenada…?

—Puedo responder a tu pregunta: no.

—¿Cómo lo sabe?

—Porque ya le he dado cinco o seis a Manzanita… ¡Oye, Manzanita, detente! ¡No patalees! ¡Socorro, Lan Zhan!

Lan Wangji agarró las riendas del burro enfadado con una mano y retiró la manzana de la boca de Wei Wuxian con la otra.

—No te la comas. Mañana compraremos otras.

Wei Wuxian se agarró a sus hombros y, tras luchar un poco, por fin logró montarse con firmeza en el burro.

—Solo trato de ahorrar dinero, Hanguang-jun.

—Eso jamás será necesario.

Wei Wuxian le frotó la barbilla y esbozó una sonrisa tan amplia que entrecerró los ojos. Entonces, como si se hubiera acordado de algo, preguntó:

—Ah, por cierto, Sizhui: ¿eres virgen?

Aunque lo dijo con bastante naturalidad, el muchacho casi se ahogó con su propia saliva.

Como aquel comportamiento no era propio de los miembros del clan Lan de Gusu, Lan Wangji lo miró con severidad, y Lan Sizhui se contuvo al instante.

—No te pongas nervioso, no iba en serio lo que le dije al joven señor Qin —aclaró Wei Wuxian—. En algunos casos, es cierto que se necesita un muchacho virgen para los hechizos, pero, como vas a usar la espada para enfrentarte al cadáver asesino, no importa si lo eres o no. Aun así, me sorprendería demasiado que no lo fueras…

Antes de que terminara la última frase, el muchacho se sonrojó hasta las orejas y lo interrumpió:

—Po… ¡por supuesto que lo soy!

Tal y como habían acordado, cuando el trío llegó a la mansión a medianoche, la residencia estaba vacía y las puertas se encontraban abiertas de par en par. Hacía muchísimo tiempo que el joven señor Qin los esperaba dentro.

Lan Sizhui se detuvo enfrente de su dormitorio. Si bien no llevaba armadura ni casco, parecía imperturbable y fiable.

Al ver que emanaba un aire de valentía, cual ternero recién nacido que no teme a los tigres, el joven señor Qin se relajó un poco y dejó de fruncir el ceño, aunque seguía preocupado. Después de entrar en su habitación, cerró la puerta y se dio la vuelta.

—¿En serio está bien que ese joven vigile la entrada? Si el exorcismo falla, se perderá una vida en esta casa…

La pareja estaba sentada tranquilamente en la mesa.

—No morirá nadie —aseguró Wei Wuxian—. Basta con contar cuántos días lleva ese cadáver asesino hostigándolo y preguntarse si ha fallecido alguien durante este tiempo.

Fue entonces cuando el joven señor Qin se sentó con ellos.

—Tenga, coma algo de fruta para calmarse —ofreció Wei Wuxian, poniendo una de las peras del cadáver asesino sobre la mesa.

Con el estrés de los últimos días, el hombre se encontraba aturdido. Sin pensarlo mucho, cogió la fruta y se la llevó a la boca. Justo cuando estaba a punto de hablar, se oyó un extraño ruido fuera.

Tum, tum…

Tum, tum…

Por un momento pareció como si una corriente de aire frío hubiera entrado en la habitación, y las llamas de las velas parpadearon sobre la mesa.

La pera se le cayó de la mano y se alejó rodando por el suelo. El joven señor Qin agarró con la mano derecha la empuñadura de la espada que llevaba en la cintura.

Tum… tum… tum…

Los extraños ruidos se hicieron más intensos y próximos. Cada vez que sonaban, las llamas de las velas temblaban como si estuvieran aterradas.

Al otro lado de la puerta, se escuchó el claro sonido de una espada larga al desenvainarse. En las ventanas de papel se reflejó una tenue y oscura sombra que corría. El peculiar sonido desapareció al instante y fue remplazado por revoloteos y chirridos. A eso se le sumaba el sonido de unos muebles de madera rompiéndose.

—¡¿Qué está sucediendo fuera?! —preguntó alarmado el joven señor Qin, completamente pálido.

—Es solo una pelea —indicó Wei Wuxian—, no tiene que prestarle atención.

Tras escuchar los ruidos durante un rato, Lan Wangji manifestó:

—Es excesivo.

Wei Wuxian entendió lo que quería decir. A juzgar por los pasos y los mandobles, Lan Sizhui había desenvainado su espada demasiado rápido y con violencia, lo que indicaba que estaba perdiendo la concentración y no se encontraba lo suficientemente sereno. No era que el adolescente no fuese poderoso, sino que sus movimientos no se correspondían con los principios del manejo de la espada del clan Lan de Gusu. Si su esencia, su energía y su espíritu no estaban en sintonía o si usaba técnicas entremezcladas, podría tener complicaciones y le resultaría difícil refinar su práctica cuando quisiera aumentar su nivel de cultivación.

—Lo está haciendo bastante bien —comentó Wei Wuxian—. Sizhui todavía es muy joven, es normal que no controle sus ataques. Cuando crezca y tenga más experiencia en las peleas, lo pillará.

Lan Wangji sacudió la cabeza. Tras escuchar otro instante, miró de pronto

a Wei Wuxian, que estaba igual de sorprendido que él. Ambos notaron que el muchacho no solo estaba empleando las técnicas del clan Lan de Gusu, sino también del clan Jiang de Yunmeng.

Sabiendo que nunca les habían enseñado tales habilidades a los discípulos del clan Lan de Gusu, Wei Wuxian especuló:

—Sizhui y los demás suelen ir de cacería nocturna con Jin Ling. Supongo que habrá empleado algunas de sus técnicas de manera inconsciente.

—Qué inapropiado —resaltó Lan Wangji.

—¿Vas a castigarlo cuando volvamos?

—Sí.

—¿De qué estáis hablando? —inquirió el joven señor Qin.

Wei Wuxian recogió la pera del suelo y se la entregó.

—No es nada. Tenga, coma algo para calmarse. No se ponga tan nervioso. —Al finalizar, le sonrió a Lan Wangji y añadió—: A propósito, Hanguang-jun, eres impresionante. Es natural que yo reconozca las técnicas de espada de Yunmeng, pero ¿cómo es que tú también lo has hecho?

Lan Wangji se quedó paralizado un momento antes de contestar:

—Las recuerdo porque luché contigo en varias ocasiones.

—¡Por eso digo que eres impresionante! Ha pasado más de una década desde que utilicé las técnicas del clan Jiang de Yunmeng para enfrentarme a ti. Es alucinante que puedas reconocerlas por el sonido, ¿a que sí?

Mientras hablaba, acercó una vela hacia Lan Wangji para ver si los lóbulos de sus orejas estaban rojos, pero este se percató de sus siniestras intenciones, le agarró la mano y la empujó hacia atrás. La llama de la vela bailaba como si estuviera borracha, iluminando los sonrientes ojos de Wei Wuxian y las curvadas comisuras de sus labios. Lan Wangji tragó saliva.

En ese preciso instante los dos se quedaron perplejos, y Wei Wuxian jadeó del asombro.

Como si hubiera aparecido un enemigo formidable, el joven señor Qin preguntó alarmado:

—¿Qué ocurre? ¿Hay algún problema con la vela?

—No, está bien, aunque estaría muchísimo mejor si fuera más brillante —contestó Wei Wuxian tras quedarse en silencio un instante. Luego se dirigió hacia Lan Wangji para decirle—: Las técnicas que acaba de emplear Sizhui son espectaculares, pero no son de tu clan ni tampoco del mío.

Al cabo de un momento Lan Wangji frunció el ceño y especuló:

—Tal vez sean del clan Wen.

Wei Wuxian lo comprendió enseguida.

—Seguro que se las ha enseñado Wen Ning. No está nada mal, ¿eh?

Mientras la pareja charlaba, se seguían oyendo ruidos fuertes fuera.

¡Clang! ¡Chischás!

¡Clang! ¡Chischás!

A medida que aumentaba el estruendo, el joven señor Qin iba palideciendo cada vez más.

Como a Wei Wuxian le empezaba a parecer excesivo, gritó hacia la puerta para reprender al joven:

—Sizhui, hemos tenido una larga charla. Incluso aunque quisieras derribar la casa, ¿no deberías haber terminado ya?

—Señor Wei, este cadáver asesino es demasiado rápido —se justificó el muchacho—. ¡No deja de esquivarme!

—¿Te tiene miedo? —preguntó Wei Wuxian.

—No. Es muy bueno peleando, ¡pero no parece que quiera luchar conmigo!

—¿No quiere hacerles daño a aquellos que no están implicados? —Girándose hacia Lan Wangji, Wei Wuxian manifestó—: Vaya, qué interesante. Hacía muchísimo tiempo que no veía a un cadáver asesino tan razonable.

—¿El muchacho podrá aguantar? —preguntó el joven señor Qin, angustiado—. ¿Por qué no lo ha derrotado aún?

Antes de que Wei Wuxian pudiera decir algo, se volvió a escuchar la voz

de Lan Sizhui:

—Hanguang-jun, señor Wei… El cadáver asesino tiene la mano izquierda en forma de garra, ¡pero la derecha está cerrada en un puño, como si estuviera agarrando algo!

Al oírlo, la pareja se miró. Wei Wuxian asintió con la cabeza, por lo que Lan Wangji ordenó:

—Sizhui, envaina la espada.

—¿Hanguang-jun? —dijo el chico, confundido—. Todavía no he visto qué tiene en la mano…

—¡No pasa nada! —aseguró Wei Wuxian, levantándose de la mesa—. Solo enfunda la espada, que no hay necesidad de pelear.

—¿Cómo? —inquirió el joven señor Qin.

—¡De acuerdo! —accedió Lan Sizhui desde fuera.

Fuiiin.

De pronto, se oyó un ruido metálico. Tal y como le habían indicado sus superiores, Lan Sizhui envainó su espada y se alejó de un salto.

En el interior del dormitorio, el joven señor Qin protestó.

—¡¿Qué demonios está sucediendo?! ¡Esa cosa sigue ahí fuera!

—Ya no hay necesidad de luchar, el asunto está casi resuelto —detalló Wei Wuxian, enderezándose—. Solo queda un último paso.

—¿Cuál? —quiso saber el joven señor Qin.

Mientras abría la puerta de una patada, Wei Wuxian exclamó:

—¡Este!

¡Pam!

En el momento en que las dos hojas de madera se abrieron con un estrepitoso golpe, la figura oscura de fuera se quedó paralizada frente a la entrada del dormitorio. Estaba despeinada, tenía el rostro sucio y los ojos completamente blancos, lo que le daba un aspecto espeluznante y fiero.

Al ver aquella cara, el semblante del joven señor Qin se demudó drásticamente. Mientras retrocedía con rapidez, desenvainó su espada. No

obstante, el cadáver asesino entró disparado como una oscura ventisca y lo agarró del cuello con la mano izquierda.

Lan Sizhui entró y se quedó perplejo ante la escena. Justo cuando estaba a punto de socorrerlo, Wei Wuxian lo detuvo. Aunque el joven señor Qin era testarudo y desagradable, el muchacho no consideraba que hubiera cometido un crimen tan atroz como para merecer la muerte. Además, sabía que sus superiores no se quedarían de brazos cruzados viendo cómo el cadáver asesino lo mataba, así que se tranquilizó un poco.

Los cinco dedos del sirviente muerto eran tan fuertes como un aro de hierro. Al estrangularlo, las venas del joven señor Qin se hincharon y su cara se hinchó y se puso púrpura. Si bien perdió la cuenta de cuántas puñaladas le propinó al cadáver asesino, este no pareció inmutarse lo más mínimo. Era como si estuviera ensartando una hoja de papel.

Despacio, el cadáver asesino levantó el puño derecho y lo acercó al rostro del joven señor Qin, como si fuera a reventarle los sesos y a aplastarle la cabeza hasta convertirla en un amasijo de carne, huesos y sangre.

Las otras tres personas seguían observando la escena.

Por poco, Lan Sizhui fue incapaz de contener la mano que sostenía la empuñadura de su espada. Justo cuando creía que el joven señor Qin iba a morir con el cráneo destrozado, vio que la mano derecha del cadáver asesino se aflojaba y que un objeto plano y redondo se deslizaba entre sus dedos. El extremo de aquella cosa estaba conectado a un hilo oscuro, y fue eso mismo lo que el cadáver asesino puso en el cuello del joven señor Qin.

Tanto él como Lan Sizhui se quedaron estupefactos.

Hicieron falta tres intentos para que el cadáver asesino ajustara la cuerda alrededor de su cuello. Sus movimientos fueron tan torpes y rígidos que era muy difícil que otros se sintieran amenazados. Tras notar que la criatura no le daba un golpe mortal y tampoco parecía que fuera a estrangularlo con el fino hilo, Lan Sizhui y el joven señor Qin exhalaron un suspiro de alivio. Sin embargo, para su sorpresa, antes de que pudieran relajarse, el cadáver

asesino dio un puñetazo rápido y estruendoso. Arremetió de una forma tan despiadada que el joven señor Qin soltó un alarido. Cuando la sangre le brotó de la boca y la nariz, se desmayó y cayó al suelo.

Cuando el cadáver asesino golpeó al hombre, se dio la vuelta como si quisiera marcharse sin más.

Lan Sizhui se quedó boquiabierto. Si bien volvió a agarrar la empuñadura de su espada, le parecía que la situación se había vuelto ridículamente divertida. Si reaccionaba con excesiva seriedad, se volvería tan graciosa que ya no sabría ni cómo debía actuar.

Wei Wuxian se estaba riendo a carcajadas. Mientras agitaba la mano hacia Lan Sizhui, dijo:

—No te preocupes, deja que se vaya.

El cadáver asesino se giró para mirarlo y asintió con la cabeza. Arrastrando su pierna coja, avanzó con pasos tambaleantes y saltó para cruzar la puerta.

Mientras la criatura se alejaba, Lan Sizhui se quedó mirando su espalda. Después de un rato preguntó en tono vacilante:

—Señor Wei… ¿está bien que lo dejemos ir así como así?

Lan Wangji se inclinó para examinar al joven señor Qin, cuya cara estaba magullada y ensangrentada, y aseguró:

—Sí, no pasa nada.

Cuando el muchacho volvió a fijar la mirada en el hombre, pudo observar más de cerca lo que colgaba de su cuello. Se trataba de un colgante de jade.

Parecía que el accesorio había estado rodando por el suelo durante años: la cuerda roja que ataba la joya estaba negra. Aun así, el jade seguía siendo claro y blanquecino.

—Eso es…

—Ha regresado a su dueño original —expresó Wei Wuxian.

Después de que Lan Wangji se cerciorara de que el joven señor Qin solo estaba inconsciente y su vida no corría peligro, los dos abandonaron la

mansión de los Qin junto a Lan Sizhui. Antes de marcharse, Wei Wuxian tuvo la consideración de ayudar al propietario de la residencia a cerrar las tres puertas.

—No lo ha tenido fácil —comentó Lan Sizhui.

Wei Wuxian se dio la vuelta y se subió al lomo de Manzanita.

—¿Qué? ¿Hablas del joven señor Qin? Un solo puñetazo del cadáver asesino ha acabado con el asunto. ¡Diría que ha sido facilísimo!

—No me refería a él, sino al cadáver. He leído un montón de expedientes sobre fantasmas aviesos y cadáveres asesinos vengativos. La mayoría de las veces el rencor nace de las enemistades que tenían en vida y, tras la muerte, suelen perseguirlas como locos para cobrarse sus vidas. Sin embargo, este es diferente…

Lan Sizhui estaba fuera del portón principal, que había quedado arañado y destrozado. Todavía incrédulo, se volvió para echarle un último vistazo antes de añadir:

—Después de transformarse en cadáver, estuvo dos años en las montañas, buscando un colgante de jade que había perdido en vida. Es la primera vez que veo a un muerto convertirse en cadáver asesino para hacer algo así y no para matar por venganza.

—Por eso decía que hacía mucho que no veía a una criatura maligna tan razonable —recalcó Wei Wuxian, sacando otra manzana de la alforja—. Si hubiera querido vengarse, le habría cortado una pierna al joven señor Qin en el mejor de los casos. Y, en el peor, habría masacrado a toda su familia. Ni siquiera se habría compadecido de sus perros ni sus gallinas.

Después de reflexionar, Lan Sizhui le hizo algunas preguntas:

—Señor Wei, todavía hay cosas que no me quedan claras. ¿Fue el joven señor Qin quien le rompió la pierna? ¿Por eso perdió el equilibrio y murió con la caída?

—Da igual. Lo que importa es que no le ha achacado esa responsabilidad.

—Vale. En ese caso, ¿de verdad estará satisfecho con solo haberle dado

un puñetazo?

—A juzgar por lo que hemos visto, sí —expresó Lan Wangji.

Ñac…

Wei Wuxian le dio un mordisco a la manzana.

—Pienso lo mismo. Como dice el refrán, «la gente lucha por alcanzar sus objetivos». Si alguien está intranquilo después de morir, solo significa que tiene algo enquistado en el pecho. Le ha lanzado frutas, le ha devuelto el colgante de jade y le ha dado un puñetazo. Ahora que ha descargado sus frustraciones, ya nada le oprime el corazón.

—Sería fantástico que todos los seres malignos fueran así de sensatos —manifestó Lan Sizhui.

Wei Wuxian se rio.

—¿Qué tonterías dices, niño? Ni siquiera los vivos son razonables cuando guardan rencor. ¿Cómo puedes esperar que una criatura maligna actúe con sensatez? Tienes que saber que, en este mundo, todos se sienten ofendidos de una manera u otra.

—Ha tenido muchísima suerte —observó Lan Wangji en tono sereno, tirando de las riendas de Manzanita.

—Ciertamente —coincidió Wei Wuxian—. La suerte le ha sonreído al joven señor Qin.

A pesar de que Lan Sizhui se contuvo un largo rato, no pudo aguantar más y se quejó con total franqueza:

—Aun así, sigo pensando que un puñetazo es muy poco…

—Ja, ja, ja, ja, ja, ja, ja, ja…

Ya fuera porque aún no se había recuperado del puñetazo del cadáver asesino o porque Wei Wuxian lo había decepcionado por completo, el joven señor Qin no volvió a visitarlos.

Aun así, llegaron noticias suyas una semana después.

Se decía que, a primera hora de la mañana, se había encontrado el cuerpo de un joven en la esquina de una calle. El muerto llevaba una mortaja hecha jirones, estaba putrefacto y olía fatal. Justo cuando todos discutían sobre si debían enrollarlo en una estera y cavar un hoyo para enterrarlo, el joven señor Qin les ofreció dinero para que le prepararan un ataúd y le dieran una sepultura digna. Por su generoso y bondadoso acto, la gente lo elogió durante un tiempo.

Antes de marcharse de la ciudad, Lan Wangji y Wei Wuxian pasaron por la mansión de los Qin. Vieron que ya habían sustituido el portón por uno nuevo, negro, brillante e imponente. La gente entraba y salía de la residencia, dispersando el aire turbio y desolado que una vez la había invadido y colmándola de complacencia y prosperidad.

EXTRA V

Garfio de hierro

La reputación de la residencia de los Bai se debía, en gran parte, a la estancia blanca.

Era obvio por qué recibía ese nombre: la estructura era de color blanco. Cuando se estaba construyendo, las paredes estaban cubiertas de cemento blanco y el propietario planeaba decorarlas con adornos coloridos. Todo iba bien hasta que llegó el turno de la estancia del patio del oeste. Como empezaron a ocurrir cosas extrañas, tuvieron que paralizar la construcción. Hasta la fecha, la estancia blanca contrastaba con la ostentosa decoración del resto de la residencia. Era de un blanco tan arenoso que resultaba lamentable.

—La casa tiene tres grandes candados y tres cerrojos. Por calurosos que sean los veranos, siempre hace fresco a su alrededor, como si fuera un almacén de hielo [16] . Según el patriarca de la familia Bai, un día, mientras su padre jugaba cuando era niño, su pelota rodó hasta la entrada de la estancia. En el momento en que fue a recogerla, sintió tanta curiosidad que no se resistió a mirar a través de la rendija de la puerta.

Hasta ese instante Jin Ling había estado explicando la situación muy serio. Sin embargo, casi se ahogó al ver que Wei Wuxian, que estaba a su lado, introducía la mano en el ataúd y parecía levantar los párpados del cadáver.

Al notar que se había callado, Wei Wuxian se volvió hacia él.

—¿Qué pasó después?

A la vez los discípulos del clan Lan, que estaban detrás, también se volvieron y clavaron la mirada en él.

Tras una pausa, Jin Ling retomó el relato:

—Luego… se quedó pasmado en el mismo lugar y permaneció inmóvil un largo rato. Cuando su familia lo encontró y quiso sacarlo de allí, se desmayó. Como tuvo una terrible fiebre, no recordaba nada y nunca más se atrevió a acercarse a la estancia.

»Nadie tiene permitido salir de su habitación después de la medianoche, y mucho menos merodear cerca de la estancia blanca. Es una regla que la familia no debe romper por nada del mundo. A ciertas horas de la noche, aunque es obvio que no hay nadie allí, se empiezan a escuchar pisadas sobre las viejas tablas de madera. Ah, también se oyen otros ruidos…

Jin Ling apretó los puños, puso una mirada asesina e hizo un gesto feroz con la mano antes de continuar:

—Se suele escuchar una cuerda enroscándose lentamente, como si intentara estrangular algo.

Días atrás, a primera hora de la mañana, cuando el sirviente de la residencia de los Bai estaba limpiando, pasó por la estancia blanca y descubrió que habían hecho un pequeño agujero del tamaño de un dedo en la delgada ventana de papel de la puerta de madera. Y eso no era todo: había un hombre tendido en el suelo.

Nadie había visto a ese tipo antes. Tenía unos cuarenta años, su rostro era pálido, sus venas estaban hinchadas y sus dedos se hallaban fuertemente hundidos en su pecho. Hacía mucho que había muerto.

Tanto el siervo como el propietario se aterrorizaron. Después de mucho deliberar, las autoridades llegaron a la conclusión de que se trataba de un desafortunado ladrón que había irrumpido en la zona restringida de la mansión de los Bai por la noche. Por desgracia, había visto algo que le

había provocado un infarto y había muerto en el acto. En cuanto a qué había visto, era un completo enigma. Por más que quitaron los candados y los cerrojos de la estancia blanca y buscaron por todas partes, no hallaron nada.

Ahora que un hombre había muerto, el patriarca de la familia Bai sabía que no podría seguir fingiendo que nada sucedía. Si el problema no se solucionaba pronto, las consecuencias serían atroces. Por eso apretó los dientes y se armó de valor para ir a la torre de la Carpa Dorada. Ofreciendo una gran suma de dinero, le imploró al clan Jin de Lanling que organizara una cacería nocturna en su mansión.

Y eso era lo que los había llevado a la situación actual.

Al borde de un ataque de nervios, Lan Jingyi se apoyó en la tapa del ataúd y preguntó desesperado:

—Señor Wei, ¿ya has terminado…? Esta persona lleva muerta muchos días… Ni siquiera los cadáveres ambulantes huelen tan…

Lan Sizhui sostuvo a su condiscípulo y, sin saber si reír o llorar, dijo:

—Este ataúd es muy sencillo y tosco. Encima, la casa mortuoria está desatendida; no hay nadie que la vigile y está expuesta a la naturaleza. Como lo han dejado aquí varios días, era inevitable que no estuviera en tan malas condiciones. Venga, resiste, que aún tenemos que tomar notas.

—Para ser un ladrón sin escrúpulos, ha tenido suerte de que lo hayan metido en un ataúd —comentó Jin Ling con un resoplido desdeñoso—. No íbamos a venerarlo como si fuera Buda, ¿o sí?

Tras palpar y examinar el cadáver durante un rato, Wei Wuxian alzó la cabeza, se quitó los guantes y los tiró a un lado.

—¿Todos habéis terminado de examinarlo?

—¡Sí!

—Muy bien. Ahora decidme qué hay que hacer a continuación —los instó.

—¡Debemos invocar su alma! —exclamó Lan Jingyi.

Jin Ling soltó una risa irónica.

—No hace falta que lo propongas. Ya lo he intentado.

—¿Y qué tal ha ido? —inquirió Wei Wuxian.

—No tiene ninguna obsesión y su alma es demasiado débil, por no mencionar que murió de miedo —explicó el muchacho—. Ya han transcurrido los primeros siete días tras su muerte, así que su alma ha quedado completamente dispersa. Es imposible invocarla.

—Eso equivale a no haber intentado nada… —se quejó Lan Jingyi.

—En ese caso, visitemos la estancia blanca y echémosle un vistazo. ¡Vamos, andando! —propuso de inmediato Lan Sizhui—. Joven señor Jin, por favor, muéstrenos el camino.

Mientras hablaba, fue empujando a Lan Jingyi hacia la puerta, sofocando con éxito la nueva ronda de discusiones sin sentido que los dos jóvenes habían iniciado.

El grupo de adolescentes caminó hacia la salida. Muchos de los chicos ya habían traspasado el alto umbral y caminaban con pasos veloces. Aunque se suponía que Jin Ling debía mostrarles el camino, se quedó detrás de ellos.

—¿Por casualidad ha habido otras muertes extrañas o incidentes misteriosos en la mansión de los Bai? —le preguntó Lan Sizhui.

—El patriarca de la familia insiste en que no —contestó Jin Ling—. Los pocos ancianos que fallecieron lo hicieron de forma natural y a una edad madura. Al parecer, nunca hubo discordia entre los habitantes de la residencia.

—Uf, tengo un mal presentimiento —expresó Lan Jingyi—. Por lo general, cuando dicen eso es porque ha habido algún tipo de desacuerdo, solo que tratan de encubrirlo y se niegan a confesarlo.

—Sea como sea, lo he verificado una y otra vez con ellos. No he sacado mucho más del interrogatorio y no hay nada inusual en lo que he hallado —insistió Jin Ling—. Podéis intentarlo de nuevo si queréis.

Debido a que ya había hecho todas las labores previas que había podido y había visitado la estancia blanca en múltiples ocasiones, no entró en la

residencia esa vez, sino que se sentó en un puesto de té que estaba fuera.

No mucho después una sombra oscura se acercó y se sentó a su lado. Era Wei Wuxian.

—Jin Ling.

Aquel era un puesto de té bastante modesto, por lo que llamaba muchísimo la atención que dos personas con una apariencia tan magnífica se hubieran sentado allí. Hasta la encargada miraba hacia atrás con frecuencia mientras seguía con sus ajetreadas labores.

No solo era la primera vez que Wei Wuxian se encontraba con Jin Ling después de que partieran del templo de Guanyin, sino también que lograba hablar a solas con él.

Jin Ling se quedó paralizado un instante. Era difícil descifrar sus emociones por su expresión.

—¿Qué pasa?

—¿Cómo te va en la torre de la Carpa Dorada?

—Igual que siempre.

De hecho, el viaje del patriarca de la familia Bai hasta la torre de la Carpa Dorada para pedirles que organizaran una cacería nocturna estuvo lleno de giros inesperados.

Si eso hubiera ocurrido unos años antes, cuando el clan Jin de Lanling estaba en pleno apogeo, era muy probable que no hubiera conseguido que los descendientes directos del clan lo ayudaran ni aunque les hubiera ofrecido una compensación diez veces mayor, por no hablar de organizar una cacería nocturna. ¡Habría sido imposible! Las familias de mercaderes como los Bai, que tenían dinero y carecían de autoridad y prestigio, ni siquiera podían darse el lujo de visitar a los Jin en esa época.

Ahora el mundo cultivacional no era como antes. Si bien la gente común

no conocía los detalles sobre los drásticos cambios, habían oído rumores sobre el tema.

Por eso el patriarca de la familia Bai se había armado de valor para intentarlo. Al fin y al cabo, no tenía nada que perder. Se dirigió nervioso al gran portón de la torre de la Carpa Dorada, presentó su placa de identificación y explicó el propósito de su visita. Después de recibir su soborno, el guardia entró de mala gana a informar sobre su llegada. No obstante, cuando regresó, le dijo que su líder se había negado a ayudarlo y quiso echarlo del lugar. Al patriarca de la familia Bai no le importaba irse, pues desde el principio no guardaba la esperanza de convencer a los Jin para que lo auxiliaran. Sin embargo, estaba molesto con que el guardia fuera tan grosero a pesar de haber recibido su dinero, así que le exigió que se lo devolviera. Después de discutir un rato, un joven apuesto que vestía la túnica de la flor de estrellas de nieve salió por la puerta con un arco en la mano. Al ver la lamentable escena, frunció el ceño y exigió saber lo que sucedía.

Entonces el guardia comenzó a vacilar y tartamudear. A pesar de que el patriarca de la familia Bai se percató de que el joven todavía era un niño, también intuyó que debía de tener una posición muy importante en el clan, de modo que se apresuró a explicar la situación. Para su sorpresa, cuando terminó de hablar, el chico se puso tan furioso que abofeteó al guardia de la torre de la Carpa Dorada y lo reprendió:

—¿Tu líder te ha dicho que echaras a este hombre? ¡¿Cómo es que no me he enterado, eh?! —Entonces, se volvió hacia él y le dijo—: Eres de la familia Bai, ¿cierto? ¿Vuestra residencia se encuentra a diez kilómetros al oeste de la ciudad? Perfecto, lo recordaré. Puedes irte. ¡Dentro de unos días alguien irá hacia allí!

El patriarca de la familia Bai regresó confundido a casa. Tal y como le habían prometido, al cabo de unos días un grupo de discípulos de diversos clanes cultivacionales se presentaron en la puerta de su mansión. No tenía

ni idea de que uno de ellos era el líder del clan Jin de Lanling. Y, desde luego, desconocía que dicho clan estuviera sumido en un caos total.

El guardia que lo había atendido ni siquiera había informado a su verdadero líder, Jin Ling, sino a otro superior del clan. Cuando aquel hombre se había enterado de que un insignificante mercader se había atrevido a pisar las escaleras de oro de la torre de la Carpa Dorada, se había enfurecido en el acto y le había pedido que lo echara de allí. Sin embargo, no contaba con que Jin Ling se toparía con él mientras se disponía a ir al coto de caza.

El muchacho siempre había sabido que todos los veteranos de su clan eran soberbios. Se hacían llamar a sí mismos una familia ilustre y centenaria, no estaban dispuestos a rebajarse por nada del mundo y se negaban a recibir visitas que no consideraran dignas. Si bien el joven siempre había repudiado esa clase de comportamiento, también se había enfadado porque el guardia lo había pasado por alto y había ido a informar a otra persona como si él no valiera nada. Lo que más le indignaba era el hecho de que ningún discípulo o cultivador invitado se habría atrevido a recibir sobornos de una manera tan descarada cuando Jin Guangyao estaba vivo. Cuanto más lo pensaba, más se molestaba.

Daba la casualidad de que había acordado con Lan Sizhui, Lan Jingyi y los demás ir de cacería nocturna ese mes, así que sugirió pasar por la mansión de los Bai.

Para ser honesto consigo mismo, debía admitir que ya había anticipado que Wei Wuxian iría con ellos.

Aunque Jin Ling se negaba a contarles a los demás sus problemas, la noticia había llegado a oídos de Wei Wuxian y Lan Wangji. Después de todo, había muchísimos ojos puestos en la torre de la Carpa Dorada e

innumerables bocas chismosas.

Sabiendo que el adolescente no mostraría debilidad, Wei Wuxian le aconsejó:

—Ante cualquier problema, ve a consultarlo con tu tío.

—Él no es un Jin —respondió Jin Ling con frialdad.

Si bien Wei Wuxian se quedó atónito al oírlo, no tardó en comprenderlo. No supo si reír o llorar, así que solo le dio un manotazo en la nuca.

—¡Habla bien!

El joven dejó escapar un quejido de dolor y su serio semblante por fin se resquebrajó.

Aunque el golpe no le había dolido, se mostraba como si hubiera sufrido una gran humillación, sobre todo cuando oyó las risas divertidas de la encargada del puesto. Enseguida se cubrió la nuca y rugió:

—¡¿Por qué me pegas?!

—Para que seas más considerado con tu tío. Si bien nunca ha sido una persona entrometida, por ti ha entrado en casa ajena para mostrar su autoridad y, como resultado, ha recibido toda clase de críticas. Ahora vienes y dices que no es un Jin. Si te escuchara, seguro que le romperías el corazón.

Jin Ling se quedó pasmado un instante y luego exclamó enfadado:

—¡Eso no era lo que quería decir! Yo…

—Ah, ¿no? ¿Y qué era lo que pretendías decir? —respondió Wei Wuxian con otra pregunta.

—¡Yo…! Yo…

El primer «yo» estaba lleno de energía, mientras que el segundo era débil y titubeante.

—Yo… yo… yo… yo lo diré por ti —dijo Wei Wuxian tartamudeando con toda la intención de chincharlo—. Lo que has querido decir es que, si bien Jiang Cheng es tu tío materno, no pertenece al clan Jin de Lanling. Ha intervenido varias veces para ayudarte, pero, si cruza los límites de otra

familia, correrá el riesgo de convertirse en el blanco de futuros ataques y críticas. No quieres causarle problemas, ¿me equivoco?

—¡Menuda ridiculez! —exclamó Jin Ling con indignación—. ¡¿Por qué me has pegado si ya lo sabías?!

Wei Wuxian volvió a darle una bofetada.

—¡Porque te lo mereces! ¿Cuándo aprenderás a hablar bien? ¡¿Por qué algo tan bonito suena tan feo cuando sale de tu boca?!

—¡Solo me pegas así cuando Lan Wangji no está! —bramó Jin Ling, cubriéndose la cabeza.

—Me creas o no, él me ayudaría si estuviera aquí. Solo tendría que pedírselo y ya está.

—¡Pero soy el líder de un clan! —argumentó el muchacho con incredulidad.

Wei Wuxian esbozó una sonrisa orgullosa.

—He golpeado a al menos ochenta líderes, si no a cien.

Jin Ling se levantó de golpe con intención de alejarse corriendo del puesto de té.

—¡Como me golpees de nuevo, me iré!

—¡Vuelve aquí! —Wei Wuxian lo agarró por la parte trasera de la túnica, lo levantó como a un pollo y, dándole palmaditas al banco, lo instó—: No te voy a pegar más, así que siéntate.

A pesar de que el chico se mostraba receloso, pronto se percató de que de verdad no tenía intención de pegarle, por lo que se sentó de mala gana.

Cuando la mujer del té vio que la discusión había terminado, curvó los labios en una amable sonrisa y se acercó a servirles más agua.

Wei Wuxian levantó la taza de té y bebió un sorbo.

—Oye, pequeño Ling.

—¿Qué? —dijo el adolescente, mirándolo con fiereza.

Wei Wuxian le sonrió.

—Ahora que te veo, me doy cuenta de lo mucho que has crecido.

Jin Ling se quedó estupefacto.

—Pareces… em… muchísimo más fiable ahora —manifestó Wei Wuxian, frotándose la barbilla, pensativo—. Me alegra muchísimo, aunque también es una lástima… ¿Cómo te lo explico? Antes parecías tontito. Eras bastante mono.

Jin Ling ya no se sentía cómodo en su asiento.

De pronto, Wei Wuxian estiró la mano, lo abrazó con fuerza por el hombro y le revolvió el cabello.

—En fin. Estoy encantado de verte, mocoso. ¡Ja, ja!

Sin importarle que estuviera despeinado, Jin Ling saltó del banco y quiso salir corriendo, pero Wei Wuxian le dio un manotazo que lo hizo sentarse otra vez.

—¿Adónde vas?

—¡A ver la estancia blanca! —contestó el muchacho en tono áspero, con el cuello completamente rojo.

—¿No la has visto ya?

—¡¡¡Quiero echar otro vistazo!!! ¡¿Algún problema?!

—Ya lo has hecho un montón de veces. Por más que vayas a indagar, no creo que haya ninguna novedad. ¿Por qué no me ayudas a investigar otra cosa?

Jin Ling temía que le dijera más cursilerías que le dieran grima. Prefería recibir una fuerte paliza a que le acariciaran la cabeza y lo abrazaran por el hombro mientras le decían cosas bonitas. Al recordar que ese había sido el mismo hombre que había gritado en público que quería acostarse con Hanguang-jun, no se imaginaba qué otras barbaridades podrían salir de su boca, de modo que se apresuró a acceder:

—¡Vale! ¿Qué quieres investigar?

—Averigua si hay alguna persona en la zona que se corresponda con esta extraña descripción: no solo tiene decenas de cortes en el rostro, sino que también le cortaron los párpados y los labios.

Como no parecía que estuviera diciendo sus típicas tonterías, Jin Ling preguntó con seriedad:

—No tengo ningún problema en ayudarte, pero ¿por qué quieres investigar esta clase de…?

Para sorpresa de ambos, la encargada del puesto, que estaba sirviéndoles más agua, intervino:

—¿Habláis de Mano de Garfio?

—¿Mano de Garfio? —repitió Wei Wuxian, girándose para mirarla.

—Así es. —La mujer del té, que los había estado observando y escuchando muy entretenida, se unió a la conversación en cuanto tuvo la oportunidad—. No tiene boca ni párpados, así que debe de ser él. A juzgar por su acento, caballero, no parece que sea oriundo de este lugar. Me sorprende que sepa de ese hombre.

—Yo vivo aquí, pero jamás he oído hablar de él —comentó Jin Ling.

—Eres muy joven, así que no es de extrañar —dijo la encargada—, pero era muy famoso.

—¿Famoso? —inquirió Wei Wuxian—. ¿En qué sentido?

—Su fama no se debía a nada bueno —explicó la mujer del té—. Cuando era niña, se lo oí decir a la madre de mi tía abuela, así que podéis imaginaros cuánto tiempo ha pasado ya. Desconozco el nombre de Mano de Garfio, pero sé que era un herrero. Aunque era pobre, tenía excelentes habilidades. Era honesto y trabajador, de apariencia decente. Tenía una esposa hermosísima a la que trataba muy bien. En cambio, ella no era nada amable con él. Tras encontrar a un amante, ya no quería a su marido… ¡así que lo mató!

Era obvio que a la encargada le habían inoculado el veneno de esa leyenda desde que era niña, así que también era muy dramática y enérgica al contársela a los demás. Su expresión y su tono eran tan perfectos que Jin Ling se sobresaltó y exclamó para sí: «¡Es verdad cuando dicen que no hay cosa más venenosa y perversa que el corazón de una mujer!».

Por el contrario, Wei Wuxian llevaba muchísimos años lidiando con cadáveres asesinos y seres malignos, así que había oído alrededor de ochocientas historias de ese tipo, si no mil. Por más interesante que fuera, ya estaba harto, de modo que solo apoyó la mejilla en la mano y se dispuso a escucharla inexpresivo.

—Como la mujer tenía miedo de que la gente reconociera el cuerpo de su esposo, le cortó los párpados y le hizo decenas de cortes en la cara —continuó la encargada del puesto—. Dado que también temía que la acusara ante los jueces del inframundo, tomó un garfio de hierro recién hecho de la mesa y lo utilizó para arrancarle la lengua…

De pronto, se escuchó la voz de alguien:

—¡No puedo creer que la mujer hiciera eso! ¡¿Cómo pudo matar a su marido con un método tan cruel y descabellado?!

Jin Ling estaba tan concentrado en la historia que se sobresaltó ante la repentina intervención. Se asustó tanto que hasta se le entumeció el cuero cabelludo. Cuando se giró para mirar, se percató de que Lan Sizhui, Lan Jingyi y el resto de los discípulos habían salido de la mansión de los Bai y se habían agolpado detrás de él para escuchar atentamente el relato.

La voz que acababa de sonar pertenecía a Lan Jingyi.

—Bah, las relaciones entre hombres y mujeres suelen ser así. Si no desprecian a los pobres y aman a los ricos, entonces remplazan un amor viejo por uno nuevo. Quienes no están involucrados no pueden entenderlo —argumentó la encargada—. En fin, volviendo a la historia, después de que el herrero quedara tan desfigurado que no parecía ni un humano ni un fantasma, la desalmada mujer lo arrojó a un cementerio al oeste de la ciudad sin que nadie lo supiera. Aunque a los cuervos les encanta comer carne podrida, cuando vieron su cara, no se atrevieron a picotearlo ni una sola vez…

Las personas como Lan Jingyi, que se emocionan fácilmente con cualquier historia, son excelentes oyentes. El joven mostraba sin cesar su

asombro y su indignación.

—Es el colmo… ¡Es una barbaridad! ¿La persona que lo mató no recibió su merecido?

—¡Claro que sí! Aunque el honesto herrero sufrió muchísimo, sobrevivió. Una noche se arrastró fuera de la tumba y agarró del cuello a su esposa, que dormía como si nada hubiera pasado. —Haciendo un gesto con la mano, la mujer del té describió—: Y, de pronto, ¡pla*f!* ¡Le destrozó la garganta con el garfio!

Los discípulos parecían contrariados. Estaban horrorizados y, al mismo tiempo, necesitaban soltar un suspiro de alivio.

—Tras matar a su esposa, también le desfiguró la cara y le cortó la lengua —continuó la encargada del puesto—. Aun así, eso no le bastó para calmar su resentimiento. A partir de entonces, ¡comenzó a matar a todas las mujeres guapas que veía!

Lan Jingyi se quedó helado, pues la última declaración le había impactado.

—Eso no es justo. Entiendo que quisiera vengarse, pero ¿qué culpa tenían todas esas chicas?

—Eso mismo digo yo, pero a él no le podía importar menos. Su rostro había quedado horriblemente desfigurado hasta el punto de que no se lo reconocía. Encima, cada vez que veía a una mujer bonita, se acordaba de su esposa. ¿Qué se suponía que debía hacer con tanto odio en su corazón? En fin, llegó a tal extremo que las jóvenes ya no se atrevían a salir solas cuando oscurecía. Incluso les daba miedo dormir sin que sus padres, hermanos o maridos estuvieran en casa. Y todo se debía a que, de cuando en cuando, aparecían cadáveres de mujeres con la lengua cortada en la calle…

—¿Nadie lo atrapó? —inquirió Jin Ling.

—No, nadie pudo. El herrero no se había dejado ver desde que había matado a su esposa y nunca más volvió a la casa en la que solía vivir. Como si estuviera poseído por un fantasma, aparecía y desaparecía

misteriosamente. Además, sus habilidades físicas eran tan extraordinarias que no parecían propias de un ser humano. Era imposible que alguien normal pudiera atraparlo. En cualquier caso, se dice que pasaron varios años antes de que lograran contenerlo. ¡Cuando el asunto quedó zanjado por completo, todos pudieron dormir en paz! ¡Oh, qué misericordioso eres, Buda Amitabha! ¡Doy gracias al cielo y a la tierra!

Tras retirarse del puesto de té y regresar a la casa mortuoria, Lan Sizhui preguntó con curiosidad:

—Señor Wei, ¿por qué de repente se le ha ocurrido investigar a Mano de Garfio? ¿Acaso está relacionado con el incidente paranormal de la estancia blanca?

—Por supuesto —contestó Wei Wuxian.

Si bien Jin Ling lo había intuido, seguía teniendo dudas, así que se unió a su compañero:

—¿Y qué conexión hay entre ambos casos?

—La podéis encontrar en el cuerpo de este ladronzuelo —indicó Wei Wuxian, volviendo a abrir la tapa del ataúd.

Una vez más todos los chicos se taparon la nariz.

—Ya he visto un montón de veces el cadáver —replicó Jin Ling.

Wei Wuxian lo agarró y tiró de él para acercarlo.

—Pues me parece que no has mirado con la suficiente atención.

Enseguida le dio unas palmaditas en el hombro al joven. Por la presión, Jin Ling inclinó la cabeza y se encontró cara a cara con el cuerpo del ladrón, que tenía el rostro pálido y los ojos muy abiertos. Cuando el hedor lo golpeó, Wei Wuxian le indicó:

—Mírale los ojos.

Jin Ling entrecerró los párpados y observó con atención las lúgubres y

apagadas cuencas. Con tan solo aquel vistazo, sintió que se le helaba el cuerpo de los talones al cabello.

De inmediato Lan Sizhui supo que algo andaba mal, de modo que también se inclinó para examinar lo que había dentro del ataúd. Y lo que vio reflejado en los ojos del muerto no fue su propia figura, sino un rostro desconocido que cubría casi por completo las pupilas. Aquella cara tenía marcas irregulares de cuchillos por todas partes, y lo más espeluznante era que no tenía párpados ni labios.

Lan Jingyi dio un par de brincos, como si quisiera mirar, pero no se atreviera a acercarse.

—Sizhui, ¿qu… qué has visto?

—No te acerques —indicó su compañero con un gesto de la mano.

—¡Ah, vale! —respondió Lan Jingyi de inmediato, dando zancadas hacia atrás.

—A propósito, me parece haber oído algo similar en relatos populares —comentó Lan Sizhui mientras levantaba la cabeza del ataúd—. A veces los globos oculares «registran» lo que la persona vio antes de fallecer. No esperaba que fuera cierto.

—De hecho, solo ocurre de vez en cuando —declaró Wei Wuxian—. El ladrón murió de miedo. Sea lo que sea lo que vio, la impresión fue tan profunda e indeleble que sucedió esto. En otras circunstancias, podría no haberse quedado grabado. Si hubiéramos dejado pasar más días, el cuerpo estaría tan descompuesto que ya no lo veríamos.

Todavía un tanto escéptico, Jin Ling preguntó:

—El relato no solo es dudoso, sino que, además, viene de una leyenda urbana. ¿De verdad podemos confiar en esta pista?

—Sea fiable o no, debemos investigarlo —manifestó Wei Wuxian—. Es mejor eso que quedarnos estancados.

Al menos, estaban progresando con el caso.

Lan Sizhui decidió ir al cementerio del oeste de la ciudad a buscar pistas

y Wei Wuxian quiso acompañarlo. Mientras tanto, el resto del grupo fue a investigar sobre el tipo con el sobrenombre «Mano de Garfio». Después de todo, los rumores nunca eran precisos y, cuanto más pudieran averiguar, mejor.

A Jin Ling no le caía bien Lan Jingyi y, además, pensaba que podría aprender más si iba con Wei Wuxian. Sin embargo, considerando que los discípulos del clan Lan no conocían bien Lanling y podrían liarla si él no los guiaba, aceptó sin rechistar, y los dos grupos acordaron reencontrarse en la residencia de los Bai por la noche.

Tras hacer algunas averiguaciones aquí y allá, los jóvenes se percataron de que la información que habían obtenido era muy similar a la que la encargada del puesto de té les había contado. Al parecer, su versión coincidía con la que circulaba entre el resto de los lugareños, por lo que Jin Ling y los demás decidieron regresar a la mansión de los Bai.

Cuando cayó la noche, Jin Ling caminó de un lado a otro por el salón principal de la mansión de los Bai y discutió varias veces con Lan Jingyi. Aun así, Wei Wuxian y Lan Sizhui seguían sin aparecer. Justo cuando estaba a punto de ir al oeste de la ciudad para buscarlos, la puerta se abrió de golpe.

¡Pam!

El primero en aparecer fue Lan Sizhui, que parecía sostener algo caliente. Nada más entrar en el salón, aquel objeto se le resbaló y cayó al suelo.

Era del tamaño de una mano y estaba envuelto en capas y capas de papel amarillo. Un líquido escarlata se había filtrado por los talismanes, manchando la superficie de sangre.

Con pasos serenos, Wei Wuxian siguió al adolescente y cruzó el alto umbral. Tan pronto como vio que los otros discípulos se agolpaban

alrededor del objeto, advirtió a toda prisa:

—¡Venga, dispersaos! ¡Cuidado, que puede ser peligroso!

¡Fuiiiish!

Los muchachos se alejaron de inmediato.

La cosa parecía corrosiva, ya que había erosionado la superficie de los talismanes, revelando lo que escondía.

¡Era un garfio de hierro oxidado!

Y no solo estaba corroído, sino también teñido de colores brillantes, como si acabaran de arrancarlo de un trozo de carne humana.

—¿Es el gancho de Mano de Garfio? —preguntó Jin Ling.

Lan Sizhui jadeaba con la cara roja. Su uniforme estaba repleto de quemaduras y manchas de sangre.

—¡Sí! ¡Tiene algo adherido, así que no lo toquéis por nada del mundo! —En ese preciso instante el garfio de hierro se agitó con violencia, por lo que ordenó—: ¡Cerrad la puerta! ¡No dejéis que salga! ¡No sé si podré atraparlo de nuevo si vuelve a escapar!

Lan Jingyi fue el primero en correr hacia la entrada. Después de dar un portazo, apoyó la espalda contra la superficie de la puerta y gritó a pleno pulmón:

—¡Los talismanes! ¡Rápido, golpeadlo con ellos!

¡Fuish! ¡Plaf!

Cientos de talismanes impactaron al mismo tiempo contra el objeto. Si Jin Ling no hubiera instado a los residentes de la mansión a que se refugiaran en el jardín del este, las llamas que se reflejaban en el cielo y los relámpagos centelleantes les habrían resultado aterradores. Al poco tiempo agotaron los talismanes y, antes de que alguno pudiera soltar un suspiro de alivio, del garfio de hierro volvió a manar sangre.

¡No les daba ni un respiro!

Lan Sizhui se dio cuenta de que ya no tenía ningún talismán en su túnica. En ese momento escuchó los gritos de Lan Jingyi:

—¡La cocina! ¡Entrad en la cocina! ¡La saaaaal! ¡Venga, traed la sal!

Ante aquella orden, varios de los chicos corrieron hacia allí, cogieron el salero y arrojaron un puñado de sal blanca sobre el gancho. El resultado fue impactante: el garfio oxidado comenzó a expulsar espuma y vapor caliente, como si se estuviera friendo en una sartén llena de aceite.

Un olor similar al de la carroña quemándose llenó el salón principal. Poco a poco, parecía que la sal iba absorbiendo la sangre del gancho de hierro.

—¡Se nos está acabando! —advirtió uno de los discípulos—. ¡¿Qué deberíamos hacer ahora?!

Al ver que el garfio estaba a punto de sangrar una vez más, supieron que no podían seguir así.

—¡En el peor de los casos, tendremos que fundirlo! —sugirió Lan Jingyi.

—¡No lo conseguiremos! —exclamó Jin Ling.

—¡Bien, fundámoslo! —lo apoyó Lan Sizhui.

Acto seguido, se quitó la túnica exterior de su uniforme, la lanzó sobre el pedazo de hierro, lo enrolló y corrió a la cocina para arrojarlo al hornillo.

Al ver la escena, los ojos de Jin Ling ardieron de indignación.

—¡Lan Sizhui! Suficiente tenemos con que Lan Jingyi sea un estúpido, ¡¿por qué le has hecho caso?! ¡¿Cómo piensas fundirlo con un fuego tan pequeño?!

—¿A quién llamas estúpido? —exclamó Lan Jingyi con furia—. ¡¿Qué quieres decir con eso, eh?!

—¡Si el fuego es débil, solo tendremos que avivarlo! —argumentó Lan Sizhui. De inmediato formó un sello con las manos, ¡y un montón de llamas estallaron, generando una abrasadora ola de calor!

Solo entonces los demás reaccionaron y siguieron su ejemplo. Jin Ling y Lan Jingyi dejaron de discutir para concentrarse en hacer sus respectivos sellos. Al unir sus esfuerzos, el fuego del hornillo se avivó y las llamas ardían con un rojo tan vivo que teñía sus rostros de carmesí.

Como si lucharan contra un enemigo formidable, persistieron un largo

rato hasta que el garfio de hierro por fin se desvaneció bajo la luz abrasadora de las llamas.

Al ver que no había ningún movimiento raro ni repentino, Lan Jingyi preguntó con nerviosismo:

—¿Lo hemos resuelto? ¿Todo ha terminado?

Lan Sizhui suspiró aliviado. Después de una larga pausa, se acercó para mirar y, girándose hacia el resto de los muchachos, anunció:

—El garfio de hierro se ha esfumado.

En el momento en que un objeto desaparecía, su energía resentida se iba con él.

Ante la idea, todos exhalaron un suspiro de alivio.

El que más se relajó fue Lan Jingyi. Estaba tan contento que dijo:

—¿Lo veis? Os dije que podríamos fundirlo. Y lo hemos logrado. Ja, ja, ja, ja…

Pese a su júbilo, Jin Ling estaba triste. Esa vez no había desempeñado un papel importante en la cacería nocturna, lo que equivalía a no haber ganado experiencia. Estaba frustrado y se arrepentía de no haber ido con Wei Wuxian y Lan Sizhui a buscar el garfio de hierro. En definitiva, la próxima vez ya no se encargaría de labores irrelevantes.

No obstante, para sorpresa de todos, Wei Wuxian se quejó:

—Habéis sido demasiado descuidados. ¿Creéis que solo con eso podéis dar por resuelto el asunto? ¿No deberíais verificarlo una vez más?

Al oírlo, Jin Ling se volvió a animar.

—¿Cómo deberíamos comprobarlo?

—Alguien tendrá que entrar y quedarse ahí una noche —respondió Wei Wuxian.

Todos los jóvenes se quedaron sin palabras.

Ante el silencio, Wei Wuxian añadió:

—Si alguien permanece ahí una noche y sale sano y salvo, sin notar ningún tipo de anomalía, podremos darnos una palmadita en la espalda y

decir que todo está solucionado, ¿no os parece?

—¿Y quién haría algo así…? —preguntó Lan Jingyi, escéptico.

Jin Ling se ofreció de inmediato.

—¡Yo!

Sin siquiera mirarlo, Wei Wuxian supo lo que estaba pensando, de modo que le dio una palmadita en la cabeza y lo alentó con una sonrisa:

—Si la oportunidad se presenta, da lo mejor de ti.

—No me toques la cabeza —protestó el muchacho, molesto—. ¿Acaso nunca has oído que no se debe tocar la cabeza de un hombre?

—Seguro que te lo ha dicho tu tío, así que me da igual —rebatió Wei Wuxian.

—¡Oye! —se quejó Jin Ling, alterado—. ¡¿Y quién me aconsejó que recurriera más a él?!

Los Bai prepararon comida y alojamiento para el grupo. Por la noche todos se fueron al patio del este, mientras que Jin Ling se quedó solo en el del oeste.

Como los discípulos del clan Lan de Gusu seguían estrictamente su horario, se levantaron temprano a la mañana siguiente.

Antes de partir de Gusu, Lan Wangji le había ordenado a Lan Sizhui que se asegurara de despertar a Wei Wuxian para que desayunara, por lo que el joven había invertido un enorme esfuerzo y había tardado alrededor de una hora en levantarlo y arrastrarlo escaleras abajo. Cuando llegaron al salón principal, encontraron a Lan Jingyi ayudando a los sirvientes de la mansión a repartir las gachas de arroz. Lan Sizhui quería colaborar, pero vio que Jin Ling entraba con unas marcadas ojeras.

Los presentes lo observaron en silencio.

Tan pronto como el muchacho se sentó a la izquierda de Wei Wuxian,

este lo saludó:

—Buenos días.

Con fingida tranquilidad, Jin Ling hizo una ligera reverencia con la cabeza y le devolvió el gesto.

—Buenos días.

Todos inclinaron la cabeza a modo de saludo.

—Buenos días.

Al ver que el adolescente no mostraba indicios de querer hablar a pesar de que había pasado bastante tiempo, Wei Wuxian señaló sus propios ojos y dijo:

—¿Qué es lo que…?

Jin Ling hizo todo lo posible por mostrarse sereno al responder:

—Como era de esperar, no fue un trabajo limpio.

El resto de los discípulos entraron en pánico.

La noche anterior, después de que Jin Ling entrara en la estancia blanca, examinó todo su alrededor.

El interior de la habitación era extremadamente sencillo, pues tenía pocos enseres y había una sola cama que estaba cubierta de polvo y se hallaba contra la pared.

Tras tocarla una sola vez, Jin Ling no pudo soportarlo. Sin embargo, como no podía tumbarse en un lugar tan sucio y ningún siervo de la mansión se atrevía a acercarse a esa zona, no tuvo más remedio que salir él mismo a buscar agua para limpiar un poco. Solo así logró acostarse allí, aunque de mala gana.

Se había tumbado de costado, con la cara frente a la pared y la espalda hacia el otro lado de la habitación.

Tenía un espejo oculto en la palma de la mano. Con tan solo girarlo, podría obtener una vista general de lo que había tras él.

A pesar de que Jin Ling esperó casi toda la noche, lo único que se reflejaba en el espejo era oscuridad. Entonces optó por girarlo en diferentes

direcciones. Justo cuando empezaba a relajarse y divertirse, un cegador destello blanco se reflejó en el del cristal.

Aunque se le heló el corazón un momento, se obligó a tranquilizarse y volvió a girar lentamente el espejo hacia atrás.

Esta vez algo se reflejó por fin en la superficie.

Al escuchar esa parte del relato, Lan Jingyi inquirió con la voz temblorosa:

—¿Qué fue? ¿Ma… Mano de Garfio?

—No —negó Jin Ling—. Era una silla.

Lan Jingyi estaba a punto de soltar un suspiro de alivio, pero de repente pensó en algo que le erizó la piel. En realidad, la mención del mueble no era motivo para relajarse. Jin Ling había dicho que la estancia era extremadamente sencilla, tenía pocos enseres y había una sola cama.

En ese caso… ¡¿de dónde demonios había salido?!

—La silla se hallaba justo al pie de la cama, muy cerca de donde yo estaba —continuó Jin Ling—. Al principio nadie la ocupaba, pero al cabo de un rato se sentó una persona vestida de negro.

Si bien trató de ver su rostro, tenía la cabeza gacha. Su larga cabellera estaba suelta y le tapaba la cara. Lo único que podía ver eran unas manos pálidas que descansaban en los reposabrazos.

En silencio, quiso ajustar la posición del espejo. Sin embargo, tan pronto como giró la muñeca, la mujer alzó poco a poco la cabeza, como si hubiera percibido algo.

En su rostro había decenas de cortes ensangrentados.

Mientras que a Wei Wuxian no le sorprendía el relato, los adolescentes estaban boquiabiertos.

—Un momento… —Poniendo un tazón de gachas frente a Jin Ling, Lan Jingyi preguntó—: ¿Era el fantasma de una mujer? ¿Cómo es posible? Apuesto a que estabas atontado por el susto y viste mal…

Jin Ling le dio un manotazo para que se alejara.

—Podría aceptar esos insultos de cualquiera, menos de ti. Aunque no vi bien su rostro por toda la sangre y el cabello que lo cubría, su peinado y su ropa eran propios de una mujer joven; de eso no me cabe duda. Nuestra investigación iba por mal camino… Si bien es cierto que había energía resentida en el gancho, me temo que la criatura maligna que está en la estancia blanca no es Mano de Garfio.

—¿Por qué no miraste más de cerca y le echaste un vistazo a su rostro…? —se quejó Lan Jingyi—. Tal vez podamos averiguar su identidad mediante sus rasgos faciales, como lunares o marcas de nacimiento.

—¡¿Crees que esa no era mi intención?! —replicó Jin Ling, frustrado—. Iba a hacerlo, pero la mujer percibió la luz de la luna que se reflejaba en el espejo y se giró en mi dirección. El cristal captó sus ojos y, sin querer, me encontré con su mirada.

Si un ser maligno pillaba a alguien observándolo, no debía seguir mirando. Lo más aconsejable era bajar el espejo de inmediato, cerrar los ojos y fingir estar dormido. De lo contrario, se podría despertar la naturaleza fiera de la criatura maligna y avivar sus intenciones asesinas.

—Uf, te salvaste por los pelos… —dijo Lan Jingyi.

Todos los que estaban en la mesa intervinieron en la conversación.

—Pero el ladrón no vio a ninguna mujer.

—Que no la viese no significa que no estuviera allí. Quizá solo estaba en un ángulo desde donde no podía verla…

—Esto no cuadra. Ahora resulta que el fantasma es una mujer. ¡¿Quién seráaa?!

—Como tenía decenas de cortes en la cara, puede que se trate de una de las tantas víctimas de Mano de Garfio —teorizó Lan Sizhui—. Seguro que lo que Jin Ling vio era la imagen residual de su energía resentida.

La imagen residual de la energía resentida consistía en la aparición constante de una escena por la que el espíritu maligno albergaba un profundo rencor. Por lo general, eran los últimos momentos previos a su

muerte o el suceso que más odio le había suscitado en vida.

—De hecho, la habitación que se reflejaba anoche en el espejo era completamente diferente a la estancia blanca actual. A juzgar por cómo estaba amueblada, parecía una posada —se mostró de acuerdo Jin Ling—. Tal vez esto era una hospedería antes de que se construyera la mansión de los Bai. A lo mejor fue allí donde mataron a la mujer.

—¡Aaaah! Ahora que lo mencionas, durante las indagaciones de ayer, alguien dijo que Mano de Garfio podía forzar fácilmente las cerraduras de las posadas —recalcó Lan Jingyi—. ¡Solía colarse en las habitaciones por la noche y atacaba a las mujeres que estaban solas!

—¡Y el cuarto donde mataron a esa señorita, o señora, se ubicaba justo donde construyeron la estancia blanca! —exclamó Lan Sizhui.

Con razón el patriarca de la familia Bai insistía en que no había disputas familiares y nadie había muerto nunca en extrañas circunstancias. No lo decía porque quisiera encubrir u ocultar algo, sino porque de verdad eran inocentes. ¡El incidente paranormal no tenía nada que ver con ellos!

Jin Ling cogió el tazón y sorbió un poco de las gachas de arroz. Todavía fingiendo calma, dijo:

—Desde el principio sabía que las cosas no serían tan sencillas, pero no pasa nada. Sea como sea, debemos resolverlo.

—Procura dormir en cuanto puedas —lo instó Wei Wuxian—, por la noche tendremos trabajo que hacer.

Tras echarle un vistazo a su cuenco, Lan Jingyi observó:

—Señor Wei, todavía no has acabado tu comida. No te la dejes, ¿vale?

—Estoy bien —contestó Wei Wuxian—. Eres tú quien debería comer más. Esta noche será tu turno de tomar las riendas.

Lan Jingyi se quedó tan perplejo que casi dejó caer su tazón.

—¿Eh? ¿Yo? ¡¿Qu… qué riendas?!

—Como Jin Ling no vio mucho anoche, hoy asistiremos a la escena juntos y llegaremos al meollo del asunto —detalló Wei Wuxian—. Tú

tomarás las riendas y nos guiarás.

—¿No te habrás equivocado, señor Wei? —inquirió Lan Jingyi, totalmente pálido—. ¿Cómo voy a hacerlo yo?

—No —aseguró Wei Wuxian—. Así son los entrenamientos. Todos tienen que participar: a cada cual le llegará su oportunidad y tendrá que aportar algo. Sizhui y Jin Ling ya han hecho su parte, por lo que se ha decidido que tú serás el próximo.

—¿Y por qué…?

Desde luego, Wei Wuxian no iba a decir que era porque, aparte de los de Lan Sizhui y Jin Ling, solo recordaba su nombre, así que se limitó a darle una palmada en el hombro a modo de consuelo.

—¡No te preocupes, que es algo bueno! Mira a los otros, ¡se mueren de ganas de estar en tu lugar!

—¿Qué otros? ¡Hace tiempo que todos han huido!

Sin importar cuánto se quejara Lan Jingyi, lo arrastraron frente a la estancia blanca a medianoche.

Había varios bancos fuera de la habitación, y un montón de gente estaba sentada en filas. Cada cual hizo un agujero en las ventanas de papel. En cuestión de instantes, se llenaron de pequeños hoyos, lo que les daba un aspecto aún más lamentable.

Después de hacer su propio agujero con el dedo, Lan Sizhui pensó: «Siento que a esto… ya no se lo puede llamar “husmear”. No hay ninguna diferencia entre espiar así y quitar todas las ventanas de papel…».

Como era de esperar, Wei Wuxian arrastró a Lan Jingyi hasta la parte frontal. Desde allí podía ver las cosas con más claridad y amplitud. Si estuvieran en un teatro, aquel sería un asiento de primera clase de esos que no se conseguirían ni con una gran suma de dinero.

Era una lástima que el joven no quisiera ocupar un puesto tan privilegiado. En medio de Jin Ling y Lan Sizhui, insistió con voz temblorosa:

—¿Puedo sentarme en otro lugar…?

—No —dijo Wei Wuxian de inmediato, caminando de un lado a otro.

Cuando los demás oyeron su negativa, sintieron que su tono se parecía muchísimo al de Lan Wangji, y algunos soltaron un par de risitas.

—Qué buena actitud tenéis, ¿eh? Estáis muy relajados —los elogió Wei Wuxian—. ¡Excelente, excelente!

Lan Sizhui, que no había podido contenerse hacía un momento, se apresuró a corregir su postura.

—Mírame, ni siquiera tengo un sitio donde sentarme —le dijo Wei Wuxian a Lan Jingyi—. Deberías dar las gracias por lo afortunado que eres.

—Señor Wei, ¿puedo ofrecerte mi asiento…? —preguntó el chico.

—No.

—¿Qué puedo hacer, entonces?

—Preguntas.

Después de protestar tantas veces sin éxito, Lan Jingyi no tuvo más remedio que pedirle a su condiscípulo:

—Sizhui, si me desmayo, me tienes que prestar tus notas.

—Vale —accedió él, sin saber si reír o llorar.

Lan Jingyi exhaló un suspiro de alivio.

—Ahora sí puedo estar tranquilo.

—No te preocupes —lo animó Lan Sizhui—. Confío en que persistirás hasta el final.

Lan Jingyi le dedicó una mirada de gratitud. Por su parte, Jin Ling le palmeó el hombro y, con aires de ser una persona muy fiable, aseguró:

—Así es, no tienes por qué preocuparte. Si te desmayas, te despertaré enseguida.

Lan Jingyi se sobresaltó y le apartó la mano de un bofetón.

—Aléjate. Quién sabe qué métodos usarías.

Mientras cuchicheaban entre ellos, un brillo carmesí se reflejó en las ventanas de papel, como si de repente hubieran encendido una luz roja dentro de la habitación oscura.

Al instante los muchachos guardaron silencio y contuvieron la respiración para concentrarse en mirar.

Como la luz escarlata también salía por los pequeños agujeros de las ventanas, los ojos indiscretos de los discípulos parecían teñidos de sangre.

—Señor Wei… ¿por… por qué la estancia se ve tan roja? —preguntó Lan Jingyi, alzando una mano temblorosa—. Nu… nunca había visto una imagen residual que fuera del color de la sangre. ¿Habrán encendido una lámpara roja?

—No es eso —susurró Lan Sizhui—, esa persona…

—Esa persona tiene los ojos llenos de sangre —completó Jin Ling en su lugar.

En medio de la escena rojiza, algo nuevo apareció en la habitación.

Era una silla y había una «persona» sentada en ella.

—Jin Ling, ¿es esto lo que viste anoche? —preguntó Wei Wuxian.

El muchacho asintió con la cabeza.

—Pero ayer no me fijé bien. En realidad, no estaba sentada en la silla… sino atada a ella.

Tal y como acababa de describir, las manos de la mujer se encontraban fuertemente amarradas a los reposabrazos con una cuerda de cáñamo.

Antes de que el resto de los espectadores pudieran echar un vistazo más detallado, una sombra oscura pasó con rapidez.

Otra figura apareció en la habitación.

Para su sorpresa, había una segunda «persona».

El recién llegado no tenía párpados ni labios, pues se los habían cortado. No era capaz de parpadear ni de cerrar la boca. Sus globos oculares estaban inyectados en sangre y mostraba sus rojas y brillantes encías. ¡Era mil veces

más aterrador de lo que se contaba en la leyenda!

—¡Es Mano de Garfio! —exclamó Lan Jingyi con la voz entrecortada.

—¿Qué está pasando? ¿No habíamos fundido el gancho de hierro? ¡¿Cómo es que sigue aquí?!

—Entonces, ¿hay dos criaturas malignas en la estancia?

—¿De verdad? ¿Cuántos seres malignos hay en esta habitación? ¿Uno o dos? —interrogó Wei Wuxian a los discípulos—. ¿Alguien podría responderme con certeza?

—Hay uno solo. —Lan Sizhui fue el primero en contestar.

—Uno —coincidió Jin Ling—. El Mano de Garfio que se muestra en la habitación no es un auténtico espíritu asesino, sino la imagen residual de una muerte que la mujer está recreando con su energía resentida.

—Aun así, ¡sigue siendo demasiado cruel! —comentó Lan Jingyi.

Mientras hablaban, el rostro del hombre se movió lentamente hacia la puerta de madera. Su cara estaba cada vez más cerca, lo que también significaba que se veía cada vez más nítida y espantosa. Todos sabían que solo se trataba de una imagen residual producida por la energía resentida, que ya habían fundido el gancho de hierro de Mano de Garfio y que esa sombra jamás atravesaría la puerta, pero un persistente y terrorífico pensamiento los invadía: ¡los habían pillado!

Si eso era lo que había visto el ladrón cuando se había asomado a la estancia blanca en medio de la noche, no era de extrañar que hubiera sufrido un infarto.

Cuando el horripilante rostro quedó a menos de treinta centímetros de las ventanas de papel, permaneció inmóvil un rato antes de darse la vuelta y regresar hacia la silla.

Entonces la multitud soltó un suspiro de alivio y comenzaron a regularizar su respiración.

Mano de Garfio recorría una y otra vez la habitación. Los viejos tablones de madera crujían bajo sus pies.

Fuera Jin Ling se mostró consternado.

—Hace rato que me ha surgido una preocupación…

—¿Qué es? —quiso saber Lan Sizhui.

—La imagen residual muestra los últimos momentos que la mujer vivió antes de morir, de eso no hay duda —expresó Jin Ling—. Sin embargo, ¿una persona normal estaría tan tranquila y callada al enfrentarse a un brutal asesino? Dicho de otro modo… ¿por qué no gritó pidiendo ayuda si estaba lúcida?

—¿Se habría quedado atontada del susto? —especuló Lan Jingyi.

—Incluso en ese caso, no debería estar tan callada. Ni siquiera llora —argumentó Jin Ling—. Por lo general, las chicas lo hacen cuando están aterradas, ¿no?

—¿Conservará su lengua todavía? —preguntó Lan Sizhui.

—No tiene sangre en las comisuras de los labios, seguro que sigue intacta —afirmó Jin Ling—. E incluso si no tuviera lengua, eso no le impediría hacer otros ruidos.

Apretujado entre los dos, Lan Jingyi parecía a punto de desvanecerse.

—¿Podríais dejar de hablar de algo tan escalofriante y en un tono tan tranquilo…?

—¿Será porque la posada estaba abandonada o porque no había nadie ahí? —teorizó uno de los discípulos—. Tal vez no grita porque sabe que no tiene sentido hacerlo.

Como Lan Jingyi era quien tenía el mejor ángulo para mirar la escena, rebatió su hipótesis:

—No lo creo. Mirad bien la imagen residual, no hay ni un solo mueble polvoriento. Eso quiere decir que la habitación solía estar ocupada. Si no hubiera nadie, ella no se habría alojado ahí.

—Vaya, no eres tan estúpido después de todo; al menos, no de un modo irremediable —lo «elogió» Jin Ling—. Además, una cosa es que no hubiera nadie alrededor y otra, que no pudiera gritar. Por ejemplo, si alguien te

persigue por un desierto, por más que sepas que nadie vendrá a salvarte, sentirás miedo y pedirás ayuda a gritos por instinto.

Wei Wuxian aplaudió de forma disimulada y lo halagó entre susurros:

—Madre mía, sí que eres digno de ser el líder del clan Jin.

Si bien Jin Ling se sonrojó, dijo enfadado:

—¡¿Qué haces?! ¡No me distraigas!

—El hecho de que te despistes con cosillas como estas demuestra que necesitas entrenar tu concentración —resaltó Wei Wuxian—. ¡Mirad! ¡Parece que Mano de Garfio está a punto de atacar!

Cuando los jóvenes giraron la cabeza para mirar, vieron que el hombre sacaba un rollo de cuerda, rodeaba el cuello de la mujer y la apretaba poco a poco.

¡Entonces, se escuchó el sonido de una cuerda enroscándose!

Así que de allí venían los crujidos que, según el patriarca de la familia Bai, se escuchaban todas las noches en la estancia blanca.

Aunque las heridas del rostro de la mujer sangraban con la presión del cordel, ella permaneció rígida, sin emitir ni un solo ruido.

A los espectadores les parecía doloroso y desconcertante. Hasta hubo algunos que murmuraron alarmados:

—¡Grita! ¡Pide ayuda!

En contra de lo que esperaban, la víctima no se movió, pero el asesino sí. De repente, la cuerda de cáñamo se aflojó y Mano de Garfio sacó un deslumbrante gancho de hierro.

Al otro lado de la puerta, los muchachos estaban tan angustiados y aterrados que deseaban saltar dentro y chillar en lugar de la mujer hasta despertar a la ciudad entera.

La espalda de Mano de Garfio les bloqueó la vista. Aunque el hombre había extendido la mano hacia delante, los espectadores solo veían uno de los reposabrazos, donde descansaba una de las pálidas manos. Y, de pronto, vieron como se le hinchaban las venas del dorso.

¡Ni siquiera a esas alturas la mujer había emitido ruido alguno!

—¿Tendrá algún problema mental? —preguntó Jin Ling, sin poder evitarlo.

—¿A qué te refieres?

—A que es lerda… o algo así.

Todos se quedaron en silencio un momento.

Si bien resultaba grosero referirse a alguien así, a juzgar por lo que estaban viendo, ese parecía ser el caso. De otro modo, no se explicaban por qué una persona no reaccionaría ante semejante sufrimiento.

Como la escena le provocaba dolor de cabeza, Lan Jingyi apartó la mirada.

—Presta atención —le exigió Wei Wuxian en voz baja.

—Señor Wei, en… en serio, no puedo —dijo el muchacho sin poder soportarlo más.

—En el mundo, existen cosas mil veces más trágicas —expresó Wei Wuxian—. Si ni siquiera tienes agallas para mirar esto, olvídate de enfrentarte a otros casos.

Al oír lo último, Lan Jingyi hizo un gran esfuerzo por serenar su mente. Entonces giró la cabeza y, apretando los dientes, continuó observando con una expresión de desdicha.

En ese preciso instante, para sorpresa de todos, hubo un giro inesperado…

¡La mujer abrió la boca para morder el gancho de hierro!

Los adolescentes, que estaban sentados en filas, dieron un respingo.

En la habitación, Mano de Garfio también pareció sobresaltarse, ya que quiso retirar la mano de inmediato. No obstante, por más que tiró, no pudo sacar el gancho de entre los dientes de la mujer. De alguna manera, cuando la joven se había abalanzado hacia él, ¡el garfio, que se suponía que iba a cortarle la lengua a la muchacha, terminó hiriendo al depredador en el abdomen!

—¡Aaaaah!

Unos gritos desesperados salieron de la garganta de los discípulos, que casi se arrojaron sobre la puerta. Todos trataban de asomarse a los agujeros de las ventanas para mirar más de cerca lo que acontecía dentro de la estancia blanca.

Tras recibir el corte, Mano de Garfio se quedó pasmado unos instantes, como si hubiera recordado algo. Entonces estiró la mano derecha y agarró el pecho de la chica. Parecía que pretendía arrancarle el corazón mientras estaba viva. Levantando la silla, la mujer rodó un trecho para esquivar la arremetida, pero no pudo evitar que le arrancara un trozo de la tela que le cubría el pecho.

Tal era la adrenalina del momento que los muchachos ni siquiera se fijaron en lo inapropiado que resultaba que esa parte de su cuerpo estuviera al descubierto.

Aun así, hubo algo que los dejó boquiabiertos: el pecho de «la joven» era plano y ancho.

¡No se trataba de una «muchacha», sino de un hombre disfrazado de mujer!

Mano de Garfio se precipitó hacia delante y comenzó a estrangularlo con sus propias manos, pero olvidó que todavía tenía el gancho en su boca. Cuando el otro hombre sacudió la cabeza, el garfio de hierro le atravesó la muñeca. Mientras uno se dedicaba a romperle el cuello a su presa, el otro trataba de hacer que su contrincante sangrara lo más posible. De un momento a otro, los dos llegaron a un punto muerto…

Cuando amaneció y el gallo cantó, la luz del interior se apagó y la imagen residual se esfumó.

Al otro lado de la puerta de la estancia blanca, los adolescentes se quedaron atónitos.

Pasó muchísimo tiempo antes de que Lan Jingyi dijera entre tartamudeos:

—E… esas dos personas…

Un mismo pensamiento rondaba por la mente de todos: lo más probable era que ninguno hubiera sobrevivido a semejante lucha…

Ni en sus pensamientos más descabellados habrían imaginado que quien había estado atormentando a los Bai durante décadas no fuera el espíritu maligno de Mano de Garfio, sino el héroe que se había deshecho de él.

Entonces se desató un animado debate entre los presentes.

—Menuda sorpresa… Quién iba a decir que así fue como derrotaron a Mano de Garfio.

—Pensándolo en profundidad, era la única manera, ¿no os parece? A fin de cuentas, aparecía y desaparecía de manera impredecible, y nadie conocía su paradero. A menos que alguien se disfrazara de mujer y sirviera como cebo, no había forma de atraparlo.

—¡Pero fue muy arriesgado y peligroso!

—¡Sí! El héroe cayó en su trampa y quedó atado a la silla, ¿no? Estaba en desventaja desde el principio. ¡Si no hubiera sido por eso, no habría batallado tanto al enfrentarse cara a cara con él!

—Así es. Además, tampoco podía pedir ayuda. Mano de Garfio era muy sanguinario y ya se había cobrado innumerables vidas. Incluso si hubiera gritado y una persona normal y corriente hubiese venido a socorrerlo, se habría encaminado a su propia muerte…

—¡Conque esa era la razón por la que no pedía ayuda!

—Y, al final, ambos se hundieron juntos…

—¡Me sorprende que los rumores no mencionaran nada sobre las hazañas de este caballero! ¡Qué desconcertante!

—Es normal. A la gente le parecen más interesante las historias de asesinos desquiciados que las de los héroes o los guerreros.

—Los difuntos se niegan a renacer cuando no han cumplido ciertos deseos personales. Y a menudo los cadáveres incompletos son reacios a irse porque no han recuperado las extremidades que han perdido —reflexionó Jin Ling—. Ahí radica la razón por la que ese hombre atormentaba a los

habitantes de la residencia.

Si ya de por sí era difícil desprenderse de un objeto preciado que uno había llevado consigo durante décadas, mucho más lo sería si se tratara de un pedazo de la propia boca.

Después de escuchar la conversación con gran asombro, Lan Jingyi propuso:

—En ese caso, debemos encontrar la lengua y quemarla cuanto antes. ¡Así podrá pasar a la otra vida!

Ansiosos por empezar la búsqueda, todos se pusieron de pie.

—¡De acuerdo! ¡No podemos permitir que este valiente héroe perezca incompleto!

—¡Pongámonos manos a la obra! Hay que empezar por las tumbas del oeste de la ciudad para luego ir a los panteones. También hay que buscar por toda la mansión de los Bai y la vieja casa donde vivía Mano de Garfio. ¡Que no quede ningún rincón sin explorar!

Los jóvenes estaban tan emocionados que salieron corriendo por la puerta.

Como, antes de salir, Jin Ling miró a Wei Wuxian, este le preguntó:

—¿Qué pasa?

Durante el diálogo de los chicos, había permanecido en silencio y no había dado su opinión, por lo que el muchacho se sentía desconcertado y se preguntaba si se habrían equivocado en alguna parte del proceso. Sin embargo, tras pensarlo con detenimiento, le pareció que no se les había escapado ningún aspecto de importancia, así que descartó la idea.

—Nada.

—Entonces únete a la búsqueda —lo instó Wei Wuxian con una sonrisa —. Procura tener paciencia.

Jin Ling salió de la mansión con pasos animados y enérgicos.

Solo después de varios días se dio cuenta de lo que Wei Wuxian había querido decir.

Lan Sizhui había tardado solo una hora en hallar el garfio de hierro gracias a su ayuda. No obstante, esta vez no había interferido en la búsqueda de la lengua, sino que había dejado que ellos mismos la encontraran. La búsqueda duró un total de cinco días.

Para cuando Lan Jingyi se levantó de golpe, sosteniendo algo en la mano, los demás estaban a punto de colapsar debido al agotamiento.

Aun así, a pesar de que estaban sucios, desaliñados y malolientes por llevar tanto tiempo buscando en las tumbas del bosque, se pusieron muy contentos, y mucho más después de oír lo que Wei Wuxian les dijo al enterarse de su logro.

«Es impresionante que la hayáis encontrado por vosotros mismos en solo cinco días. Que sepáis que hay muchos cultivadores que se habrían dado por vencidos a los diez días o, como mucho, a las dos semanas».

Los adolescentes se emocionaron y rodearon el trozo de lengua del muerto. Se decía que los objetos cargados de energía resentida solían adoptar un color verdoso. En este caso, la lengua tenía un tono tan oscuro que se veía negra. También era tan áspera y dura al tacto que podría lastimar a cualquiera. Exudaba tal energía resentida que no parecía parte de un cuerpo humano; aunque, si no fuera por eso, se habría descompuesto hacía bastante tiempo.

Después de contenerla con algunos hechizos y quemarla, por fin parecía que habían resuelto el importantísimo caso. Como habían llegado muy lejos, estaban seguros de que lo habían solucionado. Por eso Jin Ling se sentía bastante satisfecho con la cacería nocturna.

No obstante, para su sorpresa, la felicidad duró solo unos pocos días, ya

que el patriarca de la familia Bai volvió a visitar la torre de la Carpa Dorada.

Resultaba que, después de quemar la lengua de aquel héroe, hubo calma durante un breve período. Por desgracia, la paz solo duró dos días. A la tercera noche volvieron a oír ruidos extraños provenientes de la estancia blanca, que se fueron intensificando con el paso del tiempo. Ya a la quinta noche el ruido era tan insoportable que nadie en la mansión de los Bai pudo pegar ojo. Esta vez los sonidos eran muchísimo más fieros y aterradores que los que habían escuchado antes. Ya no se oía una cuerda enroscándose ni carne siendo cortada, ¡sino una voz humana!

Según la descripción del patriarca de la familia Bai, sonaba bastante ronca, como si tratara de ejercitar una lengua que no había usado en muchos años. Aunque no se lograba discernir lo que decía, no cabía duda de que era un hombre chillando de agonía. Cuando terminaba de gritar, lloraba de forma miserable. Si bien al principio lo hacía con debilidad, los sollozos eran cada vez más fuerte, hasta el punto de que casi se volvían histéricos. Resultaba desgarrador y escalofriante. Y lo peor de todo era que la mansión de los Bai no era el único lugar afectado, sino que los ruidos también se oían a tres calles de la residencia. Los alaridos eran tan terroríficos que a los transeúntes se les ponían los pelos de punta y se alejaban despavoridos.

Jin Ling lo tenía bastante difícil. En los últimos tiempos había estado tan ocupado que no podía atender el caso personalmente, de modo que envió a algunos discípulos para que investigaran. Cuando estos volvieron, lo informaron de que, aparte de que los sollozos eran desgarradores, no había nada más que resultara perjudicial. Molestar a la gente no contaba como hacer daño.

Al entregar los informes de la cacería nocturna, Lan Sizhui les contó el incidente a Lan Wangji y a Wei Wuxian.

Tras escuchar lo sucedido, Wei Wuxian cogió un aperitivo que estaba sobre el escritorio de Lan Wangji y se lo comió.

—Ah, no hay de qué preocuparse.

—¿En serio no pasa nada porque grite de una forma tan… desgarradora? —inquirió Lan Sizhui—. En teoría, las almas de los muertos trascienden una vez que satisfacen sus ambiciones.

—Sí, es cierto —corroboró Wei Wuxian—, pero ¿alguna vez has pensado que quizá la ambición de aquel héroe no era encontrar su lengua y reencarnarse?

Como esta vez Lan Jingyi había obtenido una calificación alta, casi lloró de felicidad al pensar que no tendría que transcribir textos como castigo. Tras escuchar la conversación entre Wei Wuxian y Lan Sizhui, el joven preguntó:

—¿Y cuál sería su deseo? ¿Perturbar el sueño de la gente con sus alaridos todas las noches?

Para su sorpresa, Wei Wuxian asintió con la cabeza.

—Exactamente.

Lan Sizhui se quedó estupefacto.

—Señor Wei, ¿a qué se debe?

—Vosotros inferisteis que el héroe no quería poner en peligro la vida de los inocentes y que por eso había hecho todo lo posible por contener los gritos y aguantar el dolor cuando Mano de Garfio lo estaba torturando, ¿no?

—Así es —dijo Lan Sizhui, sentándose erguido—. ¿Y qué pasa?

—No es que estuvierais equivocados, pero dejadme haceros una pregunta: si un maníaco balanceara un cuchillo frente a vosotros, os hiciera sangrar, os rajara la cara, os estrangulara y os hiriese la lengua con un garfio, ¿os daría miedo? ¿Estaríais aterrados? ¿Lloraríais?

Tras analizarlo e imaginárselo, Lan Jingyi palideció.

—¡Socorro!

Por otro lado, Lan Sizhui comenzó a decir muy serio:

—Según las reglas de nuestro clan, incluso si estamos en peligro…

—No cambies de tema. Te he preguntado si tendrías miedo. Solo

respóndeme a eso.

El muchacho se sonrojó y enderezó más la espalda.

—No…

—¿No?

—No sabría decirle… —añadió Lan Sizhui con total sinceridad—. Ejem.

Tras contestar, le dirigió una mirada nerviosa a Lan Wangji.

Wei Wuxian estaba encantado con su respuesta.

—¿De qué te avergüenzas, eh? Ante el dolor y el peligro, es normal sentir miedo, desear que alguien te salve y querer gritar y llorar. Así es la naturaleza humana, ¿no crees? Hanguang-jun, mira a tu queridísimo Sizhui. Te está mirando inquieto porque teme que puedas castigarlo. Venga, di que sí. De este modo, demostrarás que estás de acuerdo conmigo y que no lo sancionarás.

Wei Wuxian le dio unos suaves codazos en el abdomen a Lan Wangji, que estaba sentado en el escritorio revisando los informes de los discípulos.

—Sí.

Tras contestar aquello con el rostro inexpresivo, rodeó la cintura de Wei Wuxian con un brazo y lo apretó con fuerza para que no se moviera. Solo así se volvió a concentrar en las notas que le habían entregado.

Al presenciar la interacción de la pareja, Lan Sizhui se puso aún más rojo.

Pese a que Wei Wuxian forcejeó un par de veces, no pudo zafarse de Lan Wangji, por lo que no tuvo más remedio que mantenerse en esa posición para retomar la seria conversación que mantenía con el muchacho.

—Lo que trato de decir es que, si bien es cierto que resulta heroico contener los gritos, va en contra de la naturaleza y las emociones humanas.

Lan Sizhui hizo todo lo posible por ignorar la postura de Wei Wuxian. Tras analizar sus palabras, sintió compasión por el valiente héroe.

—¿Jin Ling sigue preocupado por este incidente? —preguntó Wei Wuxian.

—Sí —contestó Lan Jingyi—. Al igual que nosotros, la señori… ejem…

digo, el joven señor Jin se preguntaba dónde estaba el problema.

—Entonces, ¿cómo deberíamos lidiar con un espíritu maligno como este? —inquirió Lan Sizhui.

—Dejándolo gritar —indicó Wei Wuxian.

Por un instante los chicos se quedaron sin palabras.

—¿Solo… eso? —repitió Lan Sizhui, buscando su confirmación.

—Así es —afirmó Wei Wuxian—. Una vez que haya gritado lo suficiente, se irá.

Lan Sizhui también se compadeció de los habitantes de la mansión de los Bai.

Por suerte, aunque el valiente héroe había reprimido muchos agravios, no tenía intención de hacer daño a otros. Los inquietantes ruidos provenientes de la estancia blanca duraron varios meses hasta que por fin cesaron. Parecía que el alma del caballero había quedado satisfecha y había trascendido tras gritar todo lo que había reprimido en los últimos momentos de su vida.

Los que más sufrieron fueron los habitantes de la mansión de los Bai, que tuvieron que aguantar noches y noches sin poder dormir, dando vueltas en la cama en agonía.

Y, una vez más, la estancia blanca ganó notoriedad.

EXTRA VI

Semillas de loto

Fuera del salón de las espadas de Muelle de Loto, en Yunmeng, las cigarras estridulaban en pleno verano. Si se echaba un vistazo al interior, se veían un montón de pieles desnudas que conformaban una imagen bastante inapropiada.

Una docena de jóvenes se habían quitado sus prendas superiores y estaban pegados al suelo de madera. Como si fueran tortillas chisporroteando en una sartén, se daban la vuelta de vez en cuando y emitían gruñidos agónicos.

—Qué calor…

—Me muero…

Wei Wuxian entrecerró los ojos y pensó con la mente nublada: «Uf, ojalá aquí hiciera tanto fresco como en Nubes Recónditas».

El suelo había absorbido su calor corporal, de modo que se giró una vez más. Por casualidad, Jiang Cheng también se había dado la vuelta y los dos se rozaron entre sí, brazos con piernas.

—¡Jiang Cheng, quita los brazos! —se quejó Wei Wuxian al instante—. ¡Pareces un trozo de carbón!

—Y tú deberías quitar las piernas —replicó él.

—Los brazos son más livianos que las piernas. Me llevará mucho esfuerzo moverlas, así que tendrás que mover los brazos.

—Te lo advierto desde ya: ¡no te pases! —exclamó Jiang Cheng, furioso —. ¡Cállate la boca! ¡No digas nada! ¡Cuanto más hables, más calor hará!

—¿Podéis dejar de discutir? —protestó el sexto hermano cultivacional—. Siento demasiado calor escuchándoos pelear. Mirad, estoy sudando a mares.

Pero ya era demasiado tarde, al otro lado ya se estaban pegando manotazos y patadas.

—¡Largo de aquí!

—¡¿Y por qué no te largas tú?!

—No, no, no. ¡Sal tú, por favor!

—No hace falta que seas tan cortés. ¡Vete tú primero!

El resto de los discípulos comenzaron a quejarse.

—¡Si vais a pelearos, hacedlo afuera!

—Salid los dos, ¿vale? ¡Os lo ruego!

—¿Has escuchado? Todos quieren que te vayas —dijo Wei Wuxian—. Oye… ¡Suéltame la pierna, hombre, que me la vas a romper!

—¡Está claro que quieren que te vayas tú! —gritó Jiang Cheng con las venas de la frente hinchadas—. ¡Suéltame el brazo!

Justo en ese momento se oyó el revoloteo de una falda en el pasillo de madera del exterior, por lo que los dos jóvenes se separaron a la velocidad del rayo. Casi de inmediato las cortinas de bambú se levantaron y Jiang Yanli asomó la cabeza.

—Vaya, conque aquí es donde os habíais escondido.

Uno a uno, los chicos la saludaron.

—¡Hermana!

—Hola, hermana.

Quienes se avergonzaban con facilidad cruzaron los brazos para cubrirse el pecho y se escondieron en un rincón.

—¿Por qué hoy estáis holgazaneando en lugar de entrenar con vuestras espadas, eh? —preguntó Jiang Yanli con curiosidad.

—Con un sol tan tremendo, nos moriríamos en el campo de

entrenamiento —se quejó Wei Wuxian en tono agonizante—. Si practicamos, seguro que se nos descamará una capa de piel. Hermana cultivacional, no se lo vayas a decir a nadie, ¿eh?

Tras observar minuciosamente a Wei Wuxian y a Jiang Cheng, la muchacha hizo otra pregunta:

—Vosotros dos os estabais peleando de nuevo, ¿verdad?

—¡No! ¡Qué va! —negó enseguida Wei Wuxian.

Cuando Jiang Yanli entró en el salón, vieron que sostenía una bandeja.

—Ah, ¿no? ¿Y quién ha dejado esta huella en el pecho del pequeño Cheng?

En cuanto Wei Wuxian oyó que había dejado marcas de su culpabilidad, se apresuró a comprobarlo. En efecto, había una huella de una patada en el pecho de Jiang Cheng.

Aun así, a nadie le importaba que se hubieran estado peleando o no, pues toda la atención estaba fija en la enorme bandeja de sandía que Jiang Yanli sostenía. Los discípulos se arremolinaron a su alrededor y, en cuestión de unos instantes, se repartieron todos los pedazos de fruta. Sentados unos frente a otros en el suelo, empezaron a comer. En un abrir y cerrar de ojos, una montañita de cáscaras de sandía apareció en la bandeja.

Sin importar de qué se tratara, Wei Wuxian y Jiang Cheng no podían evitar competir entre ellos, y comer sandía no era una excepción. En un intento de robar los trozos del otro, comenzaron a asestarse cuchillazos. Tal era el alboroto que estaban causando que el resto de los discípulos les abrieron espacio para no salir heridos por accidente.

Al principio Wei Wuxian devoraba sus pedazos de sandía con fruición. Sin embargo, al cabo de un tiempo, estalló en carcajadas.

—¿Y ahora qué tramas? —inquirió Jiang Cheng, receloso.

—¡Nada! —contestó él, cogiendo otro trozo de fruta—. No me malinterpretes: no es que esté tramando algo, es solo que me he acordado de alguien.

—¿De quién? —quiso saber Jiang Cheng.

—De Lan Zhan —respondió Wei Wuxian.

—¿Por qué? —expresó Jiang Cheng con ironía—. ¿Echas de menos que te castiguen con transcribir textos?

Wei Wuxian escupió las semillas que tenía en la boca antes de contestar:

—Solo he recordado lo divertido que es. No tienes ni idea de lo interesantísimo que puede ser. Una vez le dije: «La comida de tu clan sabe espantosa, prefiero comer cáscaras de sandía salteadas que lo que preparan en tu residencia. Cuando tengas tiempo libre, ven a divertirte a Muelle de Loto…».

Antes de que terminara su frase, Jiang Cheng le dio un manotazo a su trozo de sandía.

—¿Estás loco o qué? ¿Para qué lo invitas? ¿Para que te torture con castigos?

—Pero ¡¿qué haces?! ¡Mi sandía casi se va volando! Lo decía por decir, es obvio que no vendrá. ¿Cuándo has visto que salga solo a divertirse, eh?

A pesar de todo, Jiang Cheng manifestó con severidad:

—Te lo dejaré claro ahora mismo: me niego a que venga, así que ni se te ocurra invitarlo.

—Vaya, no sabía que te caía tan mal.

—No tengo nada en contra de él, pero, si viene y mi madre suelta sus típicas quejas al verlo, tú tampoco lo tendrás fácil.

—No te preocupes, no pasa nada porque venga. Si lo hace, dile al tío Jiang que lo deje dormir conmigo. Te aseguro que lo volveré loco en menos de un mes.

—¿Cómo piensas pasar un mes durmiendo con él? —dijo Jiang Cheng en tono burlón—. En mi opinión, terminaría matándote a puñaladas en menos de una semana.

—No le tengo miedo —replicó Wei Wuxian—. Si nos peleásemos, puede que no fuera rival para mí.

El resto de los discípulos lo vitorearon como muestra de aprobación. Si bien Jiang Cheng se burló de su descaro, en el fondo sabía que era cierto y que no estaba fanfarroneando.

Jiang Yanli se sentó entre ambos.

—¿De quién estáis hablando, eh? ¿De un amigo que hicisteis en Gusu?

—¡Sí! —contestó Wei Wuxian con entusiasmo.

—¿No crees que es demasiado descarado considerarlo tu «amigo»? —inquirió Jiang Cheng con sarcasmo—. ¿Por qué no se lo preguntas a Lan Wangji a ver si te acepta como tal?

—Piérdete. Si no, lo agobiaré tanto que no tendrá más remedio que hacerlo. —Dicho aquello, Wei Wuxian giró la cabeza hacia Jiang Yanli para preguntarle—: Hermana cultivacional, ¿lo conoces?

—Claro que sí —afirmó la muchacha—. Es el segundo joven señor Lan. Todo el mundo dice que es apuesto y talentoso, ¿no? ¿Es tan guapo como dicen?

—¡Sí, es guapísimo! —exclamó Wei Wuxian.

—¿Y si lo comparamos contigo? —preguntó Jiang Cheng.

Wei Wuxian lo analizó un momento.

—En ese caso… tal vez solo un pelín más que yo.

Complementó la frase con un gesto de los dedos, como para indicar que la diferencia era mínima.

—Por lo visto, sí que es guapo, ¿eh? —comentó Jiang Yanli con una sonrisa mientras recogía la bandeja—. Es bueno hacer nuevos amigos. Cuando estéis libres y no tengáis mucho que hacer, deberíais visitaros.

Ante aquella sugerencia, Jiang Cheng escupió la sandía que estaba masticando y Wei Wuxian agitó las manos repetidas veces para negarse.

—No, no, pasamos. La comida de su clan sabe horrible y tienen demasiadas reglas, no pienso ir a su residencia.

—Aun así, puedes decirle que venga —insistió Jiang Yanli—. De hecho, esta es una buena oportunidad. ¿Por qué no invitas a tu amigo a que se

quede en Muelle de Loto un tiempo?

—Hermana, no escuches sus tonterías —dijo Jiang Cheng—. No le cae bien a nadie en Gusu, es imposible que Lan Wangji venga por él.

—¡¿De qué hablas?! —protestó Wei Wuxian—. Por supuesto que vendrá.

—¡¿En serio?! —exclamó Jiang Cheng—. Lan Wangji te dijo que te apartaras de su vista, ¿lo recuerdas? ¿No lo escuchaste?

—¡¿Qué vas a saber tú?! —replicó Wei Wuxian—. Aunque me diga que me pierda, sé que en el fondo quiere venir conmigo a Yunmeng. Es más, debe de estar muriéndose de ganas.

—Todos los días me hago la misma pregunta: ¿de dónde demonios sacas tanta confianza?

—Pues deberías dejar de pensar en ello. Yo me habría rendido hace tiempo si me hubiera hecho la misma pregunta durante tantos años y siguiera sin obtener la respuesta.

Jiang Cheng sacudió la cabeza. Justo cuando estaba a punto de tirar la sandía, escuchó unos pasos amenazadores y una fría voz femenina a lo lejos.

—Justo me preguntaba dónde os habíais escondido todos. Ya decía yo…

Los semblantes de los jóvenes se demudaron drásticamente y se precipitaron para cruzar la cortina de bambú. Nada más salir, vieron a la señora Yu acercándose desde el otro extremo del pasillo. Pese a que su túnica púrpura revoloteaba en el aire con elegancia, también emanaba un aura intimidante y en sus ojos relucía una temible furia. Tan pronto como vislumbró al grupo de adolescentes, todos con el torso desnudo, descalzos y con una apariencia indecorosa y poco agradable, su rostro se retorció un momento y sus dos finas cejas se alzaron como si estuvieran a punto de salir volando.

«¡Estamos jodidos!», pensaron todos al mismo tiempo.

Se asustaron tanto que huyeron despavoridos de allí. Sin embargo, lo único que consiguieron fue que la señora Yu por fin explotara de ira:

—¡Jiang Cheng! ¡Vístete ahora mismo! ¡¿Qué haces desnudo?! ¡Pareces un salvaje! ¡Qué vergüenza si alguien te viera así!

La ropa de Jiang Cheng estaba atada a su cintura, así que, tan pronto como recibió la regañina de su madre, se apresuró a ponérsela.

—¡Y vosotros no os quedáis atrás! —La señora Yu continuó con su sermón, esta vez dirigiéndose al resto de los chicos—. ¿No veis que la pequeña Li está aquí? ¡¿Quién os ha enseñado que podéis estar desnudos delante de una señorita, malditos mocosos?!

Por supuesto, no hacía falta pensar demasiado para saber de quién había sido la idea, así que, como de costumbre, Wei Wuxian fue el siguiente al que la señora Yu regañó.

—¡Wei Ying! Por lo visto, quieres morir, ¡¿no?!

—¡Lo siento! ¡No sabía que la hermana cultivacional vendría! —se justificó él—. ¡Iré a buscar mi ropa ahora mismo!

La señora Yu se enfadó aún más.

—¡¿Cómo te atreves a huir de mí?! ¡Regresa aquí y arrodíllate!

Dicho aquello, la mujer hizo restallar su látigo.

—¡Auch! —gritó Wei Wuxian. Sentía un dolor tan ardiente que casi rodó por el suelo.

Justo en ese instante alguien le susurró al oído a la señora Yu:

—Mamá, ¿quieres comer sandía…?

La aparición de Jiang Yanli fue tan repentina que la mujer se sobresaltó. Gracias a esta distracción, todos los traviesos muchachos lograron escapar. Estaba tan furiosa que se giró hacia su hija y le pellizcó las mejillas.

—¡Comer, comer, comer! ¡Es lo único en lo que piensas!

Tan fuertes eran los pellizcos de su madre que la joven derramó algunas lágrimas. De manera confusa, pausada y un tanto atropellada, empezó a mascullar:

—Mamá, Xian y los demás se han escondido aquí para refrescarse. He venido a buscarlos por mi cuenta, así que no los culpes… ¿Te… te apetece

comer sandía…? No sé quién las ha enviado, pero están deliciosas. En verano ayuda a aliviar el calor. En serio, están muy dulces y jugosas. Iré a cortar más para ti…

Cuanto más lo pensaba, más se enfurecía la señora Yu. Además, la sed que el calor le provocaba no la ayudaba, pues de verdad tenía ganas de comer sandía. Como resultado… la mujer se enfurruñó aún más.

Después de escapar de Muelle de Loto con gran dificultad, los jóvenes se precipitaron hacia el embarcadero y saltaron a una barcucha. Como la señora Yu no los había perseguido y ya había pasado bastante tiempo, Wei Wuxian se sintió aliviado. Hizo el esfuerzo de agitar el remo, pero le seguía doliendo la espalda, así que les dejó la labor a los demás, se sentó a un lado y se frotó la zona que le ardía.

—¡Qué injusticia! Todos teníamos el torso desnudo, ¿por qué solo me ha regañado y me ha azotado a mí?

—Debe de ser porque, sin ropa, haces que le ardan los ojos a cualquiera —dijo Jiang Cheng.

Wei Wuxian lo fulminó con la mirada y, sin previo aviso, se arrojó al agua. Respondiendo a su llamada, el resto de los muchachos también saltaron. En cuestión de unos instantes, dejaron solo a Jiang Cheng, que sintió que algo andaba mal y gritó:

—¡¿Qué cojones estáis haciendo?!

Wei Wuxian nadó hasta un costado de la barca y le empezó a dar golpes como loco hasta que se volcó y rebotó con pesadez sobre el agua, con la «panza» hacia el cielo. Se rio a carcajadas, se subió al bote, se sentó con las piernas cruzadas y gritó hacia el lado por donde Jiang Cheng se había hundido:

—¿Qué tal ahora? ¿Te siguen ardiendo los ojos? ¡Contéstame! ¡Eh! ¡Oye!

A pesar de que lo llamó un par de veces, no recibió respuesta y solo vio un burbujeo en el agua. Wei Wuxian se secó la cara y preguntó:

—¿Por qué está tardando tanto en subir?

El sexto hermano cultivacional también se alarmó y se acercó a la barca nadando.

—No se va a ahogar, ¡¿verdad?!

—¡De ninguna manera! —exclamó Wei Wuxian.

Justo cuando estaba a punto de lanzarse al agua para sacar a Jiang Cheng, oyó un sonoro gruñido tras él.

—¡Auch!

Eso fue lo único que soltó antes de que una mano lo agarrara por la espalda y lo tirara al agua. El bote se volvió a volcar, mojándose por completo. Resultaba que, después de haberse caído por su culpa, Jiang Cheng se había sumergido y había dado la vuelta para aparecer detrás de él.

Después de que cada cual realizara un ataque furtivo, nadaron alrededor del bote, mostrándose cautelosos ante los movimientos del otro. Entretanto, los demás chapoteaban en el agua y se dispersaban por el lago para observar el espectáculo.

—¿Qué pretendes? ¡¿Por qué tomas un arma?! —gritó Wei Wuxian desde el otro lado de la barca—. ¡Si tienes agallas, deja el remo y compitamos con las manos vacías!

—¿Crees que soy tonto o qué? —inquirió Jiang Cheng con una sonrisa maliciosa—. ¡En cuanto lo suelte, me lo arrebatarás!

Tan rápido como el viento, Jiang Cheng atacó a Wei Wuxian, obligándolo a retroceder repetidas veces. Los espectadores lo vitorearon y aplaudieron para felicitarlo. A pesar de que Wei Wuxian estaba en aprietos, se las apañó para defenderse en medio del ajetreo.

—¡No soy tan descarado!

Hubo abucheos por doquier.

—¡¿No te da pena decir eso, hermano?!

A continuación, se desató una guerra acuática. Todos utilizaron sus mejores técnicas: pasaron del mortero de la gran misericordia y pena al ataque del centenar de hierbas y víboras venenosas, y luego recurrieron a las mortales flechas rociadoras de agua.

Wei Wuxian le propinó una patada a Jiang Cheng y, tras batallar un poco, se bajó de la barca, escupió una bocanada de agua y agitó la mano como señal de rendición.

—Basta, dejemos de pelearnos. ¡Pido una tregua!

Todos tenían la cabeza llena de algas verdes y estaban muy concentrados, luchando con energía los unos contra los otros.

—¿Por qué deberíamos detenernos, eh? ¡Venga! ¡Sigue! —protestó alguien en medio de la batalla—. Claro, pides clemencia ahora que estás en desventaja, ¿no?

—¿Quién dice que estoy pidiendo clemencia? —replicó Wei Wuxian al instante—. Retomemos la batalla más tarde. Estoy tan hambriento que ya no tengo fuerzas para luchar. Vayamos a por algo de comer.

—¿Deberíamos volver, entonces? —preguntó el sexto hermano cultivacional—. Podemos comernos unos cuantos trozos de sandía antes de la cena.

—Si regresamos ahora, recibirás más latigazos —le recordó Jiang Cheng.

Como Wei Wuxian ya tenía un plan en mente, anunció:

—¡Vayamos a recoger vainas de loto!

—Sería más bien «robar», ¿no? —lo corrigió Jiang Cheng con ironía.

—¡Pero si todas las veces se lo compensamos! —se defendió Wei Wuxian.

El clan Jiang de Yunmeng siempre había cuidado a las familias de alrededor, ayudándolas a deshacerse de las criaturas acuáticas sin recibir nada a cambio. Por ello a los residentes que se hallaban en un radio de decenas de kilómetros no solo no les molestaba que cogieran algunos de sus lotos, sino que estaban más que encantados de cederles parte de sus lagos

para que comieran todas las semillas que quisieran. Cada vez que los jóvenes se colaban en las residencias de otras personas y se comían su fruta, cogían sus pollos o drogaban a sus perros, Jiang Fengmian enviaba a alguien para que los recompensara. En cuanto a por qué insistían en robar comida, no se debía a que fueran unos bribones, sino a que les encantaba hacer travesuras. Disfrutaban la adrenalina que aquello les provocaba; les emocionaba que otros se rieran de ellos, los insultaran, los persiguieran y les pegaran.

Todos se subieron al bote y remaron un tiempo. Cuando se aproximaron a un lago de lotos, se detuvieron.

El lugar era bastante amplio y verde. Las hojas turquesas caían en cascadas; las más pequeñas eran del tamaño de un plato y las más grandes, como un paraguas. Las hojas externas eran más bajitas y escasas, y se extendían sobre la superficie del agua; las de dentro, en cambio, eran más altas y tan abundantes que había suficientes para cubrir los barcos que pasaran por allí. Aun así, cuando uno veía un montón de hojas agitándose y chocando entre sí, sabía que había alguien moviéndose.

La barcucha que había zarpado de Muelle de Loto se adentró en ese tramo verdoso y quedó rodeada de grandes y jugosas vainas de loto. Mientras alguien retenía el bote, los demás se levantaron y se pusieron manos a la obra. Las vainas más grandes crecían en delgados tallos que estaban cubiertos de inofensivas espinas. Era muy fácil cogerlas, pues solo había que doblar el tallo para que se rompiera.

Los chicos las desprendieron junto con una larga parte del tallo, ya que, al regresar, podrían meterlas en frascos llenos de agua para conservarlas. Se decía que así se mantendrían frescas unos días. Aunque Wei Wuxian solo había oído hablar de ello y no sabía si era cierto, se lo comunicó a los demás con mucha seguridad, como si fuera algo comprobado.

Desprendió unas cuantas vainas, peló una y se echó las semillas a la boca. Al masticarlas, estaban tiernas y jugosas. Mientras comía, iba tarareando

algo que no tenía mucho sentido:

—Si te invito a comer semillas de loto, ¿qué me invitarás a comer tú?

Cuando Jiang Cheng lo escuchó, le preguntó con curiosidad:

—¿A quién piensas invitar?

—¡Ja, ja! ¡A ti no! —Wei Wuxian estaba a punto de coger una vaina de loto para golpearle la cara, pero de repente percibió algo y les indicó a todos que guardaran silencio—: ¡Shhh! ¡Maldita sea! ¡El viejo está aquí!

Se refería al anciano campesino que cultivaba lotos en ese tramo del lago. Wei Wuxian no sabía su edad exacta, pero, como llamaba «tío» a Jiang Fengmian, consideraba viejo a todo aquel que pareciera mayor que él. Lo había visto en ese lago de loto desde que tenía uso de razón y, cada vez que el señor los pillaba robando vainas en verano, les daba una paliza. A menudo Wei Wuxian sospechaba que el anciano era la reencarnación de un espíritu de loto, porque conocía el lago como la palma de su mano y sabía de sobra cuántas vainas se perdían. Siempre les daba un golpe por cada una que faltaba. Como era más fácil remar con cañas de bambú que con remos, era eso lo que usaba para azotarlos. ¡Tras! ¡Tras! ¡Tras! Los golpetazos dolían muchísimo.

Todos los presentes habían sido castigados en el pasado, por lo que exclamaron con urgencia:

—¡Corred! ¡Rápido!

A toda prisa, cogieron los remos para huir de allí. Con movimientos caóticos y torpes, salieron del lago de loto. Como tenían cargo de conciencia, miraron hacia atrás. El bote del anciano había atravesado las densas hojas y se deslizaba en aguas abiertas.

Wei Wuxian ladeó la cabeza y se quedó mirando al hombre. Después de un rato exclamó:

—¡Qué extraño!

Jiang Cheng también se puso de pie.

—¿Por qué su bote se mueve tan rápido?

Cuando todos observaron con detenimiento, se dieron cuenta de que el anciano se encontraba de espaldas a ellos, contando una a una las vainas de loto de la barca. Si bien su palo de bambú se hallaba a un costado y no estaba remando, su bote se movía de manera constante y veloz, incluso más rápido que el de los chicos. Aquello los hizo estar alerta.

—Deteneos y remad de vuelta —los instó Wei Wuxian.

A medida que ambas barcas se aproximaban, los muchachos vieron que, muy cerca del bote del señor, ¡había una sombra blanca y borrosa que merodeaba bajo el agua!

Wei Wuxian se dio la vuelta y se llevó el dedo índice a los labios, indicándoles a sus acompañantes que tuvieran cuidado y que no asustaran al anciano ni al fantasma acuático. Jiang Cheng asintió con la cabeza y se dispuso a remar con tanto sigilo que solo producía olas silenciosas y casi no se percibía ningún movimiento.

Cuando los dos botes estaban a casi diez metros de distancia, una mano cenicienta y empapada emergió del agua, cogió una de las vainas que el hombre había apilado en la barca y se volvió a sumergir silenciosamente en el lago.

Al cabo de un instante aparecieron dos cáscaras de semillas de loto en la superficie.

Los jóvenes estaban incrédulos.

—¡No puedo creerlo! ¡Hasta el fantasma acuático roba semillas de loto!

Entonces el señor se dio cuenta de que algo venía detrás de él. Sosteniendo una enorme vaina en una mano y un palo de bambú en la otra, se dio la vuelta para mirar. Aquel movimiento asustó al fantasma acuático, que dio un respingo y se deslizó al agua. Cuando la silueta blanca desapareció, todos se alarmaron.

—¡¿Adónde ha ido?!

Wei Wuxian se arrojó al agua y se sumergió hasta el fondo. Al poco rato subió a la superficie y sacó algo.

—¡Lo he atrapado!

Sostenía a un fantasmita acuático. Tenía la tez cenicienta y su aspecto era el de un niño de doce o trece años. Estaba tan aterrorizado que casi se hizo un ovillo ante la mirada de los adolescentes.

Justo en ese momento el anciano azotó a Wei Wuxian con la caña de bambú y los reprendió:

—¡Ajá! ¡Habéis venido a causar problemas de nuevo, ¿eh?!

El muchacho había recibido un latigazo en la espalda hacía poco, así que, con el golpetazo, soltó un chillido de dolor y casi aflojó la mano.

—¡¿Por qué le pega a la gente en lugar de hablar de forma civilizada?! —protestó Jiang Cheng, enfurecido—. ¡Ha malinterpretado nuestras buenas intenciones!

—Está bien, no pasa nada —se apresuró a intervenir Wei Wuxian—. Vie… digo, señor, mire bien: nosotros no somos fantasmas, él sí.

—¡Déjate de tonterías! Estoy viejo, no ciego. ¡Suéltalo ahora mismo!

Si bien Wei Wuxian se quedó estupefacto ante sus palabras, no tardó en ver lo lamentable que parecía el fantasmita acuático. Con sus oscuros ojos llenos de lágrimas, la pobre criatura inclinaba repetidamente la cabeza y juntaba las manitas como si pidiera clemencia. Todavía sostenía la enorme vaina de loto que acababa de robar y se mostraba reacio a soltarla. Estaba abierta, lo que indicaba que Wei Wuxian lo había arrastrado a la superficie cuando apenas había podido comerse unas pocas semillas.

Como pensaba que el anciano solo estaba siendo testarudo, Jiang Cheng le indicó:

—No lo sueltes. Lo llevaremos a casa.

Al oírlo, el señor volvió a levantar la caña de bambú.

—¡No me pegue! —se apresuró a intervenir Wei Wuxian—. Lo voy a soltar, ¿vale?

—¡Que no! —insistió Jiang Cheng—. ¿Qué pasa si mata a alguien?

—Este fantasmita no huele a sangre. Es tan joven que no puede salir de

estas aguas —argumentó Wei Wuxian—. No se ha escuchado que haya muerto gente en la zona, lo que quiere decir que no le ha hecho daño a nadie.

Jiang Cheng no opinaba lo mismo.

—Eso no quiere decir que no lo vaya a hacer en el futuro…

Antes de que pudiera terminar de hablar, la caña de bambú fue directa hacia él. Tras recibir el golpe, Jiang Cheng se puso furioso.

—¡Oiga, viejo! ¡¿Acaso no puede distinguir entre el bien y el mal?! Usted sabe muy bien que es un fantasma, ¡¿no tiene miedo de que le haga daño?!

—¡¿Qué miedo voy a tener yo si estoy casi a las puertas de la muerte?! —replicó el anciano con convicción.

Como Wei Wuxian sabía que la criatura no sería capaz de nadar muy lejos, repitió:

—¡Venga, deje de pegarnos! ¡Lo voy a soltar!

Tal y como había prometido, aflojó la mano. El fantasma acuático se zambulló en el agua, nadó hacia la parte trasera del bote del anciano y se escondió allí, temeroso de volver a salir.

Empapado, Wei Wuxian se subió a su barca.

Entretanto, al otro lado, el viejo cogió una vaina de su bote y la arrojó al agua, pero el fantasma acuático no fue a por ella. El hombre tomó otra más grande y también la lanzó al lago. Las dos estuvieron flotando en el agua hasta que, de repente, la mitad de una pálida cabeza emergió. Como un pez blanco, tomó las verdosas vainas con la boca y se volvió a zambullir en el agua. Al poco tiempo algo blanquecino subió a la superficie. Se trataba del fantasma acuático, que mostraba los hombros y las manos.

Ñac, ñac…

Con la cabeza gacha y todavía escondido detrás del bote, se concentró en masticar las semillas.

Cuando todos lo vieron comer con tanto gusto, se desconcertaron.

Al ver que el anciano arrojaba otra vaina de loto al agua, Wei Wuxian se

frotó la barbilla y, algo decepcionado, le reprochó:

—Oiga, señor, ¿por qué a él sí le permite robar semillas? ¡Hasta se las da de comer usted mismo! En cambio, cuando nosotros lo hacemos, nos pega.

—Él me ayuda a empujar el bote, ¿qué problema hay con que le dé unas cuantas? —explicó el viejo—. ¡Por el contrario, vosotros sois unos bribones! ¿Cuántas habéis robado hoy, eh?

Todos se sintieron avergonzados al oír sus palabras. Por el rabillo del ojo, Wei Wuxian atisbó decenas de vainas amontonadas en la barca, así que se sintió culpable e indicó a los otros muchachos a toda prisa:

—¡Vámonos!

Cuando los chicos tomaron los remos para escabullirse de allí, el anciano se precipitó hacia ellos mientras agitaba su caña de bambú. Puesto que el bote contrario se movía tan rápido como el viento, todos entraron en pánico. Cuando sintieron que el palo de bambú estaba a punto de golpearlos, se apresuraron a remar como unos desquiciados.

Las dos barcuchas rodearon dos veces un gran trecho del lago de loto y cada vez se iban acercando más. Para entonces Wei Wuxian ya había recibido varios azotes y se dio cuenta de que la caña de bambú solo arremetía contra él.

—¡No es justo! ¡¿Por qué solo me pega a mí?! —protestó entre gritos, cubriéndose la cabeza—. ¡¿Por qué no golpea a nadie más?!

Los otros discípulos comenzaron a «animarlo»:

—¡Aguanta, hermano! ¡Todos dependemos de ti!

—Así es, más te vale resistir. —Jiang Cheng también se unió a las palabras de apoyo.

—¡Bah! ¡No puedo soportarlo más! —exclamó Wei Wuxian, furioso. Enseguida agarró una vaina de loto que estaba en el bote y la arrojó al lago —: ¡Cógela!

¡Plof!

El agua salpicó cuando la enorme y rechoncha vaina cayó. Tal y como

esperaba, el bote del anciano se detuvo un momento. El fantasma acuático nadó hacia la vaina y sacó algunas semillas para comérselas.

Aprovechando la distracción y la oportunidad, la barcucha de Muelle de Loto por fin logró escapar.

Al regresar, uno de los discípulos preguntó con curiosidad:

—Hermano cultivacional, ¿los fantasmas pueden saborear lo que comen?

—Por lo general, no —contestó Wei Wuxian—. Lo más probable es que ese fantasmita… A… a… ¡achús!

Al caer el sol, vino el viento. Soplaba una brisa fresca, por lo que el aire era frío.

Tras estornudar, Wei Wuxian se frotó la cara antes de continuar.

—Lo más probable es que ese fantasmita deseara comer semillas de loto cuando estaba vivo. Como nunca pudo hacerlo, fue al lago en secreto a coger algunas, pero cayó al agua y murió ahogado. Por eso… A… a…

—Por eso las anhela —completó Jiang Cheng por él—, comerlas lo satisface.

—Sí, eso mismo —afirmó Wei Wuxian. Se tocó la espalda, que estaba llena de viejas y nuevas heridas, y expresó en voz alta lo que tenía en mente —: ¡Esto es una tremenda injusticia! ¿Por qué, cada vez que pasa algo, siempre soy el único al que le pegan?

—Porque eres el más guapo —dijo uno de los hermanos cultivacionales.

—¡Tienes el nivel más alto de cultivación! —soltó otra persona.

—¡Eres el que mejor está sin ropa! —añadió otro discípulo.

Todos asintieron con la cabeza, muy seguros de sus respuestas.

—Gracias por vuestros halagos —dijo Wei Wuxian—. Hasta se me ha puesto la piel de gallina al escucharos.

—Oh, no hace falta que nos las des, hermano —dijo el primer chico—. Siempre nos proteges, ¡te mereces muchísimo más!

—Ah, ¿sí? ¿Qué más? —inquirió Wei Wuxian, asombrado—. Decídmelo, que soy todo oídos.

—¡Callaos la boca! —exigió Jiang Cheng al no soportar seguir oyéndolos —. ¡Como digáis una ridiculez más, perforaré el fondo de la barca y moriremos todos juntos!

En ese preciso instante pasaban por una gran extensión de agua con tierras de cultivo a ambos costados. Había varias campesinas jóvenes arando el terreno. Cuando vieron pasar la pequeña barca, corrieron a la orilla y saludaron desde lejos.

—¡Eh…!

Los adolescentes respondieron con un «eh» y empujaron a Wei Wuxian con palmadas y codazos.

—¡Mira, hermano! ¡Te están saludando! ¡Las chicas te llaman!

Al mirar más de cerca, Wei Wuxian comprobó que ya había interactuado antes con esas muchachas. Como las oscuras nubes de su corazón se despejaron en ese instante, se puso de pie, agitó la mano y las saludó con una sonrisa:

—¡¿Qué pasa?!

A medida que el bote avanzaba al ritmo de la corriente, las campesinas los seguían a lo largo de la orilla y les iban hablando desde la distancia:

—¡¿De nuevo habéis ido a robar semillas de loto?!

—Decidnos, ¡¿cuántos azotes habéis recibido?!

—¿O es que esta vez habéis drogado a los perros?

Con tan solo escuchar esas pocas frases, a Jiang Cheng le dieron ganas de patear a Wei Wuxian y echarlo de la barca. Con gran decepción y amargura, se quejó:

—Mira lo lejos que ha llegado tu mala fama. Eres una verdadera desgracia para nuestra familia.

—Las chicas están hablando en plural, así que se refieren a «nosotros» —se defendió el joven—. Somos un equipo, ¿vale? Todos somos una desgracia.

Mientras discutían, una de las campesinas gritó:

—¡¿Estaban ricas?!

En medio de la pelea, Wei Wuxian se las apañó para responder:

—¿El qué?

—Las sandías que os enviamos —explicó la misma chica—. ¡¿Os han gustado?!

Wei Wuxian lo comprendió de inmediato.

—Así que fuisteis vosotras quienes nos las enviaron. ¡Sí, estaban deliciosas! ¿Por qué no entrasteis en casa? ¡Os habríamos invitado a tomar té!

—No estabais cuando llegamos, así que nos marchamos. Nos dio pena entrar —dijo la campesina con una dulce sonrisa—. ¡Me alegra que os hayan gustado!

—¡Gracias! —exclamó Wei Wuxian. Sacó algunas vainas de loto grandes del fondo del bote y se las ofreció a las chicas—: Estas semillas son para vosotras. ¡Por favor, venid a ver cómo entreno con la espada la próxima vez!

—¿Tan entretenido es verte practicar? —preguntó Jiang Cheng en tono sarcástico.

Wei Wuxian lanzó las vainas de loto hacia la orilla. A pesar de que estaban un poco lejos, cayeron con suavidad en las manos de las jóvenes. Enseguida cogió unas cuantas más, las puso en el pecho de Jiang Cheng y lo empujó.

—¿A qué esperas? ¿Por qué te quedas ahí como un tonto? ¡Venga, date prisa!

Aunque el chico no tuvo más remedio que recibir las vainas después de esos dos empujones, seguía sin entender lo que quería decir.

—¿Darme prisa?

—Tú también comiste sandía. Es de buena educación hacerles un regalo a cambio. Venga, que no te dé vergüenza: solo tienes que lanzarlas. ¡Anda, hazlo ya!

Jiang Cheng se burló:

—Qué ridiculez, ¿por qué me avergonzaría de algo así?

Por el contrario, no se movió ni siquiera después de que sus condiscípulos empezaran a arrojar vainas de loto con entusiasmo.

—¡Venga, lánzalas! —volvió a insistir Wei Wuxian—. Si se las das, la próxima vez podrás preguntarles si les han gustado. ¡Así tendrás de qué conversar con ellas!

Como si los hubiera iluminado con un maravilloso consejo, los demás mostraron asombro.

—Conque ese es tu truco. He aprendido una nueva lección hoy. ¡Me sorprende lo experimentado que eres, hermano!

—¡Por lo visto, hace estas cosas todo el tiempo!

—Bah, ¿qué decís? No exageréis. Ja, ja, ja, ja…

Jiang Cheng estaba a punto de lanzar las vainas de loto, pero volvió en sí cuando escuchó los comentarios. Como la vergüenza lo había invadido, peló una y se comió las semillas.

A medida que el bote avanzaba con la corriente, las campesinas trotaban a lo largo de la orilla para seguirlos. Mientras atrapaban las vainas de loto que los chicos les lanzaban, se reían divertidas.

Wei Wuxian se llevó la mano derecha a la frente y, mirando hacia el horizonte, sonrió antes de exhalar un suspiro.

Curiosos y confundidos, los otros muchachos le preguntaron:

—¿Qué sucede, hermano?

—¿Por qué suspiras si tienes a unas chicas muy guapas persiguiéndote?

Wei Wuxian se echó el remo al hombro y soltó otro suspiro.

—No es nada. Solo pensaba en cómo Lan Zhan se atrevió a rechazarme a pesar de que lo invité a venir a Yunmeng con las mejores intenciones.

Todos los jóvenes levantaron los pulgares en señal de aprobación.

—¡Vaya, no esperaba menos de él!

—¡Callaos! —A pesar de las mofas de sus condiscípulos, Wei Wuxian

añadió con entusiasmo y lleno de convicción—: Un día lo traeré a rastras y lo meteré en el bote de una sola patada. Luego lo engañaré para que robe vainas de loto conmigo. Así, el viejo le pegará con su caña de bambú y no tendrá más remedio que correr tras de mí. Ja, ja, ja, ja…

Después de reírse un rato, se dio la vuelta y miró a Jiang Cheng, que estaba sentado solo en la proa de la barca, comiendo semillas de loto muy serio. Ante aquella imagen tan lamentable, la sonrisa de Wei Wuxian se fue desvaneciendo poco a poco y suspiró.

—Uf, nunca vas a aprender, ¿eh?

—¡¿Qué pasa si quiero comer solo?! —replicó Jiang Cheng.

—Ay, Jiang Cheng. Da igual, no tienes remedio. ¡Si tanto te gusta, come solo el resto de tu vida!

Y una vez más el bote que había robado las vainas de loto regresó a casa repleto.

Más allá de Nubes Recónditas hacía un calor abrasador. Después de todo, estaban en pleno verano. En cambio, en las profundidades de las montañas había un mundo tranquilo y fresco.

Fuera de la habitación orquídea, en el largo pasillo, había dos figuras vestidas de blanco. Cuando soplaba el viento, las impecables túnicas revoloteaban con ligereza, mientras que quienes las vestían permanecían inmóviles.

Se trataba de Lan Xichen y Lan Wangji.

Estaban haciendo el pino.

Ninguno decía ni una sola palabra. Parecía que se habían sumido en la meditación. El murmullo de la primavera y el aleteo de los pájaros cantores eran los únicos sonidos que se oían. El contraste hacía que el entorno pareciera aún más silencioso.

Después de un rato Lan Wangji tomó la iniciativa:

—Hermano.

Lan Xichen salió tranquilamente de su meditación y, sin mirarlo, respondió:

—¿Qué pasa?

Hubo un momento de silencio antes de que Lan Wangji le preguntara:

—¿Alguna vez has recogido vainas de loto?

Lan Xichen giró la cabeza hacia él.

—No…

Si los discípulos del clan Lan de Gusu querían comer semillas de loto, no tenían que recolectarlas ellos mismos.

Lan Wangji asintió con la cabeza.

—¿Sabes, hermano…?

—¿Qué sucede?

—Las vainas de loto con tallo son más sabrosas que las que no lo tienen.

—Ah, ¿sí? Nunca había oído decir eso. ¿Por qué lo has mencionado de repente?

—Por nada. Es hora de cambiar de mano.

Los dos estaban haciendo el pino con la mano derecha, así que cambiaron a la izquierda. Sus movimientos fueron increíblemente uniformes, silenciosos y estables.

Lan Xichen quería seguir interrogándolo. Sin embargo, después de divisar algo, optó por sonreír y avisarlo:

—Wangji, tienes un invitado.

En el borde del pórtico, un conejo blanco y esponjoso se arrastró lentamente por el suelo de madera y se frotó contra la mano de Lan Wangji, la misma con la que se sostenía boca abajo. El animalito no dejaba de mover su rosada nariz.

—¿Cómo es que has venido hasta aquí, eh? —inquirió Lan Xichen.

—Regresa.

El conejo blanco hizo caso omiso a la orden de su dueño. En cambio, mordió la cinta de Lan Wangji y tiró de ella con fuerza, como si quisiera llevárselo a rastras de allí.

—Quiere que vayas con él —comentó Lan Xichen en tono sereno.

Como el conejo no lograba arrastrar a Lan Wangji, brincó enfadado a su alrededor. Lan Xichen lo observó divertido y preguntó:

—¿Es este al que le encanta hacer ruido?

—Es demasiado bullicioso.

—Y no pasa nada, se le perdona porque es mono. Recuerdo que había otro. Siempre están juntos, ¿cómo es que solo ha venido uno? ¿El otro es tan tímido que no le gusta salir?

—Ya vendrá.

En efecto, al poco tiempo una cabecita tan blanca como la nieve asomó por el pórtico de madera. El otro conejito había ido en busca de su compañero.

Las dos bolitas de nieve estuvieron persiguiéndose un rato. Al final, eligieron un lugar para detenerse: se acomodaron cerca de la mano izquierda de Lan Wangji y se acurrucaron allí.

Los conejos permanecieron muy juntitos y se frotaron el uno contra el otro. Incluso si se los miraba boca abajo, resultaban adorables.

—¿Cómo se llaman? —preguntó Lan Xichen.

Lan Wangji sacudió la cabeza. No se sabía si se refería a que no tenían nombre o a que no quería decírselo.

Aun así, su hermano insistió:

—Te oí llamarlos la última vez.

Lan Wangji guardó silencio.

—Tienen unos nombres muy bonitos —comentó Lan Xichen con sinceridad.

Lan Wangji se cambió de mano.

—Aún no ha llegado la hora —observó Lan Xichen.

Sin decir nada, Lan Wangji volvió a cambiar a la mano izquierda.

Transcurrido un incienso, llegó el momento de finalizar el entrenamiento. Los hermanos Lan volvieron al salón de la elegancia y se sentaron en silencio.

Un sirviente les trajo fruta fría para aliviar el calor del verano. La sandía estaba dispuesta en un plato de jade; estaba completamente pelada y la carne estaba cortada en impecables rodajas. Eran rojizas, transparentes y bastante hermosas.

Los hermanos Lan se encontraban sobre sus respectivas esteras, sentados sobre los talones y hablando en voz baja. Después de compartir sus experiencias del día anterior respecto a sus estudios, empezaron a comer.

Lan Xichen tomó una rodaja de sandía. No obstante, cuando vio a Lan Wangji observando fijamente el plato de jade con una expresión indescifrable, se detuvo de manera instintiva.

Tal y como había supuesto, no tardó en hablar:

—Hermano.

—¿Qué sucede?

—¿Has comido cáscara de sandía?

Tras una breve pausa, Lan Xichen inquirió:

—¿Son comestibles…?

Tras un momento de silencio, Lan Wangji respondió:

—He oído que se pueden comer salteadas.

—Quizá sea cierto.

—También he oído que están muy ricas.

—No las he probado.

—Yo tampoco.

—Em… —En tono vacilante, Lan Xichen sugirió—: ¿Qué tal si le pedimos a alguien que las sofría?

Después de considerarlo, Lan Wangji sacudió la cabeza con expresión solemne.

Lan Xichen soltó un suspiro de alivio. Por alguna razón, no sintió la necesidad de preguntarle quién le había contado tal cosa.

Al día siguiente Lan Wangji bajó solo la montaña.

Si bien no era extraño que lo hiciera, sí era inusual que fuera solo al bullicioso y abarrotado mercado.

La gente iba y venía. Era muy raro ver a tantas personas en los territorios de los clanes cultivacionales y en los cotos de caza que se ubicaban en las montañas. Incluso en los grandes simposios, donde solía haber muchísimos invitados, la gente se conducía de una forma más ordenada y no se aglomeraba hasta rozarse hombro con hombro. Parecía que en el mercado no era nada raro que se pisaran o chocaran contra alguna carretilla mientras caminaban.

A Lan Wangji nunca le había gustado el contacto físico con los demás, así que, al verse en aquella situación, hizo una pausa. Aun así, no quería detener sus pasos, sino que pretendía preguntarle a alguien por unas direcciones. Por desgracia, no halló a nadie a pesar de que lo intentó durante un rato.

Entonces se dio cuenta de que no solo era él quien no quería acercarse a los demás, sino que los transeúntes tampoco tenían intención de aproximarse a él.

Y es que su apariencia desentonaba con el ruidoso mercado: no solo lucía impoluto, sino que también llevaba una espada consigo. Los vendedores, los campesinos y los vagabundos rara vez veían a un caballero tan poco mundano, así que todos lo evitaban. Quizá se alejaban porque no querían ofenderlo por error, pues tenían miedo de que fuera un tipo con el que no debían meterse, o tal vez los intimidaba su porte serio y frío. A fin de cuentas, el mismísimo Lan Xichen siempre bromeaba con que hacía un frío

glacial dondequiera que estuviera su hermano menor. Decía que, en un radio de dos metros de Lan Wangji, tanto el cielo como la tierra se congelaban hasta tal punto que no crecía ni una brizna de hierba.

Solo las mujeres del mercado mostraban interés en él. Cada vez que Lan Wangji pasaba cerca, sentían muchísimas ganas de observarlo, pero no querían que se les notara ni se atrevían a excederse, de modo que fingían estar ocupadas y le echaban miradas con la cabeza gacha. Luego esperaban a que se hubiera alejado lo suficiente para reunirse detrás de él y cuchichear entre risas coquetas.

Lan Wangji caminó un largo rato y solo se detuvo cuando vio a una anciana barriendo el polvo frente a una casa.

—Disculpe, ¿dónde queda el lago de loto más cercano? —preguntó.

Si ya de por sí la anciana no tenía muy buena vista, ahora sus ojos estaban llenos de polvo. Respirando con pesadez y sin verlo bien, contestó:

—A cuatro o cinco kilómetros de aquí, vive una familia que ha plantado decenas de hectáreas de semillas de loto.

—Muchas gracias —dijo Lan Wangji, asintiendo con la cabeza.

—Joven señor, no permiten entrar a la gente por la noche —advirtió la señora—. Si desea divertirse allí, será mejor que se dé prisa. Aproveche que todavía es de día.

—Muchas gracias —repitió Lan Wangji.

Justo cuando estaba a punto de alejarse, vio que la anciana sostenía una delgada caña de bambú y trataba de quitar una rama marchita que había quedado atrapada bajo el alero del tejado. Pese a que lo estuvo intentando mucho tiempo, no lo logró. Lan Wangji apuntó al sitio con el dedo e hizo que la energía de su espada derribara la rama marchita. Al terminar, se dio la vuelta y se marchó.

Cuatro o cinco kilómetros no eran demasiado para el ritmo de sus pasos, así que avanzó en la dirección que la anciana le había indicado.

Tras caminar quinientos metros, se alejó por completo del mercado. Al

alcanzar el primer kilómetro, empezó a ver cada vez menos transeúntes. Al segundo, comenzó a ver colinas y campos verdes a ambos lados del sendero, así como encrucijadas. De vez en cuando atisbaba alguna que otra casucha torcida por cuya chimenea salía un humo ondeante. En los terraplenes de los campos, había niños en cuclillas. Estaban cubiertos de lodo y llevaban moños rígidos y altos. Se reían mientras jugaban en el barro, manchándose los unos a los otros.

La imagen, aunque brusca, resultaba cautivadora, por lo que Lan Wangji se detuvo para mirar. No obstante, antes de que pasara demasiado tiempo, los niños embarrados se percataron de su presencia. Como eran pequeños y sentían miedo ante los desconocidos, salieron corriendo y se esfumaron. Entonces Lan Wangji retomó el camino.

Tras avanzar otros quinientos metros, sintió una repentina gelidez en el rostro. Una fina llovizna y la brisa lo acariciaban. Cuando miró al cielo, comprobó que, en efecto, las nubes grises y ondulantes se habían arremolinado encima de él. Aunque aceleró el paso, la lluvia arreció enseguida y lo alcanzó.

En ese preciso instante vislumbró a cinco o seis personas en el terraplén que tenía enfrente. Si bien la llovizna se había convertido en lluvia, no llevaban paraguas y tampoco parecían tener intención de resguardarse. Simplemente permanecían allí, como si rodearan algo y estuvieran tan concentrados que no pudiesen prestarle atención a nada más.

Lan Wangji se acercó a la parte frontal y vio a un granjero tendido en el suelo, chillando de dolor. Tras escuchar en silencio lo que la gente decía, se enteró de lo que había sucedido: resultaba que el toro de otro granjero lo había derribado mientras labraba la tierra. Ahora el hombre no podía levantarse, ya fuera porque se había lastimado la cintura o porque se había fracturado una pierna. Como el toro había hecho algo malo, los demás lo ahuyentaron y lo alejaron de allí. El animal tenía la cabeza gacha y movía el rabo, sin atreverse a acercarse. Su dueño había ido a buscar a un médico,

pero los campesinos restantes no se arriesgaron a mover al herido por miedo a que empeorara. Todo lo que podían hacer era vigilarlo mientras la ayuda llegaba. Sin embargo, no contaban con que haría mal tiempo y empezaría a llover.

Al principio se podía tolerar porque eran gotas ligeras, pero, para su desgracia, la lluvia arreció tanto que les empezó a golpear la cabeza y a empaparles el rostro. Uno de los campesinos corrió a su casa para conseguir paraguas. No obstante, su vivienda quedaba lejos y no iba a regresar pronto. Angustiados, el resto de los granjeros extendieron las manos y se esforzaron para cubrir al hombre herido. Aun así, aquello no funcionaría como una solución permanente. Aunque trajeran paraguas, no serían muchos, por lo que solo podrían cubrir a un par de personas. Sería inevitable que el resto se mojara.

—Menuda lluvia del diablo… —maldijo en voz baja uno de los presentes —. Ha llegado de repente.

Entonces un granjero sugirió:

—Levantemos aquel cobertizo. Aunque no vaya a aguantar mucho, será mejor que nada.

No muy lejos, había un viejo cobertizo abandonado, apoyado sobre cuatro troncos, uno de los cuales estaba torcido y otro estaba podrido por llevar años a la intemperie.

—Pero… no podemos moverlo —dijo alguien en tono vacilante.

—So… solo serán unos cuantos pasos. No creo que haya ningún problema.

Sin ninguna demora, todos comenzaron a actuar: mientras que un grupo se disponía a trasladar con cuidado al granjero herido, dos campesinos fueron hacia el deteriorado cobertizo. Sin embargo, para su sorpresa, su fuerza no era suficiente para levantar el destartalado tejado. Los otros los instaron a trabajar más duro, pero, por más que hicieron fuerza y sus caras se pusieron rojas a causa del sobreesfuerzo, fueron incapaces de moverlo.

Aunque otras dos personas se les unieron, ¡el tejado todavía no se levantaba!

Aquel cobertizo estaba hecho de madera, al igual que sus armazones. También estaba cubierto de tejas, paja y espesas capas de polvo. Si bien no debía de ser nada liviano, tampoco tan pesado como para que cuatro agricultores que estaban acostumbrados a trabajar en el campo no pudieran levantarlo.

A lo lejos, Lan Wangji supo lo que pasaba, de modo que se acercó al cobertizo de madera, se agachó para coger una esquina del tejado y la levantó con una mano.

Los campesinos se quedaron atónitos.

Ni siquiera cuatro granjeros habían podido moverlo, ¡resultaba increíble que un adolescente lo hubiera levantado con una sola mano!

Se quedaron pasmados y, un rato después, un campesino les susurró algo a los demás. Sin siquiera dudarlo un momento, se apresuraron a llevar al hombre herido hasta el cobertizo. Una vez bajo techo, todos contemplaron al extraordinario joven. Sin embargo, Lan Wangji no los miró, sino que permaneció con la vista al frente.

Una vez que bajaron al granjero herido, dos personas se acercaron a él.

—Disculpe… Joven señor, ya puedes soltarlo. Nosotros nos encargamos.

Lan Wangji negó con la cabeza, por lo que los dos hombres insistieron:

—Eres demasiado joven para aguantarlo.

Mientras trataban de convencerlo, estiraron la mano para ayudarlo a sujetar el tejado. Lan Wangji se limitó a echarles un vistazo y no dijo nada, tan solo disminuyó un poco la fuerza de su brazo. En ese momento el semblante de los dos agricultores se demudó drásticamente.

Lan Wangji apartó la mirada y volvió a hacer fuerza. Con gran vergüenza, los hombres se inclinaron y se retiraron lentamente.

El cobertizo de madera era más pesado de lo que habían imaginado. Si aquel adolescente quitaba la mano, los demás no podrían sostenerlo.

—Qué extraño —manifestó un hombre al sentir escalofríos—. ¿Cómo es que hace más frío aquí dentro?

Lo que ninguno de ellos veía era que, en ese preciso instante, en el centro del cobertizo de madera colgaba una figura vestida con ropas andrajosas, el cabello marchito y una larga lengua fuera.

Mientras en el exterior la lluvia arreciaba y se había levantado un vendaval, la sombra de dentro se mecía bajo el techo de madera, provocando una tenebrosa ráfaga de viento.

Ese espíritu maligno era la razón por la que el cobertizo era tan pesado. Sin importar cuánto lo intentaran, no había manera de que la gente normal y corriente lo levantara.

Lan Wangji había salido sin ningún instrumento para hacer exorcismos. Además, como el espíritu maligno no tenía intención de hacer daño a los humanos, no sería correcto liberar o dispersar su alma. Como tampoco parecía que pudiera convencerlo para que se bajase de allí, no le quedaba otra que continuar sosteniendo el tejado. Cuando regresara, se aseguraría de informar a alguien para que se encargara de ello.

Arrastrado por la ventisca, el ser maligno estuvo balanceándose de un lado a otro detrás de Lan Wangji. Después de permanecer así un largo rato, la criatura se quejó:

—Uy, qué frío que hace…

Lan Wangji hizo caso omiso a sus palabras.

El espíritu maligno miró a su alrededor y se apoyó en uno de los campesinos, como si intentara buscar algo de calor. De pronto, aquel hombre se estremeció. Lan Wangji ladeó disimuladamente la cabeza y le lanzó una severa y gélida mirada por el rabillo del ojo.

El ser maligno también se estremeció y retrocedió ofendido. Estiró la lengua y se quejó una vez más:

—Qu… qué lluvia tan fuerte. Encima, estamos en un espacio abierto. Menudo frío hace…

Lan Wangji continuó sin hacerle caso.

Ni siquiera cuando llegó el médico los campesinos se atrevieron a hablarle. Una vez que la lluvia cesó, sacaron al hombre herido del cobertizo de madera.

Fue entonces cuando Lan Wangji soltó el techo y se fue sin decir una palabra.

En el instante en que arribó al lago de loto, ya se había puesto el sol. Cuando estuvo a punto de bajar, un pequeño bote salió del lado opuesto.

—¡Oye, oye, oye! —exclamó la mujer de mediana edad que iba a bordo —. ¿A qué has venido?

—A recoger vainas de loto —contestó Lan Wangji.

—Ya se ha puerto el sol. No dejamos entrar a nadie una vez que anochece. Hoy no podrá ser, ¡regresa otro día!

—No me quedaré mucho tiempo. Me marcharé enseguida.

—¡Que no! Esas son las reglas y yo no soy quien las establece, así que ve a pedirle permiso al dueño.

—¿Dónde se encuentra?

—Hace mucho que se ha ido, así que no tiene sentido que me preguntes —indicó la mujer que recolectaba loto—. Si te dejo entrar, me echará la bronca. Por favor, no me compliques las cosas.

Al escuchar lo último, Lan Wangji no insistió más. En lugar de eso, asintió con la cabeza y accedió:

—De acuerdo. Disculpe.

Aunque su expresión era tranquila, se veía un atisbo de decepción.

Tras ver que su túnica, tan blanca como la nieve, estaba empapada por la lluvia y que sus blancas botas estaban manchadas de barro, la mujer suavizó su tono y le hizo varias preguntas:

—Has llegado tarde hoy, pero puedes venir más temprano mañana. ¿De dónde vienes? Estaba lloviendo muy fuerte hace un momento. ¡No me digas que has venido corriendo bajo la lluvia! ¿Por qué no has traído un

paraguas? ¿Dónde está tu casa?

—A diecisiete kilómetros —reveló Lan Wangji con total transparencia.

Al oír su respuesta, la mujer que recolectaba loto casi se ahogó con su propia saliva.

—¡Eso está muy lejos! Seguro que te ha llevado mucho tiempo llegar aquí. Si tantas ganas tienes de comer semillas de loto, puedes comprarlas en las calles. Las venden por doquier.

Pese a que Lan Wangji estaba a punto de darse la vuelta, se detuvo ante esas palabras.

—Las de las calles no vienen con tallo.

—¿Y tienen que ser con tallo obligatoriamente? —inquirió la mujer con curiosidad—. No saben diferente.

—Sí.

—¡Que no!

—Que sí —insistió Lan Wangji con obstinación—. Alguien me lo ha dicho.

La mujer del bote se echó a reír.

—¿Quién? ¡Qué muchacho tan terco! Parece que no puedes pensar con claridad, ¡seguro que te han hechizado!

Lan Wangji no dijo nada más. Bajó la cabeza y se preparó para dar media vuelta.

—¿En serio tu casa queda tan lejos? —volvió a hablarle la mujer.

—Sí.

—¿Qué tal si… no te vas? Puedes alojarte en un lugar cerca y volver mañana, ¿no?

—Hay toque de queda y mañana debo asistir a clase.

La recogedora de loto se rascó la cabeza y se quedó pensativa un largo rato. Al final, le sugirió:

—De acuerdo… Dejaré que entres. Que sea solo un ratito. Date prisa en recogerlas, ¿vale? No vaya a ser que alguien te pille y me delate al dueño. A

esta edad, ya no estoy para que me sermoneen.

Después de la lluvia que había caído en las despejadas montañas de Nubes Recónditas, las magnolias estaban excepcionalmente frescas y magníficas.

A Lan Xichen le fascinó tanto el paisaje que extendió un papel sobre el escritorio y comenzó a pintar junto a la ventana.

A través de las celosías de las ventanas, vio una figura vestida de blanco acercándose despacio. Sin levantar el pincel, saludó:

—Wangji.

Lan Wangji se acercó y le devolvió el saludo a través de la ventana:

—Hermano.

—Recuerdo que ayer me hablaste de las vainas de loto. Da la casualidad de que nuestro tío ha comprado algunas y las ha traído. ¿Te apetecen?

—Ya he comido algunas por mi cuenta —reveló Lan Wangji desde el otro lado.

—¿Ya has comido algunas? —repitió Lan Xichen, un tanto extrañado.

—Sí.

Los dos hermanos intercambiaron unas palabras más antes de que Lan Wangji regresara a la habitación del silencio.

Una vez terminada la pintura, Lan Xichen la contempló un instante y, sin pensarlo mucho, la guardó. Olvidándose de ella, sacó a Liebing y se dirigió al lugar donde todos los días practicaba el tono purificador.

Frente al pequeño edificio de gencianas, había unas flores púrpuras adornadas con brillante rocío. Mientras avanzaba por aquel sendero, Lan Xichen alzó la mirada y se quedó pasmado. En el pórtico de madera había un jarrón de jade blanco que contenía vainas de loto de diferentes longitudes; las había altas y bajas.

El recipiente era delgado, al igual que los tallos de las vainas. Como un

arreglo floral, estaban colocadas de una manera delicada y preciosa.

Lan Xichen guardó a Liebing y se sentó en el pasillo, justo frente al florero. Inclinó la cabeza y se quedó observándolo. Entonces tuvo un dilema.

Después de mucho batallar internamente, al final, mantuvo la compostura y resistió sus inmensas ganas de pelar una para comérsela y comprobar si las vainas de loto con tallos sabían diferentes.

Como Lan Wangji parecía tan feliz tras probarlas, supuso que debían de estar deliciosas.

EXTRA VII

Yunmeng

Cuando Lan Wangji regresó , Wei Wuxian ya había contado más de mil trescientos.

—Mil trescientos sesenta y nueve, mil trescientos setenta, mil trescientos setenta y uno…

Cada vez que contaba, alzaba las piernas para elevar el volante de plumas coloridas y alternarlo entre sus pies. El objeto se elevaba al cielo y caía con firmeza. Poco a poco iba alcanzando una mayor altura, pero siempre caía sin prisa, como si un hilo invisible tirara de él y le impidiera desprenderse del cuerpo de Wei Wuxian.

Al mismo tiempo parecía que otro hilo invisible sostenía la mirada de los numerosos niños que se hallaban a un lado.

Entonces volvió a oír la voz de Wei Wuxian:

—Mil trescientos setenta y dos, mil trescientos ochenta y uno…

Lan Wangji se quedó estupefacto.

Bajo la mirada de admiración del grupo de chiquillos, estaba haciendo trampa de forma abierta y descarada. Y es que el elevado número había desorientado tanto a los pequeños que ninguno se dio cuenta de que algo andaba mal.

Lan Wangji acababa de presenciar como saltaba de setenta y dos a ochenta y uno, y luego de ochenta y uno a noventa. Justo cuando estaba a

punto de dar la siguiente patada, Wei Wuxian lo vislumbró por casualidad y sus ojos se iluminaron. Parecía que estaba a punto de abrir la boca para llamarlo, y fue esa distracción lo que hizo que fallara: el volante de plumas coloridas voló por encima de su cabeza y cayó tras él. Cuando se percató de que iba a perderlo, dio una patada hacia atrás y lo salvó con el talón. Con ese último impulso lo lanzó muy alto y soltó una sonora exclamación:

—¡Mil seiscientos!

Los pequeños jadearon del asombro y aplaudieron con todas sus fuerzas.

Con la situación resuelta, una niña anunció en voz alta:

—¡Mil seiscientos! ¡Él ha ganado, vosotros habéis perdido!

Wei Wuxian no mostró ni una pizca de vergüenza. En lugar de eso, aceptó la victoria de forma pacífica y orgullosa.

Lan Wangji también extendió las manos para aplaudir un par de veces.

Plas, plas, plas…

Mientras fruncía el ceño y se mordía el dedo, un niño protestó:

—Siento que… algo anda mal.

—¿El qué? —preguntó Wei Wuxian.

—¿Cómo es que de repente ha saltado de noventa a cien? —preguntó el chiquillo—. Debe de ser un error.

El público parecía estar dividido. Como uno de los grupos estaba totalmente embaucado por Wei Wuxian, comenzó a defenderlo de manera persuasiva.

—¡De ninguna manera! No seas un mal perdedor.

—¿Por qué no puede ir el cien después del noventa? —Wei Wuxian se unió al debate—. Cuéntalo tú mismo: ¿qué viene después del nueve?

Con cierta dificultad, el niño que había protestado empezó a contar con los dedos.

—Siete, ocho, nueve, diez…

—¿Lo ves? —intervino de inmediato Wei Wuxian—. El diez va después del nueve, así que no cabe duda: el cien va después del noventa.

—¿De verdad…? —dijo el niño, todavía escéptico—. No puede ser, ¿o sí?

—¿Por qué no? Si no me crees, preguntémosle a algún transeúnte —sugirió Wei Wuxian. Tras buscar a su alrededor, se dio una palmada en el muslo y anunció—: ¡Ah, he encontrado uno! Ese caballero parece muy fiable. ¡Deténgase, por favor!

Si bien Lan Wangji estaba incrédulo, le siguió el juego y dejó de caminar.

—¿Qué sucede?

—¿Me permite hacerle una pregunta?

—Claro, adelante.

—Bien. ¿Qué número va después del noventa? —preguntó Wei Wuxian.

—El cien —contestó Lan Wangji.

—Gracias —expresó cortésmente Wei Wuxian, juntando las manos a modo de agradecimiento.

—De nada —respondió Lan Wangji, haciendo una venia con la cabeza.

Wei Wuxian esbozó una amplia sonrisa, asintió con la cabeza y se volvió hacia el niño.

—¿Lo ves?

Al ver su sonrisa malvada, el pequeño no podía creerlo del todo. No obstante, cuando miró a Lan Wangji —que estaba vestido con una túnica tan impoluta como la nieve, llevaba una espada con un colgante de jade y tenía una belleza tan irreal que parecía un ser celestial—, se quedó maravillado. Aquello le bastó para convencer a su vacilante corazón, de modo que masculló de inmediato:

—Ah, conque así es como se cuenta…

El resto de los chiquillos empezaron a parlotear.

—¡Mil seiscientos contra trescientos, has perdido!

—Vale, vale, lo acepto —dijo el niño de mala gana. Mientras le entregaba un montón de brochetas de frutas confitadas a Wei Wuxian, exclamó—: ¡Has ganado! ¡Toma, es todo tuyo!

Cuando el grupo de niños se fue, Wei Wuxian dijo con una brocheta en la boca:

—Bien hecho, Hanguang-jun. No has dejado que me humillaran.

Fue entonces cuando Lan Wangji se le acercó.

—Disculpa que te haya hecho esperar tanto.

Wei Wuxian sacudió la cabeza.

—Ah, nada de eso. No has tardado mucho. Solo he pateado el volante unas trescientas veces.

—Mil seiscientas —lo corrigió Lan Wangji.

Wei Wuxian soltó una carcajada y mordió otro fruto de espino. Antes de que Lan Wangji pudiera decir algo más, sintió un repentino frío en los labios y dulzor en la lengua. Wei Wuxian le había metido una brocheta de frutas confitadas en la boca.

—¿Te gustan los dulces? —inquirió al notar su extraño gesto.

Con el pincho dentro de la boca, Lan Wangji no podía tragar ni escupir, y mucho menos hablar.

—Si no te gustan, dámelos a mí. —Enseguida agarró el delgado palo de la brocheta y trató de quitársela. Aunque lo intentó varias veces, no pudo. Como parecía que Lan Wangji la estaba sujetando con los dientes, Wei Wuxian dijo con una sonrisa—: ¿Entonces? ¿Vas a comértela o no?

—Sí —contestó Lan Wangji tras morder un fruto de espino.

—Eso es. Si quieres comer algo, solo tienes que decirlo —dijo Wei Wuxian—. Siempre has sido así. Cada vez que deseas algo, te lo guardas en el corazón y nunca dices nada.

Tras reírse de él, los dos se dirigieron a la aldea.

Desde que era niño, Wei Wuxian había sido juguetón y ambicioso a la hora de pasear por las calles y hacer compras. Corría a gran velocidad y todo lo quería. Cada vez que veía una baratija, sentía la necesidad de tocarla y, cada vez que percibía el aroma de la comida callejera, tenía que probarla. Bajo su influencia, Lan Wangji probó algunos aperitivos que nunca había

comido. Siempre que Wei Wuxian lo veía terminar de comer, le preguntaba sin falta: «¿Y bien? ¿Qué te ha parecido?».

A veces Lan Wangji respondía con un «regular» y otras, con un «muy bueno»; aunque la respuesta más frecuente era «extraño». Cada vez que eso sucedía, Wei Wuxian se reía a carcajadas y le arrebataba la comida para impedir que la siguiera degustando.

Al principio planeaban buscar un lugar para almorzar, pero Wei Wuxian estuvo engullendo de todo durante el trayecto y se llenó tanto que sus pasos se volvieron perezosos. Entonces decidieron sentarse en un ordenado y respetable restaurante de sopas.

Wei Wuxian se puso a comer y a jugar con las rodajas de rábano entre sus palillos mientras esperaba a que llegara su sopa de raíces de loto y costillas de cerdo. Cuando vio que Lan Wangji se ponía de pie, preguntó con curiosidad:

—¿Adónde vas?

—Espérame aquí, volveré pronto —fue todo lo que le indicó.

Tal y como había prometido, se fue y regresó al poco tiempo.

Aquello coincidió con el momento en el que le entregaron la sopa de raíces de loto y costillas de cerdo. Tras probar un sorbo, Wei Wuxian esperó a que el camarero se fuera para comentarle en voz baja a Lan Wangji:

—No está buena.

Lan Wangji cogió una cucharada y la probó.

—¿Qué tiene de malo?

—La raíz de loto no debe estar tan dura, es mejor que esté más tierna —explicó Wei Wuxian mientras revolvía el contenido del tazón con la cuchara —. Este restaurante no es generoso con los ingredientes. Encima, el caldo ha quedado insípido porque no lo han cocinado el tiempo suficiente para que absorbiera el sabor. En fin, no está tan buena como la que preparaba mi hermana cultivacional.

Aquellos solo eran comentarios triviales. Pensó que Lan Wangji lo

escucharía y le respondería con un «hm» como mucho, pero, para su sorpresa, este no solo le prestó atención, sino que también le hizo varias preguntas:

—¿Cómo se eligen los ingredientes adecuados? ¿Y cómo se consigue el sabor idóneo?

Entonces Wei Wuxian cayó en la cuenta de algo, y su curiosidad lo llevó a preguntarle:

—Hanguang-jun, no me digas que piensas prepararme sopa de raíces de loto y costillas de cerdo. ¿Has ido a observar cómo la hacen?

Antes de que pudiera responder, Wei Wuxian comenzó a chincharlo:

—¡Ja, ja! No es que te subestime, pero es que tu familia nunca ha tenido que mover un dedo para hacer las labores del hogar. Además, sabiendo con qué clase de comida has crecido, seguro que nada de lo que prepares parecerá apetecible.

Lan Wangji tomó otro sorbo de sopa sin hacer ningún comentario. Wei Wuxian estaba esperando a que le replicara, pero, para su sorpresa, se mantuvo tan firme como una montaña. Como pasaba el tiempo y no continuaba la pelea, Wei Wuxian perdió la paciencia.

—Lan Zhan, ¿de verdad tenías intención de cocinar para mí? —inquirió sin ningún tipo de vergüenza.

Lan Wangji permaneció muy tranquilo, sin decir ni sí ni no.

Wei Wuxian se desesperó, se levantó de golpe y, apoyando las manos en las esquinas de la mesa, protestó:

—¡Respóndeme con un «hm» aunque sea!

—Hm.

—¿Eso es un sí o un no? Venga, Lan Zhan, todo lo que he dicho ha sido en broma. Si de verdad quieres cocinar para mí, aunque quemes el fondo de la olla y le hagas un agujero, me lo comeré, cazuela incluida de ser necesario.

Hubo un breve silencio antes de que Lan Wangji por fin hablara:

—No hace falta.

Casi abalanzándose sobre él, Wei Wuxian le suplicó:

—Entonces, ¿me vas a cocinar o no? ¡Hazlo, hazlo! Anda, Hanguang-jun, ¡que yo me lo como todo!

Manteniendo la calma, Lan Wangji lo agarró de la cintura para que se enderezara.

—Compórtate.

—Mi amado segundo joven señor Lan, no puedes tratarme así —advirtió Wei Wuxian.

Lo estaba hostigando tanto que Lan Wangji no pudo resistir más, de modo que lo cogió de la mano y reveló:

—Ya he cocinado para ti.

—¿Eh? —dijo Wei Wuxian, perplejo—. ¿En serio? ¿Cuándo? ¿Qué me preparaste? ¿Cómo es que no lo recuerdo?

—En el banquete familiar.

Tras analizarlo un momento, Wei Wuxian comentó:

—Así que los platos de esa noche, los que pensé que habías comprado en la aldea Caiyi, en el restaurante de comida típica de Hunan, ¿los preparaste tú?

—Hm —respondió Lan Wangji a modo de afirmación.

Wei Wuxian se quedó estupefacto.

—¿En serio? ¿Hay cocinas en Nubes Recónditas?

—Por supuesto.

—¿Tú mismo lavaste y cortaste las verduras? ¿Tú mismo le echaste aceite a la sartén? ¿Tú mismo agregaste los condimentos?

—Hm.

—Tú… tú…

Wei Wuxian estaba tan impresionado que no podía expresarlo con palabras, así que optó por tirar de la túnica de Lan Wangji con una mano y agarrar su cuello con la otra para plantarle un impetuoso beso.

Por suerte, los dos siempre se sentaban contra la pared, pues preferían mesas más discretas y tranquilas. Lan Wangji lo rodeó con los brazos y se giró, de modo que solo se veía su espalda y el brazo de Wei Wuxian alrededor de su cuello.

Al ver que Lan Wangji no estaba colorado y que tampoco le faltaba el aire, Wei Wuxian quiso acariciarle la mejilla. Tal y como suponía, su piel estaba caliente al tacto.

—Wei Ying —advirtió Lan Wangji, tomando su traviesa e inquieta mano.

Él contestó:

—Ya estoy en tu regazo, ¿para qué me llamas?

Lan Wangji se quedó sin palabras.

—Lo siento, es que me he puesto muy feliz —dijo Wei Wuxian, ya más serio—. Lan Zhan, ¿cómo puedes ser tan bueno en todo? ¡Hasta en la cocina eres increíble!

Sus cumplidos eran genuinos. Si bien Lan Wangji había oído innumerables felicitaciones y palabras de elogio desde que era niño, nunca una frase le había provocado lo que sentía ahora. Después de hacer un enorme esfuerzo para impedir que las comisuras de sus labios se curvaran, comentó en tono sereno:

—No es muy complicado.

—Nada de eso. Sí que lo es, y bastante —objetó Wei Wuxian—. No sabes cuántas veces me han echado de la cocina desde que era niño.

Tras una breve pausa, Lan Wangji preguntó:

—¿Quemabas el fondo de las ollas?

—Solo me pasó una vez. Olvidé añadir agua y, por desgracia, la olla empezó a arder. No me mires así, te juro que solo fue una vez.

—¿Qué echaste?

Tras pensarlo un momento, Wei Wuxian dijo con una sonrisa:

—Han pasado bastantes años ya, ¿cómo esperas que recuerde tantos detalles? En fin, dejemos de hablar de ello.

Pese a que Lan Wangji no dijo nada más al respecto, pareció levantar un poco las cejas. Wei Wuxian fingió no darse cuenta de su imperceptible expresión. De pronto, algo le vino a la mente y sacudió la mano con remordimiento.

—¿Por qué no me dijiste que la habías preparado tú? Qué tonto fui, a duras penas probé unos pocos bocados esa noche.

—No pasa nada. Te cocinaré más al regresar.

Wei Wuxian lo había estado hostigando todo ese tiempo para sacarle esa única frase. Tan pronto como logró su cometido, sus cejas bailaron de alegría y hasta la sopa le supo mejor.

Al salir del restaurante, los dos pasearon un rato.

De pronto, vieron alboroto más adelante. Un montón de personas daban vueltas por un terreno lleno de baratijas. Una tras otra, lanzaban un pequeño objeto circular al suelo.

—Eso es divertido. —Wei Wuxian tiró de Lan Wangji, cogió tres aros del puesto de baratijas que había junto a ellos y preguntó—: Lan Zhan, ¿has jugado alguna vez a lanzar aros?

Él negó con la cabeza.

—¿Ni siquiera has jugado a esto? Venga, te explicaré cómo hacerlo. Es muy fácil: toma un aro, aléjate un trecho y lánzalo hacia uno de los objetos del suelo. Si aciertas, te lo quedas.

—Si acierto, me lo quedo —repitió Lan Wangji.

—Eso es. ¿Cuál te llama la atención? Te conseguiré el que quieras.

—Cualquiera.

Wei Wuxian apoyó el codo sobre su hombro y tiró de la cinta de su frente.

—Qué respuesta tan superficial, Hanguang-jun. Es una deshonra para mí.

—Cualquier cosa que consigas será lo que quiero —se explayó Lan

Wangji en tono serio.

Por un instante, Wei Wuxian se quedó perplejo.

—Mírate. Estamos en público, ¿cómo puedes actuar así?

—¿Cómo? —inquirió Lan Wangji, confundido.

—Me estás provocando.

—No —negó Lan Wangji sin que le cambiara ni un poquito la cara.

—¡Claro que sí! —insistió Wei Wuxian—. Pero está bien, voy a obtener… eso. ¡Lo conseguiré para ti!

Mientras señalaba una gran tortuga de porcelana blanca a lo lejos, retrocedió unos pasos.

Cuando se ubicó a unos tres metros de distancia, el dueño del puesto le hizo señas con la mano y le gritó:

—¡Ya está! ¡Así está bien!

Sin embargo, Wei Wuxian lo contradijo:

—No, todavía no es suficiente.

—¡Caballero, se encuentra demasiado lejos! ¡Es imposible que acierte a esa distancia! —volvió a gritar el señor—. ¡Luego no me venga con que lo he timado, ¿eh?!

—¡Si no me deja tomar más distancia, acabará en la quiebra! —rebatió Wei Wuxian.

El público lo vitoreó entre risas.

—¡Vaya, cuánta seguridad tiene este joven!

Aunque el juego parecía fácil a simple vista, había bastante distancia entre cada objeto. Controlar la fuerza y la puntería no era tarea sencilla para la gente común. Sin embargo, era todo lo contrario para los cultivadores, así que no tenía gracia si no se alejaban un poco.

Wei Wuxian retrocedió un largo trecho y se giró para darle la espalda al objetivo, por lo que los presentes se rieron aún más. Lo que sucedió a continuación los sorprendió a todos: tras sopesar el aro con la mano, Wei Wuxian lo lanzó hacia atrás. No solo aterrizó en el caparazón de la tortuga

de porcelana, sino que también se quedó colgado justo en su cabeza.

Tanto el dueño del puesto como los espectadores se quedaron atónitos.

Wei Wuxian miró hacia atrás, esbozó una amplia sonrisa y levantó la mano para mostrarle a Lan Wangji los dos aros que le quedaban.

—¿Te gustaría intentarlo?

—Vale. —Cuando llegó a su lado, Lan Wangji le preguntó—: ¿Cuál quieres?

Como se trataba de un pequeño puesto ambulante, era obvio que sus productos no eran de alta calidad. Todo lo que había eran baratijas con mano de obra pasable que solo parecían decentes desde la distancia. La tortuga de porcelana que Wei Wuxian acababa de ganar era el objeto más bonito. Echó un vistazo a los artículos. Cuanto más miraba, más feos le parecían. No había ninguno que le llamara la atención, por lo que le resultaba difícil elegir. Pero, de pronto, vislumbró un muñeco de trapo. Era un burro tan feo que nadie podría ignorarlo.

—Ese no está nada mal, se parece a Manzanita —dijo Wei Wuxian en tono divertido—. ¡Venga! ¡Consígueme ese!

Lan Wangji asintió con la cabeza, se alejó tres metros más del lugar donde Wei Wuxian se había puesto y también se dio la vuelta. Como era de esperar, su aro acertó con precisión.

La multitud estalló en vítores y aplausos. Lan Wangji se giró para mirar a Wei Wuxian, que rio con alegría y saltó al puesto ambulante para coger al burrito del suelo. Tras sujetar el muñeco de trapo bajo el brazo, aplaudió con todas sus fuerzas, tanto que sus aplausos sobresalían entre todos.

—¡Otra vez! ¡Otra vez! —lo instó.

A Lan Wangji todavía le quedaba un aro. De manera delicada pero firme, lo sopesó un par de veces. Aunque esta vez tardó más tiempo en lanzarlo, se giró de inmediato para comprobar dónde había caído.

Todos a su alrededor lo abuchearon. Resultaba que el aro se había desviado tanto que ni siquiera había tocado el borde del puesto. En su lugar,

había aterrizado justo sobre Wei Wuxian, «atrapándolo».

Si bien este se quedó estupefacto al principio, al final no pudo reprimir la grata sonrisa que empezó a dibujarse en sus labios.

Aunque la gente pensaba que era una lástima, le dedicaron palabras de consuelo:

—¡No ha estado nada mal, ¿eh?!

—Así es. Ya habíais atinado las veces anteriores.

—¡De hecho, ha sido impresionante!

Agradecido por el fracaso, el dueño del puesto puso los ojos en blanco y suspiró aliviado. Luego se puso de pie de un salto y levantó el pulgar para felicitarlos.

—¡Coincido, ha sido estupendo! Cuánta razón tenía en lo que decía, caballero. ¡Como sigan acertando, entraré en quiebra!

—Vale, ya está. Sé que le da miedo que sigamos jugando —dijo Wei Wuxian entre risas—. Además, ya nos hemos divertido lo suficiente, ¿verdad? Vámonos, Lan Zhan.

Con todo el gusto del mundo, el dueño del puesto se despidió:

—¡Adiós! ¡Cuídense mucho!

Cuando la pareja desapareció entre la bulliciosa multitud, de repente recordó algo.

—¡El tercer aro! ¡No me lo han devuelto!

Sujetando la tortuga de porcelana bajo el brazo izquierdo y el burrito bajo el derecho, Wei Wuxian avanzó un trecho antes de comentar:

—Lan Zhan, ¿cómo es que no me había dado cuenta de que eras tan manipulador?

Lan Wangji cogió la pesada tortuga de porcelana y Wei Wuxian se quitó el aro del cuello para ponérselo en la cabeza.

—No finjas que no me entiendes. Sé muy bien que lo has hecho a propósito.

Contemplando la enorme tortuga que sostenía en la mano, Lan Wangji preguntó:

—¿Dónde deberíamos poner esto cuando regresemos?

Wei Wuxian se quedó pasmado.

La tortuga era grande y pesada, por no mencionar que la artesanía no era de muy buena calidad. Parecía tan tonta y tenía una cabeza tan sosa que a duras penas se podía considerar bonita e inocente. Cuando Wei Wuxian la miró más de cerca, se percató de que el artesano había trabajado de forma distraída, pues los dos puntitos verdes que tenía por ojos parecían bizcos. Se mirara como se mirara, no encajaba en Nubes Recónditas. En definitiva, pensar dónde colocarla supondría un gran dolor de cabeza.

Después de analizarlo un momento, Wei Wuxian hizo una sugerencia.

—¿En la habitación del silencio? —Nada más terminar de hablar, sacudió la cabeza para descartar su propia idea y corregirse—: Solo es adecuada para tocar la cítara y quemar incienso. Sería una aberración colocar una tortuga tan grande en un lugar donde el humo de sándalo se eleva para serenar la mente.

Al escucharle mencionar que la habitación del silencio era un lugar para «serenar la mente» y que solo era adecuada para «tocar la cítara y quemar incienso», Lan Wangji lo miró y pareció contener lo que estaba a punto de decir.

—Sin embargo, si, en lugar de ponerla ahí, la colocamos en otro lugar de Nubes Recónditas —continuó Wei Wuxian—, seguro que se desharían de ella al instante.

Lan Wangji asintió en silencio.

Aunque Wei Wuxian se contuvo muchísimo tiempo, al final, no tuvo el suficiente valor para decir: «Pongámosla en la habitación de tu tío sin que nadie se dé cuenta. No le digas que hemos sido nosotros».

En vez de eso, se dio una palmada en el muslo y propuso:

—¡Lo tengo! Pongámosla en la habitación orquídea.

Tras pensarlo un momento, Lan Wangji preguntó con curiosidad:

—¿Por qué allí?

—Sabía que no lo entenderías. Bien, deja que te ilustre: en el caso de que Sizhui, Jingyi y los demás te pregunten por ella mientras les das clases, podrías decirles que le encargaste exclusivamente a un enigmático artesano que la hiciera a mano para conmemorar que aniquilaste al Xuanwu asesino. Tiene un significado trascendental, ya que busca inspirar a los discípulos del clan Lan de Gusu para que admiren a sus heroicos mayores y se esfuercen por superarse. Aunque el Xuanwu asesino está muerto, todavía quedan el Zhuque exterminador, el Baihu violentador y el Qinglong sanguinario. [17] ¡Esas criaturas y muchísimas más los esperan, así que tendrán que realizar hazañas extraordinarias para superar a sus predecesores e impresionar al mundo!

Lan Wangji se quedó sin palabras.

—¿Qué te parece la idea?

Después de una larga pausa, Lan Wangji contestó:

—Muy buena.

Así, unos días después, cuando Lan Wangji estaba impartiendo clase a Lan Sizhui, Lan Jingyi y los otros, los chicos miraron hacia arriba y divisaron una gran tortuga de porcelana con los ojos apagados y confeccionada de manera tosca en la estantería de libros que se hallaba detrás de él.

Invadidos por una inexplicable turbación, nadie se atrevió a preguntar qué hacía ese objeto allí.

Aunque esa es una historia para otra ocasión…

Después de recoger su botín y guardarlo en sus mangas del cosmos, Wei Wuxian y Lan Wangji se retiraron triunfantes.

Antes de visitar el lugar, Wei Wuxian había estado presumiendo ante Lan Wangji de lo hermoso que era el paisaje de Yunmeng, en especial el vasto lago de verdes lotos que se unía al cielo azulado. Era solo cuestión de tiempo que lo arrastrara allí para que conociera aquellas aguas. Había querido alquilar un barco extravagante para fanfarronear, pero, por más que buscó, solo halló un bote de madera muy pequeño amarrado al muelle. Parecía tan frágil que daba la sensación de que se hundiría en cuanto alguien lo pisara. Que dos hombres lo ocuparan parecía imposible, pero no había otra opción.

—Siéntate en este extremo, que yo me iré al otro —indicó Wei Wuxian —. Acomódate y procura no moverte. Si no tenemos cuidado, el bote se volcará.

—No te preocupes —aseguró Lan Wangji—. Te salvaré si caes al agua.

—Lo dices como si no supiera nadar.

Cuando la barcucha zarpó, rozó unas enormes y pomposas flores de loto de un rosa deslumbrante.

Wei Wuxian se tumbó en el bote apoyando la cabeza sobre los brazos. Como la barca era pequeña y estrecha, sus piernas prácticamente descansaban sobre el regazo de Lan Wangji. A pesar de su comportamiento imprudente y desvergonzado, su compañero no hizo ningún comentario.

La brisa del lago resultaba agradable y el agua fluía con tranquilidad.

—Esta es la temporada en la que florecen los lotos —expresó Wei Wuxian—. Es una pena que las vainas aún no estén maduras. En ese caso, podría llevarte de nuevo a recoger algunas.

—Podemos volver en otro momento.

—¡Así es! Ya vendremos en otra ocasión.

Mientras agitaba el remo de forma despreocupada, Wei Wuxian se quedó observando fijamente un lugar específico durante un rato.

—Había un anciano que plantaba lotos en esta zona, pero parece que ya no sigue por aquí.

—Hm.

—Era muy viejo cuando yo era adolescente y han pasado más de diez años. Si aún no ha fallecido, lo más seguro es que esté demasiado mayor para andar o navegar. —Girándose hacia Lan Wangji, confesó—: ¿Recuerdas cuando te insistí en que vinieras a Muelle de Loto cuando estudiaba en Nubes Recónditas? La razón era que tenía muchas ganas de que fueras conmigo a robarle vainas de loto. ¿Sabes por qué?

Lan Wangji siempre respondía a todas sus preguntas y lo complacía en todos sus caprichos. Esta vez no fue diferente, así que respondió con seriedad:

—No lo sé. ¿Por qué?

Wei Wuxian le guiñó el ojo izquierdo y, entre risitas divertidas, respondió:

—Porque ese viejo golpeaba demasiado duro con su caña de bambú, tanto que dolía muchísimo más que los azotes que daban en tu clan. Y yo pensaba: «¡Voy a engañar a Lan Zhan para que venga y reciba unos cuantos golpes!».

Al oír esas palabras, Lan Wangji sonrió ligeramente y la fría luz de la luna que se reflejaba en el lago se fundió con su sonrisa.

En un instante Wei Wuxian se sintió como si lo hubieran hechizado y se mareó. Sin que se percatara, una sonrisa también se dibujó en su rostro.

—Vale —dijo—, admito que…

Mientras su mente daba vueltas y vueltas, se oyó un fuerte estrépito, el agua salpicó a varios metros de altura y el bote se volcó.

Wei Wuxian salió a la superficie y, después de secarse la cara, protestó:

—¡Te dije que te acomodaras y que no te movieras! ¡Que el bote se daría la vuelta ante el más mínimo descuido!

Lan Wangji nadó hacia él. Al ver que seguía imperturbable tras haber caído, Wei Wuxian se rio tanto que casi se atragantó con el agua.

—¡¿Quién ha sido el primero en arrimarse, eh?! ¡Mira cómo hemos acabado!

—No lo sé —contestó Lan Wangji—. Creo que yo.

—Bueno, ¡también puede que haya sido yo! —exclamó Wei Wuxian.

Los dos se rieron y se abrazaron el uno al otro con fuerza antes de besarse.

Después de que sus labios se separaran, Wei Wuxian levantó la mano y continuó con lo que estaba diciendo:

—Admito que solo estaba diciendo disparates. Te invité porque de verdad quería pasar tiempo contigo.

Lan Wangji le puso una mano en la espalda para impulsarlo hacia el bote. Una vez que estuvo encima, Wei Wuxian se dio la vuelta y le tendió la mano para ayudarlo.

—Por eso respóndeme con sinceridad, ¿vale?

Después de subirse a la barca, Lan Wangji le entregó un trozo de cinta roja.

—¿A qué?

Wei Wuxian sostuvo la cinta con la boca y, con ambas manos, volvió a atarse el pelo negro que se le había soltado en el agua.

—Dime si pensabas lo mismo que yo. —Adoptando un tono más serio, añadió—: ¿Sabías lo humillante que era que me rechazaras con tanta frialdad e indiferencia?

—Puedes intentarlo ahora y ver si soy capaz de rechazarte —dijo Lan Wangji.

Aquellas palabras acertaron en el blanco de su corazón e hicieron que Wei Wuxian se atragantara. Aun así, Lan Wangji seguía sereno e impasible,

como si no hubiera caído en la cuenta del peso de lo que acababa de decir.

—Oye… —dijo Wei Wuxian, llevándose una mano a la frente—. Hanguang-jun, lleguemos a un acuerdo, ¿te parece? Por favor, avísame antes de decir cualquier cursilería. Si no, me será imposible aguantarlo.

Lan Wangji asintió con la cabeza.

—De acuerdo.

—¡Lan Zhan! ¡¿Por qué eres así, eh?!

No les hacían falta millones de palabras para entenderse, tan solo sonrisas y abrazos genuinos.

EXTRA VIII

Desde el amanecer hasta el anochecer

Aunque ya era la hora del cerdo , Wei Wuxian seguía sin aparecer.

La lámpara de papel que había sobre la mesa estaba encendida, y Lan Wangji miraba fijamente el nebuloso halo de luz sin pestañear ni una sola vez.

Después de un largo rato se levantó, se dirigió a la puerta de madera de la habitación del silencio y la abrió.

Se quedó allí un instante.

Pam. Plac.

Justo cuando estaba a punto de salir, escuchó un ruido extraño tras él.

Al instante se dio la vuelta y vio que la ventana se había abierto en algún momento. Sus paneles se abrían y cerraban con la brisa nocturna. Un bulto grande y peculiar sobresalía de la delgada manta de la cama. La figura se estaba retorciendo y temblando. Parecía que alguien había entrado por la ventana y se había acurrucado allí.

Lan Wangji se quedó perplejo. Luego cerró la puerta con sutileza, regresó a la habitación y apagó la lámpara. Tras cerrar la ventana, se subió a la cama.

Se tumbó al lado del enorme bulto, sacó otra colcha en silencio y cerró los ojos.

Al cabo de un rato algo frío y grande se metió bajo su manta.

La cosa inmensa y helada se retorció encima de su cuerpo y se apretó contra su pecho. Entonces profirió un grito alegre:

—¡Lan Zhan! ¡Estoy de vuelta, dame la bienvenida!

Lan Wangji lo envolvió con los brazos.

—¿Por qué estás tan frío?

—He estado a la intemperie medio día y media noche. Dame calor, por favor.

Con razón estaba todo cubierto de polvo y hierbas. Seguro que de nuevo había llevado a los discípulos de Nubes Recónditas a las montañas para cazar faisanes y criaturas malignas.

A pesar de lo pulcro que era Lan Wangji por naturaleza, no le molestaba que Wei Wuxian rodara sobre su cama estando sucio. Por el contrario, poco a poco lo fue abrazando con más fuerza.

Después de transmitirle calor con su cuerpo, exigió:

—Al menos quítate las botas.

—Vale.

Wei Wuxian agitó los pies para quitarse las botas y se volvió a acurrucar bajo las mantas para enfriar más a Lan Wangji.

—No te muevas tanto —le indicó este en tono sereno.

—¿Cómo me pides que esté quieto cuando ya estoy en tu cama?

—Mi tío ha regresado.

La casa de Lan Qiren no estaba muy lejos de la habitación del silencio.

Ya de por sí, no le caía bien Wei Wuxian; si lo escuchaba haciendo ruidos indecorosos, estaría tan enfadado al día siguiente que no solo se golpearía el pecho y patalearía, sino que también descargaría toda su furia sobre él y le gritaría.

Sabiéndolo, Wei Wuxian introdujo la rodilla entre las piernas de Lan Wangji y frotó esa zona de manera traviesa. Estaba expresando su opinión al respecto con hechos.

Tras un momento de silencio, Lan Wangji se dio la vuelta y lo inmovilizó

debajo de él. El movimiento fue tan brusco, fuerte y repentino que se oyó un ruido sordo cuando los dos golpearon la cama de madera.

—Eh, con calma. Ve más lento… ¡Más… despacio!

Sujetando firmemente a Wei Wuxian contra la cama, Lan Wangji lo penetró y llegó hasta el fondo de su cavidad anal con una sola embestida. Solo dejó de empujar cuando la parte baja de su cuerpo chocó contra los desnudos glúteos del joven y ya no pudo seguir profundizando.

Wei Wuxian respiró hondo un par de veces y sacudió la cabeza, temiendo moverse. Ante la incomodidad de la repentina intromisión, solo movió los ojos y arqueó la cintura, con la esperanza de expulsar una pequeña parte del duro miembro que tenía dentro. No obstante, para su sorpresa, Lan Wangji notó sus intenciones y lo agarró por la cintura para evitarlo, llenándolo una vez más hasta el límite.

—¡Ah! —chilló Wei Wuxian—. ¡Hanguang-jun!

Lan Wangji se contuvo un momento.

—Tú te lo has buscado.

Tras una breve pausa, comenzó a mover las caderas, asestándole una estocada tras otra.

Wei Wuxian se encontraba completamente a su merced. Se le habían arqueado las piernas, su oscura cabellera estaba despeinada y tenía la cara sonrojada. La parte superior de su cuerpo se balanceaba con el ritmo de la copulación. Por cada embestida, soltaba un gemido. Lan Wangji se centró en penetrarlo, pero, al cabo de un rato, ya no pudo dejar que siguiera gimiendo de esa manera. Ahogando los jadeos que estaban a punto de brotar de su pecho, masculló:

—Ba… baja la voz.

Wei Wuxian levantó la mano para acariciarle la mejilla. Entonces se percató de lo extraña que era su delicada piel: si bien estaba muy caliente al tacto, no la veía ni un poquito sonrojada. Por el contrario, le parecía tan impecable como la nieve y la escarcha. Únicamente los lóbulos de sus

orejas estaban teñidos de rosa. Estaba tan guapo y encantador que a Wei Wuxian le costaba contenerse.

—Mi amado segundo joven señor Lan —lo llamó entre gimoteos—, ¿de verdad no quiere escucharme?

Lan Wangji se quedó sin palabras.

Al ver que le costaba admitirlo y se negaba a responder con mentiras, Wei Wuxian sintió un placer indescriptible. Le dieron ganas de devorarlo de una vez.

—Es muy sencillo: si de verdad tienes miedo de que otros escuchen mis gemidos, solo tienes que callarme con el hechizo silenciador.

El pecho de Lan Wangji subía y bajaba de manera frenética, y sus ojos se enrojecieron.

—¡Adelante! Lánzamelo y hazme lo que te dé la gana —lo instó Wei Wuxian—. Así no podré gritar ni aunque me folles hasta la muerte…

Antes de que terminara la frase, Lan Wangji se inclinó hacia delante y selló sus labios con los propios. Una vez acallado, Wei Wuxian lo envolvió con las cuatro extremidades y los dos empezaron a rodar por toda la cama. Dieron tantas vueltas que una de las mantas se cayó al suelo.

Lan Wangji no acostumbraba a cambiar mucho de posición durante el sexo, así que, después de haber recibido sus embestidas durante tanto tiempo, a Wei Wuxian se le entumecieron la espalda, las nalgas y las piernas. Se preguntó si de verdad lo iba a follar en la misma postura el resto de la noche y, al ver que Lan Wangji no tenía ni la menor intención de detenerse, intuyó que así sería. Entonces tomó la iniciativa de darse la vuelta y sentarse a horcajadas sobre él. Tras abrazarlo por el cuello, comenzó a subir y bajar, mordiendo el lóbulo de su oreja.

—¿Está bien esta profundidad?

Había susurrado muy cerca de su oído. Su aliento era cálido y húmedo.

A modo de respuesta, Lan Wangji estiró la mano y presionó su hombro con fuerza para que bajara más. Aquello provocó que su miembro lo

golpeara con intensidad hasta el fondo, por lo que Wei Wuxian soltó un grito y se aferró a él con más fuerza.

Lan Wangji le acarició la espalda y repitió la misma pregunta que él había formulado:

—¿Está bien esta profundidad?

Todavía impactado, Wei Wuxian movió un par de veces los labios. Antes de que pudiera decir algo, hizo una mueca y volvió a gritar:

—¡Ah! ¡Espera! De… ¡de cada diez estocadas, solo una tiene que ser profunda!

Puso una mano sobre su abdomen bajo en un intento inútil de protegerse y, clavando los cinco dedos de su otra mano en el musculoso y firme hombro de Lan Wangji, gimoteó como loco.

—¡Lan Zhan! ¡¿Entiendes lo que te acabo de decir?! ¡De cada diez estocadas, solo una tiene que ser profunda! No… todas las veces… tienes que… ir tan… tan…

Su última frase se vio interrumpida.

—¡No, no lo entiendo! —exclamó Lan Wangji.

Si bien Wei Wuxian emitía quejidos lastimeros y le pedía clemencia de todas las formas posibles, después de medianoche y de dos rondas, sus piernas seguían aprisionando firmemente la cintura de Lan Wangji, impidiéndole alejarse.

El cuerpo del joven cubría por completo el de Wei Wuxian, aunque, para evitar aplastarlo, no dejaba caer todo su peso sobre él. La parte donde ambos se unían estaba húmeda y resbaladiza. Parecía que Lan Wangji quería levantarse, pero, en cuanto se movió un poco, las piernas de Wei Wuxian lo apretaron, eliminando de inmediato la diminuta brecha que había abierto.

—No te muevas —dijo en tono perezoso—. Hace viento, así que túmbate conmigo un rato.

Lan Wangji obedeció y se quedó quieto. Al cabo de un rato, le preguntó a

Wei Wuxian:

—¿No te sientes lleno?

—¡Por supuesto que sí! ¡Me has llenado tanto que casi me muero! —exclamó Wei Wuxian en tono lastimero—. ¡Ni siquiera te has percatado de la forma tan miserable en que estaba gritando!

Lan Wangji se quedó en silencio un momento.

—Me saldré.

Al oírlo, el rostro de Wei Wuxian se demudó y expresó sin rodeos:

—Me encanta. Me siento muy bien.

Dicho aquello, lo apretujó.

El semblante de Lan Wangji cambió y hasta su respiración se agitó. Tras contenerlo un rato, dijo con la voz ronca:

—¡Sinvergüenza…!

Al verlo tan frustrado por sus imprudentes comentarios, Wei Wuxian se carcajeó y le dio un beso en los labios.

—Mi amado segundo joven señor Lan, ya hemos hecho de todo. ¿De qué te avergüenzas?

—Deja que salga, tienes que bañarte —murmuró Lan Wangji, sacudiendo la cabeza con impotencia.

Como Wei Wuxian se sentía cansado, replicó soñoliento:

—Bah, mejor lo hago mañana. Estoy agotado.

Lan Wangji le dio un beso en la frente.

—Báñate, tienes que cuidar tu cuerpo.

Wei Wuxian estaba tan exhausto que no tenía la suficiente fuerza para seguir reteniéndolo, de modo que aflojó poco a poco las extremidades. Lan Wangji se bajó de la cama, cogió la manta que había caído al suelo y cubrió el desnudo cuerpo de Wei Wuxian. Luego recogió las prendas esparcidas y las colocó una a una sobre el biombo. Tomó su propia ropa, se vistió y salió a buscar agua para preparar el baño.

Al cabo de un incienso, regresó, cogió en brazos a Wei Wuxian, que casi

se había quedado dormido, y lo metió en la bañera. Estaba junto al escritorio de Lan Wangji. Wei Wuxian se sumergió en el agua y se quedó flotando allí un rato. Cuando se refrescó y recuperó algo de energía, dio unas palmaditas en el borde.

—¡¿No te vas a bañar conmigo, Hanguang-jun?!

—Dentro de un rato.

—¿Por qué? ¡Venga, hazlo ahora!

Lan Wangji lo miró fijamente, como si analizara algo. Después dijo:

—Durante los cuatro días que hemos estado aquí, hemos roto cuatro bañeras en la habitación del silencio.

Aquella mirada hizo que Wei Wuxian sintiera la necesidad de defenderse, así que se apresuró a justificarse:

—No fue culpa mía que la última se rompiera.

Tras colocar la jabonera a su alcance, Lan Wangji admitió en voz baja:

—Fue culpa mía.

¡Chap, chap!

A medida que Wei Wuxian se echaba agua por el cuello, los rojizos chupetones se iban haciendo cada vez más nítidos.

—Así es. La vez anterior tampoco fue mi culpa. De hecho, siempre eres tú quien las termina destrozando. No has corregido esa manía tuya desde la primera vez.

Lan Wangji se levantó. Cuando regresó, puso una tinaja de Sonrisa de Emperador cerca de las manos de Wei Wuxian. Solo entonces se sentó en su escritorio y contestó:

—Tienes razón.

Como no había demasiada distancia entre ambos, Wei Wuxian estiró la mano para hacerle cosquillas en la barbilla y lo consiguió. Lan Wangji cogió varias hojas de papel con densos textos y empezó a leerlos mientras hacía breves anotaciones y cosas por el estilo.

Flotando en el agua, Wei Wuxian destapó la tinaja de Sonrisa de

Emperador y bebió un sorbo antes de preguntar:

—¿Qué lees?

—Informes de cacerías nocturnas.

—¿Los han redactado los niños? No me digas que los vas a corregir. Que yo recuerde, tu tío es el que siempre se encarga de ello.

—Cuando está ocupado, le echo una mano.

Seguro que Lan Wangji había asumido temporalmente esa responsabilidad porque Lan Qiren debía atender asuntos más importantes y urgentes.

Wei Wuxian estiró la mano para agarrar dos hojas. Tras darles la vuelta para revisarlas, dijo:

—En aquel entonces, tu tío escribía cientos de palabras cada dos párrafos. Al final, sus comentarios acababan teniendo miles de caracteres. No sé ni de dónde sacaba tanto tiempo para hacer semejantes anotaciones. Las tuyas, en cambio, son bastante breves.

—¿Es malo?

—¡Claro que no! Así son más concisas y claras.

Que las observaciones de Lan Wangji fuesen más sucintas no significaba que no fuera riguroso. De hecho, era estricto hasta con el más mínimo detalle y jamás dejaba una labor a medias. Aquello era parte de su personalidad: ya fuera en el habla o en la escritura, cuidaba cada una de sus palabras y no se excedía con detalles innecesarios.

Wei Wuxian sumergió la cabeza en el agua y, al cabo de un rato, salió con el cabello empapado. Mientras se frotaba el pelo con la pastilla de jabón, extendió la mano libre para tomar uno de los informes del escritorio. Con tan solo leer las primeras líneas, estalló en carcajadas.

—¿Quién ha escrito esto? ¡Cuántos errores ortográficos! ¡Ja, ja, ja, ja, ja, ja, ja, ja! Ya sabía yo que había sido Jingyi. Le has puesto una nota intermedia.

—Sí.

—Entre todos estos informes, solo él ha obtenido una calificación regular. Pobrecillo.

—Tiene demasiadas faltas y su redacción es desastrosa.

—¿Qué les pasa a los que obtienen una nota intermedia?

—Nada. Solo tienen que volver a escribirlo.

—Debería alegrarse entonces. Esto es muchísimo mejor que castigarlo con transcribir mientras está haciendo el pino.

En silencio, Lan Wangji recogió las hojas que Wei Wuxian había dejado esparcidas y las juntó. Al terminar de ordenarlas, las dejó a un lado del escritorio.

Mientras Wei Wuxian observaba cada uno de sus movimientos, las comisuras de sus labios se curvaron en una sonrisa.

—¿Qué calificación le has puesto a Sizhui?

Lan Wangji tomó dos hojas de un mismo informe y se las entregó.

—La más alta.

Wei Wuxian las cogió y bajó la cabeza para revisarlas.

—Qué caligrafía tan hermosa.

—Su redacción es organizada y coherente. Cada palabra es precisa y oportuna.

Tras hojear aquel informe, dirigió la vista hacia los que estaban apilados en el escritorio.

—¿Los vas a revisar todos? ¿Qué tal si te ayudo con algunos?

—De acuerdo.

—Cuando vea un error, solo tengo que tacharlo y comentarlo, ¿verdad?

Acto seguido, extendió la mano y cogió gran parte de los informes. Cuando Lan Wangji intentó recuperarlos, Wei Wuxian apartó la mano para evitarlo.

—¿Qué haces?

—Son demasiados. Mejor báñate.

Wei Wuxian tomó otro sorbo de Sonrisa de Emperador antes de agarrar

un pincel.

—Ya lo estoy haciendo. De todos modos, no es que tenga mucho que hacer. Además, es divertido leer los informes de los niños.

—Necesitas descansar.

Con total descaro, Wei Wuxian manifestó:

—Mírame, ¿te parece que puedo dormir ahora? Creo que todavía puedo aguantar dos rondas más.

Al ver que se asomaba por el borde de la bañera para leer con atención y de vez en cuando apoyaba el brazo en el escritorio para hacer anotaciones, los ojos de Lan Wangji parecieron brillar con calidez y ternura, y no precisamente por la luz que desprendía la lámpara.

Si bien lo que había dicho Wei Wuxian era bastante atrevido y había asegurado que podría aguantar otras dos rondas, la realidad era que le resultaría difícil, sobre todo tras haber pasado casi todo el día en la montaña con un grupo de adolescentes, estar follando casi toda la noche con Lan Wangji y corregir un montón de informes. Aunque estaba exhausto, Wei Wuxian se empeñó en corregir seriamente sus documentos. Cuando terminó, arrojó la pila de hojas sobre el escritorio y se volvió a sumergir en el agua. Al notarlo, Lan Wangji actuó con movimientos rápidos pero sutiles: lo levantó con delicadeza, lo ayudó a secarse y lo llevó a la cama.

Entonces se dio un baño antes de subirse a la cama y abrazar a su amado. Wei Wuxian se despertó un poco y, con voz soñolienta, murmuró muy cerca de su clavícula:

—Los niños de vuestro clan redactan muy bien, pero tienen que mejorar en las cacerías nocturnas.

—Hm.

—Sin embargo, no importa… Como nos vamos a quedar en Nubes Recónditas un tiempo, me aseguraré de ayudarlos a pulir sus habilidades. Mañana… los llevaré al nido de mandriles.

Se refería a los mandriles de una sola pierna, unos poderosísimos

espíritus de pelaje negro. Solían devorar humanos como si fueran melones o verduras. Sin embargo, por la forma en la que Wei Wuxian lo había dicho, parecía que iba a llevar a un grupo de mocosos a la azotea a robar huevos de los nidos de los pájaros.

Las comisuras de los labios de Lan Wangji se movieron ligeramente, como si quisieran curvarse en una sonrisa.

—¿Hoy también habéis ido a cazar mandriles?

—Así es. Por eso digo que todavía tienen que practicar. Aunque solo tienen una pierna, a duras penas han podido con ellos. Imagínate cuando se enfrenten a lagartos de cuatro patas, arañas de ocho o incluso ciempiés. ¿Qué harán entonces? ¿Tumbarse y esperar la muerte…? Ah, por cierto, Hanguang-jun, me he quedado sin dinero. Dame un poco más, ¿vale?

—Usa la ficha de jade para retirar un poco.

Wei Wuxian soltó una risa ahogada.

—Aparte de para entrar y salir de la barrera… ¿esa cosita de jade también sirve para sacar dinero?

—Sí —contestó Lan Wangji—. ¿Habéis destrozado puestos ambulantes o casas durante el trayecto?

—No… Nada de eso… Me he gastado todo el dinero porque… después de la cacería nocturna, los he llevado al restaurante de comida de Hunan que está en la aldea Caiyi… el mismo al que te negaste a ir por más que te insistí… Me muero de sueño… Lan Zhan, por favor, deja de hablarme…

—Está bien.

—Te he dicho que no me hables… Como me digas una sola palabra, no me resistiré a responderte… Muy bien, es hora de irse a la cama. Ya… no aguanto más… Ahora sí, me estoy durmiendo… Hasta mañana, Lan Zhan…

Tras besar la nuez de su garganta, Wei Wuxian se quedó profundamente dormido.

La quietud y la oscuridad invadieron la habitación del silencio.

Después de un rato Lan Wangji depositó un suave beso en la frente de Wei Wuxian y susurró:

—Hasta mañana, Wei Ying.

Apéndices

Guía de personajes

Wei Wuxian

El protagonista de nuestra historia. Wei es el apellido familiar y Wuxian, el nombre de cortesía. Su nombre de nacimiento es Ying. Carismático y desinhibido. En su día fue el discípulo principal del clan Jiang de Yunmeng y manejaba con destreza una espada llamada Suibian («Lo que sea»). Sin embargo, luego se apartó de la senda ortodoxa y fundó la cultivación demoníaca, momento en el que pasó a ser conocido como el patriarca de Yiling. Con la ayuda de su flauta travesera Chenqing («la Reveladora»), comandó un ejército de cadáveres que arrasó el mundo de la cultivación, lo cual provocó que los grandes clanes se aliaran para liquidarlo. Ahora, trece años después de su muerte, ha despertado dentro del cuerpo de otro hombre.

Lan Wangji

El otro protagonista de nuestra historia. Lan es el apellido familiar y Wangji, el nombre de cortesía. Su nombre de nacimiento es Zhan. También se lo conoce por el sobrenombre de Hanguang-jun («el noble albergador de luz»). Solemne y circunspecto. Es el segundo joven señor del clan Lan de Gusu, segundogénito del antiguo líder y hermano menor del líder actual. Su perfección como cultivador no tiene rival. Desde muy temprana edad está dispuesto a enfrentarse al caos allá donde se presente, algo que le ha reportado una extraordinaria fama. Blande una espada llamada Bichen («la

espada del Retiro de lo Mundano») y toca una cítara china de siete cuerdas que se llama como él, Wangji («la cítara del Olvido de Toda Empresa»).

Clan Jiang

Jiang Cheng

Líder del clan Jiang de Yunmeng. Jiang es el apellido familiar y Cheng, el nombre de nacimiento. Su nombre de cortesía es Wanyin. También se lo conoce por el sobrenombre de Sandu Shengshou («el diestro blandidor de la espada de los Tres Venenos»). Además de dicha espada, Sandu («la espada de los Tres Venenos»), también cuenta con un látigo electrifi cado llamado Zidian («el Relámpago Púrpura») que tiene la capacidad de convertirse en un anillo. Se crio con Wei Wuxian y fueron inseparables durante muchos años, pero el ascenso de este como patriarca de Yiling supuso el fi n de su relación.

Jiang Fengmian

Antiguo líder del clan Jiang de Yunmeng. Jiang es el apellido fami-liar y Fengmian, el nombre de cortesía. Padre de Jiang Cheng y Jiang Yanli. Se hizo cargo de Wei Wuxian tras la muerte de los padres de este.

Jiang Yanli

Primogénita del antiguo líder del clan Jiang. Jiang es el apellido familiar y Yanli, el nombre de nacimiento. Amable y afectuosa. Era la hermana mayor de Jiang Cheng. Se casó con Jin Zixuan y jun-tos tuvieron un hijo, Jin Ling. Wei Wuxian la recuerda con mucho cariño.

Yu Ziyuan

Esposa de Jiang Fengmian y madre de Jiang Cheng y Jiang Yanli. Yu es el apellido familiar y Ziyuan, el nombre de nacimiento. También se la conocía por el sobrenombre de Araña Púrpura y la mayoría de la gente se refería a ella como señora Yu o tercera señora Yu. Originalmente era del clan Yu de Meishan; cuando se casó, decidió conservar su apellido.

Clan Jin

Jin Guangshan

Antiguo líder del clan Jin. Jin es el apellido familiar y Guangshan, el nombre de cortesía. Mujeriego empedernido. Jin Zixuan fue el único hijo que engendró con su esposa. Mo Xuanyu y Jin Guangyao son solo dos de sus muchos hijos ilegítimos. Murió de agotamiento durante una orgía.

Jin Guangyao

Líder del clan Jin de Lanling. Jin es el apellido familiar y Guangyao, el nombre de cortesía. Antes de que el clan Jin lo reconociera, utilizaba el apellido de su madre y se hacía llamar Meng Yao. También se lo conoce por el sobrenombre de Lianfang-zun («el venerado per-fume sutil»). Además de liderar el clan Jin, también ostenta el cargo de cultivador jefe, una posición de privilegio. Hizo un juramento de hermandad con Lan Xichen y con el malogrado Nie Mingjue. Posee una espada blanda llamada Hensheng («la que Aborrece la Vida»), que siempre lleva enrollada en la cintura o en la muñeca. Dicha arma tiene un aspecto inofensivo, pero en el combate es siniestra e insidiosa.

Jin Ling

Joven señor del clan Jin de Lanling. Jin es el apellido familiar y Ling, el nombre de nacimiento. Es hijo de los difuntos Jin Zixuan y Jiang Yanli. Engreído y temperamental. Está obsesionado con demostrar su valía como cultivador. Tiene un perro espiritual al que llama Hada.

Jin Rusong

Hijo de Jin Guangyao y Qin Su. Jin es el apellido y Rusong, el nombre de cortesía. Sus padres lo llamaban «pequeño Song» con cariño. Murió asesinado cuando era niño.

Jin Zixuan

Heredero del clan Jin y único hijo legítimo de Jin Guangshan. Jin es el apellido familiar y Zixuan, el nombre de cortesía. De joven estudió en Nubes Recónditas junto con Wei Wuxian, Jiang Cheng y Nie Huaisang. Se casó con Jiang Yanli y juntos tuvieron un hijo, Jin Ling.

Jin Zixun

Primo de Jin Zixuan por parte de padre. Jin es el apellido familiar y Zixun, el nombre de cortesía. Al igual que muchos miembros del clan Jin de Lanling, era arrogante, engreído y pedante.

Señora Jin

Esposa oficial de Jin Guangshan y madre de Jin Zixuan. Era muy conocida por su carácter fuerte. Gracias a su estrecha amistad con la señora Yu, logró que Jiang Yanli y Jin Zixuan tuvieran un acuerdo de matrimonio.

Clan Lan

Lan Jingyi

Joven discípulo del clan Lan de Gusu. Lan es el apellido familiar y Jingyi, el nombre de cortesía. Amigo de Lan Sizhui. Es directo y sincero, pero tiene demasiado genio. Wei Wuxian lo saca de quicio. Idolatra a Lan Wangji.

Lan Qiren

Venerable maestro del clan Lan de Gusu. Lan es el apellido familiar y Qiren, el nombre de cortesía. Su prestigio como educador hace que muchas familias se desvivan por enviar a sus hijos a estudiar con él. Como tío paterno de Lan Xichen y Lan Wangji, siente gran debilidad por los dos hermanos. A Wei Wuxian, en cambio, no lo traga: suele mandarle copiar las normas del clan como castigo por su rebeldía y sus constantes transgresiones.

Lan Sizhui

Joven discípulo del clan Lan de Gusu. Lan es el apellido familiar y Sizhui, el nombre de cortesía. Su nombre de nacimiento es Lan Yuan. Amigo de Lan Jingyi. Es apacible y respetuoso. Tiene madera de líder y sabe ver más allá de las apariencias. Idolatra a Lan Wangji.

Lan Xichen

Líder del clan Lan de Gusu. Lan es el apellido familiar y Xichen, el nombre de cortesía. Su nombre de nacimiento es Huan. También se lo conoce por el

sobrenombre de Zewu-jun («el noble prodigador de claridad»). Blande una espada llamada Shuoyue («Luna Nueva») y toca una flauta china llamada Liebing («Hielo Fracturado»). Tiene un carácter muy afable y se lleva bien con todo el mundo. Como hermano mayor de Lan Wangji, posee el don de saber lo que pasa por su mente con solo mirarlo. Hizo un juramento de hermandad con Jin Guangyao y el difunto Nie Mingjue.

Clan Nie

Nie Huaisang

Líder del clan Nie de Qinghe. Nie es el apellido familiar y Huaisang, el nombre de cortesía. Su interés por la cultivación es escaso. Asumió el liderazgo de su clan tras la muerte de su herma-no, Nie Mingjue, pero demuestra una gran incompetencia para el puesto. Además, es muy llorica. La gente lo considera un líder inepto e ignorante, motivo por el que lo llaman don Nada Sé. De joven estudió en Gusu, donde coincidió con Wei Wuxian y se hizo amigo suyo.

Nie Mingjue

Antiguo líder del clan Nie de Qinghe. Nie es el apellido familiar y Mingjue, el nombre de cortesía. También se lo conoce por el sobrenombre de Chifeng-zun («el venerado filo carmesí»). Era un hombre enérgico y resuelto que no toleraba las injusticias. El clan Nie floreció bajo su liderazgo, pero, por desgracia, su cultivación se desvió y murió poseído por el mal. Era hermano de juramento de Lan Xichen y de Jin Guangyao. Blandía un sable llamado Baxia («el Dominador»).

Clan Qin

Señora Qin

Esposa de Qin Cangye y madre biológica de Qin Su.

Qin Cangye

Padre de Qin Su. Fue un subordinado de Jin Guangshan durante muchos años.

Qin Su

Esposa de Jin Guangyao y matriarca de la torre de la Carpa Dorada. Qin es el apellido familiar y Su, el nombre de nacimiento. Pertenecía al clan Qin de Laoling y su padre era Qin Cangye. Era afable, ingenua e inocente, características muy difíciles de encontrar en una persona que estaba involucrada en la política del mundo cultivacional. Pese a la gran diferencia en estatus social con Jin Guangyao, insistió en casarse con él por amor. Después de contraer matrimonio, la pareja tuvo un hijo llamado Jin Rusong, quien murió asesinado cuando era niño.

Clan Wen

Wen Ning

Cadáver asesino. Wen es el apellido familiar y Qionglin, el nombre de cortesía. Su nombre de nacimiento es Ning. También se lo conoce como «El general fantasma». Era la mano derecha del patriarca de Yiling y una de sus

mejores creaciones. No teme ni al dolor ni al fuego ni al frío ni a ninguna de las demás cosas a las que suelen temer los seres vivos; aparte de eso, es exactamente igual a ellos.

Wen Qing

Hermana de Wen Ning. Wen es el apellido familiar y Qing, su nombre de cortesía. Era médica y uno de los miembros más reconocidos del clan Wen. A pesar de que a los Wen se los conocía por su crueldad, Wen Qing gozaba de muy buena reputación por su amabilidad. Aunque era la hija de un primo lejano de Wen Ruohan, este la favorecía por sus extraordinarias habilidades médicas y hasta la designó jefa de la subunidad del clan Wen en Yiling.

Otros personajes

Baoshan-Sanren

Centenaria maestra taoísta. Baoshan-sanren («la solitaria abrazadora de la montaña») es un sobrenombre. Vive recluida en una montaña en la que acoge a niños huérfanos para tomarlos como discípulos. Fue maestra de Xiao Xingchen y de Cangse-sanren.

Bicao

Solía ser una sierva del clan Qin de Laoling. Era la sirvienta de confianza de la señora Qin y había visto crecer a la señorita Qin Su.

Cangse-Sanren

Taoísta errante. Cangse-sanren («la solitaria ocultadora del semblante») es

un sobrenombre. Fue discípula de Baoshan-sanren. Abandonó la montaña de su maestra y se enamoró de un sirviente del clan Jiang de Yunmeng. Juntos tuvieron un hijo, Wei Wuxian.

He Su

He es su apellido y Su, su nombre. Era un miembro del clan He de Tingshan al que Jin Guangyao sacrificó para que Xue Yang lo refinara como un cadáver asesino.

Joven señor Qin

Su apellido es Qin. Aunque se desconoce su nombre, muchos lo llaman «joven señor Qin» por cortesía. Si bien es un hombre común que no pertenece al mundo cultivacional, un día recurrió a Lan Wangji y a Wei Wuxian debido a la extraña visita de un cadáver asesino. Tiene un mal temperamento: se frustra con demasiada facilidad, se muestra muy orgulloso a la hora de asumir responsabilidades y menosprecia a los que tienen una posición social menor.

Líder Yao

Líder del clan Yao. Se lo conoce como un hombre que no tiene tapujos ni vergüenza al hacer comentarios en público.

Luo Qingyang

Luo es su apellido y Qingyang, su nombre. En el pasado, respondía al apodo de Mianmian. Es la chica que le dio un saquito perfumado a Wei Wuxian durante su viaje a la cueva subterránea del monte Muxi. Actualmente, es una cultivadora que, si bien no pertenece a ningún clan o

secta cultivacional, viaja por el mundo y va de cacería nocturna con su marido y su hija, que responde a su antiguo sobrenombre, Mianmian. En cuanto a su esposo, se sabe que era mercader y que no pertenece al mundo cultivacional.

Meng Shi

Meng era su apellido y Shi, su nombre. Era la madre biológica de Jin Guangyao. En su momento, era una cortesana muy deseada no solo por su encantadora belleza, sino también porque tenía talento en las cuatro artes (instrumentos musicales, juegos de mesa, literatura y pintura). A pesar de que Jin Guangshan los abandonó a ella y a su hijo, Meng Shi luchó para que Meng Yao (más tarde conocido como Jin Guangyao) tuviera una buena educación.

Mo Xuanyu

El joven que ofrendó su cuerpo a Wei Wuxian. Mo es el apellido familiar y Xuanyu, el nombre de cortesía. Era hijo ilegítimo de Jin Guangshan. Fue admitido en el clan de su padre para que se formara como cultivador, pero al poco lo expulsaron por acosar a otro discípulo. La humillación sufrida y los abusos que le esperaban cuando regresó a casa de su familia materna consiguieron trastornarlo. Cuando no pudo soportarlo más, recurrió a la cultivación demoníaca y sacrificó su alma para que Wei Wuxian pudiera reencarnarse en su propio cuerpo y se vengara en su nombre de quienes lo atormentaban.

Sisi

Una mujer que se dedicaba a la prostitución y que tiene alrededor de cinco o seis cicatrices en la cara. Debido a un extraño y desafortunado incidente,

quedó cautiva durante once años.

Su She

Su es el apellido familiar y Minshan, el nombre de cortesía. Su nombre de nacimiento es Su She. Solía ser discípulo del clan Lan de Gusu, pero más tarde se retiró para construir su propio clan. Es así como en la actualidad es el líder del clan Su de Moling. Tiene una espada llamada Nanping, «Dura de Serenar». Gracias a la influencia del clan Lan, no solo se ha dedicado a copiar sus técnicas, sino que, además, utiliza una cítara de siete cuerdas muy similar a la de Lan Wangji.

Guía de lugares

Caiyi

Una aldea flotante situada a algo más de veinte lis de Nubes Recónditas. Sus vías fluviales están conectadas con un lago llamado Biling, el cual está infestado de fantasmas.

Ciudad Ataúd

Pequeña ciudad remota de la región de Shudong cuyos habitantes se especializaron en la elaboración de objetos para ofrendas funerarias. Aparte de estar envuelta en una espesa neblina blanca, está rodeada de altas montañas y pronunciados acantilados. Está ubicada en una zona con un *feng shui* tan terrible que el aire emana naturalmente una sensación lúgubre. Sus habitantes suelen tener vidas cortas y son más propensos a que todo les salga mal. Los fenómenos paranormales, como la transformación de cadáveres y las apariciones de espíritus malignos, también ocurren con mucha frecuencia en el lugar.

Ciudad de Yunping

Una ciudad situada en el área de Hubei, muy cerca de Yunmeng. Se ubica a orillas de un río, por lo que muchos comerciantes y turistas visitan el lugar. Su característica más peculiar es que cuenta con un templo Guanyin en

medio de la ciudad.

Ciudad sin Noche

Residencia del clan Wen, también conocida como Cielo sin Noche. Su nombre se refiere a que el lugar era un complejo tan vasto como una gran ciudad, y se decía que allí nunca se hacía completamente de noche. Dentro estaban el palacio del Sol Ardiente y el palacio Infernal. El primero era donde Wen Ruohan ejercía el poder, mientras que el segundo era donde almacenaba y exhibía su vasta colección de dispositivos de tortura, que utilizaba con invitados desafortunados.

Gusu

Una ciudad de la región de Jiangnan. Es el territorio de origen del clan Lan y donde se encuentra su residencia.

La colina de las fosas

Inquietante cresta situada en las profundidades de las montañas de Yiling. Era un antiguo campo de batalla. Posteriormente la gente adoptó la costumbre de arrojar allí todo cadáver sin identificar. Se dice que hay tantos cadáveres allí que se puede desenterrar uno con tan solo clavar una pala en algún punto al azar. Está tan llena de energía maligna y resentida que no se ha podido purificar, por lo que toda la zona está cercada por un muro lleno de hechizos que impiden entrar y salir. Dentro se encuentra la cueva que Reprime Demonios, la antigua guarida del patriarca de Yiling.

Monte Baifeng

Montaña con densos árboles. Cuenta con una gran variedad de presas, por

lo que se trata de uno de los tres cotos de caza más famosos. A menudo se celebran grandes competiciones allí y tiene una plaza con altísimos miradores para que los espectadores puedan disfrutar y observar tranquilamente los eventos.

Monte Brahma

Una montaña a varios días de caminata de la villa de los Mo. Recibe su nombre por el aspecto de su pico, el cual se asemeja a un Buda sonriente. Al principio, Wei Wuxian se confunde de nombre y piensa que es el «monte Rana».

Monte Muxi

Montaña en el territorio del clan Wen. Sus arroyos atraviesan un paisaje boscoso. Está rodeado de arces rojos y se oye constantemente el delicado sonido del agua que fluye. Allí los discípulos de los diferentes clanes cultivacionales hallaron la cueva del Xuanwu asesino.

Muelle de Loto

Residencia del clan Jiang. Se ubica en las orillas de un vasto lago de lotos. Su precioso paisaje lo hace el lugar perfecto para practicar un sinfín de actividades al aire libre, tales como navegar, volar cometas y jugar. Siempre está lleno de cultivadores y gente común, por lo que contrasta con las residencias de otros clanes. Los vendedores ambulantes se juntan en la entrada para vender comida y mercancías, y los niños que viven en la zona corretean para mirar con curiosidad y asombro como los discípulos del clan Jiang se entrenan a diario.

Nubes Recónditas

Residencia del clan Lan. Es un gran complejo de edificios blancos con tejados negros escondido en las profundidades de una montaña a las afueras de Gusu. Durante las cuatro estaciones del año dicho lugar se encuentra cubierto por la bruma. Su nombre en chino (Yunshen Buzhichu) alude a los versos finales del poema de Jia Dao titulado *Busco y no hallo al ermitaño:*

> *Bajo los pinos pregunto a un mozuelo.*
> *«Mi maestro anda recolectando hierbas*
> *en lo recóndito de esta montaña,*
> *oculto en un profundo mar de nubes».*

Junto a la entrada del complejo se alza el muro de la disciplina, en el que están grabadas las cuatro mil normas del clan Lan. Una vez dentro, se hallan, entre otros, el salón orquídea o Lanshi y la habitación del silencio o Jingshi, donde Lan Wangji tiene sus aposentos. También hay un manantial de aguas frías con propiedades mágicas.

Qinghe

Un condado de la región de Hebei. Es el territorio de origen del clan Nie y donde se encuentra su residencia.

Torre de la Carpa Dorada

Residencia del clan Jin de Lanling, ubicada en la zona más próspera y concurrida de la ciudad de Lanling. Es famosa por acoger la mayoría de encuentros entre clanes cultivacionales, y la magnificencia de sus instalaciones y jardines sirve de recordatorio del poder del clan gobernado por Jin Guangyao.

Lo más destacado son las escaleras que llevan a la torre propiamente

dicha y que son una referencia a la leyenda de la carpa, de ahí el nombre del lugar. Según la leyenda, una vez unas carpas nadaron contra la corriente en el río Amarillo, sorteando todo tipo de obstáculos. Finalmente, solo una de ellas consiguió llegar a la cima de la cascada principal y los dioses, asombrados por su hazaña, la transformaron en un majestuoso dragón dorado.

Villa de los Mo

El hogar de Mo Xuanyu y de su familia. Al principio de nuestra historia está infestado de cadáveres ambulantes, motivo por el que solicitan la ayuda del clan Lan de Gusu.

Yiling

Zona situada cerca de Yunmeng. Aunque está repleta de vida, es más famosa por su proximidad a la colina de las fosas.

Yunmeng

País de la región de Hubei. Es el territorio donde se encuentra la residencia del clan Jiang. Sus numerosos lagos y sus ríos lo convierten en un punto fundamental para el comercio.

Glosario de términos

Cacería nocturna

Una cacería nocturna (*yelie*) es una expedición que tiene como objetivo la captura y el exterminio de algún ser maligno. Como su nombre indica, suelen tener lugar de noche. Los cultivadores compiten por ver quién se hace primero con la presa, un importante logro que otorga prestigio y reconocimiento.

Cacería al asedio

La cacería al asedio (*weilie*) es una actividad en la que miles de cultivadores eligen un lugar infestado de criaturas malignas para competir por cazar la mayor cantidad de presas en un tiempo estipulado.

Cadáver

Los adeptos de la cultivación demoníaca son capaces de reanimar y controlar los cuerpos de los muertos. La mayoría se convierten en cadáveres ambulantes (*zoushi*), así llamados porque se dedican a vagar sin rumbo. Otros se convierten en cadáveres asesinos (*xiongshi*), mucho más fuertes y ágiles que los primeros, lo cual hace que sean una amenaza considerablemente más letal.

Clan

Un clan (*shi* o *shijia*) es una comunidad de cultivadores descendientes de un mismo antepasado que se transmiten sus enseñanzas de generación en generación. Además de los discípulos por vínculo de sangre (*zidi*), los clanes suelen acoger bajo su protección a discípulos provenientes de otras familias (*mensheng*). Sin embargo, solo los primeros, que ostentan el apellido del clan, pueden llegar a liderarlo. Luego están los cultivadores invitados (*keqing*), visitantes distinguidos pertenecientes a otros clanes o sectas que desempeñan labores de asesoramiento durante una temporada más o menos larga. La mayoría de los clanes tienen un estilo propio que los hace únicos. Por ejemplo, los miembros del clan Nie de Qinghe son conocidos por cultivar con sables y cuchillos porque su fundador era matarife. De la misma manera, los miembros del clan Lan de Gusu utilizan instrumentos musicales porque su fundador era músico.

Cuerdas espirituales

Las cuerdas espirituales (*kunxiansuo*) son sogas que resisten el poder de criaturas inmortales y dioses. Solo se pueden cortar con artefactos y armas de gran poder espiritual y limitan las habilidades de quienes están atados.

Cultivación

La cultivación (*xiudao* , *xiulian* , *xiuzhen* o *xiuxian*) es un largo proceso de perfeccionamiento físico y purificación mental que conduce a la inmortalidad, entendida como un plano de existencia superior en el que el individuo se hace uno con el universo. Sus prácticas incluyen la meditación, la calistenia, las artes marciales, la dieta y la alquimia interna.

Cultivación demoníaca

La cultivación demoníaca (*modao* o *guidao*) es una senda alternativa a la tradicionalmente seguida por los cultivadores desde tiempos inmemoriales. En lugar de utilizar energía espiritual, hace uso de la energía resentida (*yuanqi*) acumulada en los cadáveres de quienes sufrieron una muerte violenta, vergonzosa o indigna. Cuando Wei Wuxian plantea la idea a Lan Qiren, el viejo maestro se muestra consternado porque la considera una falta de respeto hacia los muertos que, además, contraviene el orden natural.

Cultivador

Un cultivador (*xiuzhe* , *xiushi* o *xiuxianzhe*) es una persona que practica artes marciales y místicas con el objetivo de alcanzar la inmortalidad. Lo normal es que pertenezcan a un clan o a una secta, pero existen cultivadores solitarios (*sanxiu*) que van por libre.

Energía vital

Todo cuanto existe en el universo está compuesto de energía vital (*qi*) en diferentes estados de rarefacción. Los cultivadores son capa-ces de absorber esta energía y refinarla dentro del cuerpo mediante procesos de alquimia interna, momento en que pasa a llamarse energía espiritual (*lingqi*). Esta energía refinada extiende su longevidad y les permite desarrollar todo tipo de habilidades sobrenaturales. Puede usarse de muy diversas formas, desde ser expulsada en ráfagas para atacar hasta transferirla para curar. También puede ser imbuida en objetos para que sirvan de ayuda en la cultivación o de defensa en las batallas. Estos objetos se conocen como artefactos espirituales (*faqi*).

Energía yin y yang

Es un concepto del taoísmo que se usa para referirse a dos energías

completamente opuestas y complementarias que se equilibran entre sí; no puede haber el bien sin el mal, y viceversa. Se puede atribuir a todo lo que existe en el universo. El yang es de principio masculino, representa el sol, la dureza y la vida; mientras que el yin es de principio femenino, representa la sombra, la sutileza y hasta la muerte, es por eso que también se lo asocia a los fantasmas y espíritus.

Espada

La espada (*jian*) de un cultivador juega un papel fundamental en su entrenamiento. Muchas de ellas están ligadas espiritualmente a su dueño. Se pueden invocar a voluntad, usar su brillo para alumbrarse o incluso montar para volar en el aire. Suelen ser un regalo de un familiar o un maestro y se conceden en una ceremonia solemne. Los cultivadores del clan Nie de Qinghe usan sables (*dao*) en lugar de espadas.

Fantasma

Los fantasmas (*gui*) son los espíritus de los muertos. Existen varios tipos. Por ejemplo, un fantasma errabundo (*guhunyegui*) es aquel que vaga en el estadio intermedio entre una vida y la siguiente por-que se ha desorientado o porque siente demasiado apego por lo que deja atrás. Un fantasma avieso (*ligui*) es aquel que, bien por haber muerto de forma injusta o violenta, o bien por carecer de un lugar de descanso donde se le rinda el culto ancestral adecuado, acumula tal cantidad de resentimiento que se dedica a hacer el mal. Los fantasmas acuáticos (*shuigui*) son aquellos que habitan las aguas en que se ahogaron.

Hermano cultivacional

Los discípulos de una misma secta o clan se consideran hermanos. En chino

existen cuatro términos diferentes porque se distingue entre hermanos cultivacionales varones de generaciones anteriores (*shixiong*) y posteriores (*shidi*) y hermanas cultivacionales de generaciones anteriores (*shijie*) y posteriores (*shimei*). Cuando estos mismos términos se refieren a discípulos de una misma escuela de kungfú u otras artes similares, hablamos de «hermanos y hermanas marciales».

Hermano de juramento

Los hermanos de juramento son dos o más personas del mismo sexo, por lo general hombres, que se han prometido mutua lealtad. Esta promesa suele sellarse con un pacto de sangre o algún otro tipo de ceremonia solemne. Históricamente, esta práctica se daba en tiempos de guerra o de necesidad y era una forma de asegurarse apoyo y protección entre hombres no emparentados. En chino existen cuatro términos diferentes porque se distingue entre hermanos de juramento varones de generaciones anteriores (*yixiong*) y posteriores (*yidi*) y hermanas de juramento de generaciones anteriores (*yijie*) y posteriores (*yimei*).

Horas

El día se divide en doce periodos (*shichen*). Cada uno de ellos está asociado con un animal del zodíaco chino.

De 23.00 a 01.00: la hora de la rata (*zishi*).
De 01.00 a 03.00: la hora del búfalo (*choushi*).
De 03.00 a 05.00: la hora del tigre (*yinshi*).
De 05.00 a 07.00: la hora del conejo (*maoshi*).
De 07.00 a 09.00: la hora del dragón (*chenshi*).
De 09.00 a 11.00: la hora de la serpiente (*yishi*).
De 11.00 a 13.00: la hora del caballo (*wushi*).
De 13.00 a 15.00: la hora de la cabra (*weishi*).

De 15.00 a 17.00: la hora del mono (*shenshi*).
De 17.00 a 19.00: la hora del gallo (*youshi*).
De 19.00 a 21.00: la hora del perro (*xushi*).
De 21.00 a 23.00: la hora del cerdo (*haishi*).

Imagen residual de la energía resentida

Consiste en la aparición constante de una escena que suscita un profundo rencor en un espíritu maligno. Por lo general, son los últimos momentos previos a su muerte o el suceso que más odio despertó en él cuando vivía.

Incienso

El incienso (*xiang*) es una mezcla de sustancias resinosas que despiden buen olor al arder. Su presentación más habitual es en forma de varillas estandarizadas y calibradas que pueden usarse para medir el paso del tiempo tomando como referencia lo que tardan en consumirse. Aunque existen varillas de una gran variedad de longitudes y grosores, en el contexto de esta novela un incienso equivale a treinta minutos.

Mangacortada

Un mangacortada (*duanxiu*) es un hombre homosexual. En el contexto de esta novela, es un término estrictamente peyorativo, pero la expresión de la que deriva (*duanxiu zhi pi*) se ha interpretado de forma muy diversa a lo largo de la historia. Así pues, en función de la actitud del momento hacia la homosexualidad, podemos hablar de «pasión» o «predilección» por la manga cortada, pero también de «manía» o incluso «vicio» de cortarse la manga. En cualquier caso, su origen se remonta a un célebre gesto de devoción del emperador Ai de la dinastía Han, quien, siendo reclamado por la corte, prefirió cortarse la manga de la túnica a interrumpir el sueño de su

amado, plácidamente dormido encima de esta.

Monstruo

Un monstruo (*guai*) es una abominación formada a partir de un ser vivo no humano muerto después de que este absorba y refine una gran cantidad de energía vital. Siempre son malvados.

Nombre de cortesía

El nombre de cortesía (*zi*), también conocido como «nombre público» o «nombre social», es aquel que las familias de clase alta otorgan a sus hijos varones cuando cumplen la mayoría de edad para que lo usen en la vida pública. Históricamente se otorgaba a los veinte años, pero en el contexto de esta novela, tal y como demuestra el caso de Jin Ling, eso ocurre a los quince. Existen precedentes históricos de mujeres que también recibieron un nombre de cortesía, pero lo normal era que no poseyeran más denominación formal que el apellido de su padre o, una vez casadas, el de su esposo.

Nombre de nacimiento

El nombre de nacimiento (*ming*) es aquel que se da a los tres meses de vida. Lo eligen los padres y suele tener un significado auspicioso. Su uso está restringido al ámbito más íntimo: únicamente lo usan aquellos con una posición más alta en la jerarquía familiar, el cónyuge y las amistades más cercanas. El hecho de que Wei Wuxian se dirija a Lan Wangji por su nombre de nacimiento tan pronto en su trato con él supone una transgresión.

Nombre taoísta

El nombre taoísta (*daohao*), en ocasiones llamado «nombre monástico», es aquel que los taoístas clérigos adoptan al ordenarse.

Ritos de purificación

Los ritos de purificación (*anhunli*) sirven para limpiar el alma. Todos los miembros de los clanes ilustres del mundo cultivacional participan en ellos desde que son niños para purificar sus almas y evitar que estas se desvíen o se corrompan tras la muerte.

Secta

Una secta (*zong* o *pai*) es una comunidad de cultivadores unidos por su dedicación a la práctica de un método cultivacional concreto. Está dirigida por un líder (*zhangmen*), en ocasiones llamado «patriarca» (*laozu*), que cuenta con la ayuda de los demás miembros de edad para instruir a los discípulos. A diferencia de lo que ocurre en los clanes cultivacionales, los miembros de una secta no tienen por qué estar emparentados. Hubo un tiempo en el que las sectas eran mayoría, pero el ejemplo de Wen Mao, fundador del clan Wen de Qishan, contribuyó a que los clanes se multiplicaran y ahora son estos los que proliferan.

Sobrenombre

Un sobrenombre (*hao*) es un nombre adicional generalmente otorgado por familiares, maestros o amigos con intención laudatoria en señal de respeto. Aunque no llega a remplazar el nombre de cortesía, muy a menudo se utiliza en su lugar. Su significado suele aludir a características o logros de la persona y puede llevar un sufijo honorífico, como «el noble» (-jun) o «el venerado» (-zun).

Taoísta

En el sentido más amplio del término, un taoísta es una persona que busca vivir en armonía y comunión con el curso fluyente de la naturaleza y el universo, un equilibrio dinámico de fuerzas opuestas y complementarias llamado Tao (*dao*) que es origen y destino de todo cuanto existe. En la medida en que sus prácticas derivan de estas creencias, todos los cultivadores son, por tanto, taoístas. Sin embargo, usado como apelativo, este término se refiere específicamente a cultivadores clérigos (*daoshi*) como Baoshan-sanren y sus discípulos. Cuando Xue Yang llama «taoísta» a Xiao Xingchen, está empleando de manera sarcástica un apelativo respetuoso reservado a los maestros de mayor edad y experiencia (*daozhang*).

Talismán

Un talismán (*fu*) es una tira de papel rectangular con diagramas y caligrafías que le confieren poderes mágicos. Los hay de muy diversos tipos y utilidades. Por ejemplo, un talismán iluminador (*minghuofu*) sirve para alumbrar, un talismán combustible (*ranyinfu*) arde al detectar la presencia de energía oscura y un talismán transportador (*chuansongfu*) tiene la capacidad de transferir a la persona que lo usa a otro lugar. Todos los talismanes tienen en común el hecho de que se desintegran cuando su magia se agota.

Published originally under the title of 魔道祖师 (Mo Dao Zu Shi) 5
Author © 墨香铜臭 (Mo Xiang Tong Xiu)
Spanish edition rights under license granted by © 北京晋江原创网络科技有限公司
(Beijing Jinjiang Original Network Technology Co., Ltd)

Ilustraciones cedidas bajo licencia por Reve Books Co., Ltd.
Ilustración de portada © 千二百 (Qian Er Bai)
Ilustración a color pág. 2-3: © 千二百 (Qian Er Bai)
Ilustración a color pág. 4 © Marta Salmons
Ilustraciones interiores © Marina Privalova

Spanish edition copyright © 2025 NORMA EDITORIAL S.A.
Spanish edition arranged through JS Agency Co., Ltd, Taiwan
All rights reserved.

Publicación de Norma Editorial, 2024
Norma Editorial, S.A. Passeig de Sant Joan, 7, principal.
08010 Barcelona. Tel.: 93 303 68 20
E-mail: norma@normaeditorial.com

Traducción: Michelle Yang Gui
Edición externa: Red Cameo
Diseño gráfico: Cuadratín Estudio
Maquetación de cubierta: Joan Moreno
Corrección: Laura Calvo e Isaac Aslam
Composición digital: leerendigital.com

ISBN edición digital: 978-84-679-7655-7

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, www.cedro.org) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.

[1] *Guānyīn* : diosa de la misericordia que oye las lamentaciones del mundo.

[2] *Pútuán* , también conocida como *zafu* , es una especie de estera que parece un cojín. Generalmente, tiene forma redonda, pero también de media luna. Las suelen rellenar con materiales suaves, como ceiba o trigo sarraceno. En el budismo, es muy común utilizarlas para meditar.

[3] Es una referencia al dicho «la mantis acecha a la cigarra sin percatarse de que la oropéndola está detrás», que se mencionó en el cuarto libro.

[4] *Dōngyíng:* antiguo nombre de Japón.

[5] *Táomù* : en la antigüedad, los objetos hechos con madera de melocotonero se consideraban herramientas para realizar exorcismos. Esta tradición o creencia es originaria del taoísmo. En la actualidad, muchas personas siguen colocando adornos de este material en sus casas para ahuyentar a los espíritus malignos, expulsar a los fantasmas o alejar la mala suerte.

[6] *Jìn zhūlóng* : también se lo puede llamar «el castigo del ahogamiento en jaula para cerdos». Era una de las muchas torturas que existían en la antigüedad. Consistía en encerrar a las personas en jaulas para cerdos antes de sumergirlas en el río para que se ahogaran; por lo general, todo el proceso se llevaba a cabo en público. En China, se solía castigar así a los adúlteros o a aquellos que tenían relaciones inapropiadas con otras personas, aunque las más afectadas eran las mujeres, ya que también las castigaban si consideraban que no tenían conductas apropiadas.

[7] Es dinero que se obsequia a una persona en un sobre de papel rojo. No solo se ofrece en días festivos, como el Año Nuevo lunar, sino también en ocasiones especiales, como bodas o cumpleaños. Los adultos suelen darles dinero a los niños porque se creía que los ayudaba a repeler a los espíritus malignos y la mala suerte. A lo largo de la historia, este término ha recibido varios nombres. Aunque en la actualidad se lo conoce como

hóngbāo , el nombre original era *yāsuìqián* («dinero que repele a Suì»), que venía de una leyenda en la que un prodigio llamado Suì molestaba a los niños en Año Nuevo. Para repeler a este ser maligno, se debía llenar una bolsita roja con ocho monedas de cobre y colocarla debajo de la almohada del afectado.

[8] «Wangxian» es la combinación del nombre de Lan Wangji y Wei Wuxian. El *hanzi* de *wàng* (忘) significa «olvidar», mientras que el de *xiàn* (羡) significa «envidia», así que se puede interpretar como «olvidando la envidia», «olvido de la envidia» o incluso «Olvido y Envidia», que equivaldría a «Wang y Xian».

[9] *Tiěbănqiáo* o técnica del puente de hierro: truco de las artes marciales que consiste en endurecer el cuerpo, mantener los pies firmes en el suelo e inclinarse rápidamente hacia atrás para esquivar un ataque furtivo del enemigo o una trampa oculta.

[10] Doble cultivación (*shuāngxiū*): método de cultivación que utiliza las relaciones sexuales para alcanzar la liberación y aliviar las preocupaciones. Por lo general, se practica entre un hombre y una mujer, ya que se dice que equilibra la energía *yin* y *yang* .

[11] *Màimén* : punto acupresional principal o puerta del pulso. Es un importante punto de acupuntura del cuerpo humano y se ubica unos cinco centímetros más arriba de la parte interna de la muñeca.

[12] También conocidas como *tánghúlu* , son dulces tradicionales del norte de China. Consisten en frutas caramelizadas ensartadas en pinchitos. Aunque puede utilizarse cualquier fruta, la versión tradicional se hace con el fruto del espino albar.

[13] Las cuatro artes (*qínqíshūhuà*): instrumentos musicales, juegos de mesa, literatura y pintura.

[14] Xue Chengmei: nombre de cortesía de Xue Yang. Viene del dicho *chéngrénzhīměi* , que procede de una de las analectas de Confucio y habla de realizar buenas acciones por los demás y ayudar a otros a

cumplir sus deseos.

[15] Según la medicina tradicional china, el surco nasogeniano es un punto acupresional que se estimula para refrescar la mente o el sistema nervioso. Por tanto, cuando se quiere aliviar la fatiga o los desmayos, se ejerce presión sobre esa zona.

[16] *Bīngjiào* : cuando no existían los refrigeradores, se construían almacenes de hielo alrededor de zonas con fuentes naturales durante los inviernos, como lagos. Por lo general, eran subterráneos y se los aislaba con diversos métodos.

[17] Se refiere a las cuatro bestias divinas de la mitología china: Xuanwu (tortuga negra), Zhuque (ave bermellón), Baihu (tigre blanco) y Qinglong (dragón celeste).

Índice

El gran maestro de la cultivación demoníaca 5

Capítulo XXI. Hensheng, la que Aborrece la Vida

Capítulo XXII. El extremo oculto

Capítulo XXIII. Wangxian, Olvido y Envidia

Extra I. Banquete familiar

Extra II. El incensario

Extra III. Amistad malvada

Extra IV. Quien irrumpía por la puerta 363

Extra V. Garfio de hierro

Extra VI. Semillas de loto

Extra VII. Yunmeng

Extra VIII. Desde el amanecer hasta el anochecer

Apéndices

- Guía de personajes
- Guía de lugares
- Glosario de términos

Créditos

Notas